Cintia Fernández

Cuando me miras así





elit LGTBI

Portadilla

Cintia Fernández

Cuando me miras así

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Cintia Fernández Ruiz
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Cuando me miras así, n.º 32 - diciembre 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Iibérica S. A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime y Shutterstock

I.S.B.N.: 9791370170387

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Descanso
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27
Segunda parte
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Tiempo extra
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Final del partido
Carla

Mario
Agradecimientos
Sobre la autora
Si te ha gustado este libro…

Dedicatoria

Para papá y mamá, siempre.

Cita

Mi corazón late como una bandada de golondrinas.

Yotsuya Ryû

They all say that it gets better
It gets better the more you grow
Yeah, they all say that it gets better
It gets better, but what if I don't?

teenage dream, Olivia Rodrigo

Primera parte

Capítulo 1

MANU

La tarde en la que todo empezó a cambiar era demasiado calurosa para finales de agosto en el norte, tenía la piel pegajosa por la humedad y los mosquitos me achicharraban con sus picaduras. Faltaban poco más de tres semanas para volver a clase y mis hermanos estaban inquietos, quizá porque cualquier cambio los alteraba y echaban de menos la rutina que les daba el colegio.

Eso o que les apetecía tocarme los huevos.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Que voy a llegar tarde el primer día! —grité desde la puerta del piso, con la perra saltando a mi alrededor, impaciente por salir.

Siempre igual, corriendo a todas partes.

—No encontraba los rotuladores de punta fina —me explicó mi hermana Carla al salir de su habitación, colgándose la mochila que llevaba a reventar. Yo no entendía qué necesidad había de cargar con todas sus cosas de acá para allá, pero, si le preguntaba, me soltaría un discurso que nos retrasaría más—. Y Mario está cagando.

—¿Justo ahora que nos tenemos que ir? —Me froté la cabeza con una mano, el pelo corto, casi rapado, que necesitaba un repaso, y me apoyé contra la pared: teníamos para rato.

—La llamada de la naturaleza es caprichosa, Manu. —Carla se encogió de hombros, se apretó la coleta, de un color tan negro como el mío, y se agachó para jugar en el suelo con Elena. La perra, una podenca canela, compartía nombre con mi madre *gracias* a mis hermanos, que se empeñaron en llamarla así. Al menos la Elena que olía culos por la calle era más responsable que la otra.

Mario, mi hermano pequeño, salió tranquilamente del baño con el pantalón desabrochado, sin camiseta, y la melena suelta y despeinada, un Tarzán en su estado más primitivo. La prisa solo la tenía yo.

—¿Te has lavado las manos? —le pregunté. Asintió con la cabeza y se metió en la habitación, para terminar de vestirse y recoger el bolso con forma de unicornio que, como Carla, cargaba a todas partes—. ¿Has tirado de la cisterna?

Mario corrió disparado pasillo arriba. Segundos después, oímos el agua del váter.

El camino en bicicleta, que de ir solo sería de diez minutos, con mis hermanos y la perra duraba el doble. Se apañaban bien con las bicis y Elena trotaba a mi lado, pero con un crío de seis años y una de siete tampoco se podía ir muy rápido. Me adaptaba a su velocidad y cerraba la marcha para vigilarlos desde atrás.

Llevaba haciendo este camino casi toda mi vida, me lo sabía de memoria. Hasta podría hacerlo con los ojos cerrados: salgo del portal, giro a la izquierda, paso por delante de la casa del Migueluco y del Tonio (el olor de sus animales es una buena guía), sigo por la acera junto a la carretera principal hasta el siguiente cruce, vuelvo a girar a la izquierda, bajo la cuesta… Y así hasta llegar al campo de fútbol, a las afueras de Brena, nuestro pueblo, entre prados con vacas y el mar, a unos veinte kilómetros de la capital. No era un mal sitio para entrenar.

En el aparcamiento, asfaltado hacía menos de un mes aprovechando las vacaciones de verano, había una docena de coches, varias motos y un par de patinetes eléctricos de mis compañeros de equipo. Amarramos las bicis a un banco que había cerca de la puerta y entramos al campo.

Las instalaciones del Club Deportivo Ojáncanos estaban recién renovadas y se notaba que el Ayuntamiento se había dejado sus buenos billetes en él. El nuevo alcalde, tan conservador que daba asco, quería ganarse no solo a los viejos del pueblo, que lo habían coronado unos meses atrás, sino a los pibes que jugábamos al fútbol con edad para votar. Iba listo el pollo ese si creía que me iba a dejar comprar.

—No os mováis de las gradas —les advertí, perra incluida, los tres mirándome como cachorritos con esos ojos iguales a los míos, que

Carla insistía en llamar «color avellana» y que no eran más que marrones. La mirada inocente, que podría colar con otras personas, siempre con nuestra madre, yo no me la tragaba: por lo general eran buenos críos, pero eran eso, críos, y a veces la liaban. Sobre todo si estaban aburridos—. Os ponéis a pintar o a cantar o lo que sea, sin bajar de las gradas, ¿vale?

Mario miró a Carla, y cuando ella aceptó con una sonrisa y un movimiento de cabeza, él la imitó.

—¿Nos dejas tu móvil? —me preguntó ella, los ojos otra vez como los del gato de *Shrek*. Yo no iba a utilizarlo durante la reunión con el míster, y era una buena distracción. Así que me saqué el móvil del bolsillo del chándal y se lo tendí; al ir a cogerlo Carla, lo retiré hacia atrás.

—Nada de buscar movidas raras. Ni de cotillear entre mis cosas.

—Que nooo, Manucín. Te lo prometo —respondió mi hermana con cierta resignación. A su lado, Mario parecía decir lo mismo con la mirada. Y, al final, se lo di.

—Tardaré una hora como mucho —les recordé. Después, empezaron a subir entre las gradas vacías y esperé plantado a la orilla del campo hasta que encontraron hacia la mitad un sitio que les gustaba.

—¡Caviedes! —gritó Nano en cuanto puse un pie dentro del vestuario. Lo siguiente que noté fueron sus brazos apretándome fuerte, como si fuese un oso o quisiese estrujarme hasta sacarme los sesos por las orejas. Hacía solo unos días que habíamos quedado, pero por su recibimiento yo era aquel griego que se tiró diez años viajando por el Mediterráneo para volver a casa. Ya me gustaría.

—Quita, anda —me quejé aguantándome una sonrisa—, que me has visto antes de ayer.

En el equipo era Caviedes, y no Manu, y pronto otros compañeros, esos a los que no veía desde que acabó la temporada, también se acercaron llamándome igual. Si le hubiese contado a mi padre que llevaba nuestro apellido, *su* apellido, impreso en la camiseta de los Ojáncanos, se habría inflado como un palomo. En el fondo, me

gustaba que me conociesen así. Manus hay muchos; Caviedes, no tantos.

Entre palmadas en la espalda, choques de manos y gritos, nos fuimos poniendo al día sobre el verano de cada uno. Nano (defensa) se lo había pasado en la playa, sin dar un palo al agua; Hugo (otro defensa), en Mallorca y Lanzarote, el suertudo; el Toloqui (mediocentro), currando en el bar de su tío; Iván (extremo derecho), cortando y reconciliándose con la novia; y Cobo (portero), de fiesta de pueblo en fiesta de pueblo. La mayoría de mis compañeros o habían estado de viaje o se habían liado con un montón de pibas (si no estaban siendo unos fantasmas, que era muy posible); yo (extremo izquierdo), ni lo uno ni lo otro.

—Por las mañanas entrenaba a los críos del campus, y por las tardes me quedaba con mis hermanos —les conté. Podría haberlo adornado, porque no había estado *tan mal* como sonaba, pero de eso me di cuenta cuando ya había cerrado la boca.

—¿Y por las noches? —Hugo me dio un codazo y todos nos reímos. «Por las noches dormía», me daban ganas de contestar, aunque sabía que esa no era la respuesta que querían. Tenía fama de ligón porque alguna vez me habían visto enrollarme con alguna pava y, en realidad, solía ser discreto y pocas veces abría el pico para hablar de con quién me liaba. Aun así, mis compañeros habían interpretado esa reserva como humildad y creían que triunfaba mogollón. Para Hugo, el Toloqui y los demás, mis ocho semanas de verano habían sido un no parar de follar. Y además con pavas.

Tampoco se lo iba a aclarar.

—Un señor no habla de lo que hace en la intimidad —bromeé, y me rieron la gracia antes de volver a insistir. La aparición de Alfonso, nuestro entrenador, me salvó de tener que inflar mi número de ligues veraniegos para salir del paso.

El tipo, de unos cincuenta años y una barriga que se alejaba mucho de los sermones que nos metía sobre cuidar nuestros cuerpos, entró al vestuario sobándose la calva y ajustándose después la gorra verde. Yo estaba tan concentrado en sus movimientos bruscos y torpes que de primeras no me di cuenta del pibe que lo seguía.

Un pibe que ya conocía.

Empezaron a sudarme las manos, un hormigueo me recorrió la columna vertebral y me entró un puteo tremendo.

¿Qué hacía *él* en *mis* vestuarios?

El flequillo cobre, que llevaba abierto hacia los lados, le caía por los ojos claros y, según avanzaba hacia nosotros, la luz que entraba por los ventanucos lo hacía parecer pelirrojo. Llevaba una camiseta de un verde parecido al de la equipación que no le sentaba del todo mal, ya me jodía, y se ajustaba a sus brazos bien formados. No era un cachas de gimnasio hinchado como un globo, sino fibroso. De espalda ancha y cintura estrecha, cuerpo más de nadador que de futbolista, podría partir nueces con aquellas escápulas. Y después hacerme una llave y ahogarme con los muslos.

Yo era más alto que él, me mantenía en forma, y me sentí pequeño.

Cuando nuestras miradas se encontraron, él se apartó el pelo hacia atrás con una mano, y yo desvié la vista a Alfonso.

—Señoritas —nos llamó el entrenador, algunos se rieron, y dio varias palmadas para captar la atención de los despistados que seguían hablando a voces. En vez de pibes de veinte años, parecíamos niños en un cumpleaños hasta arribísima de azúcar—. ¡Señoritas! —repitió más alto, perdida la paciencia, y al fin el vestuario quedó en silencio.

Un par de pasos por detrás, el pavo nos escrutaba a todos, tratando de adivinar de qué palo íbamos, si seríamos amigos o enemigos. Porque su presencia allí estaba clara: se unía al equipo.

Iba a ser un Ojáncano más.

Me crucé de brazos, las manos bajo los sobacos, y me cagué en mi puta calavera.

—No me voy a entretener mucho con el discurso de bienvenida —continuó Alfonso—. Habéis tenido dos meses para desconectar y descansar, ahora toca tomarse las cosas en serio. La temporada pasada nos quedamos a las puertas del ascenso y, aunque no pudo ser, nos tiene que servir de acicate para lograrlo esta.

Alguno, creo que Cobo, soltó un aullido que imitaron varios más, y enseguida volvió el barullo a los vestuarios. Yo aplaudí varias veces

por inercia, más pendiente del *nuevo* que otra cosa, hasta que el míster nos volvió a mandar callar.

—Entrenaremos lunes, miércoles y viernes de siete a nueve, y salvo que se muera vuestra madre, os quiero aquí a todos, todos los días; no hay excusas.

El entrenador miró al equipo al completo, uno a uno, amenazante, y cuando se dio por satisfecho se giró hacia el pibe, que había permanecido a su lado tieso como un espantapájaros. Con un brazo por encima de sus hombros, lo hizo colocarse a la par.

—Este es Óliver Cueto, creo que ya lo conocéis, ha jugado toda su vida en el Nansa, y va a ser nuestro nuevo delantero.

Al instante volvieron los gritos y los aplausos, lo de montar jaleo gustaba mucho, y Óliver levantó la mano para saludarnos a todos, pero no me miró. Cuando Alfonso consiguió hacerse oír, siguió hablando un rato más de las expectativas para la nueva temporada y algún que otro cambio que quería introducir, nos pidió que pasásemos por el despacho de Juanín para entregarnos las equipaciones y nos recordó que el primer entrenamiento oficial sería el miércoles, en dos días.

Terminada la reunión, algunos de mis compañeros se abalanzaron sobre Óliver para darle la bienvenida, otros se fueron a por la equipación, y yo me quedé apartado esperando a que los vestuarios se despejasen. Solo cuando quedábamos un puñado de jugadores, Nano entre ellos, que me esperaba para salir, me decidí a acercarme a Óliver, con el brazo estirado hacia él.

—Soy Manu, el capitán —me presenté de manera oficial—. Aquí todos me llaman Caviedes.

El pavo se quedó trabado. «Ya sé cómo te llaman, imbécil», me decía su mirada. Nos conocíamos desde hacía años, coincidíamos en los partidos, aunque nunca habíamos hablado. Y era verlo y hervirme la sangre. Al reaccionar, un brillo de cachondeo le cubrió los ojos.

—Encantado, Manu Caviedes. Capitán. —Su voz era clara y potente, con aquel tono cantarín que nos salía a los de Cantabria, y las vocales muy cerradas, del interior de la provincia. Entonces me

cogió la mano y me la estrechó. La suya estaba fría, tenía los dedos largos y las uñas cuidadas. También era suave.

Me la pelaba.

—Con el Caviedes está bien —casi le advertí, sin soltarlo todavía. Tenía pinta de ser uno de esos pollos que van de graciosos para ganarse a todo dios… a costa de reírse de otros. En el equipo ya teníamos a varios así y no necesitábamos más.

Asintió con la cabeza, varios mechones le cayeron sobre los ojos y se los apartó con otro movimiento.

—Óliver. —Y volvió a apretarme la mano.

—Bienvenido al equipo.

Luego lo solté, porque empezaba a ser raro e incómodo, los que quedaban en el vestuario se acercaron para saludarlo, y aproveché para largarme de allí en busca de mis hermanos.

Los días de entrenamiento, como llegábamos tarde a casa, tocaban cenas rápidas: una tortilla francesa, un sándwich, algo fácil de preparar, y los viernes, siempre *pizza*. Esa noche, empanadillas que sobraron del mediodía y que frías estaban mejor que recién hechas. Cinco minutos después de entrar, Carla, Mario y yo estábamos sentados a la mesa de nuestra pequeña cocina.

Todavía hacía algo de calor y teníamos las ventanas abiertas, por donde se colaba la luz anaranjada del atardecer. También la voz de Elvira, la vecina de arriba; la tele del Migueluco y del Tonio, que ponían el volumen para todo el barrio; y el cricrí de los grillos.

—Mario, que no —le dije cuando le dio por tercera vez un trozo de empanadilla a la perra.

—¡No está haciendo nada! —lo defendió rápido Carla, sentada sobre su propio pie, junto a él.

—Pero si lo estoy viendo, troleros…

Mario negó con la cabeza, con todo su morro, aunque yo llevase un rato sentado frente a él viéndolo bajar el brazo de manera disimulada y a Elena sin moverse de su lado. Intenté que no se me notase, pero me hacía gracia que los dos insistiesen con la mentira cuando estaba claro que lo había pillado.

—Para empezar —continué—, se puede poner mala de la tripa. Y, además, ¿no ves que te vas a quedar sin nada y ella ya ha cenado?

Mi hermano se encogió de hombros, poco convencido por mi razonamiento. Yo sabía que las empanadillas no le gustaban demasiado y que consideraba una injusticia que Elena no comiese lo mismo que nosotros. Un día quiso solidarizarse con ella y trató de merendar su pienso: fue metérselo en la boca y escupirlo al momento; desde entonces, le daba toda la comida que lograba escabullir.

—¿A qué hora viene hoy mami? —preguntó Carla, que masticaba la cena con ganas y ponía ese morrito tan gracioso que solo le salía al comer cosas que le gustaban mucho.

—No *hablef* con la *foca* llena, anda —le dije, lo que los hizo reír a los dos, y le tiré a Carla una bola de miga de pan que le dio de lleno en la frente—. Tenía guardia hasta las diez y luego no sé si habrá quedado con Tomás. Pero en cuanto llegue, va a daros un beso.

Carla asintió con la cabeza, satisfecha; Mario movía la empanadilla por el plato como si fuese un coche de carreras. Me conocía el truco: mareaba la comida que no le gustaba hasta que no había quien la tragase o se hacía tarde y yo me daba por vencido. Estaba a punto de advertirle que esta vez no me la iba a colar cuando me sonó el móvil.

—Es papá. —Y descolgué—. Hola.

—Figura, contigo quería yo hablar —me saludó. Su voz sonaba lejana y algo entrecortada; siempre usaba el manos libres.

—¿Qué pasa? —Me removí en la silla y empecé a amasar entre los dedos un nuevo trozo de miga. Mis hermanos me miraban, atentos a la conversación.

Hablábamos con papá de vez en cuando y nos prometía venir a vernos «pronto»; casi nunca lo cumplía. Aparecía cada cuatro o cinco meses cargado de regalos y buenas intenciones, sobre todo cuando le salía algún bolo cerca y la vergüenza lo obligaba a pasarse por aquí, y volvía a desaparecer. Mis padres se habían separado al poco de nacer Mario, yo tenía trece años, y él se mudó a Madrid. Solía retrasarse en el pago de la pensión alimenticia y, aunque mi

madre amenazaba con denunciarlo, nunca lo cumplía y yo no creía que lo hiciera jamás.

—He conocido a la mujer de mi vida, Manu.

Pensaba que eso de «el amor de mi vida» solo se decía en las pelis, y ahora iba mi padre y me lo soltaba sin anestesia. Aplasté una de las bolitas de pan con el índice y seguí con la siguiente.

—¿Otra? A ver si repartes.

Su risa me llegó amortiguada. Yo ni siquiera sonreí.

—Se llama Sonia y también es música, ¡toca el clarinete! —empezó a contarme, se le notaba el entusiasmo en la voz—. Coincidimos el mes pasado en un bolo y nos hemos estado viendo desde entonces.

Me cambié el móvil de oreja y escuché en silencio mientras Carla recogía su plato, vacío, y el de Mario, con la empanadilla que no quería, y los llevaba al fregadero. Me levanté yo también para sacar de la nevera dos yogures, que ellos cogieron de la que se iban un rato al sofá antes de tener que acostarse. La conversación con papá ya no les interesaba. Y a mí… pues tampoco. Seguía contándome cosas sobre la pava esa como si fuese la futura madre de sus hijos: me hablaba del destino y de nuevas oportunidades, y de que, *por fin*, las cosas le estuviesen saliendo bien. No dije nada.

Nos despedimos y le tocó el turno a mis hermanos: la conversación con Mario duró unos segundos, a mi hermano no le apetecía hablar; en cambio, Carla se tiró un buen rato explicándole punto por punto lo que había hecho los días anteriores. Cuando colgó, yo ya había terminado de recoger la mesa, ellos se habían comido el yogur, y empezó el drama de todas las noches: intentar rascar más tiempo para no ir a dormir. Durante las vacaciones y los findes, me hacía el despistado y les dejaba acostarse más tarde; los días de cole trataba de que se fuesen a la cama pronto y a la misma hora, también las veces en las que quería quedarme solo, como esa noche. Mis hermanos estaban bastante bien, pero eran agotadores.

No siempre habíamos sido solo ellos, mi madre y yo. También estuvo güelita, la madre de papá, hasta que él se marchó y empezamos a verla menos y poco después murió. De güelito no me acordaba, yo tenía cuatro años cuando cascó; a los padres de mamá

no los había conocido, y no tenían hermanos. Éramos una familia de cuatro. Cinco, perdón, con la perra. Seis, si me sentía generoso y contaba a mi padre.

Conseguí que Mario y Carla se lavasen los dientes, se pusiesen el pijama y se metieran en la cama, tras varios discursos de Carla sobre los derechos de los niños a ver dibujos cuando les diese la gana y ser felices siempre. Sus argumentos todavía eran flojos, qué le íbamos a pedir a una cría de siete años, pero se le daba bien engatusar; con tiempo y práctica, sería la hostia.

—Ahora a dormir, ¿vale?

—Es que me duele la barriga —mintió. Se lo notaba de lejos: abría más los ojos, hablaba más deprisa y la voz le salía más aguda.

—Duérmete, que se te pasa.

Contra aquella verdad universal, mi hermana no tenía nada con lo que contratacar; soltó un «bueno» a regañadientes y la tapé con la colcha.

—No cierres la puerta. ¡Ni apagues la luz del pasillo!

Todas las noches me pedía lo mismo: puerta abierta, luz encendida; *todas*. Formaba parte de la rutina nocturna, junto al repaso a los planes para el día siguiente y el beso de buenas noches.

Luego le llegó el turno a Mario.

A diferencia de Carla, que tenía una habitación para ella sola, Mario y yo compartíamos un cuarto con dos camas de noventa, un armario y una cómoda. En el cabecero y la pared junto a su cama, mi hermano había pegado dibujos, cromos de *Pokémon* y fotos de Elena; en la mía, yo tenía pósteres viejos de jugadores de fútbol que me daba pereza quitar. Unos Antoine Griezmann, Kun Agüero y Lucas Hernández más jóvenes y descoloridos nos observaban desde las alturas.

—Que duermas bien, Pikachu —le deseé, antes de hacerle una pedorreta contra la cara y darle un beso en el mismo sitio. La risa de Mario era sincera y cantarina, incluso algo escandalosa, y contrastaba con su voz dulce, tranquila y baja.

—Que duermas bien, Pikachu —me imitó y se rio de nuevo. Luego me rodeó el cuello con los brazos y me devolvió la pedorreta. Al tratar de incorporarme, no me soltó, y de haber terminado de

ponerme en pie, se habría quedado colgado de mí como un perezoso. En cuanto hice el amago de hacerle cosquillas, se desenganchó entre más risas y se colocó para dormir. No solía tardar mucho, en cuanto acomodaba la cabeza sobre la almohada, se quedaba sopa. Yo solía dar muchas vueltas, a veces tardaba horas.

Cuando volví de cepillarme los dientes, Mario ya estaba roque. Apagué la luz de su mesilla, enchufé el aparato antimosquitos y abrí la ventana que teníamos entre las dos camas. Salí con la agilidad que me daban los años de experiencia y apoyé los pies con cuidado sobre la superficie de uralita. La tejavana del Migueluco y el Tonio, donde guardaban la comida de los animales, quedaba justo debajo y su techo se convertía en un lugar muy guapo para estar solo. Mi madre se lo tenía prohibido a mis hermanos, así que era todo mío. Dos metros cuadrados de uralita y hierbajos con vistas a la costa. No estaba mal.

Me saqué del bolsillo del chándal una pelota amarilla mordisqueada por Elena y empecé a lanzarla hacia arriba y cogerla con una mano. Con el sol ya escondido hacía rato, la temperatura había descendido unos grados, pero no los suficientes como para hacer frío; en manga corta se estaba bien, apenas soplaba aire y, poco a poco, los sonidos a mi alrededor fueron apagándose: las voces de los vecinos, la tele del Tonio y del Migueluco, los coches. El silencio me rodeaba.

Saqué el móvil, cansado de la pelota. Una foto de Carla, Mario y Elena me saludó al desbloquear la pantalla, ignoré varias notificaciones de WhatsApp e Instagram y aproveché para abrir Grindr.

Entraba casi todas las noches, solo para mirar. Me gustaba saber que tenía esa posibilidad, aunque de momento no fuese a quedar con ninguno de aquellos pibes; todavía me duraba el susto de la última vez: en un bareto cutre en el que quedé con Kikillo23 también estaba un jugador del Peña Cabarga al que conocía de vista, y pasaba de que le fuese con la historia a nadie. Habría llegado antes la noticia a los Ojáncanos que yo a casa. Tenía configurada la aplicación para que me mostrase a los pavos ubicados a más de veinticinco kilómetros, los de Santander, y había subido una foto en

la que nadie me pudiese reconocer. Durante un rato, vi decenas de perfiles de pavos de mi edad que no tenían miedo a dar la cara.

No quería que el equipo se enterase ni tener que salir del armario. ¿Quién me había metido en él? No sabía cuándo había dejado de ser Manu y me había convertido en el Manu maricón que necesitaba esconder una parte tocha de él para camuflarse con el entorno de mierda.

Varias de las caras me sonaban de otras veces, uno con el que me había liado seguía ahí, buscando, como yo. Quizá quería algo serio, un cuento de hadas, alguien que supiera todos sus marrones y no les tuviera miedo, que lo quisiesen no a pesar de ellos, sino también por ellos. Con el tiempo había aprendido que, si ese *alguien* era un pibe, era incompatible con el fútbol. Todo lo que se saliese de la norma era incompatible con el fútbol.

Oí un ruido a mi espalda, cerré rápido la aplicación y me guardé el móvil.

Un segundo después, mi madre apareció en el vano de la ventana. Siempre sabía dónde encontrarme. Varios mechones castaños se le escapaban de la coleta y todavía llevaba el uniforme del trabajo. Me eché a un lado y se sentó a mi derecha.

—¿Hace mucho que se han dormido? —me preguntó pasándome un brazo por los hombros, luego me dio un beso en la cara. Volví a sacar la pelota y la moví entre los dedos, clavando la uña del pulgar en su superficie blanda y estropeada.

—Media hora, más o menos. ¿No te quedas donde Tomás?

—Le he dicho que mejor mañana, el turno de hoy ha sido una locura. Solo quiero ver la tele y dormir un día entero.

Mi madre trabajaba de auxiliar de enfermería en las Urgencias de Valdecilla, el hospital principal de Cantabria. Solía pedirse los turnos más largos, a veces de noche o en fines de semana, porque eran los mejor pagados. Eso suponía pasar muchas horas fuera de casa, otras tantas durmiendo. Su tiempo libre lo dividía entre descansar, Tomás (su novio) y nosotros. Por ese orden.

Recogí las rodillas y apoyé los antebrazos sobre ellas. A pesar de la oscuridad, podía intuir los prados que llegaban hasta la costa y el

mar. Saber que el agua siempre estaba ahí, a menos de dos kilómetros, me relajaba.

—¿Cuándo vuelves a entrar?

—¿Hoy es… —mi madre se tomó un instante para pensar— lunes, verdad? —Asentí con un murmullo y continuó—: El jueves. Hago jueves, viernes y sábado de tarde.

—Finde de *rave* en el hospital —bromeé y volví a dar vueltas a la pelota. Al desviar la vista hacia mi madre, me la encontré mirándome; a pesar del pelo sucio y la cara cansada, era guapa, de ojos claros y rasgos angulosos. Me tuvo con un par de años más que yo ahora, así que muchas veces la gente creía que éramos hermanos, y no madre e hijo. A veces, también lo pensaba yo.

—Te lo compenso el próximo, chiqui. Me encargaré de tus hermanos los tres días. —Estiró el brazo y buscó mi mano para estrechármela y sellar ese trato del que solo parecía convencida ella. Con el tiempo yo había aprendido a no hacer planes, amoldarme a los cambios y rutinas de mi madre y, sobre todo, creerme la mitad de lo que me prometía.

Capítulo 2

MANU

El Migueluco y el Tonio vivían al lado de nuestro edificio, eran primos, tenían más años que un bosque y se mantenían mejor que yo. Al morir los padres del Migueluco, el Tonio vino a echarle una mano con los animales, y al final se quedó. Compartían una casa viejísima, con una finca en la que cuidaban de dos caballos, el Marqués y el Calisto; una burra, Lupita; un mastín, Atila; varias gallinas y ovejas (a las que no habían puesto nombre) y un huerto capaz de alimentar a una familia de diez.

A falta de abuelos, los teníamos a ellos.

Cuando se le cayó el primer diente a Mario, se las ingeniaron para, en un ladrillo salido de su tejavana, hacerle una minicasa al ratoncito Pérez: había una cama, una mesa y una silla minúsculas, incluso una alfombra y un cuadro. Cuando él y Carla lo vieron, casi se caen de culo. Se pasaron una semana vigilando el escondrijo, pero el Tonio los convenció de que, al ser un ratón mágico, sabía que lo estaban observando y no iba a aparecer. Con el tiempo, el Migueluco y el Tonio desmontaron el chiringuito y les dijeron que el animal se había mudado. Si no, mis hermanos seguirían allí plantados.

—¡Niñuco! ¿Por fin te han llamado para hacer la mili? —me preguntó el Tonio mientras yo cerraba la portilla de su finca y Mario, Carla y Elena echaban a correr hacia ellos. Todos los meses igual: cada vez que me arreglaba el pelo, que consistía en pasarme la maquinilla hasta dejármelo casi rapado, o el Tonio o el Migueluco me soltaban la misma broma. Cada vez—. Mira que, si sigue subiendo la derecha, no me extrañaría que volviesen a ponerla…

—¡Ni lo mientes! ¡Ni lo mientes! Serás pájaro de mal agüero… —se quejó el Migueluco, que cambiaba el agua al zorzal que habían rescatado unos días antes. Me acerqué hasta la jaula y con un solo vistazo comprobé que tenía mucho mejor aspecto: lucía más lustroso y ya no atontado como cuando lo encontraron—. Igual pa mañana

por la tarde o *pasao* ya podemos soltarlo. Depende del tiempo que haga.

—Esperaos al jueves, que mañana entreno y no estaremos. —A mis hermanos y a mí nos gustaba verlo: Mario y Carla se turnaban para abrir la jaula, a veces me dejaban a mí. Los cinco bajábamos a la costa con los perros y soltábamos al pájaro en un prado del Migueluco y el Tonio donde solían pastar los caballos y la burra.

—Pa mañana dan sol y ya pa'l jueves creo que se tuerce la cosa.

—Déjanos a tus hermanos y que se vengan con nosotros —propuso el Tonio, sentado en el banco de madera que había en el porche de la casa.

—Es igual, si eso ya soltamos al próximo que rescatéis —respondí, y no insistieron. Durante la temporada de fútbol, al menos una vez por semana se ofrecían para quedarse con Carla y Mario, y siempre les respondía lo mismo: «Gracias, pero eso es cosa mía». O de mi madre, lo que me llevaba a lo mismo. Había aprendido hacía tiempo que la gente, cuando menos te lo esperabas, se piraba y te dejaba con el culo al aire. Que cuanta menos gente tuvieses cerca, menos te podían defraudar. Dejar que el Tonio y el Migueluco cuidasen de mis hermanos sería meterlos de cabeza en un círculo que no quería ampliar.

—Empezaste ayer, ¿no? —preguntó el Tonio.

—Sí, bueno, era solo la primera reunión. Empezar empezar, mañana.

—¿Y?

—Dio tiempo a poco, pero no pinta mal —respondí sin entrar en detalles. La temporada pasada nos había ido muy bien y el equipo era prácticamente el mismo, este nos podría ir incluso mejor. Tenía bastante fe en mis compañeros y en mí mismo.

—¿Os han cambiado de entrenador? —El Tonio sonó esperanzado, no era demasiado fan de Alfonso ni de su familia, conocida en el pueblo por querer mangonearlo todo y vivir cuatro décadas atrás. A veces yo trataba de defender al míster, como si fuese mi deber de capitán, pero estaba de acuerdo con él: era un imbécil. El Tonio y el Migueluco habían ido a todos los partidos que habíamos jugado en casa desde que, con seis años, mi padre me apuntó a los Ojáncanos.

Habían conocido a cada uno de mis entrenadores y compañeros y sabían todo lo que se cocía en los vestuarios.

—Es amigo del presi, no vas a echarle, Tonio, vete asumiéndolo.

Resopló ante mis palabras y me senté a su lado en el banco.

—¿Y Cobo? ¿Se fue? —De pie frente a la jaula, de brazos cruzados, el Migueluco nos observaba.

—Qué va, se ha ido San Emeterio. Ayer ya estaba su sustituto —les conté como si nada, echándome hacia delante en el asiento hasta apoyar los brazos sobre los muslos.

—¿Y es del pueblo?

—No, es un payaso que jugaba en el Nansa, así que será de esa zona.

—Te ha causado buena impresión, ¿eh?

El Tonio intercambió una mirada con el Migueluco y sonrió. Volví a revolverme, me puse de pie para colocarme los pantalones cortos y regresé a mi sitio.

—Lo conozco hace una pila de años y es un niñato que se cree mejor que los demás. —Era pensar en Óliver o hablar de él y me volvía a hormiguear el cuerpo—. Y van y lo fichan.

—Igual es buen delantero —dijo el Tonio, y lo fulminé con la vista. ¿De parte de quién estaba? Él volvió a sonreír y levantó las manos, las piernas larguiruchas cruzadas una por encima de la otra y la espalda contra la fachada de la casa.

—Yo voy a pasar de él a lo grande —afirmé rotundo, dispuesto a aparentar que la presencia de Óliver en el equipo me la pelaba hasta que me la pelase de verdad.

—San Emeterio dejó el listón alto, a ver qué tal lo hace —apuntó el Migueluco, y le dimos la razón. Una cosa era jugar toda la vida en el mismo equipo, donde conoces el campo y a tus compañeros como la palma de tu mano, donde te sientes cómodo y confiado, y otra aterrizar en un sitio distinto. Igual se le bajaban rápido los humos.

Habría que ver cómo se desenvolvía el gran Óliver Cueto lejos de casa.

Con el paso de los años, los entrenamientos se habían convertido en mis momentos favoritos de la semana. Incluso con mis hermanos en las gradas, conseguía distraerme un rato. Lo único importante era hacer caso a las instrucciones de Alfonso, estar atento a mis compañeros, recibir el balón, esquivarlos y correr.

Entrenar era mi vía de escape hasta que llegó Óliver.

No es como si en los dos días que habían pasado se me hubiese olvidado su incorporación al equipo, pero mantenía la esperanza de que Alfonso nos anunciase que Óliver había decidido no seguir con nosotros (oh, qué pena). Me agarré a esa posibilidad durante los quince minutos en bici, de casa al campo, mientras Elena trotaba cerca, Carla no dejaba de parlotear sobre lo que haría si fuese un perro y Mario se detenía cada dos por tres para coger flores del borde del camino; formaba un ramo que llevaba apretado y algo aplastado con la mano izquierda sobre el manillar de la bicicleta. Cada vez que se detenía (margaritas, tréboles rojos, *churracamas*, zanahorias silvestres y, al aproximarnos al campo, clavelinas de mar), yo también lo hacía y, de rebote, Carla, que me miraba algo enfadada porque no la estaba escuchando en condiciones, y volvía a contarme toda la película desde el principio.

Al llegar y dejar a mis hermanos sentados en las gradas, la realidad me recordó lo evidente: Óliver seguía en el equipo. Es más, ya vestía la equipación y charlaba con Nano, que terminaba de cambiarse de ropa. Mi mejor amigo soltó una carcajada, cabeza hacia atrás, ojos cerrados, y me arrepentí de no haber llegado antes para adivinar qué era aquello tan gracioso que, al parecer, había dicho Óliver. Dudaba de que el pibe pudiese ser divertido, así que más bien sería esa *manía* de Nano de ser amistoso con todo cristo, sobre todo cuando eras nuevo y no conocías a nadie.

—¡Hablando del rey de Roma! —me saludó Nano, e intercambió una sonrisa con Óliver que no me gustó nada. Me fastidiaba que compartiesen algo de lo que yo no formaba parte.

—Capitán —me saludó el otro con un hombro contra la pared. No sabía si lo hacía adrede, pero estaba apoyado en mi sitio. Ignoré su estúpida sonrisa amable y tiré la mochila sobre el banco de madera. Alcé las cejas hacia Nano.

—¿Qué decíais de mí?

—Le estaba contando lo del sábado con las tías esas del bar.

Flaman.

Dos pibas nos habían entrado a saco cuando yo ya llevaba encima varias copas y muy pocas ganas de fingir que me gustaban. Podría haberlo dicho: «Eh, yo paso de esto», y buscar a otra pava que me llamase más, pero andaba tan paranoico que no me permitía rechazar a ninguna. Aguanté los morreos unos minutos, mientras, a tres metros, Nano hacía lo mismo con la otra. A él le apetecía mucho más que a mí; yo enseguida me agobié: el picor en la piel empezó a convertirse en unas ganas locas de arrancármela como si fuese una camiseta pegada por el sudor.

Quizá no debería haber apartado a la rubia de aquellas maneras, limpiándome la boca con el brazo y ninguna mentira elaborada para defenderme. No fue mi mejor momento. La pava se mosqueó, interrumpió a su amiga y a Nano, y, según mi mejor amigo, nos jodí la noche a todos.

Aunque, por cómo se reía al recordarlo, no fue para tanto.

—¿Y qué le puede importar a este?

—Me llamo Óliver.

—Ya sé cómo te llamas —respondí, girándome hacia él como un resorte. Nano se rio otra vez y me pasó un brazo por encima de los hombros, colgándose de mí.

—Caviedes, hijo, a veces eres un borde…

—¿Solo a veces? —dijo Óliver comenzando a caminar, todavía mirándome; luego se dio la vuelta. Me quedé unos segundos con la vista clavada en su espalda, y me volví hacia mi mochila para terminar de cambiarme a toda prisa. Nano volvió a reírse («Eres más seco que un bocadillo de polvorones»), me agarró la cabeza con las dos manos, me dio un beso en la coronilla y salió corriendo detrás de Óliver hacia el césped.

Alfonso hizo sonar el silbato y, desde la línea de meta, todos echamos a correr hacia el otro extremo del campo. La temperatura era agradable; la humedad, pegajosa, y el aire que se había

levantado en la última media hora arrastraba hasta nosotros el olor a salitre.

Me lo tomé con tranquilidad. Avanzaba junto a los demás, e incluso me reí con Nano, que empezó a fingir galopar en un caballo y el entrenador le pegó un grito para que se dejase de tonterías. Llegué al otro lado junto a mis compañeros, ninguno con demasiadas ganas de empezar el entrenamiento corriendo de portería a portería sin una pelota a la que chutar. Pero cuando me giré para volver, mi mirada se encontró con la de Óliver, a unos seis o siete compañeros de distancia, y salió corriendo todo lo que daba de sí. Reaccioné rápido y lo seguí, acelerando al máximo para alcanzarlo. Me llevaba varios metros de ventaja, así que llegó antes hasta donde nos esperaba Alfonso y este lo felicitó con una palmada en la espalda.

No era una competición, me daban ganas de recordarle. Entonces el míster nos indicó que nos volviésemos a preparar para salir, y yo también me lo tomé en serio. Aunque no miré a Óliver, estaba casi seguro de que estaba pendiente de mí tanto como yo lo estaba de él.

El silbato sonó y eché a correr. A varios metros de distancia, Óliver corría en paralelo a mí. «¡El que quede el último, gay!», gritó Hugo. ¿Cuántos años tenían? «¡Vamos, maricas!», añadió, y todos aceleraron el paso. Pisé la línea el primero y di media vuelta sin importarme dónde estaban los demás, por el rabillo del ojo solo vigilaba los pasos de Óliver, a quien tan solo sacaba unos pocos centímetros de ventaja.

Lo gané, la segunda carrera fue para mí. Con las manos en la cintura, recuperando la respiración, esperé orgulloso a que llegara el resto. Óliver se apartó el pelo hacia atrás, la vista clavada en mí, y saboreé el triunfo de la carrera como si acabase de levantar la Copa del Mundial.

Para cuando Alfonso nos hizo formar dos equipos, Óliver me había ganado la tercera, la cuarta y la quinta carrera. Evitaba mirarlo. Con más de una docena de pibes a mi alrededor y un entrenador al que

le gustaba hacer sonar el silbato a la menor oportunidad, era fácil ignorarlo; solo tenía que concentrarme en las instrucciones del míster, en las paridas que soltaban Nano, Hugo y el Toloqui o en los ejercicios que, según avanzaba la tarde, se iban complicando.

Terminar la sesión con un partidillo era mi parte preferida del entrenamiento. Dependiendo del buen humor de Alfonso, a veces el partido me recordaba a las tardes que pasaba de crío en la pista junto al colegio, donde nos reuníamos todos los del barrio y volvíamos a casa ya para cenar, hambrientos y sudados. Otras, si Alfonso tenía ganas de putearnos, la lluvia golpeaba con fuerza y los tacos de las botas se clavaban en el terreno embarrado, podía convertirse en el peor rato de la semana.

—Cobo, Pérez, Hugo, David Lastra, Luisfer, Cagigas, Marco, Juanlu, Charly, con Caviedes. Óliver, tú también —gritó el entrenador a la vez que señalaba uno por uno a los compañeros que había asignado a mi equipo.

No mostré lo que me parecía que al nuevo lo hubiese puesto en mi grupo y pegué una carrera para encontrarme con ellos. Cargaba con los chalecos azules que nos habían tocado para diferenciarnos del resto y fui lanzándoselos a los demás, que cogieron sin problemas. El de Óliver cayó al suelo medio metro por delante de él. Pillé su sonrisa al agacharse a recogerlo. ¿Tenía que sonreír por todo o qué? ¿Nada lo molestaba? ¿Nada?

Durante los primeros minutos, en los que todos corríamos intentando situarnos después de un verano sin jugar juntos, me *olvidé* de Óliver, aunque, por cercanía, fuese con quien más tuviese que interactuar. Les pasaba la pelota a mis otros compañeros, lo que suponía escuchar los gritos de Alfonso preguntándome qué coño estaba haciendo, y entonces yo lo miraba y me encogía de hombros y trataba de tirar a portería a pesar de que no fuese mi cometido porque para eso estaban Óliver y Laro.

Cuando llevábamos una media hora de partido e íbamos empate a tres, vi que la sonrisa eterna y tonta de Óliver desaparecía y se convertía en una mirada afilada y una tensión que antes no estaba. Desde una posición perfecta, donde tendría el gol casi asegurado, Óliver me pidió el balón que yo tenía que pasarle; en vez de eso,

intenté dársela a Hugo en una jugada imposible y, por supuesto, la pelota se perdió entre los demás y nos la robaron.

—¿Pero qué haces? —me soltó Óliver, que venía hacia mí de mala hostia—. ¿No has visto que estaba justo delante de la portería?

—No me vengas a llorar, ya la meterás en otro momento. —Me encogí de hombros, con las manos en la cintura, y desvié la vista al resto de mis compañeros: el partido continuaba aunque nosotros estuviésemos apartados en el extremo izquierdo, mi posición.

—Somos del mismo equipo, ¿eh? No sé si te has dado cuenta.

—¡Que no me llores!

Óliver se apartó el pelo hacia atrás, destellos cobrizos humedecidos por el sudor, y se giró murmurando un «gilipollas» que solo oí yo. Ya se había asegurado él de eso.

—¿Qué me has llamado?

—Déjame en paz, anda.

—No, vienes y me lo dices a la cara.

Parado ya en su posición, a varios metros de mí, pude comprobar por primera vez en los ojos de Óliver que no era el pavo complaciente, todo sonrisas, que trataba de vender a los demás. Aquella mirada era el relámpago que iniciaba la tormenta, el primer pinchazo en la sien de un dolor de cabeza, el chasquido del petardo antes de explotar. Más que achantarme, su gesto me gustó: confirmaba que tenía sangre en las venas y no era una marioneta de cartón.

—Que eres un gilipollas —disparó el insulto por segunda vez y se giró, casi de espaldas a mí. No le di tiempo a más: en varias zancadas me acerqué y lo empujé con las dos manos gracias al impulso de mi desplazamiento. Si lo pillé desprevenido, apenas lo demostró; trastabilló, enseguida se recompuso y vino hacia mí. Me devolvió el empujón con una fuerza que no me esperaba y que me enrabietó aún más. No me tiró al suelo de chiripa. Volví a por él, Óliver ya me esperaba con los brazos extendidos para forcejear.

Me gustaba creer que era un pibe hecho en la calle, de esos que intimidan con su presencia, pero nunca me había peleado con nadie, más allá de empujones y alguna patada con jugadores de otros

equipos en partidos que se habían desmadrado, y de dar puñetazos solo sabía lo que había visto en las pelis.

Tampoco nos dio tiempo a mucho más. Oí el silbato de Alfonso sonar descontrolado y volví allí, con las voces de mis compañeros; los ladridos de Elena desde las gradas, nerviosa por el follón; mis hermanos, allá arriba, observándome; y Nano estirando un brazo hacia cada uno para mantenernos alejados. Óliver no parecía tener intención de atacarme; yo, en cambio, podría saltar al menor soplido solo por quitarme de encima la sensación que me cosquilleaba en la nuca.

—¿Estáis tontos?

Aparté de un manotazo la mano de Nano sobre mi torso, todavía con la vista clavada en Óliver. Quería dejarle claro que no era de los que se acobardaban con dos empujones y un insulto, y que, si ahora no estábamos rodando por el suelo en un lío de brazos y piernas, era porque Nano y los demás se habían metido por medio. Óliver se mostraba sobre todo sorprendido, no creo que contase con tener una trifulca en su primer entrenamiento.

El resto de mis compañeros nos rodearon, hablando a la vez, queriendo saber qué había pasado, y Alfonso llegó poco después, resoplando tras la carrera y el silbato golpeando contra su pecho.

—¡Vosotros dos, conmigo! ¡A mi despacho! ¡¡Moved el culo ya!!

Primero Óliver, luego yo, lo seguimos como dos corderitos.

Capítulo 3

MANU

—¿Me queréis explicar qué cojones ha sido eso?

La luz amarilla de la bombilla daba directamente en la cabeza calva y redonda de Alfonso. Parecía abrillantada con el líquido que usaba el Migueluco para encerar su chatarra de Berlingo gris. Lo que el entrenador consideraba su despacho era una habitación enana a la que apenas entraba claridad por el ventanuco y que obligaba a tener la luz siempre encendida; con una mesa de madera oscura, un ordenador del siglo pasado y una estantería a su espalda llena de archivadores y algún trofeo de cuando el club ganaba cosas. Poco más.

Con el dedo índice, hice chocar la bola de metal del péndulo que Alfonso tenía sobre el escritorio, y la del otro extremo se movió una milésima después, provocando un sonido muy satisfactorio. Clonc. Al removerse Óliver en la silla de al lado, levanté la vista hacia el míster, que me miraba con fijeza. Estiré la espalda.

—Caviedes, ¿qué ha pasado?

—Nada —respondí. No me apetecía contarle a Alfonso que su nuevo fichaje era un niñato al que siempre le habían servido las cosas en bandeja de plata; alguien que se creía con el derecho de tener cualquier cosa a su alcance, aunque no se lo mereciera; un perro que, con el tiempo, nos mordería a todos. Ya lo descubriría y podría soltarle un: «Te lo dije». O, al menos, pensarlo.

Alfonso resopló, su papada tembló, y apoyó los dedos entrelazados sobre la tripa.

—A mí no me ha parecido «nada», pero sé que no me lo vais a contar. Y ni siquiera me importa demasiado el motivo —reconoció, mirándome primero a mí, después a Óliver—. Solo quiero que no haya follones en mi entrenamiento, ¿me oís? Quiero que esto parezca un puñetero retiro espiritual, y me la refanfinfla si fuera del campo sois amiguitos o no; dentro, os lleváis bien, porque somos un

equipo y tenéis que trabajar sincronizados, ¿entendido? —Ambos asentimos con la cabeza—. Lo que no puede ser es que el capitán, que tiene que dar ejemplo, se pelee con el novato. O con nadie.

No sabía si tenía que decir algo o Alfonso iba a continuar con su monólogo; permanecí sentado con la espalda bien estirada y los hombros cuadrados. Óliver tampoco comentó nada, su rodilla subía y bajaba a un ritmo frenético, y estuve tentado de posar la mano sobre ella para detener el meneo. Me crucé de brazos.

—¿Y tú? —El entrenador señaló a Óliver con la barbilla y temí que su rodilla perdiese del todo el control. En cambio, cuando la atención de Alfonso se centró en él, se quedó quieto; notaba la tensión en sus gemelos, como si estuviese haciendo fuerza para no mover las piernas—. Acabas de llegar y ya estás metiéndote en berenjenales. ¿Sales mal de un equipo y empiezas en el nuevo con una pelea? ¿Así van a ser las cosas contigo?

Contuve una sonrisa.

—No, señor. Ha sido un malentendido —se excusó Óliver casi al mismo tiempo que la rodilla volvía a cobrar vida. El movimiento era igual de rítmico que el péndulo, y, en el caso de Óliver, su talón golpeaba suave sobre el suelo de baldosas. Ta, ta, ta, ta.

—La cosa es que, si actuáis como niños, os voy a tratar como niños. ¿Y qué se hace cuando se portan mal y queremos que aprendan la lección? Castigarlos. —Alfonso nos señaló con un dedo —. Así que, para que arregléis las cosas y encontréis la compenetración que necesitáis en el campo, durante el próximo mes vais a quedaros una hora más entrenando.

—¿Qué? —Me incliné hacia delante, Óliver se revolvió, y quise darle un empujón para tirarlo de la silla, por imbécil.

—Lo que oyes, Caviedes. Compórtate como el capitán que eres, madura y aparta esa basura de rivalidad que parecéis tener. Nos irá mejor a todos.

—Alfonso, no me jodas, que tengo a mis hermanos…

—Búscate la vida —sentenció, y tuve que contenerme para no cagarme en sus muertos—. Hago la vista gorda con ellos y nunca te digo nada… Habértelo pensado antes de sacar tu vena macarra.

—¡Pero no puedo tenerlos aquí esperándome tanto tiempo! —me quejé, sentado al borde de la silla.

—¡Y ha empezado él! —me interrumpió Óliver.

Me eché hacia atrás con un resoplido, la mano picándome por las ganas de darle un collejón, y dejé de mirar a Alfonso para mirarlo solo a él:

—¿Tú eres corto o qué te pasa?

El míster dio una fuerte palmada sobre la mesa que nos hizo pegar un brinco.

—¡A tomar por culo! ¡Tenéis castigo hasta Navidad! ¡Y como no os calléis ya, os dejo en el puto banquillo toda la temporada!

Volví a cruzarme de brazos, apreté los puños y me obligué a no mirar a Óliver, ni siquiera de reojo. No quería empeorar las cosas, porque el castigo no solo recaía en él y en mí, sino que también influía en mis hermanos. Bastante malo era que muchas tardes tuviesen que esperarme durante las dos horas de entrenamiento, como para sumarle otra más.

Sabía que podría negarme. Podríamos negarnos. Por mucho que Alfonso lo repitiera, ni Óliver ni yo éramos unos críos, y aquello no era un campamento de verano al que nuestros padres nos habían llevado obligados. Pero… no me convenía estar a malas con él. Me gustaba mi puesto de capitán, me gustaba mucho; lo había conseguido por mí mismo y significaba tener algo solo para mí. Y, sobre todo, como muy *amablemente* me había recordado, el míster llevaba tiempo permitiendo que mis hermanos estuviesen en los entrenamientos, que me esperasen en el despacho los días que llovía o hacía frío, que correteasen por las instalaciones con la perra. Así que, si tenía que aguantar varios meses de entrenamiento extra con Oliver a cambio de que siguiese mirando hacia otro lado con Carla y Mario, lo haría sin rechistar. Más o menos.

No me quedaba otra.

El sermón de Alfonso acabó poco después, tiempo en el que Óliver y yo guardamos silencio para no cagarla más. Luego prometimos portarnos bien, ser civilizados y buenos compañeros, y empezar el

entrenamiento extra el próximo día, viernes. El plan ideal para acabar la semana.

Cuando nos dejó marchar, salí delante de Óliver y ni siquiera lo miré; lo oía caminar detrás de mí. Ambos nos dirigíamos hacia los vestuarios, ya vacíos después de que nuestros compañeros se hubiesen duchado y largado.

—Oye, Manu…

—Caviedes.

Bufó, quizá aguantándose las ganas de arrearme un guantazo, y tardó un par de segundos más en retomar la conversación que él mismo había iniciado.

—*Caviedes*, con eso del castigo vamos a tener que pasar tiempo juntos, y yo no quiero más líos con el entrenador. Igual es más fácil si cada uno va a lo suyo y no nos hablamos, ¿no?

Esa había sido la idea desde que me enteré de que Óliver estaba en el equipo, y me había salido regular, pero si él también se lo proponía, sería más sencillo.

—Por mí bien.

Óliver asintió con la cabeza.

—Mira, yo no he venido aquí buscando problemas, así que trata de no meterme en ninguno más —añadió, y, con todos sus huevazos, sacó la toalla de la mochila y se piró a las duchas. Podría haberle respondido o, mejor, volver a empujarlo por la espalda y rematar lo que se quedó a medias en el campo; me aguanté las ganas. Cogí la bolsa verde y negra del club y salí de los vestuarios. Ya me ducharía en casa, no me apetecía pasar más tiempo allí.

Mis hermanos habían bajado hasta el césped y corrían junto a la perra, que ladraba feliz, un borrón que iba de acá para allá bajo los potentes focos del campo. El cielo estaba encapotado, unas nubes oscuras amenazaban con calarnos de camino a casa, y corría una brisa que arrastraba el olor de los prados que nos rodeaban, masas negras ahora que empezaba a anochecer.

Carla fue la primera en llegar hasta mí.

—Pegarse está fatal. Se lo voy a decir a mami.

Traté de disimular la sonrisa.

—Y chivarse es bastante feo, Carla —le dije, mientras Elena ya celebraba mi llegada dando saltos alrededor y Mario se quedaba parado delante de mí, con los brazos estirados.

—¿Me llevas en brazos? —me pidió él, interrumpiendo el indignado discurso de mi hermana sobre por qué pegar estaba mal, que la violencia no era la respuesta a los marrones, más bien una salida que utilizábamos para soltar nuestra frustración, y todas esas ideas que yo mismo le había enseñado, casi palabra por palabra. Visto en perspectiva, no dejaba de tener su gracia.

—Pero si ya eres mayor… —respondí a Mario.

—¿Me llevas?

Unos minutos después, salíamos de las instalaciones: yo, cargando con Mario, que me rodeaba la cintura con las piernas y el cuello con los brazos; y Carla, con la correa de la perra bien sujeta en la mano. Junto a las bicicletas, que habíamos amarrado a una barandilla cercana, nos esperaba Nano subido en su moto. Conducía una Kawasaki de *motocross* verde fluorescente y blanca guapísima, regalo de sus padres por aprobar los exámenes para entrar a la uni hacía un par de años, que quería más que a nadie. Con el casco puesto, uno muy hortera que parecía sacado de los *Transformers*, sacudió la cabeza hacia mí en cuanto nos acercamos.

—¿Mucha bronca o qué? He estado a punto de entrar a rescatarte.

Solté aire en una sonrisa y di un pequeño salto sobre el sitio para cargar mejor con Mario, que se me escurría porque ya empezaba a pesar lo suyo. Se volvió a recolocar, apoyando la cabeza sobre mi hombro, y a punto estuve de volver a espabilarlo: teníamos que regresar a casa cada uno en su bici.

—Nos ha caído entrenamiento extra hasta Navidad. Casi nada —ironicé.

—Te lo has buscado, hermano. ¿Qué te pasa a ti con Óliver? No le das tregua.

Varios metros más allá, Carla permanecía atenta a la conversación mientras dejaba que Elena olisqueara el suelo. Cambié el peso de pierna y volví a centrar la atención en mi amigo.

—¿Qué le pasa a él conmigo? —contrataqué. Ante mi tono, Nano levantó las manos y Carla arrugó el morro. Debía de estar haciendo

una lista mental de las cosas de las que se chivaría más tarde a nuestra madre.

—Relájate un poco, anda.

No me dio tiempo a responderle: Nano se removió en el asiento de la moto y saludó con la cabeza a alguien que llegaba por mi derecha. Óliver. Llevaba el pelo mojado, una camiseta del mismo azul que sus ojos y la bolsa con la equipación colgada del hombro. Parecía salido de Oxford o Cambridge, o una universidad del estilo. Devolvió el saludo con la mano y Nano no hizo el intento de hablar con él, así que sentí un orgullo absurdo; al menos, mi mejor amigo no me traicionaba poniéndose del lado del nuevo. Carla, indecisa por si tenía que ser educada o guardarme fidelidad por la sangre que nos unía, musitó un «adiós» para el cuello de su camiseta que Óliver correspondió con una sonrisa cuando pasó junto a ella.

Continuó caminando hacia el pueblo y lo perdimos de vista.

En cuanto se abrió la puerta de la calle, Elena corrió a saludar a mi madre, que llegaba casi a la una de la madrugada de estar con Tomás. Solía esperarla despierto, y las noches que tenía guardia o se quedaba en casa de su novio, yo daba mil vueltas en la cama como un imbécil.

Me tumbé de costado, contra la pared, y fingí dormir cuando la puerta de mi habitación se abrió y mamá se asomó. No me apetecía hablar con ella. Como hacía siempre, se acercó hasta la cama de Mario y le dio un beso; después, me tocó el turno: me acarició la cabeza y se quedó un instante ahí plantada, supongo que observándome, hasta que se retiró y salió del cuarto con el mismo cuidado con el que había entrado.

Desbloqueé el móvil y durante unos segundos su luz me cegó. Luego me incorporé, doblé la almohada y me apoyé contra el cabecero. Mario ni se inmutó. Su respiración me tranquilizaba, y traté de dejarme llevar por esa sensación. Hasta que la razón de haber desbloqueado el móvil arrasó con ella.

Como un abejorro zumbando junto a mi oído, no dejaba de pensar en lo mismo: ¿por qué se había ido Óliver del otro equipo? Según

Alfonso, había «salido mal» del Nansa. ¿Habría tenido algún jaleo con sus compañeros? Tampoco me hubiese extrañado. No porque fuese un pavo problemático, de esos que buscan bronca a la mínima, no; más bien porque era inaguantable, intentaba ir de mosquita muerta y miraba a todos por encima del hombro, sobre todo a mí.

No me costó encontrar su cuenta de Instagram. Óliver Cueto tenía 937 seguidores, seguía a 401 personas y solo había publicado cuatro fotos: una de un río, supongo que el Nansa, del que su antiguo club había pillado el nombre; otra de la pulsera de un festival de música al que yo también había ido hacía unas semanas; otra de un gato negro al que daban ganas de acariciar, si no fuese por su cara de mala hostia; y otra, la más reciente, en la que aparecía él en primer plano en un jardín, con varios árboles (¿un sauce y una encina?) al fondo. Llevaba un ridículo gorro de paja, de esos que regalan en las verbenas; una camisa con varios botones desabrochados, que dejaba al descubierto la piel algo tostada por el sol, y unos vaqueros claros. Entrecerraba un ojo por la intensa luz, tenía los brazos a la espalda y se le veía relajado. Agarrada a su cintura, una chica con los mismos ojos y el mismo sombrero que él sacaba la lengua a la cámara. Si no recordaba mal de los partidos en los que nos habíamos enfrentado, era su hermana.

El pibe resultaba aburrido hasta en Instagram.

No sabía qué esperaba encontrar, pero aquello no me resolvió las dudas. Tampoco los perfiles de sus excompañeros de equipo. Cerré la aplicación y entré en WhatsApp.

jue, 01:07

manu:
tú sabes por qué óliver dejó el nansa?

nanohermano:

Qué más te da?

manu:

lo sabes o no?

nanohermano:

Puto borde, hermano

Me ha contado q se ha cambiado de carrera y ha empezado a estudiar en Santander

Así q le venía mejor

manu:
nada más?

nanohermano:

Eso es todo lo q sé

Por qué?

manu:
por saber el conocimiento es poder

nanohermano:

Tú quietecito y tranquilito, eh?

Q nos conocemos

manu:
sí, mamá

Capítulo 4

MANU

Para cuando el viernes me cambié y salí al campo, la mayoría de mis compañeros ya estaban en el césped. Mis hermanos y yo habíamos tardado casi veinticinco minutos en llegar, y eso que Elena se había quedado en casa. A veces pasaba. Días en los que Carla y Mario se ponían de acuerdo para volverse cansinos, al menos un rato, y se despistaban con algún pájaro («¿Es un estornino, Manu? ¿Manu, es un estornino? ¿O un mirlo? Tenemos que preguntárselo al Migueluco. ¿Qué es, Manu? ¿Manu?»), paraban porque aseguraban estar agotados de pedalear y se quejaban por el calor o el frío o el viento o un mosquito que se les había metido en el ojo o en la boca.

Llegué al entrenamiento con las manos llenas de grasa, la cadena de la bici de Mario se había salido dos veces, y la prisa mordiéndome el culo. No podía permitirme llegar tarde siendo capitán, y mucho menos después de la bronca de Alfonso.

Con un vistazo rápido comprobé que faltaban varios compañeros más. Al menos, no era el último. Miré hacia las gradas, desde donde mis hermanos me observaban, devolví el saludo a Mario y terminé de acercarme al grupo. Me colé entre ellos hasta dar con Nano, que hablaba muy animado con Hugo. Y con Óliver.

Al verlo ahí plantado, a Óliver, con una sonrisa relajada, atento a lo que decía mi amigo y los brazos a la espalda, me acordé de aquella foto que había encontrado en su Instagram la otra noche en la que tenía una pose parecida. Estuve a punto de preguntarle dónde se había dejado el sombrero de paja, pero sería admitir que había estado cotilleando, y el pavo no se merecía tanta atención.

—¡Caviedes! ¡Ven, ven, ven! —me saludó Nano, pasándome un brazo por los hombros y atrayéndome hacia él—. Dime que mañana por la noche tienes libre, no me falles, hermano.

Aunque entendía mi situación, Nano solía hablar de Mario y Carla como un trabajo a tiempo completo por el que no me pagaban nada. «La injusticia del milenio, hermano». En algunos aspectos, razón no le faltaba, e incluso yo en mis peores días pensaba algo así, salvo que no se trataba de un curro, sino de mi familia. Su manera de verlo a veces me mosqueaba, otras me divertía, y la mayoría me daba igual; ya estaba acostumbrado. En ese momento elegí la última opción.

—Depende —tanteé, mirando primero a Nano y después a Hugo, quien también me observaba con esa sonrisa de sobrado que ponía el noventa por ciento del tiempo, sobre todo cuando se lucía en un partido, y que no solía traer nada bueno.

Dudar fue un error de novato.

—Eso es que sí —confirmó Hugo, y Nano me dio un apretón en el hombro. Óliver, un poco más allá, observaba la escena en silencio, un testigo mudo de todo aquello con el que, de manera fugaz, me sentí identificado. Nuestras miradas coincidieron un instante, hasta que Nano se frotó las manos de manera exagerada y soltó una risotada.

—Que Óliver sepa cómo damos la bienvenida los Ojáncanos. ¡Se viene noche epiquísima!

Hugo se subió a la espalda de Nano, este echó a correr por el campo, ambos voceando, y los demás los acompañaron con gritos y promesas sobre la fiesta de la noche siguiente. Y aunque darle la bienvenida a Óliver me importaba de cero a menos diez, pronto se me contagió el entusiasmo de todos y a Alfonso le costó varios intentos hacernos callar.

Con el finde y la salida nocturna del sábado a la vista, el entrenamiento estuvo bien. Incluso sabiendo que cuando todos se marchasen me tendría que quedar con Óliver. No me importó demasiado, porque los dos estábamos comprometidos con eso de ignorarnos y no empeorar las cosas. En realidad, no podíamos ignorar al otro del todo, porque para la mayoría de las jugadas teníamos que interactuar, así que traté de tomármelo como si Óliver

fuese un monigote puesto ahí por Alfonso; un monigote que llevaba una cinta negra para apartarse el pelo y que, cuanto más concentrado estaba en el juego, menos sonreía.

Terminada la sesión, a mis compañeros les faltó tiempo para salir corriendo hacia las duchas. Solo Óliver y yo permanecimos en el césped a una distancia prudencial, esperando las instrucciones de Alfonso para comenzar el castigo. Descrucé los brazos para saludar a Mario, que volvía a agitar la mano desde las gradas, y me acerqué al míster.

—Haced los ejercicios que os dé la gana, pero de aquí no os mováis hasta dentro de una hora, ¿entendido?

Noté a Óliver a mi derecha, cerca, y aun así no lo miré, ni siquiera de reojo. No sabía qué cara estaría poniendo. Qué más me daba.

—Entendido —dijimos prácticamente a la vez. Carraspeé y, en cuanto Alfonso se dio la vuelta, directo a su despacho, me puse manos a la obra. Si me tenía que quedar allí, al menos aprovecharía el tiempo, no iba a pasarme el rato sentado en el césped contemplando el mar mientras Óliver ganaba resistencia o velocidad o habilidad o más puntos con el entrenador.

Él se fue cerca de una portería, y yo a la otra. Coloqué en fila seis conos que habíamos utilizado en los primeros ejercicios del entrenamiento y me pasé diez minutos sorteándolos con el balón. Me llegaban los aplausos y vítores de Mario, ya aburrido; en cambio, Carla se entretenía con mi móvil. Más tarde tendría que comprobar qué había estado haciendo.

Óliver se dedicaba a chutar a portería. No lo hacía del todo mal, pero si levantaba más la pierna hacia atrás y doblaba otro poco el cuerpo justo antes de patear la pelota, ganaría potencia en el disparo. Seguí a lo mío. Aumenté la velocidad a la vez que controlaba el balón entre los conos, concentrado en esquivarlos, por eso los pitidos de Alfonso con el silbato me pillaron desprevenido.

—Señoritas —nos llamó, y apreté la mandíbula—, cuando os dije que teníais que entrenar juntos no me refería a compartir el campo, sino a aprender a trabajar con el otro. Esperadme aquí.

—Gilipollas —murmuró Óliver. Había sido lo suficientemente listo como para esperar a que Alfonso no escuchara el *piropo*, yo sí lo

hice. Por una vez, estaba de acuerdo con él. Me mantuve de brazos cruzados esperando el regreso del entrenador. Salió de las oficinas unos minutos después e hizo una seña a mis hermanos para que bajasen a su encuentro. Por los movimientos de Carla y de Mario, y la breve conversación que intercambiaron, se estarían preguntando qué ocurría. Hicieron caso y se acercaron a Alfonso. Con un golpe de cabeza, los invitó a caminar con él, y vinieron hasta nosotros.

—¿Queréis ayudarme a entrenar a estos dos? —les preguntó. Ellos asintieron rápido. Mario le dio la mano a Carla y me miraron. Yo no tenía ni idea de lo que pretendía Alfonso, pero al menos los tendría entretenidos un rato.

»Os voy a dar un silbato a cada uno —comenzó a explicarles—, y cuando veáis que Manu u Óliver se alejan del otro, silbáis. Por cada pitido que oiga desde mi despacho, sumaré un día más al castigo, ¿entendido?

Por las caras de satisfacción de mis hermanos, estaban encantados con su tarea; no por influir en nuestro castigo, no tenían tanta malicia, sino por la responsabilidad y el poder que les había otorgado el entrenador. Por una vez, ellos serían responsables de mí, y no al revés.

—¿A qué distancia tenemos que estar? —pregunté, para dejar las cosas bien definidas y que todos los involucrados lo tuviésemos claro. No quería más líos.

—Un par de metros, tres máximo, no necesitáis más para hacer los pases.

Óliver asintió con la cabeza y, por su sonrisa, la presencia de mis hermanos lo divertía. No los conocía, no sabía lo *peligrosos* que podían llegar a ser con cualquier chisme que armase barullo, como el dichoso silbato.

Alfonso se marchó de vuelta a su despacho, y mis hermanos se quedaron apoyados contra la barandilla que separaba el césped de las gradas. Ambos llevaban los silbatos colgados del cuello, parecían un rey y una reina recién coronados, y Óliver y yo, los bufones de la corte. Sonreí un poco y, para tantear, caminé hacia la izquierda, alejándome de él. Carla hizo sonar el silbato al instante. Qué niña.

—¡Esta no vale, era de prueba! —grité para que Alfonso me oyese desde el interior de las instalaciones. Pasaba de que con la tontería nos sumase un día más a un castigo que acababa de empezar.

Óliver se rio, lo miré de reojo, y luego pegué una carrera para acercarme a la pelota que había dejado en el césped. Antes de que Mario o Carla utilizasen el silbato contra nosotros, Óliver me siguió.

—Podemos hacer esto sin hablar, solo lo justo —sugerí—. Empezamos con los pases que nos ha dicho Alfonso, desde medio campo hasta tirar a portería, y ya veremos qué hacemos después. ¿Te va bien así?

—Claro, capitán.

No sonrió, ni siquiera moduló la voz de una forma diferente, tan solo alzó las cejas de manera muy sutil. Sabía que me llamaba así para vacilarme; lo pasé por alto, más que nada porque… me hizo gracia. Me aguanté la sonrisa, asentí con la cabeza y cogí distancia (máximo tres metros, recordé). Ambos nos colocamos en el centro del campo y empezamos a pasarnos la pelota mientras avanzábamos hacia la portería.

Estaba claro que ninguno quería sumar más días al castigo, porque permanecimos cerca del otro en todo momento, concentrados en los pases, en recibir bien el balón, en correr a la misma velocidad, en mantenernos coordinados. En silencio.

Durante un rato, mis hermanos nos observaron casi sin pestañear, atentos a nuestros pasos y a la distancia que nos separaba, para cumplir con su trabajo. Como con todo, acabaron hartándose, y un rato más tarde Mario comenzó a soplar el silbato de manera intermitente pero constante.

—¡No nos estamos alejando! —me quejé, levantando los brazos—. ¡Mario, para! ¿Qué haces? ¡Seguimos cerca!

Mi hermano continuaba haciendo sonar el cacharro bastante animado; Carla se partía de risa.

—¡Estamos pegados! ¡Estamos pegados! —gritó Óliver, acercándose a mí hasta que nuestros brazos se rozaron. No se separó, notaba su antebrazo presionando contra el mío, sus pelos acariciándome la piel; me hacía cosquillas. Miraba a mis hermanos aguantándose la risa.

Mario continuó tocando el silbato hasta que se quedó sin aire o se cansó y dio por finalizado el numerito.

—¿¿Lo habéis oído?? —nos dijo con una sonrisa que dejaba al descubierto el hueco en la parte inferior de la boca, de los dos dientes que le faltaban. Estaba siendo un buen año para el ratoncito Pérez—. ¡Era *Como Camarón*! —aclaró, con un orgullo casi sólido en la voz.

Entonces se me escapó la risa a mí. Así, tal cual, según lo escuché, aunque estuviese cansado y harto del entrenamiento y tuviese al imbécil de Óliver rozándome con el bracito de los huevos. Aquello no se parecía en nada a la canción, más bien sonaba como la llegada de un tren a la estación, pero mi hermano le había echado ganas y era lo que contaba.

—¿Qué estaba silbando? —me preguntó Óliver, la curiosidad dibujada en las cejas, levemente fruncidas, y en la sonrisa sincera que le llenaba la cara.

—*Como Camarón*, de Estopa —le conté porque me había pillado de buen humor. Cuando me alzó las cejas, le aclaré—: Es nuestra canción favorita.

Carla, Mario y yo habíamos crecido escuchando la música preferida de nuestra madre: Estopa, La Fuga, Extremoduro y Marea; también algo de M-Clan y Pereza, e incluso La Oreja de Van Gogh, en esos días en los que no podía levantarse de la cama. Podríamos haberles cogido manía a todos esos grupos o pasar de ellos, pero nos gustaban.

Óliver y yo nos miramos unos segundos más, yo esperando su respuesta; no me dijo nada, solo me miraba y me miraba y me miraba, hasta que desvió la vista de nuevo hacia Mario. Se llevó dos dedos de cada mano a la boca y empezó a chiflar fuerte. El efecto fue instantáneo: mi hermano estiró la espalda, aunque también tuviese la cara roja por la atención de mi compañero, y levantó el puño con el silbato encerrado en él. Acompañé a Óliver con mis aplausos y berridos. Carla bailaba en el sitio.

Alfonso apareció sobándose la calva con una mano antes de volver a colocarse la gorra, el pelo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las orejas y la nariz, y nos pilló a Óliver y a mí parados en un

extremo del campo, contemplando a mis hermanos, casi codo con codo y de jajás.

—¿Qué está pasando aquí, que no dejo de oír el silbato de los cojo… de las narices? —rectificó, ante la atenta mirada de Carla, quien seguro que ya estaba anotándose mentalmente la casi palabrota del entrenador para contárselo a mamá, como si nuestra madre tuviese algún poder sobre él—. ¿Cuántos días tengo que sumaros?

—¡Ninguno, entrenador! ¡No pasa nada! —dijo ella—. Solo estábamos probando, que no funcionaban bien.

Mario me buscó ante la mentira tan descarada de Carla, y le alcé el pulgar: mi hermana solo trataba de salvarnos el culo. Más tarde tendría que encontrar la manera de explicarle por qué algunas mentiras estaban bien y otras no. Ahora Mario me devolvió el gesto casi al mismo tiempo que Óliver se separó de mí, y su brazo, por fin, dejó de abrasarme la piel.

El entrenamiento terminó media hora después, cuando Alfonso volvió a buscarnos y nos mandó a las duchas. Para entonces, Carla y Mario ya estaban aburridísimos, Mario tumbado en el césped con las manos en la tripa y la vista en el cielo, y Carla lanzando suspiros.

—Ve a ducharte, ya recojo yo esto y les echo un ojo —se ofreció Óliver, señalando hacia los conos y las pelotas desperdigadas por el campo y luego a mis hermanos. Estuve a punto de negarme, por eso de dejarle bien claro que no necesitaba la ayuda de nadie, y menos la suya, pero Carla y Mario, que lo habían oído, ya se habían puesto en movimiento, dispuestos a salir corriendo a casa en cuanto yo estuviese listo.

Asentí con la cabeza una vez, el «gracias» se me atascó en la garganta.

—El lunes me encargo yo —prometí, y antes de que Óliver me dijese nada más, pegué una carrera hasta las duchas. La despedida, diez minutos más tarde a las puertas del vestuario, fue rápida, más efusiva por parte de mis hermanos que de mí. Un «mañana nos vemos» de él, porque su fiesta de bienvenida seguía pendiente, un «sí» mío y una sonrisa sin apenas dientes por parte de Mario, deslumbrante la de Carla, antes de marcharnos.

Capítulo 5

ÓLIVER

El primo de Cobo, el portero, trabajaba de camarero en la Capilla y nos había conseguido entradas gratis con una consumición a todo el equipo, un puntazo, la verdad. Llegamos la mayoría ya perjudicados tras hacer la previa en casa de Nano, yo era el más sobrio de todos, y Manu apareció el último, cuando cantábamos la última sesión de Bizarrap como si nos fuese la vida en ello. Me ignoró.

Después de un rato ya me había anudado la camisa a la cintura y las mangas cortas de la camiseta me las había subido hasta los hombros. Tras una hora en el *pub*, Manu aún no me había mirado. Cada vez que lo hacía yo, él tenía un vaso en la mano que nunca se acababa, no porque no bebiera, sino porque pedía una copa tras otra. Me habría dado igual que pasase de mí si yo tuviese algo más de confianza con mis compañeros, aparte de Nano, que era muy majo, pero estaba a mil historias a la vez. Manu y yo ni siquiera nos caíamos bien, sin embargo, nos conocíamos desde hacía tiempo, y eso me daba cierta seguridad en medio de tanto desconocido. Desde lo que pasó en el Nansa, me sentía como un tentetieso, una de esas figuras redondas por la parte inferior que se balancean en todas direcciones, sin ninguna estabilidad. Habría preferido que el capitán se me acercase a soltarme cualquier borderío de los suyos a quedarme colgado sin saber con quién hablar. Ese toma y daca con Manu era terreno familiar, era pisar sobre seguro. No vino y yo traté de engancharme a alguna de las conversaciones que, a gritos, mantenían los demás.

El calor en el local era cada vez mayor, los dueños debían de tener la calefacción a tope para *obligarnos* a comprar más bebidas si no queríamos morir deshidratados. Aunque también nos empujaba a mear cada dos por tres. Cuando me iba a escabullir al baño, Nano me enganchó. Su camiseta decía: *Me he tomado más cubatas que decisiones buenas en mi vida* y era casi todo lo que tenías que saber

sobre él. A su lado estaba Manu, que llevaba uno de sus habituales pantalones anchos y una camiseta dos tallas más grande, porque se creía un rapero de los 2000 o muy alternativo o vete a saber. Nano nos pasó un brazo por encima de los hombros, más bien se colgó, y nos atrajo hacia él hasta que nuestras cabezas quedaron a poca distancia, para que lo escuchásemos bien.

—Aquí el capitán es mi hermano —me empezó a decir, como si yo no lo supiera, cuando a Manu solo le había faltado mear alrededor de Nano el primer día—, y tú —añadió, apretándome el brazo— acabas de llegar y ya me caes de locos. Así que os tenéis que llevar bien, no hay más.

A Manu se le escapó la risa, de esa que sale por la nariz con un resoplido, con el vaso ante la boca y los hombros encorvados hacia delante. Era extraño verlo… contento. Asentí con la cabeza varias veces y le seguí el rollo a Nano con una sonrisa, porque lo que nos proponía —más bien, exigía— me despertaba mucha ternura. Parecía un niño pidiéndole a sus padres recién divorciados que, por favor, volviesen a estar juntos. Por intentarlo, que no quedase.

—Eso díselo a él, que me tiene una tirria… —bromeé. Prefería llevarme bien con todo el mundo, y solía hacerlo, pero con Manu era difícil, sobre todo después de tantos años.

—No le tengo tirria, ¿qué dice? —respondió rápido hacia Nano, las últimas palabras con cierto retintín, porque hablarme directamente a mí era mucho para él. Me volví a reír, su comportamiento infantil me hacía gracia, y se inclinó hacia delante y me miró—. No te tengo tirria, ni manía, ni nada así —me aclaró con el ceño fruncido, ese gesto común en él. Sus cejas oscuras y espesas coronaban unos rasgos duros, poco amigables, que contrastaban con la suavidad con la que observaba siempre a sus hermanos. Tenía nariz romana, los ojos rasgados, la mayor parte del tiempo una rojez le cubría los pómulos y al sonreír se le levantaba más la parte izquierda que la derecha. Era guapo, el capitán.

Y, por su forma de comportarse, incluso borracho, parecía mayor: a su lado me sentía un adolescente al que le acababa de cambiar la voz.

—Pues cualquiera lo diría, hermano. —Nano le dio un golpe flojo en la espalda y buscó mi complicidad—. Cuando quiere sabe ser simpático, ¿eh? Lo que pasa es que lo has pillado en una mala racha, lleva mucho sin mojar, y… —Él mismo se interrumpió al reírse fuerte, mientras Manu se echaba sobre él para impedirle continuar.

Forcejearon, Nano ya con la risa floja y Manu con una sonrisa que comenzaba a asomarle por mucho que le fastidiase hacerlo delante de mí (porque yo ya tenía claro que le molestaba mostrarse agradable conmigo, y si lo hacía, como el día anterior en el entrenamiento, reculaba, como ahora). Me reí con ellos, aunque me sentía lejos de ambos, partícipe de la broma por simple educación. Dejaron de pelearse al aparecer varias chavalas que se colaron entre nosotros. El grupo las recibió como si fuesen las únicas chicas del *pub*, las primeras que habían visto en su vida, y empezaron las presentaciones y la batalla por ver quién llamaba más la atención. A veces los tíos dábamos pena.

Acabé lejos de Nano y de Manu, junto a una pelirroja que enseguida me dio dos besos y me contó que se llamaba Laura y que sus amigas y ella esa noche celebraban un cumpleaños; tenía una capacidad admirable para hablar sin apenas respirar. El codazo que me metió el Toloqui en el costado me confirmó lo que yo ya sabía: la tía estaba bien, llamaba la atención, y se había acercado a mí entre todos los que formábamos el equipo. De entre los más de veinte que éramos, justo a mí. Pobrecita. Me dio la risa.

—¿De qué te ríes? —me preguntó ella con una sonrisa algo confusa en sus labios pintados de rojo.

Me aparté el pelo hacia atrás y acerqué la cabeza a la suya.

—Deberías hablar con mi amigo el Toloqui, que te cuente por qué lo llaman así —le dije, separándome lo justo para mirarla con las cejas alzadas, intentando despertar su curiosidad. Lo malo de poner a menudo excusas es que llega un momento en el que se te terminan y recurres a las mayores chorradas para salir del paso. La chica no me incomodaba, sí que malinterpretase la situación—. Yo es que me tengo que ir ya, pero él es la joyita del grupo —le aseguré sin saber realmente cómo era, más allá de un buen mediocentro por el par de entrenamientos que habíamos hecho juntos.

La chavala, más desconcertada que ofendida, echó un vistazo a mi compañero y volvió a mí.

—Invítame a algo y te perdono la espantada —me respondió con descaro.

—Pero no les cuentes nada a los demás —añadí al trato, y aceptó.

Si por siete euros me escapaba de la situación, quedaba bien y además ella no les decía a los otros que la había rechazado, todos ganábamos. Partido, temporada y ascenso.

Diez minutos después, estaba fuera. Me había vuelto a poner la camisa porque hacía algo de rasca y observaba a la gente de mi alrededor apoyado en la pared de un herbolario cerrado a esas horas. Una pareja se enrollaba más allá junto a un coche; tres chicas le acariciaban la espalda a otra que, sentada en el borde de la acera, parecía a punto de vomitar; otros esperaban la llegada de taxis y algunos decidían a qué otro local ir.

—¿Fumas?

No lo vi llegar, por eso la repentina presencia de Manu me alborotó. Llevaba la camiseta manchada de ron, ginebra o lo que fuese que estaba bebiendo Nano cuando se lo tiró poco después de pedírselo. Estaba algo estirada por el cuello, y los ojos le brillaban por el alcohol. Acomodé la espalda y jugueteé con el cigarro que tenía entre los dedos. Luego me encogí de hombros.

—Solo cuando salgo —me defendí, porque la pregunta de Manu sonaba a ataque con toda la munición.

—Es de imbéciles. Y no te pega.

—Ahí te voy a dar la razón… —Y a pesar del insulto, sonreí mientras él se apoyaba junto a mí, el hombro contra la pared de granito, y fruncía las cejas. Siempre me miraba así, como si yo fuese un enigma que tenía que resolver y, al mismo tiempo, me estuviese perdonando la vida. Le ofrecí el cigarrillo.

—¿Qué haces? Yo no soy tan imbécil.

«Como tú», leí en su mirada, y sonreí más. Los malos humos de Manu, sus contestaciones o su actitud conmigo ya no me molestaban (demasiado). La mayoría de las veces me resbalaban,

porque había entendido hacía tiempo que el chaval era gilipollas y no había manera de arreglarlo. Así que sus demostraciones de gilipollez me hacían cada vez más gracia. Tenía su mérito.

—No se lo digas a Alfonso —le pedí antes de dar otra calada, casi apurando su final. No apostaba por que él me hiciese aquel favor y tampoco pasaba nada si el entrenador se enteraba, pero cuantos menos sermones, mejor.

—¿Por qué lo haces? —me preguntó cruzando los brazos sobre la mancha que adornaba su camiseta gigante, ahí plantado con sus pantalones gigantes, sus cejas gigantes y su mala leche constante y gigante. Manu el gigante.

—¿Fumar? Empecé con mis amigos por la tontería —reconocí—, y acabé pillándole el gusto.

—Sigue siendo de imbéciles.

—Y tú bebido eres igual de simpático que sobrio… —respondí bajando la voz, porque no buscaba bronca, y mucho menos con él. Desde hacía una temporada trataba de evitar los problemas, aunque ellos me persiguieran a mí y ya estuviese castigado hasta Navidad, así que di una nueva calada y aguanté las ganas de disculparme. Él debió de notarlo porque, durante un par de minutos, los que tardé en terminarme el cigarro, apagarlo contra la suela de la playera y tirarlo a un contenedor, ninguno de los dos dijo nada. A nuestro alrededor la chavala seguía sin vomitar, los que antes se morreaban ahora discutían y quienes decidían a qué otro bar marcharse ya se habían ido.

Manu, que había aguantado el tipo apoyado en la pared, se dejó resbalar hasta acabar en el suelo. Yo, en cambio, permanecí de pie, observándolo desde la altura que nos separaba. Esa distancia me daba ventaja, porque, normalmente, él me sacaba casi un palmo. Descubrí que tenía una cicatriz de cuatro o cinco centímetros en la parte alta de la cabeza, donde el pelo, de por sí corto, le crecía menos. La piel de esa zona parecía más lisa que el resto e invitaba a pasar un dedo sobre ella.

—Vas fino, ¿no?

—Pero controlo —afirmó rotundo y borracho, sentado donde algún perro habría meado, por no aguantar más tiempo de pie—. ¿Dónde

está la pava esa?

—¿Qué pava?

—La pelirroja que se te ha acercado —me aclaró con la cabeza levantada hacia mí para poder mirarnos. Cuando iba a responderle, añadió—: Estaba buena.

—Ya. —Colé los dedos entre el pelo, algo enredado y sucio del sudor y el humo, y me lo eché hacia atrás. Luego, me agaché hasta sentarme a su lado, con las piernas estiradas y la espalda contra la pared—. Pues ni idea, yo me he salido y ella se ha quedado en la barra.

Soltó aire por la nariz, entrelazó los dedos y apoyó las manos sobre la cabeza, con la mirada al frente, y me entraron unas ganas ridículas de saber qué observaba, por qué ya no me miraba a mí, si era yo con quien estaba hablando.

—¿Y qué haces todavía aquí? ¿Me estabas esperando? —preguntó, y tardé en darme cuenta de que estaba bromeando, bromeando *conmigo*, o vacilándome, me daba igual. Le alcé las cejas cuando por fin me miró.

—Sí, para acompañarte a casa de la manita.

Manu resopló e incluso puso los ojos en blanco, y como si le hubiese recordado algo, levantó el culo para sacar del bolsillo su móvil. Encendió la pantalla, volvió a bloquearla y tiró el aparato sobre su regazo.

—Pues tengo que estar en media hora. —Resopló otra vez, agobiado—. ¿Si poto se me pasará?

Me lo preguntaba de verdad, ya no había nada de vacile en sus palabras. Eran casi las cuatro de la mañana y, entre que pedía un taxi, lo recogían y llegaba a casa, tardaría otro buen rato más. Aparecería con una borrachera difícil de ocultar, y a sus padres no les haría gracia y sumarían un castigo al que ya teníamos en el fútbol.

Estuve a punto de no hacer nada, no era mi problema; sin embargo, enseguida me di por vencido: cualquiera en mi situación haría lo mismo, es decir, ayudarlo. Dejarlo solo sería de capullo, por muy gilipollas que fuese Manu conmigo a veces (o la mayor parte del tiempo).

—Espérame aquí, que voy a buscar a Nano. No te muevas.

Asintió con la cabeza, apoyada en la pared, y me levantó un pulgar. La imagen en sí era graciosa, así que volví a entrar al *pub* riéndome yo solo, hasta que Cobo me dijo que Nano hacía rato que había desaparecido con una de las amigas de Laura. No me apetecía ir uno por uno a ver quién acompañaba a Manu a casa, sobre todo porque prefería evitar que me preguntasen si me había enrollado con Laura y mentirles a la cara. Decidí encargarme yo.

Manu seguía donde lo dejé, rodeándose las rodillas con los brazos y la cabeza sobre estos. Pillarlo con la guardia baja era raro. Le toqué el hombro con suavidad para hacerme notar y levantó la vista hacia mí, los ojos rojos a juego con las manchas rosáceas que adornaban casi siempre su cara.

—Necesito tu dirección para pedirte un taxi.

—Vivo en Brena.

—Eso ya lo sé. —Sonreí—. Pero me tienes que decir la calle y el número.

El chaval no cooperaba. Volvió a cerrar los ojos y a repetirme el nombre de su pueblo. Hacía un rato, estaba más sereno que ahora, incapaz de hilar dos pensamientos seguidos, o sin ganas para ello. No podía presentarse así delante de sus padres.

—¿Tienes el DNI?

Me tendió el móvil, y probé: al quitarle la funda que llevaba en la parte trasera, negra y de silicona, vi que guardaba en ella un billete de veinte y la identificación. Hice una foto con mi móvil a la dirección que figuraba en el carné y se lo devolví.

—Manu —lo llamé, tocándole la rodilla. Él volvió a levantar el pulgar sin abrir los ojos—. Tienes que espabilar, capitán, no puedes llegar a casa así.

—Es que tengo sueño.

—Ya, por eso. Cuanto antes te despejes, antes puedes irte a la cama, ¿vale? —le conté paciente, despacio, como si le hablase a un niño. Me recordaba a él mismo tratando de que sus hermanos le hicieran caso. Con ellos tenía toda la paciencia que perdía conmigo —. Escucha, vamos a hacer una cosa: nos vamos al *burger* de aquí

al lado, que abre toda la noche, nos comemos algo, bebemos mucha agua y esperamos un rato, ¿cómo lo ves?

Aceptó el plan alzando una vez más el pulgar.

Capítulo 6

ÓLIVER

Google Maps me decía que del *pub* a la hamburguesería se tardaba andando cuatro minutos, solo había que seguir el Río de la Pila, aquella calle llena de bares, hasta el final; Manu y yo tardamos más de quince. Influyeron, claro, las paraditas del capitán, cada dos pasos, para quejarse de que tenía sueño y estaba cansado; los amagos de vomitar (hasta que vomitó) y la meada que echó en un callejón. Cuando entramos en el *burger* estuvieron a punto de saltárseme las lágrimas, *We Are the Champions* sonaba en mi cabeza y sabía que, de ser creyente, me habría ganado pase directo al cielo.

Levanté los brazos, triunfante, mientras me dejaba caer en uno de los sofás plastificados delante de la mesa que habíamos elegido y Manu se derrumbaba en el de enfrente. El sitio imitaba uno de esos *diners* estadounidenses tan de película, con paneles que separaban las mesas, colores pastel y una gran gramola al fondo para que los clientes eligiesen canción. Sonaba Sabrina Carpenter por el hilo musical.

—¿Cómo lo llevas, capitán?

Manu gruñó y yo me reí, me aparté el pelo hacia atrás y cogí una de las cartas enganchadas en el servilletero.

No tardamos demasiado en decidirnos, o más bien yo decidí qué quería (la hamburguesa más completa de la carta) y Manu pidió lo mismo porque no estaba para pensar. Era más fácil dejarse llevar, aunque ese Manu dócil era nuevo para mí. Tenía delante una criatura mitológica que solo aparecía ante el Elegido unos instantes. Al menor movimiento, se esfumaría y volvería Manu Rex, ese que quería morderme cada vez que yo abría la boca.

—¿Tus padres te esperan despiertos? Vas a llegar *un poco* tarde —lo avisé tras comprobar la hora en mi móvil. Pero entre recibir una bronca por llegar tarde y recibirla por llegar borracho, yo me

quedaba con la primera opción. Y él también, visto que había aceptado el plan de venirse al *burger*.

Levantó la vista hacia mí mientras jugaba con un azucarillo. Rompió una esquina del papel y, despacio, dejó caer el contenido sobre la mesa, en un montoncito.

—Mi madre —aclaró, y me guardé esa información en un cajón. Él seguía jugando con el azúcar, que había extendido por la superficie de formica; movía el dedo entre los granitos y dibujaba formas y letras, una montaña o una eme, no lo tenía muy claro—. Cuando llego tengo que ir a su habitación para pasar el triaje.

Me miró de nuevo. ¿Era otra broma? Por la leve sonrisa de sus labios, casi imperceptible al devolver la vista al azúcar, sí. Manu volvía a bromear conmigo. Me revolví en el asiento plastificado, que rechinó con la fricción de mis pantalones.

—Trabaja en un hospital —añadió, y entonces sonreí más, porque su broma cogía más consistencia. Dejé resbalar el culo en el sofá y apoyé las palmas de las manos sobre la mesa.

—Si te viese ahora, te pasaría directamente al nivel de reanimación.

—Código rojo.

Sonreí aún más; él intentaba dibujar una estrella en el azúcar sin mucho éxito.

—Deberías escribirle para decirle que no se preocupe ni te monte mucha bronca —le recomendé. En diez minutos Manu tenía que estar en casa y, a menos que se convirtiese en esa criatura mitológica, también capaz de teletransportarse, no iba a llegar a tiempo. Por lo menos tardaría una hora más, si la hamburguesa hacía el milagro.

Levantó la cadera, sacó el móvil de uno de los bolsillos delanteros y lo hizo resbalar por encima de la mesa hasta mí. Con algo de azúcar incluido.

—Escribe tú —me pidió—. Por favor.

—Vale.

Por un momento, con su móvil en la mano, me sentí muy poderoso. Si fuese alguien rencoroso, podría vengarme cotilleándole las fotos o tratando de encontrar a su ex en la lista de contactos

para rogarle volver. Pero no sabía quién era su ex o ni siquiera si tenía, y si había llegado hasta aquí con él, hasta el *burger* y las meadas en la calle y la vomitona, no iba a aprovecharme de la situación.

Abrí WhatsApp. La primera conversación era la del grupo del equipo de fútbol («Los Ojáncanos», se llamaba, superoriginal), en el que habíamos estado pasándonos fotos a lo largo de la noche; la segunda, con «nanohermano» (ninguna sorpresa); y la tercera, con su madre.

—«Mamá» —empecé a leer en voz alta a la vez que tecleaba—, «estoy cenando… con mi mejor amigo… Óliver». —Al oír esto, Manu levantó la cabeza, frunció las cejas, soltó un «¡Eh!» y estiró el brazo para quitarme el móvil, yo me eché hacia atrás con una sonrisa amplia y seguí escribiendo—: «Es un chaval… majísimo… y chulísimo».

—Claro, ¿y qué más? —me retó, repantingado en el sofá, con los ojos rojos y gesto divertido. Parecía relajado, como si los hombros le pesasen menos; como si esa *mochila* que llevaba a los entrenamientos y que lo convertía en un ogro sacado de un cuento infantil se hubiese esfumado durante un rato. Estaba bien verlo así, un Manu diferente a lo que me tenía acostumbrado.

Si él bajaba la guardia, yo también podía.

—«Interesantísimo…, divertidísimo…» —seguí la broma, escribiendo mientras hablaba.

—«Y, lo más importante» —continuó él en una mala imitación de mí (alguien debería decirle que las imitaciones no eran lo suyo)—: «guapísimo». —La última palabra la dijo ya riéndose de esa forma que había descubierto un rato antes, en el *pub*: cuando algo lo divertía de verdad, la risa le salía de la garganta y los hombros se le iban hacia delante. Ocurría poco, pero cuando sucedía era digno de contemplar.

—¡Oye! ¿Por qué te hace tanta gracia? ¡Si es verdad! Mira. —Me llevé el pulgar y el índice bajo la barbilla, y puse morritos. Manu se rio más.

—Qué pena no haberte hecho una foto para enseñársela a mi madre.

—Otro día te la mando… —Moví su móvil, que todavía tenía yo, y le sonreí. Luego, me volví a recostar hacia atrás y retomé la escritura del mensaje, que con la tontería no se lo había mandado y el tiempo seguía pasando—. «Mamá» —comencé de nuevo—, «voy a acompañar a… Nano a casa…, que no se encuentra… bien. Tardaré un rato… en llegar». ¿Mejor? —Estiré el brazo y le enseñé la pantalla para que viese el mensaje.

Manu entrecerró los ojos, le costaba enfocar.

—Pon «mami» en vez de «mamá» —me pidió, e hice el cambio aguantándome la risa. El Manu avergonzado era muy mono—. Creo que lo demás está bien.

—Pues enviamos.

Los dos tics salieron junto al mensaje, señal de que se había enviado, y llegó el camarero con nuestro pedido. Le devolví el móvil a Manu y nos repartimos la comida y las bebidas: hamburguesas con todo lo imaginado, patatas fritas y agua para los dos.

Durante un rato, hablamos de nuestros compañeros de equipo y mis primeras impresiones de ellos, que, para sorpresa de ambos, la mayoría coincidían con las de Manu (Hugo, a veces un poco subidito; el entrenador, a veces un poco fachilla; Nano, el mejor). Las patatas fritas iban desapareciendo y a las hamburguesas solo les quedaban tres o cuatro bocados. Con el estómago medio lleno y el mejor humor que había conocido en él, aproveché la oportunidad:

—Y ya que estamos…, ¿algún día vas a contarme por qué te caigo tan mal? —le pregunté con un tono de voz que invitaba a seguir con el buen rollo de la noche. Igual era tentar demasiado a la suerte, pero no me iba a ver en otra igual: era mi momento.

Por la expresión de Manu, no esperaba, ni de lejos, la pregunta. Mejor, así no tendría tiempo de pensarse demasiado la respuesta. Sus neuronas alcoholizadas tampoco le darían mucha cancha.

—No me caes *tan* mal —respondió rápido, casi a la defensiva, mientras dejaba la hamburguesa en el plato. Me esperaba esa contestación, en la línea del «No te tengo tirria» de un rato antes, con Nano. Sin embargo, no me la tragaba: parecía guardarme rencor desde hacía tiempo (¡años!), y el *recibimiento* al equipo había sido la confirmación.

Esa mala baba venía de largo.

Manu me tenía entre ceja y ceja desde que nos conocimos en un campus de fútbol de verano, yo con trece años, él con catorce, un pendiente recién hecho en la oreja cuando a los demás todavía no nos dejaban y un flequillo que se engominaba todas las mañanas para que le quedase levantado. A pesar de que se tenía que quitar el *piercing* para jugar, llegaba cada día con él para que se lo viésemos, y al final del verano fue el primero del grupo que se enrolló con una chavala un año mayor a la que le tocó las tetas, según le escuché contar con pelos y señales en los vestuarios. Yo no prestaba demasiada atención porque ni me interesaba enrollarme con nadie (y menos con una chica) ni lo que él pudiese decir. Solo me importaba el fútbol y pasar desapercibido en todo lo demás.

Ahora el que llevaba pendiente era yo y no él, pero Manu mantenía esa actitud soberbia, y la simpatía la reservaba para unos pocos privilegiados. Entre los que yo nunca me había encontrado, al menos con el Manu sobrio. Me gustaría decir que nos habíamos llevado bien y en algún momento la cosa se torció; la realidad era que le caí mal desde el primer día y no se molestó nunca en disimularlo; no disimulaba con catorce años, no disimulaba con veinte.

Así que, claro, él a mí tampoco me gustó. Mera reacción rebote. Noté su enemistad. Aquel chaval de ojeras permanentes, incluso con catorce años, y un aire felino, siempre a punto de arañar al menor estímulo, se convirtió en alguien a quien evitar o, según las circunstancias, molestar; en un rival.

—Venga, capitán, dime la verdad. Porque si yo no te caigo mal y me tratas así, cómo será con los que odias… —Abrí más los ojos, exagerando el gesto—. ¿Qué hice para que fueses desde el principio tan a piñón conmigo? —Y le di un puntapié por debajo de la mesa para empujarlo a hablar.

Se revolvió en el asiento sin mirarme y dedicó más tiempo del necesario a limpiarse las manos con un par de servilletas de papel.

—No hiciste nada, no sé —dijo al fin. Y como no iba a seguir, le di otro golpe. Me lo devolvió y le sonreí, y también me devolvió la sonrisa, mínima, porque las de verdad le costaban—. No hiciste nada

en concreto —continuó, mientras hundía una patata en el kétchup—, pero llegaste ese verano con tu familia perfecta…

Me reí con incredulidad.

—Eso no existe.

—¿El qué?

—La familia perfecta —respondí con la hamburguesa en las manos, pringosas, esperando para darle uno de los últimos bocados. Manu seguía enredando con las patatas y el kétchup, la vista fija en su pequeño desastre.

—¿Tus padres siguen casados?

—Sí, pero eso no signifi…

—¿Se llevan bien? ¿Se quieren?

Asentí con la cabeza y di un mordisco a la hamburguesa, ya casi fría, al tiempo que Manu continuaba con su ráfaga de preguntas.

—¿Te llevas bien con tu hermana?

Volví a asentir.

—Pues eso —sentenció, muy seguro de sus argumentos.

—No todo es blanco o negro; aunque nos llevemos bien, no es perfecto, pueden fallar cosas alrededor que lo compliquen…

—¿Como qué?

Casi lo hago, estuve al borde. Al borde de saltar, abrirme en canal, contarle todo lo ocurrido en el último año, dejarle ver todos esos problemas que me perseguían. No obstante, por mucho que Manu y yo hubiésemos firmado una tregua esa noche, seguía siendo Manu. Seguía siendo el capitán heterosexual de un equipo de fútbol heterosexual formado por más de una veintena de chavales heterosexuales y un entrenador heterosexual sacado de Altamira.

No, gracias.

—Como nada, era un decir.

Entonces Manu aprovechó para mirarme. No lo había hecho durante el último rato de la conversación, y en ese momento sí, cuando yo le estaba mintiendo. Su gesto era amable mientras me contemplaba con cierta curiosidad. Parecía tratar de leerme el pensamiento, y durante un instante, dado su nivel de alcohol en vena, temí que lo estuviese intentando. «Me gustan tus cejas», le dije por telepatía, solo por si acaso.

Sin embargo, cortó el contacto visual, se limpió los dedos y se echó hacia atrás en el asiento.

—Bueno, pues yo te vi con tu pelo de estrella de Disney Channel, esa familia *casi* perfecta que iba a todos los partidos, y queriendo caer bien a todo dios y…

—Y chas, chas —con el dedo, dibujé una equis imaginaria en el aire—, cancelado.

Negó con la cabeza, e intuí una levísima sonrisa que intentaba ocultar.

—Estaba cantado desde el año anterior que yo iba a ser el capitán ese verano, y apareciste tú y te nombraron a ti, y luego te dieron el trofeo al mejor jugador del campus.

—¡Yo no tuve la culpa de eso! —me defendí. No era tonto y entendía por qué a un niño de catorce años se le atravesaba otro que le quitaba el protagonismo. Pero tampoco me presenté aquel verano con un plan malvado para arrebatarle todos sus sueños.

—¿Cómo que no? Si te paseabas por allí haciéndoles la pelota a los entrenadores…

Me dio la risa. Las cosas que me decía Manu no eran así para nada. Al menos, yo no las viví de la misma forma.

—¿Siendo amable, quieres decir? Entiendo que no sepas bien qué es…

Recibí otro puntapié sin apenas fuerza. Me reí más.

—Me robaste el campus.

—No sabía que eras tan dramático…

La enemistad con Manu no me había traumatizado ni mucho menos; en realidad, nos veíamos solo dos veces al año: en el partido de ida y en el de vuelta con nuestros equipos. Sin embargo, me fastidiaba que, sobre todo en la última semana, me hubiese consumido tanta energía estar a la defensiva con él, esperando su siguiente ataque mediante un comentario ácido o una mirada glacial.

Permaneció unos segundos callado, la vista en el botellín de agua ya casi vacío. Me hubiese gustado ser capaz de *leerlo* mejor. ¿Estaba enfadado?, ¿algo picado? ¿O le preocupaba más su estado para llegar a casa? Le devolví el puntapié y, cuando me miró, lo señalé con la barbilla, un «¿qué?» implícito que no llegué a verbalizar.

—Es que lo dices y parece una chorrada, pero me jodió mucho —admitió. Y sonrió, poco y sincero; empezaba a entender que las sonrisas de Manu eran así, un leve estiramiento de labios, como si no supiese hacerlo mejor, como si no estuviese acostumbrado. O quizá simplemente se debía a que era un tieso al que le costaba alegrarse y ya.

—Acepto mi parte de culpa —afirmé, tratando de ponerme serio. Incluso estiré la espalda, solté la hamburguesa y canalicé cierta elegancia (en la mesa de un *burger* con la cara manchada de kétchup)—: Soy encantador, qué le vamos a hacer.

Entonces se rio de forma relajada, igual que hacía con Nano, solo que aquí ya no estaba su mejor amigo a modo de muleta, solo yo. Era la tercera vez en la noche que presenciaba aquel destello de lo que, empezaba a creer, era el Manu de verdad, y me lo tomé como un triunfo personal. Me reí con él.

Después de terminar nuestra recena (¿o ya era el desayuno?), bebernos enteros los botellines de agua y hacer una parada en el aseo del *burger*, volvimos a la calle. Manu estaba mucho más sereno que a la ida, y el camino hasta la parada de taxis solo nos llevó cinco minutos, pero me dio tiempo a descubrir que el capitán iba a comenzar su tercer curso de Fisioterapia (yo, segundo de Psicología); que la última peli que había visto era *Luca*, con sus hermanos (la mía, *Aftersun*, de la que aún no me había recuperado); y que prefería escuchar a hablar (a diferencia de mí). Había aprendido más de Manu esta noche que en los últimos cinco años.

Era hora punta en la parada de taxis, porque había varias personas haciendo cola. A mí no me esperaba nadie en la habitación de la residencia, así que no tenía prisa por marcharme.

—No tienes que quedarte, ¿eh? —me dijo Manu, de pie a mi lado, los dos guardando turno. Seguí el recorrido de su mano cuando se frotó la cabeza, el pelo casi rapado y oscuro; la camiseta de manga corta se le tensó en torno a los bíceps, y desvié la vista de nuevo a su rostro.

—Así me aseguro de que te metes sano y salvo en el taxi —bromeé medio en serio: ya que me había pasado el último rato pendiente de él, prefería terminar mi *trabajo* y asegurarme de que al menos lo dejaba bien encaminado a casa—. Y de que le das la dirección correcta. No queremos que acabes en Fuente Dé.

—¿Te imaginas?

Sonrió un poco y se cruzó de brazos, con los hombros hundidos. Pese a que hacía más rasca que al salir del *pub*, yo lo llevaba bien. Manu… no tanto. Me solté el par de botones de la camisa, me la quité y se la tendí.

—No es mucho, pero algo de frío quita —le dije, y cuando me devolvió la mirada con esos ojos del color del sirope de caramelo, en ese par de segundos en los que dudó de si aceptarla o no, me arrepentí de mi ofrecimiento—. Yo en manga corta voy bien.

—Bueno…, gracias —aceptó—. Tenía que haber pillado una sudadera, se me olvidó.

—No es nada.

Le llevó casi un minuto abotonársela. El granate le sentaba bien, y con los pantalones caídos y las playeras de muelles no quedaba tan mal como podría parecer. Se volvió a cruzar de brazos, esta vez envuelto en mi camisa, y yo metí las manos en los bolsillos, escondiendo el frío que empezaba a tener. El gesto caballeroso, que me había parecido buena idea, ahora me hacía sentir idiota. La historia de mi vida.

Ninguno de los dos dijo nada más, las conversaciones cercanas llenaban el silencio, y tras cinco minutos en la cola y un cigarro, le llegó el turno para coger el taxi.

—¿Te acuerdas bien de tu dirección? —le vacilé mientras Manu se metía en la parte trasera del coche—. ¿Hablo yo con el taxista?

Llegué a oír el aire que soltó en un resoplido. Acomodado en el asiento, con la puerta todavía abierta, puso los ojos en blanco. Aun así, sabía que esa aparente impaciencia conmigo, esta vez, no era más que una fachada. A pesar de la escasa luz que lo iluminaba, vi la diversión en sus ojos. ¿Le resultaba gracioso a Manu Caviedes? Le sonreí, y se despidió con un movimiento de cabeza al que respondí con un gesto similar.

Media hora después, ya metido en la cama, me vibró el móvil sobre la mesilla de noche. Manu me había empezado a seguir en Instagram.

Capítulo 7

ÓLIVER

Un mensaje de mi hermana con tan solo una palabra, *SOS*, me obligó a salir de la cama el domingo. No eran ni las diez de la mañana y, sin embargo, Alba estaba resplandeciente en la pantalla del ordenador. El día en Gijón era soleado, porque su habitación brillaba y solo le faltaban hadas revoloteando alrededor.

—Qué cara, hijo mío. ¿Estabas dormido?

Su energía era arrolladora, y cualquiera podría pensar que tras convivir con ella diecinueve años, incluidos los nueve meses que compartimos la barriga de nuestra madre, me había acostumbrado, y lo había hecho, pero a veces incluso a mí me parecía demasiada. La desprendía incluso por videollamada, sin apenas abrir la boca. La mirabas y te traspasaba.

—Son las diez de la mañana de un domingo…, he salido…, ¿tú qué crees? —Y ni siquiera se lo dije a malas; es más, me reí un poco—. ¿Qué ha pasado? ¿A qué ha venido ese mensaje? ¿«SOS», en serio?

Se revolvió en la silla y acercó la cara aún más a la cámara del portátil. Con la luz que bañaba su cuarto, el azul de sus ojos y el cobre de su cabello, que llevaba en dos trenzas, ganaban intensidad. Siempre había envidiado lo que se hacía en el pelo. A diferencia de ella, y recién salido de la cama, parecía que me habían atacado unos pájaros. Me lo revolví con una mano y me lo aparté hacia atrás.

—Óliver, ¡es que hace siglos que no nos vemos! —dijo con vehemencia.

Estiré la espalda y extendí los brazos, uno hacia cada lado, mientras bostezaba. Al final, me reí.

—Albi, nos vimos el finde pasado.

—Pero este no, ¡así que hasta el próximo nada!

—Deberías hacerte mirar lo de la codependencia, ¿eh?

—Eres supergracioso. —Y me dedicó un dedo corazón que llenó casi toda la imagen.

—Anoche me dijeron más o menos lo mismo —logré decir cuando dejé de reír. Alguna parte de mi comentario activó algún resorte en mi hermana, porque de pronto tuve su atención al cien por cien (hasta ahora, quizá había sido del setenta; ese treinta por ciento restante lo dedicaba a contemplarse a sí misma en la ventanita de la esquina de la pantalla).

—Uy, ¿algo que tengas que contarme?

Sonreí mucho y le alcé las cejas varias veces, como si tuviese un secreto turbio y jugoso. Luego me eché hacia atrás en la silla giratoria y moví la mano para quitarle importancia.

—¿Para que vayas corriendo a contárselo a mamá? No, gracias.

—¡Yo nunca hago eso! —se quejó levantando la voz—. Solo cuento lo que me dejas.

Era verdad. Mi hermana podía ser muchas cosas (a veces, inmadura; a veces, exagerada; a veces, egoísta), pero, sobre todo, era leal. La persona en la que más confiaba.

—Es broma, no hay nada que contar —reculé rapidito.

—¿No hay nada que contar con quién? Porque hay un quién, estás poniendo esa voz de «intento aparentar que hablo normal y me pongo rarísimo».

—Estoy hablando normal —respondí con voz grave, cavernosa, de protagonista de novela romántica que aparece sin camiseta en la cubierta. Albi sonrió—. Lo que pasa es que anoche estuve hablando con Caviedes, el capitán, y no es tan ogro como pensaba.

Levantó las cejas, escéptica.

—Ogro no, tonto de remate. Un chulo de barrio. Un capullo. ¿Sigo?

Si mi hermana opinaba así sobre Manu era porque, bueno, yo mismo se lo había dicho, y ya no me sentía demasiado orgulloso de haber proyectado esa imagen de él. Era injusta. Quizá Manu había sido todas esas cosas, pero no eran todo él, solo retazos, momentos puntuales. O al menos era la impresión que me había llevado la pasada madrugada.

—No hace falta. —Me revolví en la silla, me rasqué el codo y me coloqué la camiseta del pijama—. También sabe ser majo. La noche estuvo guay.

Alba me evaluó, a doscientos kilómetros de distancia, y no sé qué encontró en mí, pero soltó el hueso y sonrió.

—¿Y los demás? ¿Te tratan bien?

No era una pregunta inocente, era la preocupación de mamá osa protegiendo a su hijo. Comprendía bien ese malestar, porque, de haber sido al revés, si Alba hubiese pasado lo mismo que yo el año anterior, habría cosido mi ropa a la suya para ir por el mundo como dos siameses, en vez de mellizos. O habría trasladado mi expediente universitario a Gijón. Una de dos.

Dejé resbalar el culo por la silla hasta el borde y apoyé la cabeza en el respaldo. Cuando ladeé la cabeza, le sonreía, no porque la situación fuese divertida, sino porque su preocupación era tierna.

—Me tratan muy bien, puedes quedarte tranquila. —Obvié algunas gilipolleces de Hugo, algunos comentarios de Alfonso, algunas tonterías del Toloqui, y decidí decirle esa parte de la verdad que ella quería escuchar. Tampoco mentía: en general, todos mis compañeros eran agradables, y los que no, me ignoraban, cosa que también me iba bien—. Si me han hecho una fiesta de bienvenida y todo, ¿quién se lo habría imaginado?

—¡Pues lo que te mereces! —dijo rápida y efusiva Albi. Volvió a acercar la cara a la cámara y me observó de manera intensa. Si no tuviésemos tanta confianza, me habría sentido incómodo. En cambio, le aguanté la mirada y traté de ponerme igual de intenso que ella, hasta que se me saltó la risa; a ella, no—. Pero si ves algo raro, lo que sea, lo mínimo, me lo cuentas, ¿vale? ¿Vale, Oli?

—Estos no son los del Nansa, no te preocupes —insistí.

Si de algo estaba convencido, incluso con Manu y el castigo, era de que eso de «empezar de cero» en los Ojáncanos, en la universidad, en la ciudad, era la mejor opción que tenía. Y pretendía agarrarme a ella tanto tiempo como pudiese.

Capítulo 8

ÓLIVER

Tras la noche del sábado y la conversación con mi hermana, no era que pensase que Manu me había incluido en su lista de amigos para siempre, pero sí creía que se mostraría más accesible; indicio de que sí había ocurrido y no era una fantasía producto del alcohol. La realidad fue lamentable.

El lunes llegué a los vestuarios de los primeros, dispuesto a cambiarme allí; hasta ahora, había optado por hacerlo en la resi, y así evitaba rodearme de otros veintitantos tíos desnudos. El avance con Manu me había servido de empujón para intentar integrarme más en el equipo, y charlar con los demás en calzoncillos me parecía un buen paso para conseguirlo. En fin.

Hablé con Laro un rato, que era el que tenía más cerca, y acepté entre risas el agradecimiento del Toloqui por haberle facilitado las cosas con Laura, la chavala del *pub*. Entonces, cuando me estaba poniendo las espinilleras sentado en el banco, entró Manu. Me incorporé, le sonreí e incluso lo saludé con la mano. Tenía mucho mejor aspecto que al despedirnos la otra noche e iba a bromear sobre ello: «¿Aún te dura la resaca?»; sin embargo, apenas me miró. Me devolvió el saludo con un movimiento casi imperceptible de cabeza que igual hasta me imaginé, sin sonreír (ya sabía que las sonrisas las cobraba a precio de oro), y pasó de largo.

Al menos, en el escaso segundo que coincidieron nuestras miradas, no aprecié ese frío ártico de la semana anterior.

Nano y los demás nos pusieron al día de lo que había ocurrido el sábado después de que nos marcháramos, aunque ninguno de los dos contó que habíamos estado juntos. Cuando su amigo le preguntó, Manu tan solo dijo que se había encontrado mal y había cogido un taxi. Como *olvidó* el rato fuera del *pub* conmigo, la cena en el *burger* y la espera en la parada de taxis, yo también lo hice. Era más fácil sin tener que dar explicaciones.

Sin embargo, la omisión de Manu me dejó un regusto amargo en la boca y una pesadez en el estómago que arrastré por el campo el resto de la tarde.

El entrenamiento transcurrió sin incidentes, que era todo un avance, y en vista de que el capitán me ignoraba, yo intenté ignorarlo a él. Solo se dirigía a mí para lo imprescindible: «Pásamela», «Tira más a la izquierda», «Cubre a Charly» y consignas así, casi mecánicas. Ningún indicio del Manu amigable del sábado.

Había hablado con él en una noche más que con cualquier otro del equipo en toda una semana, porque, por muy majos que fuesen, en los entrenamientos no manteníamos largas conversaciones, y pensaba que podría tener otro aliado en el equipo, cosa que no me vendría mal.

Me había equivocado y me sentía estafado, para qué engañarnos.

Tampoco es que Manu charlase demasiado con los demás; parecía tomarse en serio el entrenamiento, como si no quisiese que nada ni nadie lo distrajese, salvo esos momentos en los que desviaba la vista hacia las gradas para vigilar a sus hermanos. Ahí movía la cabeza, levantaba la mano o simplemente los observaba. Y volvía al juego. A mí esos cambios sutiles, esos dos Manus en los que se transformaba en un segundo, me distraían y de repente me encontraba parado en medio del campo, con la mirada en la grada y en el capitán, tratando de descifrarlo.

Aquella tarde Alfonso estaba aburrido, porque se quedó todo el castigo con nosotros, sin dejarnos descansar ni un minuto ni apenas hablar más que para darnos meras indicaciones. Cuando entramos en los vestuarios, donde ya no quedaba un alma, la noche del sábado en la que Manu y yo nos habíamos reído juntos parecía muy lejana.

Hasta nosotros llegaban las voces de Mario y Carla, que correteaban por el césped ahora que se había quedado vacío y la niña le daba instrucciones al niño para hacer algún baile que había visto en TikTok.

Dentro, el ambiente era diferente.

Para empezar, ninguno de los dos hablaba. Podría haber sacado cualquier tema de conversación, no tenía problema en hacerlo de cualquier cosa, pero Manu estaba tan empecinado en ignorarme que no me apetecía insistir. Era la primera vez que íbamos a cambiarnos juntos, hasta ahora me las había ingeniado para no coincidir, y Manu me daba la espalda. Yo estaba sentado en un banco, descalzándome; él, de pie, de cara a la pared contraria, donde tenía sus cosas colgadas.

Cuando levanté la vista, se estaba quitando la camiseta.

Manu no era como Hugo, que vivía en el Fitness Gym, o Nano, al que la musculatura le venía de serie; sí era atlético, alto, y eso precisamente le hacía ligero en el campo. Estaba… bien proporcionado.

Objetivamente.

Tenía una espalda bien formada, no demasiado ancha, que podrías escalar; una fina capa de sudor que hacía brillar su piel bronceada; unas piernas largas y fuertes; el pantalón de deporte, que se le ceñía al culo cada vez que se inclinaba a rebuscar algo en la mochila; y la nuca despejada invitando a encajar allí la mano, igual que la curvatura de sus lumbares.

Que sí, que objetivamente.

Me revolví en el banco de madera y desvíe la vista en cuanto se dio la vuelta para sentarse a descalzarse. Antes me dio tiempo a adivinar dos cosas: un antojo de unos cinco centímetros en la cadera que se colaba por debajo del elástico del pantalón, imposible de evitar, de ignorar, de no admirar, y un pequeño corazón atravesado por una flecha tatuado en el pectoral izquierdo.

El cosquilleo del vientre ya no era tan objetivo. O sí, si te gustaban los chicos como él.

Tampoco había descubierto ahora que Manuel Caviedes era atractivo, un personaje de las Brontë, silencioso y atormentado, con cejas gruesas y unos aires de macarra que o te intimidaban o te daban risa. A mí, dependiendo del día, ambas cosas. Sabía que era la clase de chaval que gustaba a cualquiera, solo había que tener dos ojitos para contemplarlo, y con el que te engañabas pensando que su actitud no era seca, sino misteriosa. Porque yo también sabía

que podía ser majo. A veces, a ratos, con alcohol de por medio. Tenía claro desde la primera vez que lo vi que era *muy* guapo, y aun así fue como si la imagen de Manu sin camiseta me diese un buen sopapo en la cara. ¿Que querías pasar de él, dices? Pues toma, a ver cómo lo haces ahora con esa estampa en la cabeza.

—Vaya trote nos ha metido Alfonso… —me quejé rompiendo el silencio de los vestuarios y el hilo de mis pensamientos. Lo de estarme callado no se me daba bien.

—De vez en cuando le entra la motivación, pero se le pasa rápido.

Ni siquiera levantó la vista hacia mí, así que contemplé su torso desnudo. ¿Qué iba a hacer teniéndolo delante? Tampoco duró mucho: terminó de descalzarse, se puso las chanclas y, todavía con el pantalón, la toalla en la mano, se dirigió a las duchas. Solo me miró un momento, de pasada, de la misma manera en la que contemplaría una mosca posada en la pared.

Me sentí así de insignificante; ridículo también, por haber creído que la corta tregua del sábado había cambiado algo entre nosotros, cuando la realidad es que volvíamos a estar en la casilla de salida.

¿Para qué me había seguido en Instagram? ¿Lo habría hecho todavía borracho? ¿Se habría equivocado? Visto lo visto, tenía sentido; podía imaginármelo clicando sin querer en Seguir en esas recomendaciones que te saltan a veces casi debajo del dedo. Igual ni se había dado cuenta.

Poco después me metí yo también en la ducha, Manu en la de un extremo, yo en la del otro, y me obligué a no pensar más en él, al menos durante el rato que estuve bajo el agua.

Salí diez minutos más tarde renovado, o al menos convencido de haber dejado mi tontería en el desagüe. Al llegar a la zona de los bancos envuelto en una toalla, Manu ya estaba vestido y preparado para marcharse. La camiseta negra le sentaba especialmente bien, pero ni siquiera lo disfruté porque me escoció que se hubiese dado tanta prisa por perderme de vista. Sin embargo, las voces de sus hermanos en el exterior me recordaron que yo no era tan importante.

Mientras me secaba, de espaldas a Manu, escuchaba los roces de su toalla y su ropa sucias al meterlas en la mochila, el golpe del

banco contra la pared al empujarlo con las piernas y el tintineo de unas llaves que se guardó en el bolsillo del chándal.

Terminé de vestirme y él seguía ahí, enredando con sus cosas. Le iba a preguntar si necesitaba ayuda con algo, porque estaba tardando demasiado en recoger, a diferencia de los tres nanosegundos que había necesitado para ducharse, cuando lo vi acercarse hacia mí. Cruzado de brazos, el ceño fruncido, adueñándose del aire de toda la habitación.

¿Me iba a pegar?

Traté de mantenerle la mirada, imperturbable, a la vez que me ponía el pendiente de la oreja y él se detenía a un par de metros.

Me iba a pegar.

—Oye…, gracias por lo del sábado —me dijo, y casi me echo a reír. Podía notar en sus hombros, en su espalda, en su voz, la tensión que sentía en mí mismo—. Por quedarte conmigo…, por todo.

Parecía sincero. También desconcertado y algo abochornado, aunque lo escondía bien, como si le costase darme las gracias, como si no estuviese acostumbrado a darlas. Manu no era de los que pedía favores ni aceptaba que alguien hiciese algo por él.

—No fue nada —respondí tras sentarme en el banco para ponerme las playeras. Tampoco me iban a nombrar san Óliver por haber hecho lo que cualquier persona decente habría hecho en mi lugar. Con el mal trago que estaba pasando Manu, tenía retribución suficiente, e incluso compensaba en cierta medida que no me hubiese hablado hasta ahora.

—De ser tú, me habría mandado a la mierda.

—Todavía estoy a tiempo…

La comisura izquierda de su boca se alzó un poco, a puntito de sonreír, y vi un destello de aquel Manu más libre del sábado. La abrió para contestar, yo esperaba con ganas su respuesta ácida, pero oímos unos trotes y sus hermanos se colaron por la puerta siempre abierta de los vestuarios.

—¡Mario no me hace caso y está bailando lo que le da la gana! —se quejó Carla con las manos en las caderas, las correas de la mochila resbalándole por los brazos, y las rodillas cubiertas de hierba y tierra. Fruncía el ceño igual que hacía Manu, como si los demás, el

mundo entero, les debiésemos algo. Aguanté la risa y continué calzándome.

—Esperad fuera, anda —les pidió Manu, señalándome con un brazo, aunque yo ya llevaba un rato vestido.

—¡Es que han puesto los aspersores!

—Por mí, no pasa na…

—¿¿Le has dado la camisa?? —me interrumpió la niña, mientras Mario, con una gorra fucsia de *La patrulla canina* calada hasta los ojos y la melena suelta, se acercaba a Manu y se quedaba a su lado.

—Iba a hacerlo ahora… —respondió el capitán bajando la voz, casi entre dientes. Luego se dio la vuelta y volvió a su mochila (seguido de Mario). Rebuscó en ella, un saco sin fondo, y, cuando se giró, llevaba mi camisa en las manos, doblada y planchada. ¿Lo habría hecho su *mami* o él? A metro y medio de distancia, extendió los brazos y me la tendió—. Gracias.

—Qué rapidez —reconocí con las cejas alzadas, estirándome para coger la prenda. Ni siquiera nos rozamos—. Voy a traerte mi ropa sucia todas las semanas.

Manu dibujó una mueca que no supe traducir: bien podía ser el amago de una sonrisa o un gesto de impaciencia. Preferí quedarme con la primera opción.

—Inténtalo…

Yo sí que sonreí con su respuesta.

—Le hemos echado de mi colonia, que *güele* muy bien —me informó Mario, bajito bajito. Parecía darle vergüenza cualquier interacción con otras personas que no fuesen sus hermanos, pero atrapé los destellos de orgullo que impregnaban su voz. Estaba seguro de que la idea de la colonia había sido suya y Manu solo había accedido.

Me llevé la camisa a la nariz e inspiré de forma un pelín exagerada. Olía a polvos de talco, a algo fresco, a una profunda calma. Los niños me observaban expectantes; incluso Manu.

—Me encanta, vas a tener que contarme cuál usas para comprármela yo.

Mario se rio, intercambió una mirada con Carla, y esta le devolvió un codazo.

—*Grazie mille* a los tres —añadí, porque de repente era italiano, para luego levantar la camisa sobre la palma de una mano y balancearla en el aire. Al girarme para guardarla, Manu cerró su mochila y se la colgó a la espalda.

—¿Tenéis vuestras cosas? —les preguntó, y sus hermanos asintieron con la cabeza. Con todo listo, dejaron los vestuarios, y yo fui después. Caminaba un par de metros por detrás mientras revisaba el móvil (wasaps de Alba, correos basura, notificaciones de Instagram) y los niños le explicaban a Manu lo que habían hecho durante el entrenamiento (ensayar varios bailes, jugar a cocinitas con las hojas, flores y piedras que habían encontrado, inventarse un cuento donde ellos tres eran pájaros). En el aparcamiento solo quedaban el coche de Alfonso y las bicis de los hermanos.

Iba a despedirme de ellos cuando oí a Carla decir:

—¿No vamos con él? —Y me señaló.

Manu ya estaba subiéndose a la bicicleta, pero los niños no. Los tres me observaron, yo parado a una distancia prudencial todavía con el móvil en la mano, y no me gustó la imagen que di: parecía estar rogando por la compañía de Manu, incluso por su amistad, un «hazme casito» que no era tal.

Les sonreí y mi mirada coincidió con la del capitán: plantado con las dos manos en el manillar y la mochila bien sujeta a la espalda, sus hermanos al lado, expectantes; la cabeza rapada, el pantalón de chándal negro brillante, la cadena gruesa de plata… El quinqui *urbanito* empezó a caminar haciendo rodar junto a él la bici, y Mario y Carla siguieron sus pasos con unas sonrisas que les llenaban las caras.

Al menos a dos de los tres Caviedes les caía bien.

—¿Vosotros no trajisteis el otro día una perra? —les pregunté tras terminar Carla de contarnos el sueño que había tenido, protagonizado por un ser mitad caballo, mitad hamburguesa gigante (no me quedó clara la logística de su anatomía).

Los cuatro avanzábamos despacio ocupando la mitad de la carretera, una vía estrecha sin aceras por la que apenas pasaban

coches y con buena visibilidad para apartarnos a un lado de llegar alguno. Yo caminaba junto a Manu por mera practicidad: habíamos dejado que sus hermanos fuesen a la orilla, Carla primero, Mario después, bien pegado a Manu, y por último yo. De vez en cuando me adelantaba unos pasos para poder mirar a Carla, que era la que más hablaba. El niño se asemejaba más a su hermano mayor y prefería escuchar, al menos delante de mí, aunque no me quitaba ojo y me observaba con curiosidad.

—¡Sí! ¡Elena! Hoy se ha quedado en casa, no le apetecía venir —explicó ella.

—¿Se llama Elena?

—Sí, como mami. ¿A que sí, Manu?

—Lo eligieron ellos —me aclaró, y alzó las cejas buscando mi complicidad, así que sonreí aún más de lo que ya lo hacía—. Las dos tienen el mismo color de pelo.

Entonces me reí con ganas ante su explicación y tardé unos segundos en calmarme.

—Yo tengo un gato, Luigi —les conté—. Vive con mis padres. Un día se coló en casa y ahí se quedó.

—¡Yo siempre he querido uno! A Mario le dan miedo —me explicó Carla.

—¡No me dan miedo! —se defendió él, y le tiró de la larga coleta. Al instante, la niña soltó un grito desproporcionado a la fuerza del tirón, y Manu tuvo que meter un brazo entre ambos para que no llegasen a las manos.

—Eh, nada de pegarse.

—¡¡Ha empezado él!! ¡Pero como es tu niñito no le dices nada!

—Mario es mi niñito y tú eres mi niñita —puntualizó Manu, y sonreí ante su honestidad. Estaba acostumbrado a que otros chavales escondiesen en público el afecto por su familia; sin embargo, el amor de Manu por Mario y Carla emanaba por cada recoveco de su cuerpo—. Y me da igual quién pegue a quién, la cosa es que no se pega.

—Tú casi te pegas con Óliver —recordó sabiamente Carla, y se me escapó la risa.

—Perdón —dije, tratando de ponerme serio para no entorpecer la charlita de Manu. Este me echó una mirada que empezaba a gustarme más que a imponerme, con sus cejas pobladas y ese caramelo desparramándose de sus ojos.

—Y estuvo muy mal —continuó él—. No volverá a pasar.

—¿Ya sois amigos?

Me iba a reír con el *chiste*, aunque la respuesta de Manu me interesaba. Yo no era tan inocente como la niña, que creía que en dos días era posible hacerse amigo de alguien (y menos alguien como él), a pesar de que aquella misma tarde yo había llegado al entrenamiento pensando algo similar, pero sí que, en el último rato, y de la manera más tonta e impredecible, habíamos acercado posiciones.

Me parecía un buen presagio.

—Sí —dijo sin más, y tuve que contenerme para no pedirle que elaborara su respuesta y contentarme con las migajas que me daba.

Carla y Mario me miraron.

—Claro —afirmé yo también, apartándome el pelo hacia atrás con una mano. Incluso asentí con la cabeza para reforzar mi contestación, que los convenció. Enseguida Carla cambió de tema (yo estaba aprendiendo que saltaba de un asunto a otro con una facilidad que a veces mareaba) y nos entretuvo el resto del camino.

Al despedirnos en la parada de autobús, Manu me sonrió levemente.

Durante los siguientes entrenamientos y sus correspondientes castigos, el capitán empezó a hablarme un poco más, tampoco demasiado. Era durante el camino de vuelta a casa cuando su actitud cambiaba y volvía a tener ante mí a esos dos Manus: el de las sesiones de fútbol y el que empujaba la bici junto a mí y a sus hermanos mientras nos escuchaba con una sonrisa a veces casi imperceptible.

Yo solía llevar la bici de Carla, que era la primera que se quejaba y quien correteaba a nuestro alrededor; Mario, en cambio, permanecía

junto a Manu empujando la suya diligentemente, atento a las palabras y movimientos de su hermano.

—¿Queréis gominolas? —les pregunté el tercer día que regresábamos juntos. Saqué de la mochila una bolsita repleta de fresas, cocacolas y ladrillos de picapica, tronquitos de melocotón, sandías y corazones, y estiré el brazo hacia ellos.

Mario fue quien más abrió los ojos, sonriendo al instante, Carla enseguida lo siguió y, antes de aceptar nada, se giró a Manu.

—Ya sé que no podemos comer chuches antes de cenar, pero no nos van a quitar el hambre. Vamos a cenar todo, ¿a que sí, Mario?

Este asintió con la cabeza, solemne; Manu observaba la escena sin inmutarse y a mí me costaba aguantarme la risa.

—Solo una, porfa, Manucín.

—Dos —la corrigió Mario.

—¿Nos dejas comer tres? Por favor.

A todo esto, Manu aún no había abierto la boca, los dejaba hablar por ver qué nuevas ocurrencias decían ellos solitos, sin intervención de nadie más. Pero cuando Carla hizo el amago de arrodillarse para continuar con sus ruegos, Manu me quitó la bolsa de golosinas y, con el ceño fruncido, fingió estar concentrado en su tarea de elegir una de ellas. Sus hermanos lo miraban expectantes; yo también, la verdad, todos callados. Incluso la perra, que hasta hacía unos minutos correteaba por los prados junto a la carretera, había venido en cuanto oyó el ruido de la bolsa, que significaba comida.

—Cuatro —les dijo Manu y les ofreció las chuches. Carla soltó una risotada de triunfo y Mario sonrió enseñando los huecos entre los dientes; yo acompañé la celebración con unos silbidos, y el capitán se unió moviendo la mano como si de pronto estuviésemos en una macrofiesta.

La luz del atardecer proyectaba sombras en su rostro, teñía de oscuro las rojeces de sus pómulos; el aire mecía las plantas de panojas del prado a nuestra izquierda y, más abajo, donde acababa el verde y empezaba la roca, el mar chocaba y la espuma bailaba. Los días de viento, chispas saladas llegaban hasta el asfalto; ahora la tarde estaba en calma, la mejor parte del día.

La vez siguiente, cerca de mi parada de autobús, Carla me preguntó dónde vivía. Me percaté de que Manu, que hasta ese momento estaba más pendiente de Mario porque quería que lo cogiese en brazos, me miró de reojo. Con un trote me coloqué la mochila a la espalda, las dos manos en la bicicleta de Carla.

—En una residencia de estudiantes cerca de mi universidad, en Santander.

—¿Sin tus padres? —La voz de la niña estaba cargada de asombro; quizá yo también, con ocho años, hubiese pensado lo mismo. Quizá Carla me veía como un niño, y la entendía, porque a ratos yo también me sentía así, como cuando Mario le preguntaba a Manu qué pájaro era aquel apostado en el cable de la luz y yo esperaba su respuesta, o cuando Carla me retaba a una carrera hasta la primera casa del camino, que, según me dijo, era de la Filo, la señora más vieja del pueblo. Pero eran las miradas de Manu las que más niño me hacían sentir, sobre todo cuando yo decía cualquier tontería y él me observaba con sus ojos rasgados y yo no tenía claro si le había hecho gracia o le parecía tonto. La mayor parte del tiempo sus miradas empezaban a macerar algo cálido y agradable en mi tripa, y entonces también me sentía algo bobo por tener tantas ganas de ser su amigo.

Me reí.

—Sin mis padres. Aunque los veo casi todos los fines de semana.

Carla tenía mil preguntas más, su referente era Manu, y mi situación y la suya eran totalmente distintas. Él se adelantó, salió de ese mutismo en el que a veces se zambullía, y me miró.

—¿En qué residencia estás?

—En la Santo Toribio.

—¿Esa no es la de curas?

—Sí, mi padre conoce al director y…, bueno, al menos tengo una habitación para mí. Si me iba a Las Hayas tenía que compartir.

—Ya, eso está guapo, es casi como si vivieses solo.

—No está mal —le confirmé complacido.

Acababa de comenzar la segunda semana de septiembre cuando Manu apoyó la bicicleta contra la marquesina de la parada de autobús, ayudó a hacer lo mismo con las de sus hermanos y, por primera vez, esperaron conmigo. Carla y Mario ni siquiera preguntaron por qué esa tarde en particular su hermano decidió que me harían compañía en vez de despedirme con el habitual «Nos vemos el miércoles» o «Nos vemos el viernes» o «Nos vemos el lunes». Tampoco yo se lo cuestioné, ganas no me faltaron.

—Mañana volvéis al cole, ¿no? —les pregunté a los niños con entusiasmo. Al instante, Carla puso mala cara, frente a la sonrisa resplandeciente de Mario—. ¿Hay ganas o no?

—No —respondió ella, rotunda—. La vida es muy injusta.

A mi lado, Manu sonreía mirándose los pies, esforzándose en no echarse a reír para no molestar a su hermana, pero la niña nos lo ponía difícil. Yo también bajé la vista, y cuando volví a observarlo de reojo (aquel Manu sonriente me fascinaba), él también me observaba a mí. Le alcé las cejas y él hundió un poco los hombros, las ganas de reír justo ahí, en la curva que se formaba junto a ellos.

—¿Y tú, Mario? —le pregunté al hermano pequeño, obligándome a despegar la mirada del mayor.

—Yo sí, ¿te enseño el estuche que voy a llevar? Lo tengo en la mochila.

—Por supuesto.

Mario y Carla, sobre todo Carla, llenaban los silencios que Manu y yo todavía no sabíamos llenar entre los dos.

Capítulo 9

ÓLIVER

No volvimos a quedarnos solos hasta casi tres semanas después de mi fiesta de bienvenida. Los hermanos de Manu estaban con su madre, y regresábamos a casa por nuestra cuenta; ni siquiera teníamos a Elena dando brincos alrededor, ofreciéndonos una distracción a la que agarrarnos. Manu tiraba de su bici, y comíamos una bolsa de patatas fritas. Yo había vuelto costumbre eso de tener en la mochila algo para picar al salir de entrenar. A veces él también traía algo y lo compartíamos o lo intercambiábamos. Ya nos habíamos comido dos Panteras Rosas de Manu y ahora era el turno de mis patatas.

Las nubes azul tintero llevaban todo el día anunciando el diluvio universal, pero lo mismo pasaban de largo sin descargar ni una gota. Y al revés: aquí no podías fiarte del cielo; si veías el sol, era mejor que salieses corriendo y lo aprovecharas, por si acaso.

—Hoy estás muy callado —me dijo Manu, y rompió el silencio entre nosotros, lleno de los trisquidos de las patatas, los zumbidos de varias abejas y algún mugido de las vacas que pastaban cerca. El aire traía el olor a los animales; también a salitre y prado.

—Mira quién fue a hablar —respondí cuando terminé de tragar. Le sonreí con los labios apretados y me alzó las cejas.

—¿Es por lo de Hugo? —continuó.

No respondí, solo me encogí de hombros. Ahora fue él quien sonrió.

El tema me tocaba la moral, aunque no quería que me afectase demasiado. En los dos últimos entrenamientos, Hugo me había tratado como si, por ser nuevo en el equipo, tuviese menos experiencia jugando al fútbol y fuese algo de lo que burlarse. Me reía de sus comentarios para ver si desviaba el foco que, sin saber por qué, había puesto sobre mí; sin embargo, seguía erre que erre conmigo.

—A veces se pasa un poco, pero no es mal pibe. Y es un buen defensa —añadió.

—Por mí como si es el mismísimo Messi. Es un gilipollas —solté—. Manu, que hoy se ha reído de mí por la camiseta… —le recordé pellizcándome la prenda a la altura del pecho—. Por ser rosa.

Controlaba mi tono de voz, mi comportamiento, cada una de mis palabras e incluso la manera de moverme. Una sola grieta en la masculinidad podía ser el fin, lo había aprendido pronto. Con mis nuevos compañeros, Manu incluido, intentaba anular cualquier resquicio de lo que era, por el que alguien pudiese colar la patita y descubrirme.

Y, aun así, Hugo se había fijado en la tontería del rosa de la camiseta.

—Es una chorrada, no le des bola —me recomendó.

Desvié la mirada de Manu hacia mi derecha, donde varias vacas nos observaban al pasar. Era fácil decir algo como lo que acababa de aconsejarme cuando nadie se atrevería a meterse con él. No sabía si era por su condición de capitán o por su actitud, pero Manu era respetado en el equipo incluso más que el entrenador. Ocupaba la cima en esa pirámide social que formábamos los Ojáncanos.

—No lo hago —mentí.

—¿Quieres que hable con él?

—¿Tú? ¿A santo de qué?

—Soy el capitán.

Tuve que aguantarme la risa, porque el chaval intentaba ayudarme y no quería ser desconsiderado. Hasta ahora, el interés y la preocupación de Manu habían ido destinados a solo dos personas: Mario y Carla. Sin embargo, de repente, yo también entraba en ese pequeño círculo. Y Manu, desde su trono, consideraba que podía echarme una mano. Si todos te habían coronado el rey del equipo, hasta tú acababas creyéndotelo.

—No, gracias, sería lo que le faltaba para vacilarme del todo, que salieses a defenderme como si yo no pudiese solo…

El viento comenzó a tomar fuerza a nuestro alrededor.

—Como veas —me dijo sin mirarme, concentrado en empujar la bicicleta igual que si estuviese conduciendo un autobús lleno de

niños por los lagos de Covadonga.

Aguanté en silencio casi un minuto.

—No eres tan borde como pensaba —le confesé, y entonces ya giró la cabeza hacia mí. Volvía a fruncir las cejas, tratando de entender si le hablaba en serio o no—. Al principio sí lo eras, luego te he visto con tus hermanos, y ahora esto…

—Lo que tú digas —respondió sin más. Me aguantó la mirada, luchando por que las comisuras de los labios no se le fuesen para arriba y me regalasen inconscientemente una sonrisa. Empezaba a pillarle.

—Ya no cuela…

—Me ha caído una gota —me interrumpió.

—A mí no…, y no me cambies de tema. —Aunque fue decirlo y un goterón me mojó la nariz—. Vale, me acaba de caer una, y de las gordas.

Habíamos invocado el chaparrón: en cosa de segundos pasó de la nada al todo, y la intensidad era tal que ni siquiera hicimos el amago de ir en la bici; ambos echamos a correr. También nos rendimos en eso de taparnos con la mochila, el nordeste daba fuerte. Diez minutos después, acercándonos al centro del pueblo, Manu y yo estábamos empapados. El agua había traspasado la tela de mis playeras y a cada paso que daba chapoteaba dentro de ellas; la camiseta se me pegaba al torso, y no quería ni pensar en el aspecto que tendría con el pelo aplastado contra la cara.

La apariencia de Manu era otra historia. Si yo parecía una gallina mojada, él, un actor de cualquier serie adolescente donde tiran de caras bonitas, poco presupuesto en vestuario y cuerpos esculpidos por los dioses. La camiseta blanca, de tan mojada, se transparentaba, y podía adivinar entre la tela el tatuaje sobre el corazón. Un corazón en el corazón. Tenía la piel de los brazos y de la cara llena de gotitas que, en él, brillaban más que en la mía, y como llevaba el pelo corto, no se le pegaba al rostro.

¿Hablan de injusticias en la sociedad? El aspecto de Manu sí que lo era, y de las grandes.

—¡Nos vemos el lunes! —le grité por encima del ruido de la lluvia, imitando su despedida de cada día, cuando ya teníamos la parada de

bus a cinco metros.

—¡Estás calado! —Y bajó el ritmo de la carrera hasta caminar junto a su bici—. Ven a casa, te dejo algo para que te cambies y te llevo en coche.

—No, no, no, no hace falta. —De repente, me dio mucha vergüenza ese gesto de amabilidad por parte de Manu; no quería molestarlo o cambiarle las rutinas.

—Son cuarenta minutos de bus, vas a ponerte malo.

Y justo ese comentario me hizo sonreír, porque era el Manu protector el que volvía a hablar.

Así que lo seguí.

El edificio del capitán era solo de tres alturas y estaba flanqueado por una casa vieja con animales a un lado y un restaurante conocido por sus sardinas asadas al otro. Dejó la bici en un cuartuco del portal con varias bicicletas más y diferentes trastos, y subí las seis escaleras a la primera planta, donde vivía él.

Con la llave en la cerradura me miró un momento, no dijo nada, y abrió. La perra llegó antes incluso de que hubiésemos puesto un pie en el interior del piso y nos hizo una fiesta que ni en Eurovisión. Manu le daba varias palmadas en el lomo mientras trataba de apartarse con ella para que yo pudiese pasar.

Elena era una mezcla de galgo y podenco, una preciosidad inteligente y simpática de patas largas y orejas puntiagudas a la que me gané con varias carantoñas.

La entrada, reducida, estaba bien aprovechada: había un perchero lleno de chaquetas; un mueble con espejo, sobre el que vi desde unas llaves con un pompón hasta un plátano a medio comer, y un zapatero por el que asomaban unos cordones mordisqueados. A la derecha estaba la cocina, también pequeña; delante de nosotros, un pasillo, y a la izquierda…

—¡¡Óliver!! —Carla salió del salón en pijama, con un collar de abalorios brillantes de colores y unos guantes morados hasta los codos—. ¿Qué haces en nuestra casa?

—¡Hola, amiga! —Estiré el brazo y le estreché la mano, lo que le hizo mucha gracia. Busqué a Mario, que me observaba medio escondido tras la puerta—. Hola, amigo. —Volví a alargar el brazo, esta vez hacia el niño, y lo dejé en el aire. Dudó, la curiosidad pintada en sus ojos, hasta que se acercó y me dio la mano, menuda y pegajosa—. Os he echado de menos hoy, la vuelta sin vosotros es muy aburrida.

Miré a Manu con toda la intención del mundo y, pese a que no me devolvió la mirada, ocupado en descalzarse, sonreía un poco. Durante un segundo no sentí el frío de mi ropa calada, hasta que apareció una chica por detrás de Mario y me recordó dónde y con quién estaba. Deducía que era la madre, pero me negaba a llamarla «señora», parecía más bien la hermana mayor. De mi estatura, ancha de hombros y de caderas, una melena lisa como la de Carla y castaña como la de Mario, y la sonrisa del capitán, aunque más amplia.

—Hola, chiqui —saludó a Manu, y después me miró a mí.

—Es mi madre —me dijo él, incorporándose tras dejar sus playeras secando junto al zapatero. Se acercó y se quedó a mi izquierda.

—Elena —recordé divertido, porque a mí lo de que la perra de la familia se llamase igual que la madre seguía haciéndome la misma gracia que el primer día.

—Elena —confirmó ella—. Tengo unos hijos muy payasos.

Esos hijos, los tres, se rieron, el pequeño tapándose la boca con las dos manos.

—Este es Tomás —continuó la madre. Y extendió un brazo hacia el interior de la salita, de donde se asomó un hombre de ojos grandes, nariz chata y pelo rubio engominado. No se parecía en nada a los hermanos Caviedes.

Manu entonces pasó por detrás de mí y se metió en la primera puerta del pasillo. Yo estreché la mano de Tomás.

—¡Chiqui, este niño se está muriendo de frío! —gritó Elena.

—¡Voy! —respondió Manu a lo lejos, y antes de que me diese tiempo a quitarle importancia a mi ropa mojada (estaba congelado),

el chaval salió de lo que intuí era su habitación cargando con varias prendas en las manos—. Ven, el baño está al fondo.

Y echó a caminar hacia allí. Tras sonreír a su madre y al novio de esta, lo seguí por el pasillo. Las puertas de los cuartos estaban cerradas, así que me quedé sin ver cómo era el del capitán, que ya me esperaba a la entrada del aseo.

—Te he dejado ahí una toalla y ropa, por si quieres cambiarte. Yo creo que te estará bien.

Sobre una esquina de la bañera había una sudadera roja de capucha, que reconocí de habérsela visto un par de tardes atrás, un pantalón de chándal, una camiseta, unos calcetines y una toalla azul desgastada.

—Muchísimas gracias —respondí algo aturdido—. Con los calcetines ya me has ganado del todo.

Miró hacia atrás, por encima de su hombro; en la entrada del piso no quedaba nadie. Volvió a mirarme y sonrió.

—¿Qué número calzas?

—El cuarenta y cuatro.

—Vale, ahora te saco unas playeras.

—Gracias —insistí. Quizá era porque no me esperaba algo así de Manu o porque el frío se me estaba metiendo hasta los huesos, pero de repente me sentía como si llevase días y días perdido en la montaña y me hubiese rescatado. Ya visualizaba a Manu tapándome con una manta de esas de papel albal y ofreciéndome chocolate caliente para que lo tomase delante de una chimenea—. Como no te vayas, voy a estar dándote las gracias hasta mañana.

No se movió. Permanecía ahí plantado junto a la puerta, observándome.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

¿Tenía algo en la cara? Me pasé la mano por el rostro, por el pelo empapado y apartado hacia atrás.

—Nada, que es raro tenerte en casa.

—Vale, ahora me voy —bromeé.

—No, hombre, no lo decía por eso.

—Ya.

Me miró hasta que me empecé a poner nervioso porque no sabía qué veía en mí, así que me giré y señalé hacia la toalla y el resto de ropa prestada. Él por fin se movió.

—Sí, yo también voy a cambiarme. Te espero en la entrada.

Si nadie me estuviera esperando, habría empleado más tiempo en arreglarme el pelo. A falta de un secador, recurrí a la toalla que me había dejado Manu y a mi tozudez para frotarme la cabeza y quitarme la humedad. Después, traté de peinarme con las manos, en un intento de regresar frente a la familia del capitán algo más presentable de como había llegado. La primera impresión ya estaba dada, la segunda podía mejorarla.

Al salir del baño, con la ropa y las playeras mojadas guardadas en la mochila (también mojada), y vestido con la ropa calentita de Manu, me sentía reconfortado. Si hundía un poco la barbilla, el cuello de la sudadera me tapaba la nariz, y entonces su olor lo inundaba todo. No el de sus hermanos, el de la casa, el de la mezcla de todos ellos, sino solo el de él. Me recordaba a los paseos desde el campo de fútbol: a hierba, a mar, a limpio. Ningún jabón o suavizante podría guardar nunca ese aroma exacto.

Manu me esperaba en la puerta de la entrada, ya cambiado de ropa y calzado con unas playeras de esas que siempre usaba, con muelles y colores estridentes; en el suelo había otro par igual de feo reservado para mí. No nos dio tiempo a decirnos nada, su madre volvió a salir.

—¿Sabes a quién me recuerdas? Llevaba desde que te he visto dándole vueltas. ¡Al de *Dawson crece* en las primeras temporadas! ¡Tienes el mismo corte de pelo! Aunque él era rubio —me dijo.

—No sé quién es…

—¿Tan vieja soy? —bromeó con cara de espanto—. Espera, que lo buscamos.

Yo no sabía qué hacer, permanecí en medio del pasillo, en calcetines, con la mochila mojada en los brazos y cara de póquer. Al menos esos segundos de desconcierto valieron para que Manu

también espabilase y me diese una bolsa de plástico donde la guardé.

Elena volvió a salir de la salita con la vista en el móvil, buscando en Google al chico que me había mencionado. Mientras daba con la foto que quería, nos iba explicando que, en realidad, me asemejaba a cualquier cantante de *boyband* de los noventa.

¿Eso era bueno o malo?

—¡Aquí está! —dijo triunfante, y nos mostró la foto de un chaval de más o menos nuestra edad con el pelo muy parecido, en forma, al mío. Incluso la manera de vestir (una camisa de cuadros por encima de una camiseta de manga corta) era similar.

—¡¡Es igual!! —Carla había salido de la nada, se había colado entre nosotros y le había quitado el móvil a su madre en un visto y no visto—. ¡Tenéis el pelo igualito! —se carcajeó, Mario la imitó y Elena (perra) se unió con varios ladridos.

—No se parece… —trató de defenderme Manu sin mucha convicción. Agradecí el esfuerzo; sin embargo, hasta yo sabía que Elena (madre) llevaba razón.

Cuando dejé de ser el centro de atención, aproveché para calzarme. Las playeras me iban algo grandes, Manu usaba un número más que yo, y aun así era mejor eso que volver a ponerme las mías, en las que podría criar renacuajos.

—Mami, cojo el coche para acercar a Óliver —avisó Manu asomándose al salón, donde volvían a estar todos.

«Mami». Sonreí sin que me viera.

—Espera —le pidió Elena, y se acercó hasta él.

Para darles cierta privacidad, o toda la que podía, ya que seguíamos en la entrada de la casa, me giré para mirar por la ventana de la cocina, que daba al norte y se veía a lo lejos el mar. Aunque los días cada vez eran más cortos, todavía no había oscurecido del todo; sí había dejado de llover.

—¿Puedes quedarte mañana con estos? Me he pasado todo el día con ellos, y Tomás y yo queríamos irnos por ahí…

La observé de reojo: sonreía y hablaba no con el apuro de quien pide un favor, otro más, sino con la seguridad de quien sabe que se saldrá con la suya.

—Iba a quedar con Nano —respondió él sin mucho convencimiento.

—Dile que venga, pedís comida, lo pago yo. Por favor, Manucín… —Juntó las manos a modo de ruego y los anillos que llevaba en los dedos, bisutería de plata, tintinearon—. Por favor, chiqui.

Me di cuenta del instante exacto en el que Manu se rindió (si es que en algún momento había pensado que iba a ganar), porque bajó los hombros y de pronto era tan niño como sus hermanos.

—La comida y la cena.

—La comida y la cena —aceptó la madre con una sonrisa mayor.

Se miraron unos segundos más sin añadir nada, al menos con palabras. Después, Manu cogió el manojo de llaves del mueble de la entrada y se giró hacia mí.

—Vamos.

Rodeamos el edificio en un silencio tenso, de esos en los que rebuscas en todo lo dicho y hecho los últimos cinco años por si algo de aquello es culpa tuya, aunque yo sabía que era de Elena. Manu ni siquiera abrió la boca para devolver el saludo a dos señores que nos dijeron hasta luego desde la casa vieja junto al edificio. Levantó la barbilla hacia ellos y siguió caminando.

Cuando se detuvo, lo hizo delante de un monovolumen negro que había visto tiempos mejores, con una baca en el techo para las bicis y una pegatina de la estela cántabra en la parte trasera. Intenté adivinar cuál era la ventana de la habitación de Manu, pero no me dio tiempo a situarme antes de entrar al coche.

Mientras acomodaba la bolsa con la ropa mojada entre mis pies, sobre gusanitos revenidos, migas y bolas de pelo (de la Elena animal, o eso quise creer), Manu colocó el asiento a su altura y calibró el espejo retrovisor, del que colgaban tres pequeñas cebillas de madera, enganchadas entre sí. Todo esto, en silencio. Yo lo miraba de reojo, sus movimientos precisos y seguros, con su puntito de mala leche. Arrancó sin decirme nada, y me arrepentí de no haberme ido antes. El viaje, que en bus era de cuarenta minutos, en coche no duraría más de quince, pero podían hacerse eternos si

Manu continuaba sin hablarme. No me siguió a los varios intentos que hice de entablar conversación y se mantenía concentrado en la carretera.

Me sabía mal verlo tan callado, más que de costumbre, sobre todo porque estaba cabreado.

—¿Cuál es tu canción favorita? Una de Estopa, ¿no? —le pregunté rebuscando en el portacedés que encontré en el costado de mi puerta. Era granate, tenía la piel pelada y contenía un montón de discos, la mayoría grabados hacía al menos quince años.

Manu dudó, se lo vi en los labios, que se humedeció, y en las cejas, que frunció. Iba a insistirle, y por fin respondió:

—*Como Camarón*, del primer disco. Es rojo y pone *Estopa* en negro.

Lo encontré rápido, era de los pocos originales que había, y lo metí en el equipo de música, que solo aceptaba cedés.

—Es la número ocho.

Enredé en el aparato y la voz ronca del cantante inundó el coche. Había escuchado la canción alguna vez en una de esas *playlists* de Spotify con los mejores éxitos de la música española, sin embargo, no me la sabía. Quien sí lo hacía era Manu, que empezó a cantar por lo bajini cuando esta comenzó a coger ritmo, sin apenas mover los labios, como si yo no me fuese a dar cuenta; con su seriedad habitual, la vista en la carretera, «Que yo sé que la sonrisa que se dibuja en mi cara tiene que ver con la brisa que abanica tu mirada…», y no quise vacilarle porque volvería a meterse en su cascarón.

Me puse a cantar en alto palabras sueltas, compensando mi ignorancia con muchas ganas y sintiendo cada frase, de repente el mayor fan de los Estopa en aquel coche. Movía el cuerpo en el asiento como, imaginé, se bailaba una rumba catalana (es decir, sin ninguna idea), la cadera hacia un lado, el cuerpo hacia el otro, lo que me dejaba el cinturón, y de vez en cuando daba palmas o golpeaba con las dos manos en el salpicadero solo por meter ruido.

Manu seguía cantando muy bajo, apenas lo oía, y me miraba de reojo y sonreía. El estribillo pedía cantar a gritos y yo le estaba pillando el gusto a la canción.

—Es como el Super Glue —dijo de pronto, e interrumpí mi numerito.

—¿Qué?

—Estopa, que es el grupo que más generaciones une —afirmó—. Yo te diría que hasta grupos sociales…

Abrí más los ojos, sin saber si lo decía de verdad, si me estaba vacilando, o tal vez ambas cosas, y asentí con la cabeza, volviéndome a acomodar en el asiento.

—Es verdad —le seguí el rollo—. Por el tiempo de estos cedés, apostaría a que son de tu madre, y ahora una de esas canciones es la favorita de un chaval de veinte años y de unos críos que no llegan a los diez. Tres generaciones unidas, qué bonito, ¿no?

Me aguanté la risa. Hasta que Manu movió una mano hacia mí e imitó mi largo asentimiento de cabeza, como si ahora fuese él quien continuaba con el vacile, y nos reímos los dos. Al verlo tan sincero y despreocupado, me recordó a la risa de sus hermanos, cantarina e infantil, aunque la de él sonase más grave y le naciese en la garganta.

Conseguí que cantase en alto; lo hacía con la mirada en la carretera, una mano en el volante, la otra descansando en la palanca de cambios, a diferencia de mí, que prácticamente le gritaba a la cara las palabras que repetía por haberlas escuchado en la estrofa anterior.

Al detener el coche frente a mi residencia, junto a un paso subterráneo, Manu tenía mucho mejor gesto. Habían merecido la pena las cinco veces que habíamos escuchado *Como Camarón*.

—Bueno —carraspeé mientras me soltaba el cinturón—, gracias por traerme. Y por la ropa seca. Me has salvado la vida.

—No eres exagerado ni nada…

Parecía más relajado que cuando salimos de su casa, sí, pero ahora que nos despedíamos y él tenía que volver, el nubarrón que antes nos había calado hasta los pies volvía a sobrevolar su cabeza.

—¿Quieres…? —empecé a decir.

—¿Puedo…? —empezó a decir él, los dos a la vez, y yo me reí y Manu frunció el ceño con una sonrisa. Me hizo un gesto para que hablase yo primero.

—Que, si quieres, puedes subir un rato. Y te devuelvo la ropa.

Era la excusa más penosa que había dicho nunca. Si Manu lo pensaba, no me lo comentó, ni se lo noté.

—No me apetecía nada volver ya, así que por mí bien.

Capítulo 10

ÓLIVER

—¿Eres *streamer* o qué? —fue lo primero que Manu me preguntó al entrar a mi habitación, señalando la silla que tenía frente al escritorio. Era roja y negra, alta, con ruedas y un gran reposacabezas, más adecuada para una nave espacial que para aquel sitio. La luz azul que bordeaba el techo, y que me había costado media tarde instalar, acentuaba aún más ese toque sideral, casi alienígena, que nos envolvía.

—Durante el confinamiento me dio por hacer directos en Twitch. No me veía nadie —admití riéndome, y apoyé la espalda contra la puerta que acababa de cerrar. Colar a Manu en mi cuarto había sido aún más sencillo de lo que había imaginado. La residencia tenía capacidad para más de doscientos alumnos, y aunque todavía no estábamos ni la mitad, el ir y venir era constante y nadie se había cuestionado que el capitán no fuese uno más.

Manu bordeó la silla y fijó la vista en el corcho de encima del escritorio, lleno de fotos, un calendario y papeles varios. Yo no sabía bien qué hacer; ahora entendía ese comentario que me había dedicado un rato atrás: «Es raro tenerte en casa». Era *muy* raro tenerlo aquí entre mis cosas, donde costaba más esconder al Óliver real.

—¿Cuántos años tiene tu hermana? —quiso saber, con la vista en las fotografías. En una o dos salían mis padres y mi gato; en la mayoría éramos Alba y yo.

—Diecinueve. Somos mellizos.

Giró la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—No lo sabía.

—No te lo había contado. —Le sonreí.

—¿Y no tendríais que ser iguales?

—Esos son los gemelos, los mellizos no.

Luego, siguió husmeando; no esperaba que Manu tuviera tanto interés por mi habitación. Sobre el escritorio había una docena de libros, mis favoritos; el resto de mi biblioteca se había quedado en casa. Uno de Jane Austen, otro de Ray Bradbury; y varios de T. J. Klune, Adam Silvera o Casey McQuiston, autores que escribían historias LGBT+. Manu echó un vistazo a los lomos, ojeó *La canción de Aquiles* y lo volvió a colocar en su sitio.

Mientras tanto, yo me dedicaba a recoger lo que quedaba sin ordenar: un par de sudaderas, que metí en el armario, o el cargador del móvil, que guardé en el cajón de la mesita, como si la inspección de Manu no me importase en absoluto. De reojo, lo vi con un libro que yo conocía especialmente bien. Mi preferido. Era de tapas blandas y amarillas y estaba muy manoseado y lleno de pósits. De repente me sentí más desnudo que en los vestuarios, porque aquellos libros, la mayoría protagonizados por personajes *queer*, podían decirle más de mí de lo que quería que supiese.

No había sido buena idea invitarlo a subir.

Sin embargo, no puso ninguna cara rara, no soltó ningún comentario a malas o burlón. Más bien parecía curioso.

—Este te ha gustado mucho, ¿no? —me dijo vacilón, fijándose en el arsenal de marcas que tenía.

—Es de mi hermana —mentí. Siempre intentaba no generalizar ni prejuzgar a nadie, pero estaba seguro de que pocos chavales heteros se habían leído *La sombra del duque* por voluntad propia. Y yo ante Manu y el equipo era el más hetero de todos, por la cuenta que me traía. Aun así, me sentí culpable por traicionar a los protas de la novela con mi cobardía.

—¿Y qué tal está? —Dio la vuelta al libro y fijó la atención en el texto de la contracubierta—. ¿El heredero de un duque y… un mozo de cuadra?

—Sí… No está mal. —Quise contarle que me lo había leído un montón de veces; que en momentos de bajón recurría a algunas de mis partes favoritas; que era divertido y muy romántico y también sexi; que en casa tenía una edición en inglés porque la traducción no era demasiado buena, y una edición italiana por sus ilustraciones;

que hablaba de clases sociales y de política y de homofobia y de familia y de ser uno mismo.

No dije nada.

—Seguro que pasaba mucho —aventuró él—. Y se liaría gordísima.

—Ya.

Siguió un rato más sacando un libro, leyendo la sinopsis, volviéndolo a dejar. El gesto indescifrable de Manu me ponía muy difícil saber qué pensaba de ellos, de mí, y no me relajé hasta que se cansó de repasarlos y le tocó el turno a la guitarra que tenía apoyada bajo la ventana.

—¿No serás el típico pesado que la saca en cuanto hay gente?

—Sí, y toco *Wonderwall*, ¿no?

Manu me rio el chiste mientras se sentaba al borde de la cama con la guitarra sobre las piernas, encorvado hacia delante, y colocaba las manos: la izquierda sobre los trastes, la derecha sobre las cuerdas, que empezó a pellizcar. El capitán sabía lo que hacía, y a mí no había nada que me pusiese más que alguien competente. Tocó un arpegio con las primeras notas de una canción que reconocí enseguida y sonreí.

—¿*El padrino*? —pregunté, ya sentado cerca de él, cuando, diez segundos después, Manu dejó de tocar.

—Era la peli preferida de mi padre —admitió sin mirarme, la vista clavada en sus dedos, de uñas mordidas, que se deslizaban por las cuerdas sin llegar a hacerla sonar.

—¿Era?

—Sí, no lo vemos mucho, así que no sé si lo seguirá siendo.

Algo hizo clic, una pieza que encajaba en la información que iba teniendo sobre Manu.

—Y sabes tocar —se me escapó, incrédulo. Él me miró encogido hacia la guitarra, con las dos manos todavía encima y el talón de una de las playeras contra la pata de la cama.

—Tampoco te sorprendas tanto, disimula.

—No, yo… Perdona. —Me aparté el pelo hacia atrás y me removí sobre el colchón, buscando las palabras para explicarme sin que me malinterpretase.

—Tranquilo, pájaro —dijo, y por su voz supe que mi comentario no le había molestado tanto como yo había creído—. Mi padre es músico y me enseñó algunas cosas, solo me acuerdo de colocar los dedos, el principio de alguna canción y poco más.

—¿Es músico? No lo sabía.

—No te lo había contado. —Copió mi comentario de antes, y sonreí—. No es famoso ni nada así. Toca en bodas, sobre todo, y en algún bareto cutre. Al parecer, en Madrid hay muchos donde te dejan montar tu propio *show*.

Asentí con la cabeza, como si estuviese al tanto de lo que Manu me decía, cuando en realidad calibraba mis palabras y mis reacciones para no incomodarlo. Manu era una tortuga, siempre cargando con el caparazón a cuestas, y al menor estímulo, bueno o malo, se encerraba en él. Esta información sobre su padre, con la que iba montando el puzle de su situación familiar, era lo primero que me contaba un tanto personal.

—Espero que en las bodas toque algo más que *El padrino* —bromeé a la vez que me descalzaba. Manu ya no me miraba, pero sonrió levemente. Aparté las playeras y me eché hacia atrás en el colchón, de forma trasversal, hasta apoyar la espalda contra la pared. Él volvía a pasar los dedos por las cuerdas, sin llegar a rasgarlas, y temí que se hubiera *escondido* de nuevo.

Estiré el brazo y le lancé un cojín que tenía sobre la cama. Pretendía sorprenderlo, sin embargo, sus reflejos eran perfectos y lo esquivó sin inmutarse.

—Vuelve —le pedí. Manu aceptó ese «vuelve» y volvió. Tanto que se levantó, dejó la guitarra al lado de la ventana, recogió el cojín del suelo y me lo tiró. Lo recibí riéndome al tiempo que él se acercaba de nuevo a la cama. Fueron cinco segundos en los que nos observamos en silencio, él a mucha más altura que yo, imponente y serio, aunque no tanto como aquellas primeras tardes de entrenamiento; esta era una seriedad serena que ya no me infundía el rechazo del principio.

Abrazado al cojín, seguí mirándolo mientras se sentaba a mi derecha e imitaba mi postura, la espalda en la pared, las piernas

estiradas. Se quitó una playera haciendo fuerza con la otra y repitió la operación con el otro pie.

—Tus calcetines tienen perritos —observé.

Soltó aire, y absorbí su sonrisa como una victoria.

—Son Elenas. Me los regalaron mis hermanos —me explicó sin borrar el gesto, jugando con una esquina de la colcha, arrugada, sobre la que estábamos sentados.

Esos calcetines con dibujos de perros, que en nada se parecían a Elena, suponían un contraste más en Manu, igual que la forma en la que trataba a Carla y a Mario o el «mami» con el que llamaba a su madre. Me costaba unir esas dos visiones de él, hacer encajar el Manu borde que conocía desde los trece y este otro que todavía estaba descubriendo.

—¿Estás nervioso por tu debut?

Tan metido en mis pensamientos estaba que su pregunta y su mirada me hicieron dar un respingo. ¿Sería demasiado evidente que pensaba en él? Me revolví en el colchón, crucé un pie por encima del otro y sonreí fanfarrón.

—¿Yo? Qué va, no es para tanto —bromeé exagerando mi tono despreocupado.

Con la perspectiva de jugar el domingo mi primer partido con los Ojáncanos, digamos que estaba… intranquilo. Había quienes creían que el primero marcaba la tendencia del resto de la temporada; yo no era de esos, pero llevaba jugando al fútbol desde que tenía memoria y los partidos siempre me habían intimidado. Este aún más: no era poca cosa debutar con un equipo.

—Pues yo lo estaría.

Abrí más los ojos y me reí por su sinceridad. La apreciaba. Manu no se andaba con tonterías: o no hablaba o, si lo hacía, era para soltar sus verdades; no era de los que solían decirle al otro lo que quería oír. Y aunque ahora le hubiese faltado algo de tacto, sabía que lo tenía; llevaba semanas viéndolo con sus hermanos.

—Anda, gracias por los ánimos, *capitán* —remarqué la última palabra y me incliné hacia él, chocando el hombro y el brazo derechos contra su hombro y brazo izquierdos. Recuperé la postura.

Solo fue un leve empujón y, aun así, la calidez de su piel se quedó en la mía, como cuando sumerges la mano en agua tibia.

—No lo decía para ponerte más nervioso —se defendió—, sino porque sería normal que lo estuvieses, no tienes que hacerte el gallo conmigo. Yo llevo toda la vida en el mismo equipo y, si ahora tuviese que jugar en otro, me cagaría encima.

—Sí, claro. Eres la persona más tranquila y segura que conozco. Llegarías al primer partido de tu nuevo equipo con toda tu calma y tus aires de capitán —afirmé rotundo—, y marcarías diez goles y te sacarían a hombros y te tirarían flores y las tías te gritarían como locas y…

—¡Qué dices! —Me miraba con el ceño fruncido, riendo sincero, los hombros hacia delante, los pómulos más rojos que de costumbre. Si dependiera de mí, Manu se pasaría el día con agujetas en la tripa, los ojos aún más achinados y arrugas alrededor de ellos de tanto reírse. Le sentaba bien, era mi versión favorita.

—Bueno, las señoras te tirarían flores, y las chavalas, sujetadores —rectifiqué, alzándole las cejas un par de veces. Manu continuaba riéndose, no sabía qué parte le había hecho más gracia, y seguí hablando—: Y eso solo en tu primer partido, imagínate después, se te lanzarían al cuello.

—Mejor que no —dijo con la risa bullendo en la voz.

Yo también prefería que ninguna de esas chavalas imaginarias se le lanzasen encima; sin embargo, las comprendía.

—Ya, tanta atención sería incómoda —le di la razón con ironía, asintiendo con la cabeza como si entendiese sus razones para negarse. Manu apoyó la cabeza contra la pared, y el cuello largo y salpicado de lunares se le tensó. Todavía tenía los labios curvados en una sonrisa que me hacía replantearme toda mi existencia, y sus ojos, que de por sí eran profundos y tristones como los de un *border collie*, ahora brillaban.

Nos quedamos en silencio y desvié la vista a la ventana, igual que él: la lluvia había regresado y golpeaba los cristales con intensidad. La sensación de estar aquí dentro, a cubierto, sentados en mi cama, era muy muy agradable. Sonreí más.

—Lo harás bien el domingo, ya verás —me aseguró de pronto, casi a modo de promesa.

Y decidí confiar en él.

Capítulo 11

MANU

Nano ya se había marchado, había quedado con una piba, y Carla y Mario hacía un par de horas que dormían. Incluso Elena sobaba a mi lado. La casa estaba tranquila, un milagro, y yo leía en el sofá. Nunca había sido un gran lector, pero aquella novela me había llamado la atención y solo había necesitado unas pocas páginas para engancharme. A sor Belén, mi profesora de Literatura en el insti, se le escaparían las lágrimas de verme ahora. La vieja llegó el primer día y nos dijo: «Me llamo María Jesús José, y fui monja». Liaños, la graciosa de la clase, le soltó con todo su coño: «Si añades al buey y a la mula, tienes el belén». Por lo que, entre su vocación frustrada y el nombre, que ya había que tener mala sangre para ponerle tres, se quedó así, sor Belén.

También era más de derechas que la palanca de cambios, así que no sé si le haría mucha gracia que, para una vez que me ponía a leer, fuese sobre dos maricas.

Entré en Instagram y abrí una conversación con Óliver. Aunque a veces nos dábamos *like* a las historias y fotos, nunca nos habíamos escrito, pero él era la única persona que conocía que se había leído *La sombra del duque*.

Le mandé una foto de la portada.

sáb, 23:57

manu:
mira lo que me estoy leyendo

Iba a bloquear la pantalla y seguir con la novela cuando llegó su respuesta.

óliver cueto:

y eso?

manu:
lo vi antes en el carrefour

óliver cueto:

te lo podría haber dejado yo, melón por qué página vas?

manu:
127 se llevan fatal no sé cómo van a pillarse

óliver cueto:

aaahh, ya verás voy a leer yo también cuando termines el capítulo me dices

manu:
leo despacio acabarás tú antes

óliver cueto:

te espero y comentamos

No había leído nunca un libro igual. Tenía sueño y a la mañana siguiente jugábamos el primer partido de la temporada, pero quería seguir y comentarlo con Óliver. También sabía que no podría decirle todo lo que me gustaría, porque ¿hasta qué punto, de ser hetero, estaría emocionado por que los dos pavos de una novela se hubiesen morreado? Hasta ninguno, seguramente ni habría empezado a leerlo.

A veces escondía tanto que era bisexual que tenía la sensación de desaparecer. Había cosas, como esa, que no tenía con quién hablarlas.

Le conté a mi madre que también me gustaban los pibes con dieciséis años, el tema me había empezado a agobiar y necesitaba

compartirlo con alguien. No se lo tomó ni bien ni mal, me dijo: «Vale, chiqui, pero no se lo digas a tus hermanos, todavía son muy pequeños», y seguimos cenando. Desde entonces, no habíamos vuelto a mencionarlo, y no sabía si era algo bueno o malo, si ignorarlo era su forma de tratarlo con normalidad.

Había noches, cuando la paranoia me crecía dentro como un tumor, en que me acojonaba que mi madre creyese que aquello había sido solo una etapa o que se le hubiese olvidado y yo tuviese que volver a contárselo.

dom, 00:43

manu:
se han enrollado y gregory se ha cagado, pfff pobre sam

óliver cueto:

y pobre gregory es un duque del s. XVIII no tiene fácil eso de ser gay

manu:
tampoco sam ni casi nadie

óliver cueto:

ya

¿«Ya»? ¿Ya, qué? El icono de los tres puntos suspensivos indicaba que estaba escribiendo. Esperé una nueva respuesta, pero los segundos pasaban y no salía nada nuevo. Desaparecieron los puntos suspensivos y bloqueé el móvil, porque no sabía qué más decir. Y era tarde. Teníamos que estar en el campo a las nueve de la mañana, lo que significaba levantarme a las siete y media para prepararme, espabilar a mis hermanos y llegar a tiempo. Al menos, jugábamos en casa.

Cerré el libro, que había tenido abierto sobre el regazo por el final del capítulo cuatro, y volví al chat con Óliver: sin respuesta.

dom, 00:51

manu:
me voy a sobar

El sinvergüenza, ahora sí, volvió a contestarme al instante.

óliver cueto:

yo también que tengo que estar fresco para mi gran debut hasta mañana, capitán

manu:
nos vemos en el partido

Capítulo 12

MANU

Aquel jugador del Peña Cabarga, el 9, era pequeño, me llegaba por la barbilla, y corría por el campo como un condenado, regateando a mis compañeros sin despeinarse. Acababa de entrar y ya nos tenía a todos con la lengua fuera y los huevos de corbata, concentrados en sus movimientos más que en cualquier otro contrario.

Aunque a mí me acojonaba más que fuese el que me había visto hacía unos meses con un pibe de Grindr, así que lo evitaba como si fuese el coco.

Laro fue quien consiguió quitarle la pelota y empezó a subir por la banda izquierda. La grada entonces se vino arriba, un barullo que se te colaba hasta la tripa y acompañaba cada uno de nuestros gritos. Apenas tuvo tiempo de pensárselo: le pasó el balón a Óliver, que estaba justo delante de la portería, y la grada, una vez más, se puso de pie casi celebrando el gol, a pesar de que Óliver había fallado otras dos jugadas parecidas.

Y esta… también.

—¿¿Qué haces?? ¿Tú eres tonto o eres tonto? —Hugo pateó el césped e hizo saltar unas hierbas. Apreté los ojos con fuerza y cuando los volví a abrir miré a mis compañeros, que reaccionaban al tercer tiro fallido a puerta cada uno a su manera: unos resoplaban, otros se alejaban y otros, en realidad solo el notas de Hugo, se quejaban entre berridos.

—¡El maricón de los cojones, que ni diferencia el pie izquierdo del derecho! ¡*Atontao*!

La madre que lo parió.

El partido seguía, pese a que necesitábamos dos minutos para recuperarnos, y Óliver le dio la espalda a Hugo y caminó en dirección contraria: no sabía muy bien a dónde ir, de repente desubicado en aquel terreno.

Di un par de palmadas.

—¡Vaaamos, joder! ¡O-ján-ca-nos! ¡O-ján-ca-nos! —animé a mis compañeros. Por mucha mierda que Hugo soltase, íbamos ganando 1-0, pero también era verdad que en cualquier momento el Peña Cabarga empataría; Cobo ya había parado un par de disparos que no habían entrado en parte porque era un buen portero y en gran parte de chiripa. No podíamos relajarnos.

Y, sí, Óliver estaba jugando de pena. Me sorprendía, porque sus últimos entrenamientos eran casi perfectos, y ahora se movía como pollo sin cabeza.

Este era su gran debut con los Ojáncanos, me lo había dicho la noche anterior.

Cuando, minutos después, dejó escapar una pelota fácil y vi su gesto de dolor ante la nueva cagada, seguido de otro «¿Estás tonto?» de Hugo que lo oyó cada aficionado en la grada, caminé hacia él. Nadie lo había hecho, como si tuviese la peste o su mal partido se pudiese contagiar. Yo era, sin habérmelo visto venir, con quien más relación tenía él dentro del equipo. Ni el Toloqui, mucho menos Hugo, ni siquiera Nano. Incluso Alfonso estaba satisfecho de que nos empezásemos a entender.

Óliver era un buen pibe, gracioso a su manera, sobre todo sin proponérselo, que no callaba nunca y con el que resultaba sencillo… ser. Empezaba a estar a gusto con él.

Hubiese preferido pillarlo a solas y hablar tranquilamente, y no rodeados del resto de compañeros; del equipo contrario; de Alfonso, que se movía por la banda soltando un «Me cago en Dios» cada dos por tres y rozando el límite de la paciencia del árbitro; de sus padres, que habían conducido cien kilómetros para verlo; de mis hermanos, que llevaban un cartel con mi nombre y otro con el suyo; del Migueluco y el Tonio, que no se perdían un partido en casa; de la afición y sus abucheos («¡Fuera!», «¡Sacad a la niñita del campo!» y tonterías del estilo). Lo hubiese preferido, pero no podía. Así que, ante el miedo que Óliver trataba de disimular (¿los demás no se daban cuenta?), de estar a punto de liarse a hostias o llorar, le enganché por el cuello con un brazo y acerqué la cara a la suya para que ni siquiera Nano, al que teníamos a un par de metros, nos

escuchase. Óliver se dejó agarrar, manso y callado, las manos en la cintura, el pelo recogido con la cinta y los ojos apagados.

Aquella cercanía y contacto eran nuevos; decidí pensar en ello más tarde y no en medio del partido que seguía a nuestro alrededor. Corría el tiempo.

—Pájaro, ¿qué pasa?

—Que soy un paquete.

Aparté la cabeza, que no el brazo, para tener distancia y poder mirarlo, la barbilla baja y los ojos clavados en los suyos.

—No lo eres —afirmé rotundo—. Sabes jugar bien, solo estás un poco nervioso.

—¿Un poco? Capitán, que me voy a mear encima.

El aire se me escapó entre los labios, apretados en una sonrisa, y él me devolvió el gesto con la mirada. Pegué la frente a su sien y lo perdí de vista, pero su olor, a coco (suponía que del champú), a sudor y a algo rico que no identifiqué, se me metió en el cuerpo, algo sólido que fue colándose por todos los huecos. Otra cosa con la que comerme la cabeza más tarde; seguíamos para bingo.

—Solo es un partido, Óliver, solo es el primero —le dije al oído, y ya me aparté, brazo incluido. Él me respondió con un asentimiento de cabeza y unos ojos más enfocados. Di otro par de palmadas y ambos volvimos a aterrizar en la hierba, echamos a correr a nuestras posiciones y tratamos de reengancharnos rápido.

Mis palabras no fueron mágicas.

Óliver no remontó el partido.

Acabó los minutos que quedaban del primer tiempo como buenamente pudo, mis compañeros no volvieron a pasarle ningún balón y él se quedó al margen. Para la segunda parte, Alfonso lo dejó en el banquillo y Charly salió por él.

Lo que sí hicieron mis palabras, o la proximidad, o la intervención en medio del terreno, fue marcar un antes y un después en nuestra relación: fue el momento en el que nos hicimos amigos. Fue el momento, con mi frente en su sien, en el que algo más cambió.

No hubo más goles, así que ganamos por uno y nos llevamos los tres primeros puntos de la temporada. En los vestuarios mis compañeros lo celebraron con ganas, Óliver ignoró las pullitas de algunos de ellos y se duchó rápido. Cuando fui a vestirme, ya se había marchado. Yo tampoco me entretuve, mis hermanos estaban esperándome, y, en cuanto salí, los dos vinieron corriendo con una bolsa de patatas fritas en la mano.

—Sinvergüenzas, ¿quién os ha dado eso?

Como el Migueluco y el Tonio siempre se largaban nada más acabar el partido, pasaban de estar «con los viejos del pueblo», ellos no habían sido. Carla se giró y Mario señaló a una pareja que acompañaba a Óliver. Ahí estaba el pájaro aquel, con el pelo mojado, la bolsa con el equipaje del equipo apoyada en el suelo y cara de estar en un entierro. Aunque conocía de vista a sus padres, nunca había hablado con ellos y me daba bastante palo, no quería abrir la boca y cagarla. Me acerqué con cierta prudencia y uno de mis hermanos a cada lado.

—Nos han dicho que se «morían» de hambre. —Quien habló fue Gonzalo, el padre de Óliver, un señor grande, más o menos de mi altura, de pelo canoso y con un vermut generoso en la mano.

—¡Es verdad! —se defendió Carla con la boca llena de patatas.

—Tiene un morro que se lo pisa —dije sin mirarla, pero con la intención de que lo escuchase. No respondió, ocupada en masticar con ganas. Ella y Mario parecía que no habían comido en una semana o que nunca habían probado algo así. Cualquier día vendría el circo a buscarlos, por payasos.

—He insistido yo en que pidiesen algo —me dijo la madre, de ojos claros, media melena cobriza y gesto amistoso como su hijo. Pili y Gonzalo tenían caras amables, de esas que transmitían buenas vibras con solo mirarlas, y entendí algo más sobre Óliver. Se había llevado las mejores partes de ambos, una mezcla de los dos, y era, con diferencia, mucho más guapo—. Manu, ¿verdad? Óliver nos ha contado que eres el capitán.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó el padre.

—Nada, gracias.

Mario me apretó la mano con una de las suyas, grasienta por las patatas, y me tiró del bajo de la camiseta hasta que me incliné hacia él.

—Un mosto —me dijo. Antes de que me diese tiempo a responderle nada, Gonzalo se rio.

—¿Tres mostos, entonces?

Las sonrisas de mis hermanos fueron la respuesta que el hombre necesitaba.

El silencio de Óliver empezaba a ponerme nervioso. Y que yo hablase poco tenía un pase, ¿pero él, que se desenvolvía bien con la gente y sonreía a todo quisqui? Ahora tenía pinta de estar a punto de echarse a llorar.

—Está preocupado por cómo ha jugado —me contó su madre tras dar un trago a su vermut. ¿Me lo habría quedado mirando más de la cuenta?—. Ya le hemos dicho que es el primer partido, ¡que no pasa nada! ¿A que no?

—No, qué va… —respondió él.

—Pues claro que no, todos tenemos días malos —afirmé con seguridad. Jugar mal era una putada, más en el primer encuentro con tu nuevo equipo, pero yo sabía que Óliver lo hacía bien, que le habían traicionado los nervios y solo le faltaba volver a coger confianza en el campo.

Pili le pasó un brazo por los hombros y lo estrechó. El pibe estaba necesitado de ese acercamiento, también de un abrazo en condiciones. Quise dárselo, ya que nadie más lo hacía.

—El siguiente partido lo jugarás mejor —sentenció el padre, y Óliver soltó un resoplido de incredulidad. Era raro verlo callado y serio, como si algo no encajase y hubiese un *glitch* en el universo: de repente los prados que nos rodeaban eran de color rosa; el cielo, amarillo, y el mar, naranja. Óliver no era él. O puede que hasta ahora no lo hubiese visto por completo, el paisaje entero; quizá solo conocía una parte, las sonrisas y parloteo.

Lo observé mientras daba un trago a su Kas limón y se apartaba el pelo hacia atrás colando los dedos, en un movimiento que parecía ensayado ante el espejo. En realidad, había aprendido durante las últimas semanas que solía hacerlo cuando estaba incómodo,

nervioso o ambas cosas. Tampoco había que ser muy hábil para darse cuenta.

Durante los diez minutos siguientes, la conversación se centró en mis hermanos, sobre todo en Carla, que se había terminado sus patatas fritas y nos contaba con todo detalle lo que les iba a pedir a los Reyes Magos (a más de tres meses de que *llegasen*). Al terminar nuestras bebidas, el lugar ya se había despejado y solo quedábamos una decena de personas delante del bar.

—Venga, terminaos eso, que nos vamos —les pedí a mis hermanos. Mario dio el último trago a su mosto; Carla, en cambio, me abucheó. Había encontrado en los padres de Óliver a su mejor público, que le dedicaban toda su atención y le compraban patatas fritas—. ¿Les habéis dado las gracias?

—Gracias, padres de Óliver —dijo Mario en voz baja.

—Muchas gracias. Es el mejor mosto que he probado en mi vida. —Carla juntó las manos, cerró los ojos y bajó la cabeza, muy solemne ella. Yo no sabía de dónde se sacaba estas cosas. Los demás se rieron, incluido Óliver.

—No te aburrirás con ellos… —dijo su madre.

—Ni un poco, no me da tiempo. —Le sonreí con los labios apretados y me giré hacia su hijo—. Bueno, nos vemos mañana.

—Sí —respondió tan solo—. ¿A vosotros también os veo mañana?

Mis hermanos me miraron, porque era difícil seguir el horario de mi madre, y les asentí con la cabeza; ellos imitaron el movimiento.

—Gracias por las bebidas —insistí. Cargué la bolsa con el equipaje al hombro y después de varias despedidas más de Carla, caminamos hacia la salida de las instalaciones.

No tenía ni idea de si Óliver le daba demasiadas vueltas a las cosas o si dejaría de rayarse con el partido. Lo que sí sabía es que esa misma tarde sus padres volverían a casa y él se quedaría solo, algo que, mientras salía del campo junto a Carla y Mario, me pareció una putada.

—Esperad, venid un momento, que se me ha olvidado decirle una cosa a Óliver.

Nos lo encontramos en la puerta y casi chocamos con él, lo que sirvió para que mis hermanos y sus padres se partiesen de risa. El

festival del humor. Aproveché para mover la cabeza hacia un lado y Óliver me siguió a un par de metros de los demás.

—¿Qué pasa? —me preguntó desconcertado.

—Nada, que igual te apetecía quedar luego para cenar —le propuse, la incertidumbre picándome en la garganta. Carraspeé—. Mi madre sale a las ocho de currar, puedo pasarme a buscarte en coche. Si quieres, vamos.

Tardó unos segundos en responder, en los que se retiró el pelo hacia atrás y miró rápido a sus padres, que nos esperaban (y observaban) más allá entreteniendo a mis hermanos. Me cagué en todos mis muertos y quise rebobinar hasta el momento en el que se me ocurrió invitarlo a salir. O sea, a cenar, a cenar. A lo que fuese. Hasta que Óliver sonrió y esa inseguridad se convirtió en una calidez inesperada.

—Claro, así me salvas de la cena de la residencia.

—¿Un McDonald's mejor?

—Un McDonald's *muchísimo* mejor.

Me sonrió más y le sonreí. Aquello, no solo el gesto en sí, sino que hubiese aceptado mi plan, me sentaba mejor que el partido ganado o el mosto frío tras casi dos horas corriendo o incluso la mano de Mario encajada en la mía.

Era una sensación nueva. Intensa. Agradable.

Y también acojonante.

Capítulo 13

MANU

Acababa de anochecer cuando paré el coche y me di cuenta de que venir al Tiro al Plato no había sido mi mejor idea. Yo nunca había sido el más listo de la clase, también te diré. Todo esto de quedar con Óliver era para hacerle olvidar el partido, e iba yo y me lo traía detrás de las instalaciones de los Ojáncanos. Pero el sitio estaba bastante bien.

Hasta hacía quince o veinte años había sido un campo de tiro al plato y, al cerrar, la zona pegada a los acantilados se convirtió en un picadero cojonudo: apartada junto al agua, terreno donde aparcar, sin farolas… Con el tiempo, se puso de moda y la gente iba a ver el atardecer, pasar el rato con amigos o como punto de partida de una ruta por la costa; desde la pandemia, en verano se llenaba de caravanas y furgonetas que acampaban gratis en un sitio de lujo. Seguía siendo un picadero, claro, pero también un lugar en el que simplemente estar. Así que nos servía.

Los prados nos rodeaban, hasta nosotros llegaba la música de un coche cercano y el mar, que la oscuridad apenas nos dejaba ver, estaba a nuestros pies. Encendí la luz del techo y Óliver me pasó la bolsa de McDonald's con mi cena.

—¿Traes aquí a todos los que tenemos un mal partido o es que yo lo he hecho especialmente mal?

Apreté los labios, aguantándome la sonrisa, con la boca llena del primer mordisco que había dado a la hamburguesa.

—Lo segundo —dije sin haber terminado de tragar, y me llevé un empujón de Óliver que me alejó de él—. Es broma, coño, no ha sido tan terrible. Pero tampoco quería que te fueses a dormir rayado.

Óliver me miró de una forma que no supe interpretar, sujetando la hamburguesa e inclinado hacia delante. Los pelos claros de su brazo izquierdo parecían aún más claros con la luz del techo dándole directamente.

—¿Yo? —Y se llevó una mano al pecho, muy dramático él—. ¿Rayándome en la soledad de mi habitación? ¡Nunca!

—Por si acaso…

—Te agradezco que me saques de casa. No pensé que cenaríamos con vistas al mar.

—Privilegios de ser mi amigo.

Aquello le resultó más chistoso de lo que yo esperaba y se rio con ganas. Me limité a seguir cenando y, entre mordisco y mordisco, Óliver me fue contando lo que había hecho el resto del día con sus padres. Me entró una nostalgia tonta, incluso pena, por todos estos años que conocía a Óliver en los que no me molesté en conocerlo de verdad, toda esa adolescencia desaprovechada en la que podríamos haber sido colegas.

Poco a poco la zona se despejó y cuando terminamos de cenar solo había un par de coches y a nuestro alrededor la oscuridad era total, pues los focos del campo estaban apagados y las nubes tapaban la luna.

Metidos en un espacio tan pequeño, la presencia de Óliver llenaba el coche. Intoxicaba. Y me atraía. Como si al tenerlo cerca quisiese tenerlo más cerca aún. Con solo mover el codo unos centímetros tocaría el suyo; de estirar el brazo, alcanzaría su muslo, de inclinarme, llegaría a él por completo. De repente no podía pensar en otra cosa más que en lo cerca que lo tenía y en su olor a recién duchado y en su mandíbula afeitada y en el pendiente de su oreja y en el pelo brillante que daban ganas de tocarlo y descubrir si era tan suave como parecía.

—¿Te importa si fumo? —me preguntó, devolviéndome a la realidad donde yo no tocaba el muslo de nadie, y menos el de él. Pasé las manos por el volante, por hacer algo con ellas, y lo vi sacar del bolsillo delantero del pantalón un paquete arrugado y un mechero.

—Pero abre la puerta —le pedí, y me hizo caso de inmediato. Se giró en el asiento hasta apoyar los pies fuera del coche y se inclinó hacia el exterior para encender el cigarro y echar el humo de la

primera calada. Ahora solo podía verle la espalda, adivinar algo de su perfil, y me arrepentí de mi petición. ¿Y qué si el coche se pasaba una semana oliendo a tabaco? Estaba a punto de decirle que *entrase* cuando se volvió hacia mí, la mano fuera:

—¿Has seguido leyendo?

—Un poco esta tarde, lo que me han dejado mis hermanos.

Asintió con la cabeza y se giró de nuevo para dar una calada rápida. Seguía sus movimientos a pesar de la mínima luz que teníamos, la curva de su espalda al inclinarse, la tensión de la pierna, la forma en la que sujetaba el pitillo entre los dedos.

El tabaco era asqueroso, pero ver fumar a Óliver pondría cachondo a cualquiera.

A cualquiera.

—Escríbeme luego para saber por qué página vas y seguimos comentándolo.

Me molaba la idea de poder hablar con Óliver de un libro del que tenía mucho que decir, raro en mí, aunque continuaba sin saber hasta qué punto podía hacerlo sin resultar sospechoso.

—¿Tenemos ahora un club de lectura?

—Algo así.

Los dos sonreímos con la tontería, y me acomodé mejor en el asiento, apoyando la cabeza atrás.

—Te puedo dejar otros libros del estilo, si te está gustando este —me dijo con el cigarro entre los labios. Lo miré, incapaz de adivinar a qué se refería con eso del «estilo» de los libros. ¿Otro romance? ¿Otra historia ambientada hacía dos o tres siglos? ¿Otra relación entre dos pibes?

—Venga —accedí.

Asintió con la cabeza, sonrió todavía con el piti en la boca y dio la calada.

—A mis padres les has caído bien —me aseguró un rato después, los dos girados hacia el otro—. Bueno, ya les caías bien por lo que les había contado, y ahora más.

Sonreí y me obligué a cambiar el gesto a uno más burlón.

—¿Qué les habías dicho?

Óliver se tomó unos segundos para responder, con la vista al frente.

—Que eres un buen capitán, que me llevaste a casa el día que nos calamos, que cuidas mucho de tus hermanos… —Me volvió a mirar —. Lo típico.

Ahora era él quien me vacilaba.

—Hago lo que hay que hacer.

—No todo el mundo se encargaría de sus hermanos como haces tú.

Me revolví en el asiento y dejé de mirarlo. Óliver hablaba como si yo en algún momento hubiese tenido la opción de escoger. Quería a muerte a Mario y a Carla, pero mi madre no me había sentado un día para preguntarme si podía cuidarlos mientras ella curraba o salía con su novio. Las cosas habían venido así, no me iban a dar ninguna medalla. Era lo que era, no había más.

Volví a moverme, no encontraba postura; pasé un dedo por el logo plateado que había en el centro del volante y luego apreté la uña del pulgar contra la superficie blanda.

—Cuando mi padre se fue, mi madre se quedó tocada. Había días que ni se levantaba de la cama —le empecé a contar. Sentía la necesidad de explicar la situación, de que entendiese a mamá o a mí o a los dos—. Y mis hermanos eran muy pequeños, alguien tenía que estar con ellos.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Trece, casi catorce.

Óliver abrió más los ojos, yo desvié la vista de nuevo al volante.

—¿Y quién te cuidaba a ti?

—No necesito que lo haga nadie —solté rápido, y estiré la espalda, colocándome mejor.

—Anda…, todos lo necesitamos —me dijo contundente, medio girado hacia mí con una rodilla sobre el asiento—. Te pareces a Luigi, mi gato, incluso en el pelo negro.

¿De qué coño hablaba?

—De primeras eres arisco con los desconocidos, un gato de esos que se erizan y sacan las uñas en cuanto te ven. Pero después…

—Después, ¿qué?

Óliver jugaba con el mechero entre los dedos, uno sencillo de plástico rojo, pasándolo entre unos y otros con habilidad. Cuando se cansó, lo encendió, y la llama iluminó un poco más el interior.

—Después, nada, todavía lo estoy descubriendo.

—O sea que soy un gato cabrón, en resumen.

—Más o menos. —Se rio y apagó el mechero—. No con todos. Con tus hermanos, no; con tu madre, tampoco. Ni con Nano. ¿Es tu mejor amigo?

—Supongo.

—¿Supones?

—No se me da bien mantenerlos —reconocí.

—Conmigo no lo estás haciendo mal.

Me encogí de hombros y durante un rato no dije más.

El reloj del salpicadero marcaba las 23:47 cuando paré el coche delante de la residencia de Óliver. Yo mismo había dicho de marcharnos del Tiro al Plato a las dos horas de estar allí, aunque podría haberme quedado dos horas más. Óliver hacía fácil estar con él; si no me apetecía hablar, lo hablaba todo él, y yo me limitaba a escucharlo mientras comía las patatas fritas que quedaban en el envase de cartón o mordisqueaba la cucharilla de madera que venía con el helado, y cuando le decía algo, parecía escucharme y entenderme de verdad. De alguna forma rarísima, encajábamos.

—Gracias por traerme —me dijo sonriente.

Y no supe cómo despedirme de él. ¿Tenía que darle la mano? ¿Dos besos? ¿Un abrazo? ¿Una palmada en el muslo? Nunca me había pasado nada semejante con Nano u otro compañero; mis habilidades sociales, que no eran muchas, habían desaparecido.

—¿Pensabas que te iba a dejar en el descampado? —respondí, y me golpeó flojo en la rodilla.

—Bueno, pues gracias por la cena. Me ha venido bien salir.

—Seguro que no dabas un duro por mis técnicas para animar a la gente, y han sido un tremendo éxito.

—Tampoco te pases, que solo ha sido un menú de McDonald’s.

—Con vistas al mar —le recordé.

—Y buena conversación.

—Y un pibe guapo.

—Que no tiene abuela.

Los dos nos reímos, y me ayudó a soltar la adrenalina que sentía, esas ganas locas de ponerme a gritar o echar a correr. O, peor, morrearlo. El impulso estaba ahí, ¿de dónde había salido?

—Hasta mañana, capitán —se despidió abriendo la puerta.

La última sonrisa que me dedicó me calentó para sobrevivir en pelotas los siguientes tres inviernos.

Capítulo 14

MANU

El mes de septiembre avanzó lento, duró quince semanas, y llegamos a la última aún ajustándonos a los nuevos horarios que imponían el cole y la universidad, a los días que dejaba a Mario llorando en el patio de la escuela, a las mañanas en las que Carla quería dormir más, a las clases interminables, a los entrenamientos eternos, al castigo que pasaba en un suspiro, a los partidos por toda la región. Pronto mis hermanos también tendrían colegio por la tarde y anochecería con la merienda, así que tratábamos de rascar cualquier resto del verano alargando los paseos a casa todo lo que podíamos.

Comenzamos a ir también con Óliver al campo de fútbol, ida y vuelta tres veces por semana. Un miércoles nos lo encontramos esperándonos en la parada del bus y, a partir de entonces, se volvió rutina. Siempre que llegábamos, él ya estaba allí, a veces con los auriculares puestos, otros enredando en el móvil, otros simplemente sentado en el banco metálico, con la bolsa al lado y la vista de acá para allá, observando a su alrededor. Me gustaba contemplarlo mientras me acercaba a él, cuando todavía no me había visto y podía hacerlo todo lo que me diese la gana. Si venían mis hermanos, ese momento duraba poco, porque enseguida Carla lo llamaba a gritos; pero si iba yo solo, podía estarme unos cuantos segundos mirándolo en silencio hasta que Óliver giraba la cabeza hacia mí, me sonreía, y yo levantaba la barbilla para saludarlo en la distancia.

Esa tarde mi hermana estaba más inquieta de lo normal y, en cuanto lo vio de lejos, echó a correr a su encuentro, seguida de Mario. Cuando llegué, Carla estaba sacando de su mochila un sobre amarillo decorado con pegatinas de estrellas, gatos y corazones. En el frente, se podía leer con letra infantil y algo dudosa «Óliver Cueto».

—Te invito a mi cumpleaños. Es el sábado —le anunció haciéndole entrega del sobre con una solemnidad que casi me hizo reír. Estaba nerviosa, así que disimulé e intercambié una mirada con él, quien tenía una sonrisa de buenazo en los labios, siempre el gesto adecuado para cada ocasión—. ¿Puedes venir?

—¡Claro! —respondió sacando la tarjeta que habíamos comprado la tarde anterior en el chino del pueblo—. Gracias por invitarme, me hace mucha ilusión.

Carla sonrió tan satisfecha que hasta se puso roja. Mario también estaba contento. Lo bueno de mis hermanos era que no sabían camuflar o fingir sus emociones; eran las que eran y te las mostraban tal cual las sentían. Y no era ningún secreto que Óliver les gustaba mucho; los Caviedes debíamos de tener un gen para que nos cayese bien aquel pavo con pelo de estrella de la tele, ojos azulísimos y una voz clara y agradable, como meter los pies en el mar en un día de sur.

—No tienes que regalarle nada —lo avisé, cuando Carla terminó de contarle que irían a la fiesta tres amigas de su clase.

—Pero es su cumple… —salió Mario en su defensa, y ella me miró como si hubiese atropellado a Elena con la bici.

—Es su cumple, Manuelito —me dijo Óliver, y fruncí el ceño ante el diminutivo, mis hermanos se partieron de risa—. ¿Quién no quiere un regalo el día de su cumpleaños?

Así que el sábado el pibe se presentó en casa con uno. Bueno, dos. Llegó puntual con su sonrisa de siempre, una bolsa de colores y una camisa de manga corta abierta sobre una camiseta blanca que no me dejaban ver tanto como quisiera. Las cosas estaban así.

Y me pasó igual que la última vez en el coche: no sabía la manera correcta de saludarlo y me sentía imbécil. Acabé soltando un hola más bajo y grave de lo que pretendía, soné casi enfadado, y me aparté para dejarlo pasar.

Intenté no fijarme en si los pantalones que llevaba le marcaban el culo.

Lo hacían.

—¿Qué tal? —me dijo él mucho más simpático. Óliver era un pavo majo, la clase de persona que siempre caía bien, con esa actitud abierta que facilitaba las cosas y con la que parecía que iba a darte un abrazo a la primera de cambio. Hacía fácil lo que a mí me resultaba complicadísimo.

—De locos.

Y antes de darme tiempo a explicarle si eso era algo bueno o malo, Carla salió del salón corriendo, seguida de sus tres amigas y de Mario. Llevaba una corona de fieltro con un ocho arriba de todo, un vestido de sevillana que le gustaba mucho y botas de montaña, sus favoritas. Hacía un rato había tenido que separar a mis hermanos antes de que se zurrasen porque Mario también quería ese vestido; Carla insistía en que le tocaba a ella porque era su cumpleaños y ese día era quien mandaba. Mario lo aceptó, puede que pensando que tres meses más tarde sería el suyo y querría ese poder absoluto durante veinticuatro horas. O puede que fuese porque mi hermana, ese día y siempre, era una manducona.

—¡Felicidades, cumpleañera! —la saludó Óliver arrodillándose en el suelo para quedar a la altura. Carla fue hasta él con un grito asalvajado («¡Has venidooo!»), le agarró la cabeza con las dos manos y le dio un beso en la frente, a lo que él respondió riéndose y tendiéndole la bolsa con el regalo.

—No tenías que traer nada —bromeé con la voz todavía algo ronca, a lo que Óliver, mis hermanos y sus amigas me respondieron con una mirada que podría haberme ensartado en la pared, como un pincho moruno. Me incliné para darle un par de palmadas en el lomo a Elena, que correteaba alrededor, y Carla destrozó el papel del regalo como si nunca hubiese recibido uno. Era un set de manualidades con abalorios, purpurina, lazos, plumas y pegatinas, que consiguió que los ojos de mi hermana hiciesen chiribitas.

—¡¡Es justo lo que quería!! —gritó Carla, y volvió a lanzarse hacia Óliver para darle un abrazo. Después echó a correr de vuelta al salón, seguida de su séquito, y nos quedamos solos en la entrada.

—A ti te he traído esto —me dijo Óliver, a la vez que me tendía una bolsa a la que, con tanto jaleo, no había prestado atención.

—No es mi cumpleaños.

—Es un préstamo. Un par de libros, para cuando te acabes el otro.

Abrí la bolsa y miré en su interior: uno tenía la tapa roja con un pavo en la portada y otro era de tapa verde con otro pavo en la portada. Vale, lo pillaba, los protas eran pibes.

—Gracias. Intentaré leérmelos rápido.

Me sentía como si, en vez de libros, Óliver me hubiese traído varios paquetes de coca y en cualquier momento mi madre nos fuese a pillar pasándonosla. Y, en realidad, el miedo a que me pillaran no iba por ella, sino por el propio Óliver, mi camello de confianza de libros de mariquitas. Óliver Escobar, el contrabandista aliado.

¿Sabía lo mío o era casualidad?

—No hay prisa. —Se encogió de hombros y yo solo acerté a asentir con la cabeza, mientras dejaba la bolsa encima del zapatero.

Los gritos de los críos y la música de mi madre llenaban la casa entera, y en medio de ese barullo, era el silencio en el que nos quedamos lo que más ruido hacía.

—Estás muy guapo —me dijo de repente, señalándome con un brazo. Yo vestía como siempre, nada especial, una camiseta de manga corta encima de otra de manga larga y unos pantalones hasta las rodillas, aunque me había pasado más rato del que quería admitir decidiendo qué ponerme.

Acepté el piropo con un movimiento de cabeza.

—Tú también.

Y ni siquiera lo dije por devolvérselo, sino porque lo pensaba de verdad; pero, de no ser por él, yo me habría guardado la idea junto a las demás. Era otra de esas cosas que no *podía* hacer con Nano o con Hugo; de solo imaginarme diciéndoselo a alguno de ellos me entraba la risa y a la vez los siete males. Con Óliver era diferente.

Con Óliver todo era diferente.

—La ocasión lo pedía —respondió a la vez que se enredaba en el pelo y cambiaba el peso de pierna.

Desvié la vista a la sala, donde Carla bailaba La Oreja de Van Gogh con su traje de sevillana y Mario le daba gusanitos a la perra.

—¿Se te dan bien las manualidades? —le pregunté señalando con la barbilla la caja que mi hermana había dejado en el sofá junto al

resto de regalos.

Óliver alzó las cejas, y los labios se le estiraron al reírse un poco.

—Se me dan *muy* bien las manualidades. Si yo te contara… —Y entonces ya se rio del todo, y a mí se me escapó el aire por la nariz como un rebuzno de la Lupita cuando pillé el doble sentido que él había sacado de mis palabras. Durante un momento, un momento de nada, nos imaginé en otro lugar o en otras circunstancias, a solas donde poder seguir hablando de algo que había empezado Óliver y que a mí me apetecía mucho saber. Escucharía atento al maestro y tomaría notas si hacía falta.

Me obligué a volver a la entrada de casa, donde la fiesta de cumpleaños de Carla empezaba a tomar forma varios metros más allá.

—Anda, tira y cállate, por favor —dije, y lo empujé por el hombro en dirección a la salita, mientras él continuaba riéndose y yo sonreía más de lo que me hubiese gustado.

Mi madre servía vino al Migueluco, que se había quitado la ropa de trabajo y estaba de pie junto a la ventana con un vaquero viejo y una camisa; al Tonio, sentado en el sofá cerca de su primo y más arreglado que él; y a Tomás, que enredaba con el mando de la tele para bajar el volumen de la música. Los niños ya se habían sentado a la mesa que teníamos en el rincón y que solo usábamos en los cumpleaños y Navidades, y empezaban a comer los sándwiches de Nocilla, los Pelotazos y las gominolas.

Éramos once allí metidos, cinco de ellos montando follón, y tenía la impresión de que Óliver era el centro de atención, una bombilla que iluminaba la habitación y que me atraía como si yo fuese una polilla; aunque sabía que acabaría quemándome, no podía evitar acercarme. El Migueluco lo saludó con la cabeza cuando se lo presenté y el Tonio le dio una palmada amistosa en la espalda y me alzó las cejas, y no supe qué pretendía, así que no hice nada.

El resto de la tarde fueron intentos de contener a los críos; conversaciones a medias con los demás; cantar a gritos el *Cumpleaños feliz*; merendar lo que habían dejado mis hermanos y sus amigas; jugar con ellos a las tinieblas en el salón, entre risas nerviosas y quejas de que alguno estaba haciendo trampas; beber

una birra a medias con Óliver; meter en un táper dos trozos de tarta para el Migueluco y el Tonio, y despedirme de ellos en la entrada con otra mirada del Tonio que tampoco llegué a entender. O no quise.

Para la hora de cenar, mi madre se había ido a trabajar y solo quedábamos Carla, Mario, Óliver y yo. Sentados en el suelo delante del sofá, mis hermanos le hacían a Óliver quiquis en el pelo y le ponían horquillas de colores, y a mí, a falta de largura para enganchar nada, me pintaban los párpados con purpurina celeste. A él ese color le quedaría mejor.

—¿Por qué no abrimos lo que me ha regalado Óliver? —le propuso Carla a Mario después de diez minutos.

—¿Hacemos pulseras? —accedió mi hermano, encantado con la idea de estrenar el montón de abalorios que venían en el set de manualidades. Carla aceptó y ambos se fueron a la mesa de la cocina, dejándome con un ojo pintado y el otro no.

Óliver me miró y se rio.

—¿Te lo acabo?

—¡Por favor! —Fingí entusiasmo y me recoloqué mejor, la espalda contra la parte baja del sofá y las piernas estiradas. Óliver, mientras tanto, metió la yema del dedo índice en el bote de purpurina y, cuando la acercó hacia mí, todo sonriente, solté mucho aire y apreté los ojos—. ¿Me va a doler?

Ya no lo veía, pero escuché su risa explosiva y pude imaginármelo bien: la cabeza hacia atrás, el pelo acomodándose al movimiento, la boca entreabierta.

—Iré con cuidado —me aseguró. Yo contenía la sonrisa, orgulloso de resultarle gracioso. No era algo que me pasase a menudo. Tampoco me permitía serlo con mucha gente, o no me salía, solo con mis hermanos, a veces con mi madre, a veces con Nano. Y ahora también con Óliver—. No te muevas, o te saco un ojo.

Según terminó de hablar, noté su dedo en el párpado derecho y sobre todo su cercanía, su presencia algo abrumadora ante mí. Por suerte (¿aquello era suerte?), tardó poco y enseguida se apartó. Cuando abrí los ojos, me lo encontré contemplándome como lo haría un artista con su obra, y exageraba porque a veces Óliver era

exagerado, intenso, alborotador, pero nunca demasiado. Óliver nunca era *demasiado*.

—¿Me dejas que siga un poco más?

—Lo que quieras.

Rebuscó en el estuche de mis hermanos y sacó un delineador de ojos negro casi acabado que mi madre les había dado días atrás; Mario y Carla lo empleaban de pincel para pintarrajearse la cara. Cerré los ojos, expectante por lo que Óliver quería hacer. ¿Iría a pintarme un rabo en la frente? Volvió a inclinarse sobre mí, esta vez hacia mi ojo izquierdo, y noté en la cara su aliento, que no olía a tabaco, aunque llevaba una cajetilla en el bolsillo trasero «para emergencias», contra la mejilla, contra la nariz, incluso unos segundos sobre la boca.

Sobre la boca.

No me moví ni un pelo.

Nos quedamos callados durante el tiempo que le llevó perfilarme los dos ojos, y no los abrí en ningún momento, no hasta que Óliver me lo dijo.

—A mi hermana le sale mejor —admitió mientras se apartaba y volvía a apoyar el culo en el suelo—, pero estás guapísimo. El *eyeliner* te queda muy bien.

Sonaba sincero. También era la segunda vez en una tarde que me llamaba «guapo». No, «guapísimo». No es que las estuviese contando.

Volví a imaginarme una escena parecida con Nano y los otros, no podía evitarlo: comparar cada mirada, cada conversación, cada cosa que hacía con Óliver con las que hacía con los demás, para confirmarme que lo que teníamos era distinto a lo que tenía con cualquier otro pavo.

—¿Debería ir así el lunes a entrenar? —bromeé, y noté, de manera sutil, cómo el comentario no le había gustado, porque apartó la mirada de mí. Podría disculparme, no sabía por qué.

Óliver se sacó el móvil del bolsillo y me lo pasó con la cámara abierta en modo selfi, para que me viese. Había arreglado la pintura que me habían puesto mis hermanos, el azul me aclaraba los ojos, y el perfilador les daba profundidad. Me gustaba el efecto.

—Vamos a hacernos una foto —me dijo.

No era una pregunta: Óliver se sentó a mi lado, pegando su costado al mío, y me pasó el brazo por los hombros, las cabezas cerca sin tocarnos. Estiró el otro brazo con el móvil en la mano, miramos al objetivo e hizo la foto con las pintas que llevábamos: mi maquillaje, sus horquillas en el pelo.

En la imagen, Óliver volvía a sonreír mucho, como si la incomodidad que había notado me la hubiese inventado; yo desafiaba a la cámara sin pretenderlo, la barbilla algo levantada, los ojos entrecerrados.

—¿Me la pasas?

—Claro.

Mi hermana apareció cuando yo ya abría la foto en mi móvil, anunciando enfadada que Mario se había quedado sobado en la mesa de la cocina, sin terminar la pulsera que estaba haciendo. Lo cargué en brazos para acostarlo en la cama de Carla, llevaban todo el día dando la turra con que querían dormir juntos, y Óliver y ella me siguieron.

—¿Compartes habitación con Mario? —preguntó Óliver al entrar en mi cuarto un rato después.

—Sí, adivina cuál es mi parte.

La pared de mi hermano estaba llena de pegatinas de *Pokémon* y tenía varios peluches sobre la cama. La mía, en contraste, lucía como la de un monje tibetano: edredón liso, poco adorno, ninguna pegatina. No se me daba bien decorar, y como la habitación era pequeña y no teníamos gran cosa, Óliver se acercó al único punto interesante para alguien que curiosea: la cómoda (los dos primeros cajones, míos; los dos inferiores, de Mario) donde, en la parte superior, había apilados una docena de DVD, todos de mi padre. Otra de esas cosas que dejó cuando se largó soltando lastre, como la guitarra rescatada del trastero semanas atrás, que ahora asomaba por debajo de mi cama, o sus tres hijos. Debería haberlos tirado, pero los guardé todos y durante la adolescencia se convirtieron en

mi personalidad; podía distinguir las diferentes etapas por quién me tocó ser en ellas.

Igual que yo cotilleé entre los libros de Óliver, él hizo lo mismo con los DVD. La trilogía de *El padrino*, *Alien*, *El caballero oscuro*, *Gladiator*, *Los Goonies*, las dos primeras de *Matrix*…

—¿Cuál es tu peli favorita? —me preguntó Óliver, guardando *Tiburón* junto a los demás.

Tardé unos segundos en responder, más de los recomendados para no parecer sospechoso de mentir. ¿Qué película sería lo suficientemente masculina para que Óliver no se riera de mí? Sabía que era culpa del patriarcado y todas esas vainas, y que me la debería sudar, pero no quería decirle la verdad.

—*Interstellar* —respondí, recordando la preferida de Nano. No estaba mal, aunque yo no era fan de Nolan.

—¿Sí? No la he visto.

Solté aire por la boca, sin llegar a resoplar, y me froté la cabeza con una mano.

—Tampoco te pierdes gran cosa —reconocí como un imbécil.

Óliver se rio confundido.

—¿Qué? ¿No era tu favorita?

—Prométeme que no te vas a reír.

—Si me dices eso, me voy a reír seguro.

—Entonces, nada. —Y me moví en dirección a la ventana, porque de repente salir al tejadillo y enseñárselo a Óliver me pareció una buena idea. Era mejor eso que seguir parados en medio de la habitación.

—No, ahora me lo dices. Y te digo yo la mía.

—Bueno, pero ven.

Salté al otro lado con cuidado de no hacer mucho ruido y me giré hacia Óliver, que me miraba desde el interior. Cuando me senté, él hizo lo mismo junto a mí. Había buena temperatura para ser medianoche y no se oía ni un alma, solo a Óliver, que se colocó como un indio. Yo estiré las piernas, apoyé las manos atrás, sobre la uralita en la que estábamos, y volví a mirarlo.

Tenía tanta curiosidad por saber cuál era la película preferida de Óliver Cueto que me rendí. Poco me había durado eso de hacerme el

duro.

—Es *Notting Hill*. Igual no la conoces, es de hace mucho.

Recé para que no la conociese.

—¿En esa no sale uno de *Mamma Mia!*?

—Creo que n… —No terminé de responder: Óliver se estaba aguantando la risa, así que le saqué el dedo corazón.

—¡No me río de ti! Es solo que no te pega nada. Me imaginaba que sería alguna de Tarantino, o *El padrino*, como tu padre, no sé.

—*El club de la lucha*, *Fast and Furious*, *Joker* y todas esas, ¿no?

—Algo así. No dejas de sorprenderme. —Y me dedicó una sonrisa que me achicharró.

Tosí.

—¿Y la tuya? Ahora no te escaquees.

Óliver perdió seguridad y dudó durante lo que tardó en echarse el pelo hacia atrás y humedecerse los labios. Mucho se estaba pensando la respuesta.

—La de *La sombra del duque*, por decir una —contestó al fin, cruzándose de brazos.

—¿Tiene peli? —solté sin darme tiempo a frenar mi entusiasmo, y eso lo hizo espabilar, porque recuperó la sonrisa.

—Pues claro, ¿vives debajo de una piedra o qué? —Se movió, girándose hacia mí—. Han quitado muchas cosas, y prefiero mil veces el libro, pero está muy bien.

—Cuando me lo termine, la vemos —le propuse.

¿Qué dos tíos heteros verían con el otro una peli así? Pues, al parecer, nosotros, los mismos que se estaban leyendo juntos el libro, porque Óliver aceptó sin problema y se pasó el siguiente rato hablando de ella. Luego, de otras, y me apunté algunas en el móvil (*Mujercitas* de Greta Gerwig, *Las ventajas de ser un marginado* y *Diez razones para odiarte)*. La noche, el tejado y las horas que llevábamos juntos me empujaron a aprovecharme de ello:

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Esa y el «tenemos que hablar» son las peores frases de la historia. —Movió las rodillas, las piernas todavía colocadas como un indio, y se rio.

—Óliver, tenemos que hablar: ¿te puedo preguntar una cosa?

Acercó las manos a mi cuello, rodeándomelo sin tocarlo, y las sacudió como si me estrangulara, aguantándose la risa. Yo bajé la barbilla y lo miré insistente, y volvió a removerse en el sitio.

—Rápido y del tirón.

—¿Por qué te fuiste del Nansa?

Óliver contaba que había sido porque era lo más práctico: cambió de carrera y de ciudad, así que también de equipo. Y se ahorraba el viaje en bus de hora y media de ida y hora y media de vuelta tres o cuatro días a la semana. Era entendible.

Pero no me lo tragaba. Las pocas veces que había mencionado el tema, Óliver perdía su naturalidad. Por no hablar de los comentarios que había soltado Alfonso el día que nos castigó y que a mí no se me iban de la cabeza.

Su cambio de gesto me confirmó que ahí había donde rascar: dejó de mirarme, se volvió hacia el frente y su seriedad me incomodó; era muy extraño verlo así, igual que si le hubiesen dado al botón de apagado. Levantó el culo y se sacó del bolsillo del pantalón el paquete de tabaco, con dos cigarros; siempre llevaba pocos para no poder fumar más.

—Deberías dejarlo —le recomendé, echándome hacia delante, la espalda encorvada y las piernas estiradas. Óliver apresaba el cigarro entre los labios y le costó un par de intentos encenderlo, el mechero no tiraba bien.

—Ya, pero hoy no. —Y dio una calada como si el propio tabaco le insuflase aire en vez de quitárselo. Me ahorré otro discurso sobre lo terrible que era fumar y le apreté la pierna por encima de la rodilla, dos veces rápidas, antes de retirar la mano.

—¿Qué pasó?

Volvió a eso de mover las rodillas arriba y abajo, una hacia cada lado, se echó el pelo para atrás y dejó la mano sobre la cabeza. La camiseta se le había subido y podía verle la piel de la cintura, más clara que la mía. ¿Cómo sería tocarla? Apostaba a que sería tan suave como sus manos o su pelo, templada como su aliento.

El petardeo de una moto me sobresaltó, él tosió el humo del cigarro, y el tiempo recuperó su ritmo normal.

—Empezaron a meterse conmigo a saco —me contó al fin, y dudó unos segundos antes de continuar—: Por ser gay.

Me eché a reír.

Capítulo 15

ÓLIVER

La risa de Manu fue seca y corta, un resoplido por la nariz que acabó casi antes de empezar, pero que, como un golpe en el pie al caminar descalzo, me dolió por todo el cuerpo.

—Perdona —se disculpó rápido—. No…

—¿No qué? —Estiré la espalda y me giré dispuesto a enfrentarme a él o a marcharme. No habían pasado ni diez segundos y ya me estaba arrepintiendo de haber confiado en Manu—. ¿Tú también tienes algún problema con ello?

—No, joder —me aclaró sin apenas haber terminado yo de hablar —. No me lo esperaba. Solo eso.

La luz que llegaba hasta nosotros no era mucha, sí la suficiente para ver que el rojo habitual de su cara había subido un par de tonos y le cubría no solo las mejillas, sino que también le bajaba por el cuello y se colaba por la camiseta. No había espacio para alejarme de él y coger distancia.

Me mantenía la mirada muy serio; sin embargo, no era su seriedad de siempre, esa a la que ya me había acostumbrado y que no significaba que Manu viviese enfadado las veinticuatro horas del día, sino que le costaba sonreír más que a los demás. No. Esta seriedad intentaba *decirme* algo; trataba de que lo creyese.

Y lo creí, así de fácil.

Al menos, de momento.

—La cosa es que no sé cómo se enteraron —continué contándole —, pero se pasaron toda la temporada metiéndose conmigo, y cuando terminó, ya no podía más y me fui.

Me ahorré los detalles porque no me apetecía recordarlos después de una tarde y una noche tan buenas, y dejé que interpretase lo que quisiera. Él conocía el mundo de los vestuarios, no le costaría imaginarse qué me habrían dicho y hecho.

Manu volvió la vista al frente, perdida en la oscuridad, e intenté adivinar qué estaba pensando. No el Manu capitán que lideraba a los Ojáncanos y que bien podría opinar lo mismo que mis excompañeros del Nansa, sino el Manu al que estaba conociendo desde hacía un par de meses, el que me prestó ropa para que no cogiese frío, llevaba en brazos a sus hermanos cuando estaban cansados y dejaba que lo maquillásemos con purpurina y *eyeliner*.

—No sé qué decirte, es que me cago en sus muertos —dijo al fin. Se giró, levantando una rodilla entre nosotros, y me miró—. No pensaba que te habías ido por algo tan tocho, si no, no te hubiese…

—No pasa nada, si quería contártelo, pero no sabía cómo te lo tomarías —le confesé.

—Pues mal, ¿cómo iba a tomármelo? —Y me vio el pánico y la confusión en el rostro, porque añadió—: Por ti no, por ellos, que son unos hijos de puta.

—Ya —dije de forma vaga, la cabeza a cien kilómetros de distancia, en Verdebraña, mi ciudad—. Nadie me echó, eso me lo repitió mucho el presidente del club, aunque la situación era tan mala que tampoco había muchas opciones —reconocí, apartándome el pelo hacia atrás con una mano—. Prefirieron taparlo todo. Y han ganado ellos.

Di una calada al cigarro, que se consumía entre mis dedos. Mi hermana había querido que los denunciase a todos: al Nansa, a mis excompañeros, al entrenador de antes y al que vino después. Papá y mamá, que siguiese adelante, que no me metiese en *más* problemas, que lo olvidase. ¿Cómo te olvidabas de algo así? ¿Ignorabas quién eras, que los demás te tratasen mal? ¿Dejar el fútbol me garantizaría que no iba a encontrarme con gente gilipollas? Había empezado en los Ojáncanos determinado a no contárselo a nadie, a ocultar esa parte de mí mismo para evitar situaciones semejantes a las que había vivido en el otro equipo. Solo quería jugar al fútbol, igual que había hecho siempre.

Y entonces había conocido a Manu y aquí estaba, contándoselo.

El capitán levantó las rodillas y apoyó los brazos sobre ellas, volviendo a mirar hacia delante, volviendo a sumirse en ese silencio que tomaba forma a su alrededor, denso y agrio. Por una vez, no

sentí la necesidad de rellenarlo, de decir cualquier cosa; me quedé callado, mirando en su misma dirección, a la nada que teníamos enfrente y que, de un momento a otro, nos engulliría.

—Si acaso, has ganado tú —comenzó a decir, y me observó, directo y natural. Manu transmitía una serenidad que a mí me venía muy bien, sobre todo cuando le había vomitado a los pies toda la basura que tenía en la cabeza—. Has venido a los Ojáncanos, me has conocido a mí…

Me eché a reír por su comentario engreído e inesperado, que rompió aquella solemnidad. Se lo agradecí un montón, me incliné hacia él para empujarlo, hombro contra hombro, y, una vez que choqué, me quedé apoyado en él. No se apartó, apenas se movió, podía notar hasta su respiración.

—¿Ahora estás bien? —me preguntó algo más bajo, más serio, más íntimo. No me atrevía a mirarlo, porque eso supondría tener mi boca cerquísima de la suya y no quería enrarecer aún más el ambiente.

—Sí, más o menos —reconocí—. Me cuesta quitarme el miedo del cuerpo, ¿sabes? Cada vez que alguien del equipo me mira, pienso que se va a dar cuenta.

Quise decirle que el miedo no se me iría nunca; me lo callé para no sonar exagerado.

—No se lo cuentes a nadie, porfa, ni siquiera a Nano.

—No, no, tranqui —me aseguró—. No sale de aquí.

Después de explicárselo me sentí mejor: guardármelo me había consumido mucha energía, de lo que fui consciente en cuanto me desahogué con Manu. Le había puesto por fin las cartas sobre la mesa: este soy yo, esto es lo que me ha ocurrido, y el capitán seguía a mi lado, su codo rozando el mío, apenas distancia entre los dos.

El peso que me había quitado de encima me soltaba la lengua y a Manu le gustaba escuchar, así que nos quedamos un buen rato más en el tejadillo hablando de mil cosas; ninguna importante, habíamos cubierto el cupo para esa noche. Que si yo había suspendido el examen de conducir dos veces y él una, que si la mejor peli de *Shrek* era la segunda, que si preferíamos gatos (yo) o perros

(Manu), y chorradas así. Archivé cada nuevo detalle en la carpeta mental que tenía para Manu, donde guardaba otra información, como sus cereales favoritos (los rellenos de chocolate y avellana), la canción que le recordaba a cuando sus padres estaban juntos (*Cien gaviotas*, de Duncan Dhu) o la cadencia de su voz (tranquila pero segura).

Las campanas de la iglesia anunciaron que era la una de la madrugada, la señal para marcharme. «Óliver, amor, a tu puñetera casa», me dijeron, e hice caso y me levanté.

—¿Te vas? Si ya no tienes bus.

—Pillo un taxi.

—No seas tonto —me dijo Manu mientras también se ponía de pie —, quédate. Tengo una cama libre.

Y un rato después, tras pasar por el baño, volvíamos a estar en su habitación. Tres veces a la semana nos cambiábamos de ropa delante del otro, pero una cosa era hacerlo en el contexto de los vestuarios, donde no nos quedaba más remedio, y otra aquí, donde todo olía a él y estábamos solos y el silencio nos rodeaba y acababa de contarle que era gay.

Antes de que el momento se volviese raro, me descalcé y me quité los pantalones, que dejé a los pies de su cama.

—Hace mucho que no hago una fiesta de pijamas —comenté, pasándome una mano por el pelo y felicitándome por haberme puesto unos calzoncillos que ni estaban estirajados ni me hacían mal culo.

—Técnicamente…, no los llevamos.

Él también comenzó a desnudarse, a diferencia de mí, por la parte superior, y en los segundos en los que no me veía, tapado por las dos camisetas que se quitaba del tirón, aproveché para fijarme en los lunares de su tripa, en el tatuaje del pecho, en el vello que se colaba por debajo de la cintura del pantalón. Un vistazo rápido. Al asomar un instante después, yo ya estaba quitándome la camiseta sin mirarlo.

—Échate en mi cama, que yo duermo en la de mi hermano —me dijo y dejó su ropa en la silla del escritorio. Me revolví el pelo y asentí con la cabeza, para luego apartar el fino edredón que cubría

la cama del mismísimo Manuel Caviedes, donde iba a pasar la noche. A puntito estuve de reírme.

—No serás sonámbulo, ¿no? Por dormir con un ojo abierto, digo —bromeé mientras me metía en la cama, y aquello me pareció muy íntimo, lo más íntimo que iba a hacer con él: colarme entre sus sábanas.

—Si me pongo a hablar en latín, salta por la ventana.

Me reí con ganas y Manu apagó la luz. Entonces pequeñas estrellitas empezaron a titilar en el techo y giré la cabeza hacia el capitán, al que podía distinguir por la luz de las farolas que se colaba entre las rendijas de la persiana.

—Siempre quise tenerlas, pero mis padres decían que estropeaban la pintura y no me las compraron —le conté, y Manu se tumbó de lado hacia mí, una pierna por fuera del edredón.

—Ya estaban cuando nos mudamos, y hemos ido pegando más. Las rosas —señaló con el dedo varios puntos del techo— son nuevas, las pusimos el otro día. Yo prefiero esas otras de ahí —volvió a señalar, ahora justo encima de la cabecera de *mi* cama, a unas amarillas, amontonadas en poco espacio—; me las regalaron por un cumpleaños y me dejaron ponerlas donde yo quisiera. Y las puse todas juntas.

Hizo ese sonido justo entre sonreír y resoplar, y yo sí que sonreí, no solo por sus historietas, sino porque Manu hablaba tranquilo, a gusto, y esa comodidad se me asentó en el estómago.

—Buenísima elección —le aseguré divertido, y como él hizo el amago de tirarme con su almohada, yo moví la cabeza, apartándome de la imaginada trayectoria.

—Disfruta del espectáculo, pájaro.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Manu, sus hermanos y la perra me acompañaron a la parada de autobús. Su madre había trabajado por la noche y dormiría hasta el mediodía, así que los Caviedes darían una vuelta por el pueblo para no molestarla.

Yo caminaba junto a él en un suelo de arenas movedizas, que me habían aterrorizado de niño y al crecer descubrí que no iban a ser un

peligro real. Tras contarle a Manu la madrugada anterior que era gay, temía pisar donde no debía y que me tragasen, o que el capitán se fuese de la lengua, o que empezara a pasar de mí. Que desapareciera. Que cambiasen las cosas entre nosotros cuando empezaban a ir realmente bien.

La noche había sido larga y había dormido mal, no solo porque extrañase mi cama, sino por las posibles consecuencias de haber confiado en él. Ni siquiera podía chantajearlo con que hablase en sueños y hubiese soltado alguna barbaridad o se mease en la cama o roncase como un trasatlántico; Manu había pasado la noche casi tan silencioso como pasaba los días.

Mario, por suerte, interrumpió mi deriva de pensamientos: sacó del bolsillo una pulsera, la que había empezado el día anterior hasta quedarse frito sobre la mesa, y me la ofreció sin decir una palabra. Carla lo hizo por él:

—Te la regala. La ha terminado antes.

Era de abalorios azules y llevaba mi nombre en letras negras sobre blanco y una carita sonriente.

—¿Para mí? Muchas gracias, amigo. —El detalle me pareció tan tierno que tuve ganas de abrazarlo; en cambio, le tendí la mano, algo que ya sabía que le hacía gracia y lo incomodaba menos. Me la estrechó con una sonrisa tímida—. Probablemente sea la pulsera más chula que tendré nunca.

Manu guardaba silencio, me rozó en el brazo con el codo y no supe si fue intencionado o no, pero el contacto me gustó.

—A ti te la he hecho yo —siguió contando Carla mientras le daba a Manu una casi idéntica, salvo que sus abalorios eran verdes y, claro, con su nombre. Él se la puso junto a la goma de pelo que llevaba siempre por si la necesitaban sus hermanos.

Los cuatro nos hicimos un selfi con mi móvil, en el que enseñábamos las pulseras, ya en las muñecas, y sonreíamos.

Sin embargo, aquella repentina alegría se me fue rápido.

Capítulo 16

ÓLIVER

Al llegar el lunes al entrenamiento, mi confianza en el capitán había bajado de manera progresiva según había transcurrido el domingo, como el contador de vida de un videojuego. Y ni siquiera había pasado nada decisivo, más allá de las horas en mi habitación acompañado de dos estupendos amigos: el miedo, que me hacía desconfiar hasta de mi sombra, y la paranoia, que me sorbía los sesos; menudo banquete se estaba dando.

¿Y si Manu se había ido de la lengua? ¿Y si no se lo había tomado tan bien como parecía? ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si…? Volvía al temor de los primeros días, cuando evitaba los vestuarios todo lo que podía. Había aprendido pronto el protocolo a seguir: no mirar más de la cuenta a los compañeros y nunca nunca bajar la guardia, porque, si te despistabas un momento, la vista se te podía ir donde no debía, y eso significaba llevarte un «maricón» de regalo y las mofas para el resto de la temporada.

Y una cosa era que se burlasen de mí por fallar en el campo y otra por ser quien era. Los errores en los partidos, sin ser aposta, me habían venido bien y habían actuado de distracción para que no se fijasen en nada más: prefería cargar con el sambenito de ser un paquete como jugador al del marica del equipo.

Me imaginaba a todos los Ojáncanos observándome y señalándome, y a Manu en el centro de todo aquello, dedicándome una mueca de asco que me escoltó durante el camino en bus a Brena y casi me hace llegar tarde al entrenamiento.

No pasó nada de eso.

Mis compañeros me miraban igual que siempre, nadie comentó nada, y me sentí un poco culpable de haber desconfiado de Manu, sobre todo cuando me saludó con una pequeña sonrisa que casi me hizo dar un par de volteretas sobre los bancos de madera.

Todo iba bien, me repetía mientras me cambiaba a toda prisa, solo tenía que acostumbrarme.

—Niñas, niñas, a callarse todas, que no estamos en el colegio —nos ordenó Alfonso. Miré de reojo a Manu, de brazos cruzados a mi izquierda, y noté la tensión de su mandíbula. Fue un cambio sutil, de serio a serio *y* cabreado, y entendí que quizá no era a mí solo al que le molestaba que nos llamara así. Me daba igual que el entrenador nos hablase en femenino, lo que me fastidiaba era la intención que había detrás: burlarse de nosotros de la manera más machista e infantil posible. La cabeza tampoco le daba para más.

Di un ligero codazo a Manu, y me lo devolvió sin mirarme.

—Venga, poneos por parejas para los ejercicios, y rapidito —continuó, lo que provocó un repentino alboroto entre mis compañeros, que enseguida se movieron en busca de sus amigos.

—¿Te pones conmigo? —me preguntó Manu, antes siquiera de que me diese tiempo a entrar en pánico por quedarme colgado. Y, aun así, mi alivio fue enorme. Asentí con la cabeza y una sonrisa.

Vaya un pringado, corazón.

—Estaba entre pedírtelo a ti o a Hugo —bromeé, y ambos miramos al susodicho, que cargaba a la espalda a Nano mientras corría alrededor del grupo; el numerito de cada entrenamiento.

—Todo tuyo. —Y se apartó, indicándome el camino hacia Hugo con el brazo, en una especie de reverencia. Hice el amago de echar a caminar hacia el otro chaval con toda la naturalidad del mundo, pero solo se quedó en eso, en el amago, porque Manu me agarró por la parte de atrás de la camiseta y tiró hacia él—. ¿Qué haces?

—Lo que me has dicho. —Me hice el tonto, alzándole las cejas con el gesto más inocente que logré poner. Él, en cambio, volvió a cruzarse de brazos y resopló—. No me digas que estás celoso, Manuelito —añadí, de nuevo codo con codo. Yo tenía tendencia a decir muchas tonterías a lo largo del día, algunas adrede, otras no; sin embargo, esta era la mayor chorrada que se me había escapado en su presencia.

Manu se replegó en sí mismo. Podía tener un estallido en el que reía y de pronto volvía a encerrarse en su caparazón, a convertirse en ese ser taciturno que tenía las sonrisas contadas, un personaje de la época victoriana. Resopló una vez más, de forma muy sonora, y negó con la cabeza, ya sin mirarme, toda su atención de vuelta en Alfonso, que trataba de calmar al equipo.

—No me llames así, Dawson.

Le di otro codazo y, cuando me miró, él también sonreía.

Para terminar de captar nuestra atención, el entrenador tiró delante de él una bolsa llena de cintas de tela. Aquello despertó nuestra curiosidad lo suficiente como para que dejásemos de hablar y consiguiésemos el silencio que Alfonso llevaba un rato pidiéndonos.

—Hoy os vais a pasar el entrenamiento entero pegados al culo de vuestro compañero —nos anunció, y alguno le rio la gracia. El de Manu era un culazo, así que tampoco iba a quejarme—. A muchos de vosotros a veces se os olvida que la compenetración con los demás es básica, pero como sería imposible teneros a todos amarrados, os voy a atar por parejas, ¿entendido?

El murmullo fue instantáneo y las quejas no tardaron en sucederse. A mí, qué podía decir, pasarme hora y media atado a Manu me parecía una fantasía, y la compenetración, después de semanas castigados juntos, la teníamos perfeccionada.

—Esto de atarnos estaría bien si fuese para otra cosa —me dijo el capitán inclinándose hacia mí.

Alcé las cejas y reí, más por la sorpresa que por el chiste en sí. Me esperaría el comentario de Hugo o Nano o cualquier otro de mis compañeros, incluso de mí mismo o el propio Alfonso, no de Manu, siempre tan serio. En un momentito me monté una película loquísima que ni Almodóvar, y casi me atraganté con la saliva.

Agradecí que el entrenador continuase hablando, porque yo me había quedado sin palabras, algo que ocurría muy pocas veces y que Manu había conseguido con un comentario tontorrón. Alfonso nos indicó que fuésemos acercándonos sin montar follones, algo en lo que insistió mucho mirando a Nano y Hugo, y fue atándonos la muñeca a la de nuestro compañero.

Estar amarrado de esa manera supone que todo tu costado esté en continuo roce con el de la otra persona. Los pelillos del brazo de Manu me hacían cosquillas en el mío, y si los bajábamos, nuestros nudillos se tocaban y hasta habría podido colar los dedos entre los suyos.

La sensación era espectacular.

El entrenamiento empezó siendo un cuadro, porque a mis compañeros les costaba sincronizarse con sus parejas y todo eran risas y pitorreos. Incluso el ejercicio más simple, que hacíamos al inicio de cada sesión, correr alrededor del campo, se convirtió en una verbena de pueblo. Qué pena que nadie lo estuviese grabando.

Para cuando llegaron los ejercicios más técnicos, Alfonso ya estaba harto de nosotros.

—¡¡Soltaos la puta cinta!! ¡¡Soltadla!! —nos ordenó, vencido—. Que no se puede hacer nada nuevo con vosotros, siempre igual… ¡Pero os quedáis por parejas! ¡Y no quiero oír ni una mosca! ¿Entendido?

—¡Entendido, míster! —vaciló Nano, con la consiguiente mirada terrorífica de Alfonso que al chaval ya no le afectaba.

No sé si formaba parte del entrenamiento que tenía pensado o era más bien un castigo, pero nos tuvo un buen rato haciendo abdominales. Teníamos que ir turnándonos: uno los hacía y el otro lo agarraba por los pies para ayudarlo a guardar la posición y comprobar que mantenía la postura correcta. Empecé yo. Me tumbé en el césped, crucé los dos brazos sobre el pecho y levanté el torso. Me salían con facilidad, llevaba años acostumbrado, y la atención del capitán me *forzaba* a hacerlos bien, a lucirme, como si unos simples abdominales lo fuesen a impresionar. Manu me sujetaba por los tobillos, arrodillado delante de mis piernas flexionadas, y no me miraba, más pendiente de mis movimientos, del entrenador, de los compañeros que nos rodeaban. Yo, en cambio, me permití el lujo de contemplarlo. No de reojo como en otros entrenamientos, sino de manera directa gracias al ejercicio. Solo me faltaban las palomitas.

Con el pelo corto que llevaba, Manu parecía el prota de una peli de militares estadounidenses. De esas llenas de testosterona en las que se creen los salvadores del mundo, los muy gilipollas, y que te

tragas enteras por sus pantalones cargo y camisetas de manga corta apretándoles los bíceps. Manu tenía incluso ese aire sombrío y mala leche que se necesitaba para ellas. La guapura le sobraba, y era tan sexi que daban ganas de chillar.

Me pilló mirándolo de pleno. En mi defensa podría argumentar que lo tenía justo delante, que me resultaba más difícil no mirarlo que hacerlo, pero no comentó nada. Continuó sujetándome los tobillos y observándome, y yo seguí subiendo y bajando al ritmo que marcaba Alfonso con su silbato. Empezaba a sudar; sin embargo, ya no sabía si era por los abdominales o por el propio Manu.

—No fuerces el cuello —me recomendó. Y, con una mano en mis tobillos, se estiró por un costado para llevar la otra a mi nuca, donde apretó varios puntos. Me lo imaginé dándome un masaje; Manu sabía del tema, lo estudiaba, seguro que los daba bien—. Relájalo o luego te va a doler.

Que relajara el cuello, decía. Con la idea del masajito de marras, lo que necesitaba relajar era otra parte del cuerpo mucho más al sur. Acerté a asentir y continué con los movimientos, mientras él volvía a colocarse a mis pies.

Mantuvimos esa dinámica —sus ojos en mis ojos, mis ojos en sus ojos— un rato más, hasta que el entrenador dio por terminada la secuencia, me tiré hacia atrás en el césped y rompí el contacto visual.

Me hormigueaba la piel.

Y la entrepierna.

Cuando cambiamos posiciones y fue el capitán quien tuvo que hacer el ejercicio, no me molesté en camuflar mi alegría, que, por supuesto, no le pasó desapercibida.

—¿A qué viene tanta sonrisa?

Manu tenía la frente salpicada de gotitas de sudor y sus habituales coloretes se habían intensificado. Yo le sujetaba con una mano un tobillo, con la otra, una rodilla, y si creyese en un ser superior le daría gracias toda la eternidad. Estaba viviendo mi mejor vida.

—A que a mí se me da mejor —mentí, señalándolo con la barbilla. Como contestación, Manu soltó aire por la nariz, movió un poco la cabeza y aumentó el ritmo de las subidas y bajadas.

«A que me gusta lo que veo», fue la respuesta que me callé, por el bien de los dos. Ahora que Manu sabía que me gustaban los tíos, no quería incomodarlo. El tema iba así: le contabas a otro chaval que eras gay y al instante se creía que te gustaba y empezaba a actuar raro. Y aunque era algo que me fastidiaba, con Manu era verdad.

Pero él no tenía por qué saberlo.

—Anoche me terminé el libro —me contó mientras cambiaba las manos del torso a la nuca en una de las subidas. A nuestro alrededor, Alfonso gritaba órdenes e indicaciones a quienes disminuían el ritmo, y el resto hablaba, algunos más alto que otros. Manu y yo éramos de los que lo hacíamos en voz baja, conscientes de que esa novela no sería la más popular entre nuestros compañeros.

—¿Y? ¿Veredicto?

—Me ha gustado.

Moví las rodillas, la hierba contra ellas empezaba a molestarme, y sonreí como un idiota.

Hasta hacía poco más de un mes, la opinión del capitán me daba igual. ¿Que le caía mal desde hacía años? Pues vale, él a mí también, era un gilipollas. Pero ahora que nos llevábamos tan bien y pasábamos tiempo juntos, me importaba lo que Manu Caviedes pensaba. Me importaba *mucho*. Quería gustarle. Y ya no solo porque el chaval estuviese buenísimo y yo soñase con los lunares de su cuello y de su tripa, y desease, puestos a pedir, enrollarme con él (¿quién no iba a querer?), sino porque éramos amigos.

Que le gustase el libro y me lo dijera justo en el campo borró cualquier duda que tuviese respecto a mi confianza en él o sobre cómo se había tomado que yo fuese gay o si se lo contaría a alguien.

—No te vas a ganar la vida como crítico, ¿eh?, te aviso —bromeé con las cejas alzadas, y Manu imitó mi gesto.

—Me ha gustado *bastante* —recalcó—. Si hasta quiero releerlo ya.

Vale, decidido: era el tío perfecto.

—Bienvenido al club, es mi libro favorito.

Manu se detuvo al llegar arriba y quedamos a poca distancia, no me moví de mi sitio; si acaso, el que tenía que apartarse era él. La camiseta empezaba a humedecérsele por el sudor, la frente también, y la respiración le iba más rápida por el esfuerzo. Era como ver porno en vivo.

Inspiré mentalmente, espiré.

—¿No era el de tu hermana? —me preguntó canalla, y mi sonrisa se ensanchó casi a la vez que la suya—. ¿Otra confesión más, pájaro?

—¡Oye! —Y le di una cachetada por la parte exterior del muslo, lo que tenía más a mano, mientras él volvía a bajar y rompía esa cercanía de los últimos segundos.

Ya ni siquiera me importaba que me hubiese *pillado* con lo del libro. Es más, a él le había encantado, ¡quería volvérselo a leer! ¿Qué significaba aquello? De pronto, un pensamiento muy pequeñito, uno que llevaba tiempo ahí, al fondo fondo fondo de mi cabeza, empezó a hacerse hueco casi a codazos, un «¿Y si Manu también es…?» que se abría paso entre los más lógicos y razonables. El pensamiento se coló del todo, clavó la bandera, se preparó un vermut y se puso cómodo.

Había llegado para quedarse.

Capítulo 17

MANU

Salí del portal cuando las campanas de la iglesia tocaban a misa y el bar de la Aurora empezaba a llenarse de viejos tomando los primeros blancos del domingo. Nada más pisar la calle, el Tonio me pegó un silbido.

—¡Niñuco, ven para acá un momento! —Movió la mano varias veces, invitándome a acercarme, y se apoyó con los dos brazos sobre el murete que separaba mi edificio de su finca. Elena tiró de la correa, impaciente por saludarlo, y en cuanto este abrió la portilla, la solté. La perra corrió hasta él, de quien recibió unas buenas caricias en el lomo y una chuche que se sacó del bolsillo; Atila apareció moviendo el rabo porque era el mastín más manso del mundo, y yo llegué poco después con la correa colgada al cuello y una pereza que arrastraba desde casa.

—Qué pasa, Tonio —lo saludé y seguí en dirección al banco que tenían en el porche. El Migueluco salió de la cuadra cargando con una paca de hierba para los caballos, y me acerqué a ayudarlo.

—¡Lo que me faltaba! —refunfuñó—. ¿Te crees que no puedo yo solo?

—Hombre, tienes como cien años. Igual te da un jamacuco.

El Tonio soltó una carcajada cavernosa mientras se acercaba a nosotros. Ambos llevaban buzos azules y unas katiuskas verdes, su indumentaria diaria para trabajar con los animales, aunque, por ser domingo, el Tonio iba más repeinado que el resto de la semana y mucho más limpio que el Migueluco. Se parecían en las generalidades, pero los diferenciaban bastante los detalles.

—¡Me cago en san Pito Pato, Manu! ¿Vas a decirme tú lo que puedo o no puedo hacer?

El Migueluco siguió cagándose en todo casi para sí mismo mientras llevaba la hierba seca hasta la parte trasera de la finca, donde lo esperaban el Calisto y el Marqués, los caballos. Yo me

quedé riéndome junto al Tonio, que, con una brizna de hierba en la boca, se sentó en el banco, una pierna cruzada con la otra y las manos, más cuidadas de lo que podría parecer por su trabajo, sobre la rodilla.

—Oye, dime una cosa, que llevo con el runrún unos días y no acabo de acordarme —empezó a decirme al tiempo que yo me sentaba a su lado—. El chavaluco aquel, el que vino al cumpleaños de Carla, ¿cómo se llamaba?

Me revolví en el banco y lo miré de reojo. ¿A qué venía eso? Me eché hacia delante, hasta apoyar los brazos sobre los muslos, y le di un par de vueltas a la pulsera de abalorios que llevaba en la muñeca izquierda.

—Óliver.

—¡Óliver, eso! —El Tonio repitió el nombre con mucho énfasis y alzando la voz, incluso dio una palmada—. Era muy guapete, ¿no?

Me reí, o al menos aparenté que me reía con un resoplido.

—¿Guapete?

—Apuesto —aclaró el Migueluco, que llegaba hasta nosotros ya sin la paca de hierba y se hacía un hueco en el extremo del banco, junto al Tonio.

—¿¿Apuesto?? —repetí, y hasta me salió un gallo—. ¿En qué siglo vives, Migueluco?

Pero tenía razón: su pelo brillante y sus rasgos suaves lo hacían parecer el príncipe de un cuento. Era guapo, estaba tremendo y también era *apuesto*.

Y gay, joder. No podía dejar de pensar en ello.

¿Cuántas posibilidades había de que al pibe con el que más había conectado nunca le molasen otros pibes? Y se me había dado. Si existía el «radar gay», el mío estaba defectuoso, porque de Óliver solo había recibido señales confusas.

Que a los dos nos gustasen los pavos no significaba que nos tuviese que gustar el otro, estaba claro, y aun así la cosa es que él me gustaba.

Bastante.

Me cagué en todos mis muertos.

—Ya nos has entendido —se quejó el Migueluco mientras volvía a levantarse, lo de estar parado no era lo suyo, y se acercaba hasta la jaula que colgaba junto a la puerta de la casa. Con la cara cerca de la estructura, silbó de forma intermitente hacia el recién llegado: un carbonero muy espabilado, pero con un ala débil, al que habían puesto de nombre Macario. En unos días ya estaría recuperado y lo podríamos soltar; era nuestra parte favorita.

—Nos está dando largas —le respondió el Tonio con una sonrisa que no me gustaba un pelo, a la vez que acariciaba a Elena, tumbada panza arriba a sus pies. Resoplé alto y claro, para que los dos tocapelotas se enterasen bien, no fuese a ser que no llevasen el sonotone bien ajustado y se perdiesen mi indignación por sus vaciladas.

Había que joderse con los viejos, que ahora iban de celestinos.

—Si queréis os doy su número —solté, de lo que me arrepentí al instante porque Óliver podía ser casi su bisnieto. El Migueluco negó con la cabeza, el Tonio rio fuerte y yo me incorporé aguantándome las ganas de darle un collejón al segundo—. No sé a qué vienen tantas preguntas sobre Óliver.

—Cómo te pones, hijo… Solo teníamos curiosidad. Como lo invitaste al cumpleaños…

—Lo invitó Carla —aclaré rápido, como si al Tonio le importase ese detalle. Que yo no era tonto y veía por dónde iban los tiros. Habíamos tenido una conversación parecida la primera vez que Nano vino a casa, pero en ese momento lo achaqué a que hacía poco que sabían que yo era bisexual y querían mostrarme así su apoyo. Si se enteraban de que Óliver tampoco era hetero, los mataría de un ataque al corazón—. Sois dos viejos cotillas. Para que luego digáis de la Jesusa, vosotros sois peores.

—¿Te das cuenta, Miguel? —El Tonio se giró hacia el otro, jugando a ignorarme—. Sigue sin responder, con lo fácil que sería decir: «Pues solo somos amigos»; «Pues Óliver no me gusta»; y nos habría cerrado la boca hace ya unos minutos. Y él sigue erre que erre.

Tuve que aguantarme la risa. Giré la cabeza hacia el lado contrario, el Marqués y el Calisto comían la hierba que les había dejado el Migueluco, y apreté los labios.

—Pues solo somos amigos, Óliver no me gusta —repetí alzándoles las cejas y poniéndome muy serio.

—La próxima vez échale más entusiasmo —me recomendó el Tonio.

—Que suenes más convencido —añadió el Migueluco.

Se me escapó un resoplido que más bien parecía un relincho.

—Lo que os decía: ¡peores que la Jesusa!

Capítulo 18

MANU

Aquella tarde de finales de otoño, camino al campo de fútbol, Mario iba más callado de lo normal. El frío de principios de diciembre nos había pillado envueltos en la rutina de clases y fútbol, y mi hermano se escondía bajo un abrigo heredado de mi hermana que le quedaba algo grande y le encantaba. No se separaba de mí ni se detenía a coger flores ni corría detrás de Elena. A pesar de la baja temperatura, me sudaba la mano sobre la suya, pero si él no se quería soltar, yo tampoco lo haría.

Tras diez minutos sin abrir la boca, a diferencia de Carla, que no callaba ni para coger aire, Óliver me alzó las cejas y miró a mi hermano. Me encogí de hombros. No sabía lo que le pasaba, había salido así del cole y no había querido contarme nada. Empezaba a preocuparme tantísimo silencio.

—¿Qué pájaros son esos, Mario? —le preguntó Óliver señalando hacia unos gorriones posados sobre un cable de alta tensión. Tuve que aguantarme la sonrisa, porque se lo estaba poniendo demasiado fácil a mi hermano, quien miró hacia donde indicaba Óliver y a mí.

Mario sabía que yo sabía qué tipo de pájaro era, es decir, que bien podía responderle yo, por lo que no contestó. Óliver me miró apretando los labios y desvió la vista a su alrededor, buscando algún otro pájaro que subiese el nivel de dificultad, pero no vimos más. Tampoco se iba a dar por vencido así como así.

—¿Y cuál es tu preferido? —preguntó después. Carla, a la que le aburría la conversación, se adelantó a nosotros para jugar con Elena, y Óliver se colocó a mi lado, casi codo con codo.

El pibe había acertado con esa pregunta, no había sido al azar; si algo había en el mundo que nos gustase a Mario y a mí eran los pájaros.

Había empezado a mandarle de vez en cuando a Óliver fotos de algunos que nos encontrábamos, los que soltábamos con el Tonio y

el Migueluco o los que yo mismo salía a buscar. Me preguntaba por ellos, me pedía más fotos. A veces le enviaba audios de los pájaros cantando y él me respondía imitándolos fatal y riéndose un montón; esos eran mis audios favoritos.

—El arrendajo —respondió casi para el cuello de la cazadora.

—¿Cómo es? No lo conozco. ¿Hay por aquí?

—Sí, el Migueluco rescató uno, ¿a que sí, Manu? —Para no interrumpir la seguridad que mi hermano iba tomando, gracias a que controlaba del tema, solo asentí con la cabeza, y Mario continuó—: Son rechonchos y marrones, tienen una colita larga y también como un bigote, y las alas son muy bonitas, con un poco de azul.

Hablaba cada vez más confiado, cada vez más alto, y el entusiasmo se le notaba en la voz. Le apreté la mano cuando terminó y le sonreí, y él me devolvió el gesto y el apretón.

—Qué chulo, si un día ves uno, me lo tienes que enseñar —le dijo Óliver, y tuve ganas de hacer lo mismo con él: sonreírle, y sobre todo apretarle la mano. Solo hice lo primero.

Mi hermano le prometió que la próxima vez que el Migueluco encontrase uno, lo avisaría para que fuera a verlo, e insistió para que le enseñara las fotos que yo tenía en el móvil. Tuve que convencerlo de que lo haría más tarde, porque ya íbamos con el tiempo justo.

—¿Y el tuyo? —me preguntó Óliver. Ahora me tocaba a mí—. ¿Cuál es tu pájaro preferido?

Podría decirle la verdad, que era la golondrina, con sus alas largas y apuntadas, los reflejos azul metálico y blancos sobre negro, el rojo de su frente y su garganta, y la agilidad al volar. Podría decirle eso y muchas cosas más. En cambio, respondí:

—El novato. —Adiviné el momento exacto en el que Mario me iba a preguntar cuál era ese, así que le apreté la mano de nuevo y le guiñé un ojo—. Es de Cantabria, del interior; no calla ni debajo del agua, y hay poquísimos, yo creo que solo queda uno.

—¿Solo uno? —Óliver nos miró extrañado.

—¿Sabes cuál es su nombre científico?

El pavo me observaba con tanta curiosidad que tuve que tirar de todo mi autocontrol para no echarme a reír, mientras Mario me

apretaba la mano una y otra vez.

—*Oliveris Cuetus.*

Mario fue el primero en reír; al propio Óliver le costó más pillarlo, supongo que nuestras risas le dieron las pistas que le faltaban.

—¡Ya os vale! ¡Me lo había creído! —soltó, y me empujó con las dos manos por el costado sin apenas fuerza, lo justo para moverme un poco—. Pues sonaba a que era un pájaro espectacular.

—Y lo es.

Se apartó y desvió la vista en dirección contraria, hacia el mar, y al volver a mí me miró raro. Con mayor determinación.

—Yo también tengo uno preferido, aunque no me hayáis preguntado —continuó con un tono que me recordó al de mis hermanos cuando se picaban por algo; en el caso de Óliver, sabía que era para seguir con la chorrada ante Mario—. El *Manuelitus Caviedis*.

Aquello me resultó más gracioso de lo que debería, teniendo en cuenta que me había copiado la broma, pero que uniese mi nombre a la palabra «preferido» me provocaba una risa muy tonta y un cosquilleo extrañísimo en la nuca.

—Toda la familia *Caviedis* está guay —añadió, con lo que yo le di un codazo y Mario soltó otra risilla satisfecha.

Avanzamos un rato escuchando las llamadas de mi hermana a la perra, que no le hacía caso, y el choque de las olas contra las rocas, allá más abajo. Cogí una clavelina silvestre de un matojo que había a la orilla de la carretera y me la puse entre los labios, para oler bien su aroma dulzón, mientras las tres burras del Chemari, que vivía a las afueras del pueblo, nos seguían por el prado, en paralelo a la pared de piedras y el pastor eléctrico que nos separaban.

—No me quiero cortar el pelo —dijo Mario, y sonó un clic, la cerradura que Óliver había conseguido abrir con la charla sobre pájaros.

—¿Quién te ha dicho que te lo tienes que cortar? —pregunté confundido—. ¿Mami?

Mario negó con la cabeza y volvió a apretarme la mano; a los dos nos sudaban.

—Unos niños mayores del cole dicen que parezco una niña.

Según terminó de hablar, Óliver me agarró del brazo a la altura del codo y mantuvo la mano ahí unos segundos. Seguimos caminando como cada tarde, porque tenía la sensación de que, si me detenía y me agachaba junto a mi hermano, la conversación tomaría una importancia que no quería darle. Aunque me estuviese cagando en todos los muertos de esos críos y de sus padres.

Óliver fue quien, otra vez, tomó el mando con una sola mirada que intercambiamos, casi pidiéndome permiso para intervenir.

—Anda, ¿y quién ha dicho que el pelo largo solo lo pueden llevar las chicas? —dijo con la mayor despreocupación del mundo. Me gustaba la ligereza en su voz, incluso en la forma de caminar, cuando en realidad sabía que cargaba con un medio secreto igual al mío que a punto estaba de tirarnos al suelo y que, cuanto más tiempo pasaba oculto, más sucio parecía, aunque no lo fuese—. A ti te gusta así, ¿no?

—Sí —admitió mi hermano, y le solté la mano para pasarle el brazo por la espalda—. Mucho.

—Pues ya está, no te lo cortas —dije yo.

—Pero no quiero que se rían de mí…

Óliver vio el puteo que me entró, la rabia que me subía y que podría salir por la boca en forma de palabras que Mario no debería escuchar, porque se me adelantó.

—Es que no tendrían que hacerlo, está muy mal —le aseguró. Hablaba con contundencia y, al mismo tiempo, con una tranquilidad que todos necesitábamos—. Mario, no hay pelos ni de niños ni de niñas, ni ropa de niños ni de niñas, ni cosas de niños y de niñas. Todas esas diferencias son bobadas. A cada uno le gusta lo que le gusta.

Mis hermanos, al llevarse apenas un año, habían crecido a la par y siempre usaban la ropa que les daba la gana, que era parecida, y el pelo casi igual, porque los dos querían. Mi madre no había hecho distinciones.

—¡Ya querría yo tener tu pelazo! —continuó Óliver con entusiasmo.

—¡Y yo! —añadí rápido.

Aquello le gustó a mi hermano, a quien la sonrisa le llegó a los ojos. Lo estreché por los hombros y quise colgármelo a la espalda y llevármelo así a todas partes y no dejar que se acercasen a él para que nadie le hiciese daño.

—Es que tú tienes el pelo de Dawson el de la serie —le dijo Mario a Óliver—, y tú casi no tienes —me dijo a mí—. ¡No me extraña que os guste el mío!

Durante los castigos, si no llovía, y como solo quedábamos Óliver y yo —a estas alturas Alfonso no salía de su despacho e incluso había tardes en las que se marchaba antes que nosotros—, mis hermanos se unían a nosotros en el césped y echábamos un partidillo, hacíamos ejercicios que los tuviesen entretenidos o jugábamos a pescar. Esa tarde más que nunca nos vino bien, porque Mario se pasó la hora riendo, olvidadas ya las cabronadas de los críos de su colegio.

Cuando entramos a los vestuarios y nos quedamos solos —mis hermanos esperaban fuera con la perra—, aproveché para decirle a Óliver lo que venía rumiando desde hacía rato:

—Gracias por lo de Mario.

Con las manos en la mochila, de donde iba sacando una toalla limpia y su champú, se giró y me miró por encima del hombro.

—¿Por qué?

—Por animarlo y hablar con él y, no sé, tratarlo siempre bien. —Me removí en el banco de madera, las manos agarradas al borde, todavía con la equipación puesta, la piel sudada y los ojos en él. Alzó las cejas, lo pillé desprevenido, y me sonrió.

—¿Tratarlo bien? ¿Qué idea tenías de mí, capitán?

—Manu.

—¿Qué?

—Que me gusta más que me llames Manu —le confesé, y escondí la incomodidad bajo una buena capa de seriedad—. Lo de «capitán» o «Caviedes» es para el resto del equipo, prefiero que tú me llames Manu.

Había vuelto a sorprenderlo, a Óliver se le daba fatal disimular, o al menos controlar sus primeras reacciones. Enseguida volvió a sonreír como me gustaba, abría mucho la boca y parecía que iba a echarse a reír, y se recompuso rápido.

—¿Manuelito?

—Manu —refunfuñé.

—Vale, Manuelito.

—Mira, olvídalo, llámame capitán.

Se rio mientras se quitaba la camiseta, y cuando volvió a asomar, tenía el pelo alborotado y estaba desnudo de cintura para arriba. No era la primera vez que lo veía así, incluso con menos ropa, pero últimamente las cosas se estaban volviendo… interesantes. Interesantes como que incluso un tobillo al descubierto me convertía en un pibe de hace un par de siglos, donde eso de ver chicha era todo un acontecimiento.

Con Óliver me subía la fiebre.

—Yo también quería darte las gracias —me dijo, sacándome de mi ensoñación cachonda, a la vez que se apartaba el pelo hacia atrás. Luego, se sentó en el banco y quedamos frente a frente, a tres metros de distancia.

—¿Tú a mí?

—Sí…, por no salir huyendo. —Le costaba mirarme al hablar. El sinvergüenza a veces tenía vergüenza—. Pensaba que al contarte *eso*, empezarías a pasar de mí.

Estiré la espalda y crucé los brazos casi de manera instintiva, el tema era incómodo para los dos; me obligué a quitar el gesto borde que tenía mi cara por defecto y a mostrar en ella toda la amabilidad que mi genética me permitía. En un reparto entre hermanos, Carla y Mario se la habían llevado toda.

—Pues vas a tener que seguir aguantándome. —Y apreté los labios, como si a Óliver no le quedase otra opción y a mí me diese igual. Que era un poco la realidad: la alternativa de pasar de él, y menos por ser gay, ni siquiera existía. ¿Me simplificaría la vida? Sí. ¿Me apetecía dejar de ser su colega? Ni de coña.

—No fastidies…

—Mira, no se me dan demasiado bien estas cosas —lo interrumpí, antes de seguir con la broma e irnos por la tangente—, pero si algún día te rayas y necesitas hablar…, puedes contarme lo que quieras.

No respondió a la rapidez a la que me tenía acostumbrado y creí haberla cagado por meterme donde no me llamaban, hasta que acabó sonriéndome con toda la cara: los labios primero, que se fueron abriendo y me enseñaron sus dientes de anuncio, y los ojos, que con la luz que se colaba por el ventanuco convertía el azul en marejada.

—¿Insultar a Hugo también?

—También.

—Millones de gracias, Manuelito —me dijo con toda la intención, y no pude evitar la sonrisa que me sacó—. Va en serio.

—Millones de nadas, pájaro.

Y después se hizo el silencio dentro de los vestuarios, hasta donde llegaban las voces de mis hermanos, unos segundos en los que nos miramos y el ambiente se espesó. Óliver seguía sin camiseta, todo piel clara, pecas y músculos, y los pantalones cortos me dejaban una buena panorámica de sus muslos, fuertes y anchos. Comenzábamos diciembre, pero volvía a ser una noche de bochorno y humedad en pleno agosto. Si seguía mirándome así, tan intenso, las iba a pasar putas para que no se me pusiera dura. Por eso fui yo quien cortó el contacto visual, por mucho que me gustasen sus ojos y aquel juego al que no sabía si solo estaba jugando yo. Acercarme, acercarme, acercarme, hasta quemarme y salir corriendo. Era un experto en esa técnica.

—¿Hacemos algo el sábado? Mi madre no curra —le propuse con la voz ronca, tuve que carraspear, y me giré para sacar por fin mis cosas de la bolsa. Llevaba un rato en el vestuario y no había hecho más que estar sentado contemplando como un imbécil a Óliver, con Carla y Mario esperándome fuera.

—Es que me voy a Gijón a ver a mi hermana, justo al acabar el partido.

—Ah…, vale. —Traté de esconder la decepción, que se me enganchó en la garganta.

—¿Quieres venir? —me propuso levantando la vista hacia mí mientras, inclinado hacia delante, se soltaba los cordones de las botas—. Otra cosa no sé, pero sidra va a haber.

Casi sonreí.

—¿Y a tu hermana no le importa?

—Qué va, cuantos más, mejor.

—¿Y cuándo volveríamos?

—¿Cuándo tienes que volver? —Me sonrió.

—Mi madre entra el domingo de tarde, a las tres.

—Sin problema, nos venimos por la mañana.

Asentí con la cabeza, permitiéndome disfrutar de la anticipación ante el plan para el finde. Solo serían veinticuatro horas, pero serían para mí. Y Óliver. Bueno, y su hermana.

—¿Seguro que no le importa?

—Que no… Si tiene ganas de conocerte.

Alcé las cejas, ni siquiera por vacilar, sino sorprendido, y él siguió hablando:

—¿Has estado alguna vez?

—¿En Gijón? Hace años en un torneo, aunque solo vimos el campo, así que como si no.

—Está superbién, le diré a Alba que nos haga un *tour* rápido.

Pasamos el siguiente rato planeando el viaje, primero en los bancos, después a gritos en las duchas, más tarde, mientras nos vestíamos. Nos iríamos en el coche de mi madre el sábado por la mañana, si es que me lo dejaba, dormiríamos en casa de su hermana y volveríamos al día siguiente a tiempo para llegar a quedarme con Carla y Mario.

Pero antes… Antes teníamos un partido que jugar, un partido contra el exequipo de Óliver.

Ahora que sabía por qué había dejado el club, me apetecía aún más enfrentarme a esos payasos.

Capítulo 19

ÓLIVER

Si miraba hacia la parte derecha de la grada, volvía a estar en el campo de mi ciudad, un partido más jugando con el Nansa, como había hecho desde los doce años. Conocía a los padres y abuelos de la mayoría, esos que nunca se perdían un encuentro, esos que me habían animado cuando marcaba goles o me hacían una falta o aquella vez que me torcí el tobillo por una mala caída; esos también que habían mirado hacia otro lado cuando sus hijos, sus nietos, empezaron a meterse conmigo.

O quizá no se habían enterado; ya no estaba seguro de nada.

Mis padres, sentados en medio de las gradas de los Ojáncanos, marcaban una frontera invisible entre la afición de un equipo y otro. Mi pasado y mi presente, si quería ponerme intenso. Levanté la mano y los saludé, tentado a acercarme a la barandilla para hablar con ellos hasta que empezase el partido. Me quedé junto a mis compañeros en el césped, donde llevábamos un rato calentando y Alfonso nos daba las últimas instrucciones. Yo escuchaba a medias, más pendiente de los jugadores del Nansa, que aparecerían en cualquier momento, que de las palabras del entrenador.

—¿Estás bien? —me preguntó Manu, acercándose a mí para que solo yo lo oyese. Empezábamos a actuar como satélites, siempre alrededor del otro. Me agarré a su voz, fuerte y autoritaria, ahora más ligera que la mayoría de las veces; a su olor, opacado por el desodorante; y sobre todo a su presencia, la seguridad que me transmitía tenerlo cerca, a mi lado, *de* mi lado.

Giré la cabeza hacia él, lo miré un par de segundos sin abrir la boca y asentí.

—Nervioso —le confesé luego, aunque no sabía si podía ser confesión algo que se me notaba de un simple vistazo. Jugábamos en nuestro campo, rodeados de nuestra gente; eran ellos quienes

venían *desprotegidos*, y, aun así, el que estaba inquieto era yo. Mucho.

De acuerdo, muchísimo.

Estiré el brazo y moví una mano delante de nosotros, un gran temblor que le hizo soltar algo de aire sin llegar a reír del todo.

Me dio un codazo.

—No exageres.

Le devolví el codazo.

—No exagero. —Le sonreí con las cejas alzadas, y al imitar mi gesto quise abrazarlo. Era una reacción un poco visceral, un poco producto de la tensión que sentía. Lo rodearía con los dos brazos, me apretaría contra él, pegaría la nariz contra su cuello, y su robustez me haría olvidarme de cualquier otra cosa que no fuese Manu Caviedes.

Fue él quien me avisó. Con un leve toque de cabeza, señaló hacia la puerta de los vestuarios, bajo el graderío. Y entonces los vi. Los jugadores del Nansa, mis excompañeros, por los que había abandonado el club de mi adolescencia.

No podía descargar mi rabia contra uno solo de ellos, porque no había sido uno solo de mis compañeros quien se metió conmigo, contó y se inventó lo que le dio la gana. Fueron casi todos, unos activamente, otros riéndose de las burradas de los demás, otros callando.

Busqué a Toribio, el entrenador que había sustituido al anterior cuando todo se vino abajo, y me acerqué a Manu, hasta pegar el hombro contra el suyo. Él movió el brazo, no supe si adrede o no, y nos rozamos. Los del Nansa corrieron hacia la parte libre del campo y ocuparon sus posiciones, y yo me volví hacia mi capitán para obligarme a dejar de mirar.

—Eh, pájaro —me chistó, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo—. Acuérdate de lo mejor de todo.

—¿Que es…?

—Que en cuanto esto se acabe, nos piramos a Gijón.

Y me dedicó una de las sonrisas más bonitas que le había visto nunca, no muy grande, sí sincera, con la que se le achinaban los

ojos aún más, que me contagió y disolvió un poco los nervios que me corrían por el cuerpo.

Mi corazón, por cursi que suene, hizo una elegante voltereta hacia atrás y aterrizó en el estómago. Fue un diez de los jueces.

Todo fueron miradas, risas mal disimuladas y alguna entrada más fuerte de lo necesario, pero ninguno de mis excompañeros me dijo nada. Nada. Pasé la primera parte en una tensión absoluta que, contra todo pronóstico, me hizo estar más alerta a lo que ocurría a mi alrededor que en partidos anteriores y, aunque nervioso, no jugué mal. Íbamos empate a cero al llegar el descanso, y me refugié en los vestuarios; me dolían los hombros de la presión acumulada, sin embargo, el nudo del pecho se había aflojado.

—Cuarenta y cinco minutos más y nos largamos —me animó Manu, sentado a mi izquierda en el banco, el botellín de agua en la mano, que me ofreció después—. Lo estás haciendo de puta madre.

—Te podías poner faldita y agitar unos pompones, se te da bien animar.

—Hombre, tengo buenas piernas. —Y estiró una de ellas, que ambos contemplamos riéndonos, cansados pero contentos, una mezcla que convertía cualquier tontería en la más graciosa. En el banco de enfrente, Hugo, el Toloqui y Nano nos miraban; traté de calmarme y dejar las gilipolleces para más tarde, a solas. Manu no se dio cuenta y siguió con lo de la pierna, así que solo sonreí ligeramente y corté aquello yéndome al baño.

La segunda parte del partido fue casi idéntica a la primera: ignorar miraditas y algún que otro codazo y controlar unos nervios que iban diluyéndose según el reloj avanzaba. Para cuando el árbitro pitó el final, con ese empate a cero que no gustó a ninguno de los dos equipos, yo estaba tan aliviado que parecía que en realidad les habíamos metido la goleada del siglo. Debería estar enfadado como Hugo, que siempre le iba la vida en ello, o Alfonso, que se cagó en Dios un par de veces al llegar a los vestuarios; a mí me daba igual.

Y por el ojo que me guiñó Manu en medio del discursito del entrenador, a él también. O al menos eso entendí.

—Tengo una cosa para ti —me dijo Manu según nos subimos al coche. Llevaba el pelo corto todavía mojado, lo que hacía que pareciera aún más oscuro; unos vaqueros en los que entrarían dos como él y una chaqueta de chándal noventera que le quedaba muy bien. Mejor pensado, nada le quedaba mal al capitán—. Cógelo de la guantera.

Lo miré receloso mientras me acomodaba en el asiento; el interior estaba más limpio que la última vez: salvo algún que otro pelo de la perra, alguien se había esmerado en recoger las migas de pan, los gusanitos revenidos y los trozos de galletas.

—¿Va a saltarme un bicho o algo así?

—Sí, y te va a morder el culo, anda. —Echó aire por la nariz y se estiró hacia mí o, más bien, hacia la guantera, de la que sacó una bolsa de supermercado que me tiró sobre el regazo—. Es una chorrada.

Me quedé congelado unos segundos, una mano a cada extremo de la bolsa, la mente en blanco, hasta que espabilé y, con una sonrisa algo aturdida, abrí aquello que Manu había traído para mí.

—Te dije que era una chorrada —me repitió cuando saqué un paquete de estrellas fluorescentes del interior. Estrellas idénticas a las que él tenía pegadas en el techo de su habitación. Venían veinte, de color amarillo y diferentes tamaños, y el dibujo de un astronauta anunciaba que brillaban en la oscuridad.

Todos mis órganos vitales estaban haciendo el ejercicio de un mes en un solo momento, con tantos saltos mortales y acrobacias. Sonreí y el gesto del capitán se relajó.

—Es… es muy guay, Manu, gracias —le dije sincero y algo emocionado, e intenté ocultar mis sentimientos para no darle más importancia de la que él pretendía; no sé si lo logré—. De pequeño siempre las quise.

—Ya, por eso.

—Gracias.

—Eso ya lo has dicho —me recordó sonriente.

—Es que me han gustado mucho —admití, con ganas de pegarme una de las estrellitas en la frente tan solo para contarle a quien me preguntase que me las había regalado él—. Yo no te he traído nada.

—Hombre, me imagino. —Y se rio—. Bastante que me has invitado.

Tuve que morderme la lengua para no decirle que venir conmigo a Asturias era más un regalo para mí que para él. Me costaría olvidar los chillidos de celebración de Alba cuando se lo conté; mejor que Manu pensase lo que quisiera.

—De eso nada —le aclaré—. Mira, para estar iguales, voy a dejar que pongas la música que te dé la gana todo el camino. Ese es mi regalo. Escuchemos *Como Camarón* de aquí a Gijón.

La risa que le dio y que me contagió nos duró un buen rato.

Capítulo 20

ÓLIVER

Dos horas después Alba nos esperaba en el aparcamiento de El Molinón, donde podríamos dejar el coche hasta el día siguiente sin pagar nada. Tenía la vista fija en su móvil, así que mientras Manu apagaba el motor y nos soltábamos el cinturón, pudimos contemplarla sin que ella nos viese. Estaba apoyada contra la pared, concentrada en lo que fuese que estaba mirando en la pantalla, y el abrigo naranja que llevaba hasta las rodillas la hacía parecer más alta.

Me pudo la impaciencia y estiré el brazo hacia el volante para tocar el claxon, lo que no solo asustó a mi hermana, sino también a Manu. Me reí y salí del coche.

—¿Te has cortado el pelo? —la saludé con la mano sobre los ojos, a modo de visera, porque la luz me daba de cara. El flequillo le caía sobre la frente a trasquilones y el resto de la melena digamos que estaba… despuntada. Unas gafas de sol negras le tapaban medio rostro, su sonrisa era deslumbrante, y cuando se las subió a modo de diadema, los ojos le brillaban. Estaba contenta *de verdad* de tenernos ahí.

Respiré más tranquilo.

—¡Sí, me lo he hecho yo! ¿Te gusta? —Giró sobre sí misma, y su melena, ondulada por, seguro, haber tenido una coleta hasta salir de casa, se extendió y voló junto a ella en una perfecta sincronía que no habría quedado tan bien ni aunque lo hubiese ensayado. Bueno, conociéndola, quizá sí lo había preparado para darnos la bienvenida.

—A ti todo te queda bien, Albi. —Y estiré los brazos al llegar delante de ella para achucharla. Hacía tres semanas que no nos veíamos y se notaba. Mi hermana escondió la cabeza contra mí y aprovechó la cercanía para hablarme al oído:

—¿Tu capitán siempre ha sido tan guapo?

Y se separó dándome un empujón. Me recompuse rápido, me aparté el pelo hacia atrás y me giré para mirar a Manu, que nos observaba todavía cerca del coche, con las manos en los bolsillos de la chaqueta de chándal. Mi hermana tenía toda la razón.

—Alba, Manu. Manu, Alba —los presenté oficialmente señalándolos con las manos, más por decir algo que por que hiciese falta. Ambos se conocían de vista desde hacía años y a los dos les había hablado del otro. Sabía que bajo la sonrisa radiante de mi hermana y las muchas ganas que tenía de conocerlo se escondía un sentido de protección hacia mí que podría complicar las cosas. En una pelea entre ella y Manu, apostaría todo a ella.

Se acercaron casi a la vez y se dieron el par de besos de rigor, mientras los contemplaba con un burbujeo inseguro en la barriga, uno similar a cuando él pisó mi habitación y tuve la sensación de que mis dos mundos, el del fútbol y el del día a día, colapsaban y se fusionaban. Hasta ahora, Manu había sido una parcela reservada a los entrenamientos, a los caminos de vuelta a casa, pero ahora estábamos en Gijón, sin excusas de por medio.

—Venís con hambre, ¿no? He preparado *pizza*. ¿Te ha contado Oli que hago la mejor *pizza* que vas a comer en tu vida?

—Mi hermana, la más modesta…

Manu se rio cohibido, y tuve ganas de metérmelo en el bolsillo del pantalón, tan chiquituco me pareció.

—Ya tiene que estar muy mala para que no me guste.

—¡Esta te va a encantar! Lleva beicon, pavo, pimiento verde, queso de tres clases… —Alba empezó a parlotear y a explicar el orden exacto de cada ingrediente. En realidad, sabía lo que hacía: hablar y hablar porque ella también estaba algo inquieta, algo nerviosa, ante la presencia del primer chico que me gustaba desde el Nansa.

Después de coger nuestras mochilas, dimos un paseo hasta el piso de mi hermana, en el que durante los cinco primeros minutos le contamos cómo había ido el partido (fingió apenarse por el empate, pero sabía que estaba tan aliviada de que no hubiese pasado nada con mis excompañeros que el resultado le era indiferente) y los otros

quince los dedicó a explicarnos el *planning* que había pensado para el resto del día.

Para cuando por la tarde salimos a conocer la ciudad, Manu parecía más cómodo y ella ya me había dejado claro unas treinta veces que el capitán no era ni tan garrulo ni tan gilipollas como siempre había creído y que tenía que lanzarme. «¿A dónde?», le pregunté yo haciéndome el sueco, «¿al mar?». «¡¡A él!!», me respondió ella tirándose encima de mí en el sofá. Y me dio la risa descontrolada hasta que Manu volvió del baño y quiso saber qué me pasaba y la risa se me cortó de golpe.

Visitamos los sitios típicos (Alba no se había comido mucho la cabeza), como el paseo de la playa de San Lorenzo o el monumento de Chillida, para que Manu se hiciese las fotos de turista y se las mandase a su familia. El aire olía a salitre y el viento del norte pegaba que daba gusto, así que, al empezar a llorarme los ojos, nos refugiamos entre las casas más cercanas. Al atardecer, acabamos en la Cuesta del Cholo, que unía el interior del barrio de Cimadevilla con la parte inferior, directa al mar, donde la gente sacaba a la calle las bebidas de los bares de alrededor. La zona estaba a rebosar. En los últimos días las temperaturas habían bajado y era un gustazo el poco solecito que, con vistas al puerto deportivo y a poniente, nos daba de lleno. Así, pudimos hacer lo que le había prometido a Manu: beber sidra. Allí se nos unieron Clara y Marina, compañeras de clase y de piso de mi hermana, a las que no habíamos visto antes porque llevaban todo el día en la biblioteca.

—No me lo creo —dijo Manu negando con la cabeza, el vaso de sidra delante de la boca y los pómulos algo más rojos por el alcohol y el mogollón de personas—. ¿Desde las nueve en la biblioteca y salís ahora? Ni de coña se puede estar tantas horas estudiando —añadió tajante, ante las risas fingidamente ofendidas de las chicas.

A doscientos kilómetros de casa, con horas y horas para él solo, Manu se expandía.

—Que no os engañen sus pintas de *urbanito*, aquí donde lo veis saca buenas notas.

El capitán me dedicó una mirada intensa, los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, todo de pega, porque cuando se llevó el vaso a la

boca, sonreía. Formábamos un corro entre los cinco, y yo me las había apañado para quedarme al lado de él, tan juntos que nos tocábamos de continuo, agradecido por cada pequeño restregón. La gente llenaba la cuesta y nos obligaba a mantenernos cerca.

—¿«Pintas de *urbanito*»? —repitió en mi oído. Su aliento me hizo cosquillas y noté, durante una milésima de segundo, sus labios sobre mi oreja. O quizá era solo una alucinación producto del calentón. Manu se había inclinado hacia mí, absorbiendo mi espacio personal, y había colado media cabeza contra mi cuello, entre mi pelo. Olía a sidra y a cerveza, también a sudor, y a ese *algo* indescifrable que tanto me gustaba.

Mi hermana y sus amigas continuaban la conversación con otras historias y de repente éramos solo Manu y yo tratando de entendernos en medio del follón. Ni siquiera necesitaba que hablásemos, me iba bien con tenerlo a esa distancia. Al apartarse, me alzó las cejas esperando una respuesta y los ojos le brillaban, no sabía si por el alcohol, la sonrisa que amenazaba en sus labios o la cercanía. Esperaba que fuese sobre todo por la cercanía.

Ahora fui yo quien salvó el leve espacio que nos separaba, pasándole un brazo por los hombros y pegando la cabeza a la suya. No tenía claro si él lo había hecho aposta, yo sí, eso de buscarle el oído con la excusa del ruido que nos rodeaba.

—Quinqui *urbanito* —especifiqué, y le sonreí, aunque no me pudiese ver. Debí de hacerle cosquillas, porque levantó un poco el hombro más próximo a mí—. ¿Y yo?

—¿Tú qué? ¿Quieres saber qué vibras me das?

—Sí, pero no te pases.

Manu se echó hacia atrás para coger distancia y mirarme de arriba abajo, un buen repaso para justificar su respuesta. Se mantenía todo lo serio que el alcohol le dejaba y con la mano libre se acariciaba una barba inexistente, como un erudito.

—Príncipe de Disney —me sentenció— bohemio.

Casi le escupo la sidra a la cara, de la risa que me entró.

—¿¿Qué?? No sé si tengo que picarme o darte las gracias.

—No era a malas —respondió rápido—, ¡todo lo contrario! Te queda bastante bien.

Su cara, que de por sí ya era colorada, subió un par de grados en intensidad.

¿Manu… estaba… tonteando… conmigo?

No, ¿verdad?

—A ti también. Lo de quinqui *urbanito*, digo. Te queda *muy* bi…

Entonces mi hermana y sus amigas empezaron a chillar y agitar los brazos hacia una chica que se acercaba a nosotros. No me sonaba de nada, así que esperé a las presentaciones oficiales: se trataba de Cris, otra compañera más de clase que nos dio dos besos a todos y se quedó al otro lado de Manu cuando acabó la ronda de saludos.

No era lista ni nada la chavala.

La cosa fue rápida: se hizo con la atención del capitán en cosa de tres minutos, charlando como si lo conociese de toda la vida, agarrándolo del brazo y aproximándose a él para hablarle igual de cerca que nosotros habíamos estado haciendo hasta que ella apareció. Manu le seguía el rollo, le hablaba al oído, le sonreía de esa forma en la que un lado de la boca se le subía más que el otro y daban ganas de darle un beso justo en ese punto. ¿Ella se estaría dando cuenta de lo que tenía delante? ¿De que ver sonreír a Manu no era poca cosa? Por mucho que me fastidiase, entendía a las dos partes: Manu era Manu, es decir, el tío más impresionante que me había cruzado en la vida; y Cris, la clase de pibón que me gustaba hasta a mí, el más maricón que pisaba Gijón.

No dejaba de mirarlos; era semejante a presenciar un descarrilamiento (de mis ilusiones) en directo. Ellos hablaban a lo suyo y las demás mantenían otra conversación a la que intenté engancharme sin mucho resultado, riéndome cuando veía que mi hermana lo hacía. Alba me observaba y me alzaba las cejas, y yo no me inmutaba. Preferí beber.

Manu estaba encantado con las atenciones de Cris, y aunque a mí se me empezaba a atragantar la sidra de verlos tontear, porque *claramente* estaban tonteando, no eran imaginaciones mías como sí lo había sido la idea absurda de que antes él lo había hecho conmigo, al estar en la calle ni siquiera tenía la excusa de salir a coger aire para perderlos de vista.

Me salvó mi madre, que me llamó por teléfono, y aproveché para alejarme de allí. Bajé hasta el paseo principal y me senté en un banco delante del mar, que a esas horas ya era una nada negra y uniforme, salpicada de lucecitas de algunos de los barcos atracados. La conversación con mamá no se alargó demasiado, estaba cenando con mi padre en casa de unos amigos, y al acabar no me moví de allí.

Me encendí un cigarro, contemplé el panorama y decidí quedarme con el culo plantado en el banco hasta que los demás quisiesen irse a dormir.

Capítulo 21

ÓLIVER

«Alba, ven». «Alba, ven a buscarme». «Alba, estoy en un banco». «Alba, veeen». Tras unos cuantos intentos, logré atraer a mi hermana con nuestros poderes telepáticos de mellizos. Eso o que llevaba aquí sentado tanto tiempo que no le había quedado más remedio que ver dónde me había metido.

—¿Qué haces aquí solo? —me preguntó rodeando el banco y sentándose junto a mí.

—Ahora soy un lobo solitario.

—Más bien un borracho solitario.

—Me gusta más lo del lobo.

Me escaneó el cerebro con la mirada y leyó cada uno de mis pensamientos. Esperaba que no llegase a la carpeta titulada *Manu*, donde se encontraría con muchas cursiladas y aún más imágenes marranas protagonizadas por el capitán y por mí.

—¿Vas a contarme lo que te ocurre o te lo digo yo?

—Lo que tú veas. —Y moví la mano hacia ella: «Sírvete tú misma».

—Vale: estás celoso.

Me reí, resbalé el trasero en el asiento y apoyé la cabeza contra el respaldo del banco. Era muy incómodo, así que volví a incorporarme. En silencio.

—Desde que ha llegado Cris, te has puesto de lo más raro.

—Me has pillado: me gusta Cris. ¿Tú la has visto?

Alba me dio un golpe en el pecho que me hizo más gracia que daño y me enganchó del brazo para quedarse pegada a mí. No me apetecía hablar del tema ni siquiera con ella, la única persona con quien podía hablar de cualquier cosa.

—Me estaba agobiando con tanta gente y me apetecía alejarme —mentí. Los dos sabíamos que era mi manera de esquivar el asunto, por lo que no me esmeré demasiado en la bola. Alba me clavó la

mirada, perfilada con pintura azul que resaltaba el claro de sus ojos, y suspiró.

—Bueno, me quedo un rato y volvemos, ¿vale?

No me dio tiempo a responderle. Manu carraspeó, salido de la nada, y avanzó por mi izquierda hasta que se quedó delante, con las manos en los bolsillos de aquel vaquero ridículamente ancho.

—¿Molesto? —preguntó algo cortado, y quise ponerme de pie en el banco y chillar al mar. O, si no, pasarle la mano por la cabeza, por el pelo rapado, y dejarla en la nuca, donde no había probado, pero estaba casi seguro de que encajaría a la perfección.

—Claro que no —dijo mi hermana rápido, más espabilada que yo, mientras se levantaba—, yo ya me iba. Tomad. —Y sacó del bolsito cruzado al pecho un manojo de llaves que me tiró al regazo—. Por si queréis volver al piso, así no tenéis que estar pendientes de mí.

No sabía si abrazarla o estrangularla.

—Gracias —contestamos Manu y yo casi a la vez. Alba nos sonrió y de una carrerita se volvió con sus amigas. El capitán continuó plantado delante de mí viéndola marchar y, cuando el silencio ya empezaba a ser desagradable, se sentó en el banco; ni siquiera demasiado cerca.

—¿Te pasa algo? —quiso saber.

—No —respondí tan a la defensiva que más bien parecía un sí—. Me vine a hablar con mi madre, después me puse a fumar, llegó Alba…

—Ah, es que no volvías y ya me estaba preocupando.

—No creo, con lo entretenido que estabas.

Frunció el ceño, no como otras veces donde mostraba así su enfado, lo de ahora era confusión. Y no me extrañaba, incluso yo no entendía lo que le decía. Quizá si me tapaba la boca… Me encendí otro cigarro, por si acaso.

—¿Lo dices por Cris? Me estaba hablando y no quería ser un borde —me explicó, inclinado hacia delante en el banco, con los brazos apoyados sobre los muslos y la cabeza girada hacia mí.

—Nunca te ha importado serlo conmigo… —respondí sin pensar. Hacía tiempo que Manu había abandonado su actitud hosca hacia mí, no tenía sentido echárselo en cara justo ahora.

Y era difícil estar picado con él cuando me miraba con esos ojos oscuros que yo deseaba contemplar de cerca.

—No me tienes que dar explicaciones —le aseguré rápido—, puedes hacer lo que te dé la gana. Con ella o con quien quieras.

Resopló, y podría haber pasado por risa si no fuese porque volvía a arrugar el ceño.

—Hombre, gracias por darme permiso. —Movió la cabeza casi negando y desvió la vista al frente, a los barcos que aguardaban como testigos silenciosos de nuestra penosa conversación—. Es que no entiendo por qué estás picado ni a qué viene todo esto.

—¡Que no estoy picado! —dije con tono de, pues sí, picado—. Pero te has puesto a hablar con ella y te has olvidado de mí.

Y no era solo eso, no eran solo celos de que la chavala estuviese intentando enrollarse con él; eran celos de esa libertad de tontear con quien quería, donde quería, sin miedo a que nadie le dijese nada o a las risitas, las bromas pesadas, los insultos y las marchas casi forzosas de equipos de fútbol.

Durante un momento quise ser esa tía, o cualquiera, para gustar a Manu y gustarle sin consecuencias.

—No has hablado con nosotros porque no te ha salido del rabo —se quejó.

Tuve que reírme.

—Pasaba de estar de sujetavelas. Que Cris se quiere enrollar contigo, no charlar.

—Qué dices…, solo estaba siendo maja.

Manu no era tan inocente como para ignorar que Cris quería tema con él. Nosotros nunca mencionábamos a ninguna tía, ni siquiera cuando se creía que yo era hetero. Los lunes hablábamos de cómo nos había ido el fin de semana, sin embargo, ninguno le preguntaba al otro si se había liado con alguien, a diferencia de Nano y Hugo, que era lo primero que hacían en cuanto pisábamos los vestuarios. Había escuchado, gracias a Nano, historietas de Manu con alguna chavala, pero nunca de su boca. Lo mío era más sencillo: no tenía nada que contar con ninguna.

—Sí, para llevarte a la cama —insistí—. Tampoco vayas de inocentón ahora, capitán.

—No me llames *capitán*.

—Pues no vayas de inocentón, *Manu*.

—¿Me estás vacilando? Estás pedo, ¿no?

Ya no parecía sorprendido o confuso por todo aquello, más bien cabreado, al contrario que yo: el pique había sido sustituido por una inquietud viscosa que me recorría el cuerpo. Me incliné hacia delante para dejar de mover la pierna y lancé el cigarro al agua, aunque el mar estaba tan oscuro que no lo vi aterrizar.

—Un poco —admití después de unos largos segundos—, y cuando bebo me vuelvo gilipollas. Ese es mi gran secreto, y no el de ser gay.

Manu hizo eso de echar aire por la nariz, que, si no era reír, era algo que se le asemejaba mucho; y a mí me ayudó a respirar mejor. Con mi broma mala y su reacción, el ambiente se había relajado levemente, que era mejor que nada.

Nos quedamos en silencio, mirando al mar, y estaba a punto de sugerirle volvernos con las chicas cuando él se me adelantó:

—¿Nos vamos? Estoy reventado.

A ninguno de los dos nos apetecía regresar donde ellas y tener que aguantar sus insistencias para que nos quedáramos un rato más, así que gracias a que Alba me había dado sus llaves, pudimos irnos sin despedirnos. Hasta el piso teníamos diez minutos en los que apenas hablamos. Nos comimos un kebab en un local cercano, donde ya había estado varias veces con mi hermana, y entrando en casa le mandé un mensaje para avisarla de que Manu y yo nos íbamos a dormir.

Estábamos solos.

El ambiente seguía raro y era por mi culpa; me recordaba a esa tirantez de los primeros días. Si no hubiésemos dejado preparado el sofá cama antes de marcharnos, me habría ido a dormir a la habitación de Alba, pero pasaba de complicar aún más las cosas si me negaba a echarme con él.

Miraba Instagram sentado en una esquina del colchón, ya en calzoncillos y la camiseta que había traído de pijama, cuando Manu volvió del baño.

—¿Qué lado quieres? —le pregunté, señalando hacia la cama con la barbilla.

—El izquierdo. —El capitán se agachó para quitarse las playeras, que apartó con el pie, y le sonreí, gateé por el colchón hacia la parte derecha y me metí bajo las mantas. Ya tumbado, seguí observándolo: se quitó los vaqueros, los tiró sobre la butaca bajo la ventana y repitió lo mismo con la chaqueta de chándal y la camiseta. Llevaba unos bóxers negros que solo miré un momento, no me concedí más, y enseguida levanté la vista. Aunque su torso al aire, la cadena de plata, las líneas de su cara y, sobre todo, el caminito de vello bajo su ombligo, que se perdía bajo sus calzoncillos y que siempre había querido tocar, no ayudaban a controlar el calor.

Me quedaba tanta piel de Manu por descubrir…

No pensaba que el instinto de supervivencia que había desarrollado para defenderme de los demás tendría que aplicarlo también con el capitán; sin embargo, si quería salir vivo de verlo así y dormir juntos, tendría que recurrir a él.

—¿Lo de dentro del corazón es una eme? —le dije por sacar conversación. Manu, que buscaba en su mochila, se giró hacia mí y se pasó un par de dedos por el tatuaje que llevaba sobre el pectoral izquierdo.

—Sí. ¿Quieres la versión oficial o la historia real?

—Las dos, por favor.

Se rio cerrando los ojos, y quise besarlo. Así de fácil (y difícil).

—La versión oficial es que es la eme de Manu, porque a quién voy a querer más que a mí mismo… —me empezó a contar divertido al tiempo que se ponía una camiseta vieja del Racing, de Munitis, que debía de ser de su padre. Quise abuchearle: ya no podía verle el tatuaje, los pectorales, el estómago, el vello del vientre.

—A quién, claro —respondí con una sonrisa. Se me ocurrieron un par de personas, el nombre de una incluso empezaba también por eme, el otro por ce; sabía que él también pensaba en ellas.

—La historia real… —continuó, y captó aún más mi atención alzándome las cejas y guardando silencio mientras se tumbaba en la cama; el peso de su cuerpo en el colchón fue un bálsamo que me cubrió desde los pies hasta la coronilla— es que es por mi madre.

—¿Por tu madre? —repetí, acomodándome sobre el costado para estar de cara a él. Manu se colocó boca arriba, giró la cabeza hacia

mí y sacó ambos brazos por encima de las mantas.

—No me dejaba tatuarme, pero le di tanto la chapa que me dijo que solo me dejaría si me hacía una eme, de «mami». Y me la hice.

Me reí y levanté la mano para agarrarle por la cara con los dedos índice y pulgar y estrujarlo un poco.

—Eres monísimo —le vacilé, y él me dio un golpe en la mano que me hizo reír más.

—Me llevé la bronca del siglo, porque me lo había dicho de coña.

—Esta historia es mil veces mejor, debería ser la que contases siem… ¡Tienes los pies helados! —me interrumpí a mí mismo al rozarme Manu con ellos sin querer.

—¿Y qué quieres que haga? —se defendió al tiempo que se tapaba mejor.

—Para empezar, no acercarlos a mí.

Fue dicho y hecho: en cuanto terminé de hablar, Manu pegó los pies a mis piernas primero, a mis pies después, y los dejó ahí, entre los míos, que estaban calientes, a modo de venganza. Si hubiese sido un plan elaborado minuciosamente, no me habría salido tan bien.

—Me los vas a congelar —me lamenté, porque me daba la impresión de que era lo que tenía que hacer; sin embargo, se me escapó una sonrisa. Aquel contacto me parecía el porno más duro que iba a experimentar en la vida; el contacto más íntimo, también.

—Te jodes, por llorón, así me los calientas un rato.

Y los dejó ahí, apretados contra los míos.

A diferencia de mí, Manu estaba a gusto, como si acostumbrásemos a hacer esto todas las noches, dormir con el otro, medio acurrucados. Era raro y excitante y atrevido y tierno.

—¿Huelo a sudor? —me preguntó más tarde, pellizcándose la camiseta y acercándosela a la nariz. Casi a la vez pegué la mía contra su brazo, solo por corroborar mi respuesta y no por tocarle el bíceps… Olía a sudor, sí, pero sobre todo al suavizante azul de Mercadona, a su casa, a Elena, a sus hermanos, a Manu, a Manu, a Manu.

—Hueles bien, igual que siempre —dije sin más, y me aparté, borracho de su olor. Mi respuesta lo complació, porque borró la

arruga que le había salido entre ceja y ceja, y se removió en el colchón. También retiró los pies de los míos, y noté su ausencia como si llevase cuarenta años viviendo en un monte sin contacto con la humanidad.

Después, nos quedamos en silencio, y en algún momento Manu apagó la luz. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo había pasado; no quería moverme para mirar el reloj del móvil por miedo a molestarlo o despertarlo. Por eso, cuando habló, me llevé un pequeño susto.

—No me iba a enrollar con esa pava.

Abrí los ojos, apenas había luz para distinguirnos, y sonreí. Igual era mejor así, que no me viese la cara de bobo.

—Si estaba buenísima…

Manu se rio.

—No era para tanto.

—¿Que no? El gay soy yo y era un pibón.

Como respuesta, me dio flojo con el pie en los míos, y volvió a dejarlos ahí igual que un rato atrás. Ya no los tenía fríos; los dos jugamos a que sí.

—Pero no quería liarme con ella —insistió.

—Vale.

—Solo quería aclarártelo.

Ahora fui yo el que se rio, tentado a salir corriendo antes de hacer alguna estupidez.

—Aclaradísimo. Pobre Cris.

Manu me volvió a dar otro toque en el pie y me reí más. Se lo devolví.

—Déjame dormir, anda —se quejó, aunque notaba la diversión en su voz.

—¡Si has empezado tú!

Manu soltó un ronquido, como si de repente se hubiese quedado dormido, y a mí me dio aún más la risa tonta. Nos costó un rato calmarnos, pero ambos estábamos cansados del partido, el viaje y el día en la ciudad…, y pese a que creía que me costaría más relajarme con Manu cerca, poco después de dormirse él, me dormí yo.

Con sus pies entre los míos.

Sobre las diez de la mañana comenzó el ruido en el edificio: voces, el agua de alguna ducha, una radio más allá; vecinos que aprovechaban la mañana del domingo sin tener en cuenta que en casa de mi hermana todos estábamos medio muertos.

Tapado hasta el torso con las mantas, me desperté al cerrarse una puerta en un piso cercano. Y fui consciente de que tenía a Manu al lado.

No abrí los ojos, noté el calor que irradiaba su cuerpo, el peso en el colchón, su respiración contra mi boca; los dos estábamos tumbados de costado, frente a frente, con las cabezas muy juntas. Tiré de las mantas para taparme mejor, colé la mano entre ambos para apartarme el pelo de la cara, puse mucho cuidado para no despertarlo. Y aun así:

—Ey —me saludó Manu con voz grave, y entonces lo miré. Solo necesité dos segundos para decidir que me gustaba un montón su cara por las mañanas; aquella vez que dormí en su casa no pude apreciarla como se merecía. Tenía el gesto relajado, los ojos entrecerrados y marcas de la almohada en la mejilla. Sonreí—. He dormido de lujo.

—Ha sido cosa mía, soy un buen somnífero.

—Eso suena a que eres aburrido que te cagas.

Me reí dejando escapar algo de aire, estábamos tan cerca que sin duda él lo notaría, y permanecí tumbado sobre mi costado, sin moverme, mirándolo. No me apetecía separarme, así que no lo hice; pretendía estirar eso de compartir cama y manta con Manu todo lo que pudiese.

Me duró poco: el capitán enseguida se giró para coger su móvil del reposabrazos del sofá.

—O nos movemos o no llego a tiempo —me avisó. Debía estar en casa a mediodía, teníamos dos horas de viaje y aún seguíamos en pijama. Era de lo más injusto: ni siquiera pude disfrutarlo más de un minuto. Fue casi dicho y hecho; Manu se movió primero, desenredamos el nudo de piernas y se levantó directo al baño. Frustrado, aguanté en la cama hasta que Manu volvió.

Desayunamos y recogimos el sofá intentando hacer el menor ruido posible, mi hermana y sus amigas seguían dormidas; en algún

momento de la madrugada, sin llegar a despertarme del todo, las había oído llegar.

A la hora de marcharnos, me colé en la habitación de Alba para despedirme.

—Albi… —la llamé, arrodillándome junto a su cama. Dormía boca abajo, con el pelo tapándole media cara, y tuve que apartárselo para darle un beso en la mejilla—. Albi, nos tenemos que ir ya.

Asintió con un murmullo sin llegar a abrir los ojos. Me reí y volví a darle otro beso. Desprendía tal olor a alcohol que si hubiese encendido una cerilla cerca de ella le habría prendido fuego.

—Hablamos esta noche, ¿vale?

Movió la cabeza y me tocó la cara con una mano como quien acaricia a un perro. Seguía borracha. Salí de la habitación con el mismo cuidado y nos marchamos del piso.

—Tu hermana es muy maja, no parecéis familia —me dijo Manu, ya en el coche, la vista en la carretera y una gran sonrisa que no reprimió. Comíamos carbayones y bartolos que habíamos comprado para su familia, el toro de Osborne cerca de Llanes nos despedía desde el montículo en el que lo habían plantado unas décadas atrás, y el mar a la izquierda y las montañas a la derecha nos acompañaban en aquel viaje de vuelta.

Di otro mordisco al pastel y miré por la ventanilla.

Me gustaba Manu. Estaba aterrorizado.

Capítulo 22

ÓLIVER

dom, 19:29

Óliver:
tenías razón puede que estuviera celoso

Albi:

no me digas!

Óliver:
OYE menos vaciles, guapita

Albi:

oli, tienes que lanzarte antes de que llegue otra cris y sea tarde

Óliver:
muy graciosa si además es hetero!!

Albi:

tan hetero como tú

Óliver:
lo es y aunque no lo fuera no significa que le guste

Albi:

y si se lo preguntas?

Óliver:

no seguimos en el instituto POR SUERTE y paso de problemas

Albi:

problemas?

Óliver:
que se entere nadie

Albi:

oli...

Óliver:
es lo que hay

Capítulo 23

MANU

Los dos últimos botones de la camisa antes de que desapareciese por la cinturilla del pantalón estaban a punto de saltarse y darme en un ojo. Alfonso hablaba y hablaba, y en lo único en lo que podía fijarme era en su barriga y en los pelos que asomaban entre la tela tirante. No eran las mejores vistas, pero lo tenía justo delante y, ya que se estaba currando su discurso, lo menos que podía hacer era fingir que lo escuchaba.

Con los brazos cruzados, cambié el peso de pierna, y el movimiento me sirvió para rozar con el codo el antebrazo de Óliver, a mi derecha. Lo miré solo un segundo para comprobar que parecía tan atento al míster como yo, aunque quién sabía lo que estaría pensando Óliver Cueto. Nunca se me había dado bien adivinar esas cosas, y con él era aún más difícil: siempre tenía una sonrisa y buenas palabras para todos, incluso viniendo cagado de miedo al entrenamiento.

Pillaba frases sueltas de Alfonso, que nos hablaba de la importancia de la disciplina y de trabajar en equipo, de lo bien que nos habían venido los meses de castigo, de lo esencial que era aprenderse los movimientos del compañero, casi leerle el pensamiento.

Iba bien jodido si Óliver había aprendido a leer el mío.

—No me gusta ser duro con vosotros, ¿creéis que me lo he pasado bien estos meses viéndoos aquí castigados? —continuaba Alfonso. Ni él se tragaba lo que estaba diciendo; aun así, negué con la cabeza respondiendo a su pregunta. Por el rabillo del ojo comprobé que Óliver hacía igual—. Pero a veces es necesario. A veces una buena colleja a tiempo, aquí metafóricamente hablando, ¿me seguís?, arregla muchas cosas.

Ahora asentí y Óliver también, noté el movimiento de cabeza; no lo miraba porque me echaría a reír. Ambos seguíamos de pie frente a

Alfonso, serios, educados, *atentos*; dos buenos soldados. Dio por terminado su monólogo, levantó la mano delante de nosotros e hizo la señal de la cruz, como un cura en misa.

—Podéis ir en paz —acabó la broma, y Óliver y yo nos reímos algo forzados. Ja, ja, ja—. Recogéis lo que queda en el campo y cerráis, ¿entendido? Yo me voy ya, que he quedado con una «amiga». —Remarcó la palabra con los dedos de ambas manos, unas comillas en el aire, y se atusó la camisa—. Deseadme suerte.

Ninguno de los dos dijimos nada, Alfonso pestañeó varias veces y echó a andar hacia la puerta de las instalaciones. Hacía semanas que se marchaba sin esperar al final de nuestro castigo; me confiaba las llaves de todo aquello, no sabía si por ser el capitán, porque en el club me conocían de toda la vida o por simple comodidad, y se largaba cuando le daba la gana. Para nosotros, mejor; para él, también. Y todos contentos.

Antes de verlo desaparecer, ya nos dimos la vuelta y Óliver me hizo una mueca, arrugando mucho la nariz.

—Ya, me da pena la «amiga» —respondí al gesto, e imité a Alfonso haciendo las comillas— con la que ha quedado.

—Puede que sea igual de «simpática» —Óliver también remarcó la palabra con los dedos y sonreí con un leve resoplido— que él.

Mientras hablábamos, empezamos a recoger los conos repartidos por el césped, no solo los que Óliver y yo habíamos usado durante la última hora, sino los que habíamos utilizado todos en el entrenamiento. Recoger también formaba parte del castigo, algo que aprendimos con el paso de las semanas. Al principio me había jodido, ahora ese tiempo eran más minutos a solas con Óliver, sobre todo después de una semana agobiados con cosas de la uni y acompañados por mis hermanos.

A nuestro alrededor, la noche de diciembre se comía los prados y el mar; todo era negro salvo el campo, iluminado por cuatro potentes focos.

—¿Te lo imaginas… en la cama con alguien? —dijo Óliver, inclinado hacia delante, una pierna en el aire, al tiempo que recogía otro cono más. Tenía la nariz roja, del frío, y con cada exhalación, igual que a mí, de la boca le salían nubes de vaho.

—Qué dices, calla —me quejé medio riéndome. Ni siquiera tenía que fingir la cara de asco, me salió automáticamente al imaginar a Alfonso follando con cualquier pava; podría servirme para bajarme los calentones al tener a Óliver demasiado cerca. Le di un empujón con el hombro y él me lo devolvió con la mano libre.

—Si él puede liarse con una tía, tú también lo conseguirás. Confía —me dijo aguantándose la risa. Mi respuesta fue dejar los conos en el suelo y luego enseñarle los dedos corazones de ambas manos, que moví arriba y abajo con una sonrisa de labios apretados.

No teníamos prisa por terminar de recoger y volver a casa. Aquella tarde-noche no solo había sido nuestro último castigo, sino también el último entrenamiento antes de las vacaciones de Navidad. Pasarían quince días hasta que nos volviésemos a ver.

Quince, que se dice pronto.

—¿Vas a salir en Nochevieja? —me preguntó cuando ya habíamos terminado de apilar todos los conos y nos tocaba guardar los balones desperdigados por el césped. Yo avanzaba un par de metros por delante, y él me seguía cargando con una red donde los meteríamos todos. Solo habíamos guardado uno e íbamos despacísimo de un lado a otro, y no solo por estar cansados.

Me encogí de hombros.

—Supongo. Aunque Nano quiere ir de cotillón, con traje y todo, así que no sé.

Recogí del suelo una pelota y, al girarme para meterla en la red, Óliver me observaba con una sonrisa. A veces lo hacía de una forma que… Yo no era tonto, sabía lo que significaba esa forma de mirar. Qué coño, yo era el primero que lo miraba *así* la mayor parte del tiempo. Hambriento. ¿Él también se daba cuenta?

—Mándame fotos —dijo, mientras se echaba al hombro la red con los balones.

—¿Fotos de qué?

—Pues de ti con el trajecito, de qué va a ser.

—Entonces, sin traje, ya puestos —le seguí la broma.

—Lo has dicho tú, no yo. —Levantó la mano libre y movió la cabeza, defendiéndose de una acusación que no había llegado.

La cosa con Óliver era que yo no diferenciaba cuándo me estaba vacilando o bromeaba o tonteaba. Algunas noches, al echarme a la cama y recordar alguna conversación de esa misma tarde con él, estaba seguro de que me había seguido el rollo, que era un tonteo descarado; y a la mañana siguiente, con la cabeza más fresca, me convencía de todo lo contrario. Yo no era el más espabilado para sociabilizar, aunque tampoco vivía debajo de una piedra como alguna vez había insinuado él, y hasta hacía unos meses me las había apañado bastante bien para saber cuándo una pava me quería meter morro o no. Pero con Óliver…, joder, con Óliver era igual a lanzar una moneda: las mismas posibilidades de acertar que de cagarla, no tenía ni puta idea.

—Te lo estaba poniendo fácil, por si no te atrevías a pedírmelo —seguí en el límite, caminando en esa línea entre una simple broma y el juego que nos traíamos.

Óliver se detuvo, borró la sonrisa con la que pasaba la vida e inclinó la cabeza.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada, solo te vacilaba.

Y continué caminando hacia el siguiente balón, a varios metros de distancia. Él no respondió, así que avanzamos medio campo sin hablar. De no ser por nuestras pisadas en el césped y el roce de la red y los balones, el silencio sería casi absoluto. No había viento, el mar estaba en calma y el recinto quedaba tan alejado que casi nunca pasaban coches cerca, mucho menos a esas horas.

—¿Como soy gay tengo que querer una foto tuya desnudo? —soltó después de unos minutos callado, supongo que dedicados a rumiar la pregunta, y me giré rápido hacia él.

—¿Qué? —Me pilló tan desprevenido que me costaba encontrar las palabras—. No, estaba… —Estaba ¿qué? ¿«Estaba tonteando contigo»? ¿«Estaba tanteando el terreno para saber de una vez qué pasa entre nosotros, si es que pasa algo»? ¿Eso le iba a decir?—. Era una broma.

—Claro —dijo poco convencido—. Vale.

—Que va en serio —le aseguré, queriendo arreglarlo lo más pronto posible. La había cagado con Óliver en cosa de dos segundos de la

manera más tonta, por bocachancla, y no quería que se marchase de vacaciones pensando que había sido un imbécil con él—. Eh, pájaro, que va en serio.

Nos separaban un par de metros y el espacio se llenó de dudas y de miedo. También de posibilidad. Y quizá fue por ella, pese a todo lo demás, que me dio la neura, se me soltó un cable o yo qué sé, pero Óliver me miraba interrogante y fui hacia él.

—Que voy en serio —insistí sin despegar la vista de sus ojos a sus labios y de sus labios a sus ojos y vuelta a empezar, y avancé otro paso más. Le daba tiempo y espacio para separarse, para zanjar todo aquello. No se movió, salvo para descolgarse la red que llevaba a la espalda y dejarla en el suelo, donde algunos balones salieron desperdigados. Tragué saliva y di otro paso, y como Óliver seguía sin pirarse, ya me vine arriba del todo y terminé de acercarme.

Lo agarré con las dos manos por la cintura, sobre la camiseta sintética, y él no se movió. Me observaba serio, y viniendo de Óliver me impresionó, casi me retaba con la mirada, un «¿A que no hay huevos?» que no iba a perder. Notaba su aliento contra mi boca, y no cerré los ojos al instante, aproveché para mirarlo tan de cerca como hacía él; no había vuelta atrás.

Entonces lo besé.

Pegué mis labios a los suyos, la avanzadilla que investigaba el terreno antes de sacar la artillería pesada, unos segundos que me recordaron a mi primer beso, con Sara García, en el bus del colegio, de vuelta de coger castañas en Bárcena Mayor. Jugábamos a verdad, beso o consecuencia, aunque todos elegíamos beso, y yo quería que me tocasen Juan Pérez o Marta, pero lo de Juan nunca pasaría porque si eras un crío, te tocaba una cría, y al revés. Del pico con Sara apenas recuerdo nada, de lo breve que fue, y no volvimos a hablar jamás.

¿Iba a pasar lo mismo con Óliver? ¿Un beso lo estropearía todo? ¿Lanzarme después de meses de dudas acabaría con esto que teníamos, a lo que no sabía ponerle nombre?

Cuando pensaba que la había cagado más que nunca y echar a correr por el campo se convirtió en una buena alternativa, Óliver me agarró por la nuca y me devolvió el beso.

Aquel tanteo inicial, mis labios apretados contra los suyos, se convirtió en un juego de exploración. Entreabrió la boca y de golpe entendí muchas canciones de Estopa que hasta entonces me habían parecido una pastelada: «Cuando me besa el alma me roza con el corazón» y «Si tengo que morir, que sea en primavera, pa poder echar raíces y vivir siempre a tu vera» y «Prefiero irme a los infiernos si no te como la boca» y…

Apretó la mano en mi nuca, sentí su lengua y se me escapó un gemido del que no me dio tiempo a avergonzarme. Hasta ahora, mi contacto físico con Óliver se había limitado a simples toques, un brazo amistoso por los hombros, una palmada en la espalda. Esto, nuestras bocas pegadas, mis manos en su cintura, una suya en mi nuca, otra en mi codo, era descubrir un mundo nuevo, un nivel superior con el que compararía a partir de ahora cada cosa que me pasase. Así de potente fue.

No era mi primer beso, sí con alguien que me gustaba tanto.

Me recorría el cuerpo la misma adrenalina que en los partidos de fútbol, al desconectar una parte del cerebro y dejarme llevar. Me dejé llevar. Las gradas estaban vacías y en el campo solo estábamos él y yo, pero los grandes focos nos iluminaban y podía oír el rugido de la afición como si acabásemos de marcar un gol.

Hasta que se separó.

Las campanas de la iglesia empezaron a tocar, una, dos, tres, cuatro, y Óliver me metió un empujón en el pecho que casi me tiró, cinco, seis, siete, ocho.

El hechizo se había roto, nueve, diez.

—¿¿Qué haces?? —gritó, de repente muy enfadado; era la primera vez que lo veía así.

—¿Qué hago yo? ¡Qué haces tú, que casi me *esnuco*!

—¡Me has besado!

—¡Y tú a mí! —me defendí, desorientado.

—¡No me tenías que besar! —dijo sin la menor duda. Yo no sabía de qué hablaba. Moví la cabeza, sin entenderlo.

—Pero si te ha gustado…

Óliver me miró como si yo fuese tonto, se dio la vuelta y enfiló a los vestuarios. ¿Qué estaba pasando? Resoplé y lo seguí.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—A casa.

No nos habíamos duchado ni cambiado de ropa, ahora daba igual. Óliver me había devuelto el beso, por muy ofendido que actuase, y era en lo único en lo que podía pensar. Si la vida fuese justa, algo que había aprendido hacía años que no era, aún estaríamos morreándonos en el césped y todo lo demás, durante un rato, habría dejado de importar.

Caminé detrás de él y, en cuanto llegamos a los vestuarios, empezó a guardar sus cosas a lo bruto en la mochila. Ni siquiera me miraba. Recogí a toda prisa mi ropa y salí corriendo detrás.

—¿Quieres esperarte un poco?

—¡No! —me gritó sin girarse, la mochila mal puesta, las correas retorcidas, mientras caminaba hacía la puerta de las instalaciones casi volando.

Yo jugaba en desventaja: perdí tiempo en apagar las luces del campo y cerrar con llave todas las puertas, y al terminar Óliver me sacaba bastante distancia.

Pegué otra carrera y me quedé a un par de metros de él, dándole espacio.

—Óliver, no seas así, párate y hablamos —le pedí a su espalda. Era hasta gracioso que fuese yo, a quien menos le gustaba hablar de los dos, el que lo estuviese pidiendo. Quería hacerlo, teníamos que hacerlo.

—No hay mucho que hablar: no me tenías que haber besado.

—¡Pero me has devuelto el beso! No lo entiendo.

Óliver se detuvo de forma tan brusca que estuve a punto de llevármelo por delante. Estaba serio y la adrenalina que había sentido se me esfumó. Vi todas esas ganas, todas esas emociones, flotar delante de mí hasta perderse en dirección al mar.

—No quiero problemas, no quiero que el equipo sepa que soy gay, pensé que lo tenías claro.

—¡Yo tampoco quiero que se enteren de lo mío! Ni siquiera se lo he dicho a mis hermanos o a Nano o a mi padre.

—¿Y vas y me besas? ¡Lo complica todo!

—Ya lo sé, pero llevaba meses…

—Pues no lo vuelvas a hacer —me interrumpió—. No quiero problemas, te lo dije.

Tenía delante de mí a un Óliver muy diferente al que había conocido hasta ahora. Ni siquiera había sido tan duro cuando llegó al equipo y nos peleamos; en ese momento, él se defendió de mis ataques, ahora parecía dispuesto a ser quien atacase primero. ¿En serio me pegaría después de todo? ¿Después de estos meses? ¿Del beso? ¿De dormir juntos en el sofá cama de su hermana? ¿De los libros prestados? ¿De las caminatas con mis hermanos? ¿De las confesiones?

Avanzamos unos minutos en silencio, él por delante de mí, en aquella carretera que, a esas horas, lucía más negra que nunca.

—Estás siendo ridículo —dije.

—Lo que es ridículo es que me beses en el campo, donde cualquiera puede vernos —me respondió sin girarse. Daba grandes zancadas, como si pretendiese batir su propia marca en el camino de regreso a casa, y agarraba fuerte con las dos manos las correas de la mochila.

—No había nadie, Óliver. ¿Quién va a ir al campo un viernes por la noche?

—Podría haber aparecido cualquiera.

No contesté; no íbamos a ponernos de acuerdo. Caminábamos por la orilla izquierda de la calzada para tener buena visibilidad por si a algún coche le daba por pasar por allí, y cuando Óliver volvió a detenerse, esta vez no me pilló desprevenido.

—¿Y tú desde cuándo eres gay? —casi me echó en cara.

—No soy… Soy bi.

—Y te lo callaste. Te conté lo mío y tú ahí callado como un zorro.

—No quería que…

—Me da igual. —Y volvió a darse la vuelta y ponerse a caminar. El beso que nos habíamos dado diez minutos antes se lo habían dado otros Manu y Óliver, no los que andaban a tres metros de distancia perseguidos por los lobos.

—Estás exagerando todo esto —insistí. Las casas ya empezaban a acumularse a los lados, pasamos por delante del colegio de mis hermanos, y a lo lejos ya se veía la carretera principal iluminada por

las luces de Navidad—. Parece que te he metido morro en medio de un partido para que se entere todo cristo.

Esta vez, Óliver no respondió, ni oí un resoplido o una queja por lo bajo. Así que yo tampoco dije nada más, ni siquiera al ver ya la marquesina de la parada del bus. No había mirado el reloj al salir del campo, pero sabía que habíamos hecho el camino de vuelta en tiempo récord.

Al llegar a la parada, me detuve con él, igual que desde hacía varios meses: esperábamos hasta que aparecía el bus, Óliver se montaba, se sentaba en el mismo sitio, junto a la ventanilla que daba para mí, y nos despedíamos con la mano.

—Manu, márchate —me ordenó con una seriedad que, en él, imponía más que en nadie. La fiereza de su mirada me achantó y me crucé de brazos; no quería irme y dejarlo solo, no cuando estaba enfadado y no nos veríamos en dos semanas. No después de habernos besado.

—Pero…

—En serio. —Y al notar mis dudas, añadió—: Por favor.

Entonces asentí con la cabeza, no abrí el pico, y seguí andando. Tuve que contenerme para no girarme mientras me alejaba. Sí que lo hice al oír el autobús a mis espaldas, y cuando pasó de largo y miré, para decir adiós a Óliver, no lo vi; su sitio de siempre estaba libre, no se había sentado en él.

El bus se lo llevó dos semanas.

Descanso

Capítulo 24

MANU

Habían pasado ocho días y no sabía nada de Óliver. Nada.

Debería darme igual. Hasta hacía seis meses, él no pintaba una mierda en mi vida, salvo cuando coincidíamos dos veces al año en los partidos y me molestaba hasta la forma en la que se apartaba el pelo hacia atrás.

Y ahora ese gesto me ponía cachondo.

Me había acostumbrado a verlo casi a diario, a mandarnos mensajes todos los días, y, de repente, el vacío más absoluto, como si estos meses de entrenamientos y castigo juntos, de idas y venidas de casa al campo, de tardes en su habitación y noches en la mía no hubiesen existido.

Cada vez que lo pensaba, me ponía de mala hostia. Vamos, que llevaba puteado una semana entera. Incluso mi madre me había preguntado qué me pasaba; tener que estudiar para los exámenes de enero parecía una buena respuesta, así que no insistió más.

Sentado sobre la tapa del retrete, levanté la vista del móvil hacia mis hermanos, que jugaban en la bañera. En el agua había dos koalas y tres conejos Sylvanian, una Barbie, un dinosaurio, varios coches y una pelota de tenis. Mario y Carla cantaban villancicos y, al no saberse ninguno entero, saltaban de uno a otro y las frases que mejor controlaban las repetían a gritos hasta que se cansaban: «Hacia Belén va una burra, rin, rin, yo me remendaba, yo me remendé, yo me eché un remiendo, yo me lo quité… Con mi burrito sabanero voy camino de Belén, con mi burrito sabanero voy camino de Belén… Ande, ande, ande, la marimorena, ande, ande, ande, que es la Nochebuena». Habíamos echado varios chorros más de agua caliente porque no querían salir, y como no teníamos nada mejor que hacer, los dejé otro rato.

Volví a mi móvil y entré a Instagram. Óliver había subido tres historias nuevas hacía quince minutos. Y aunque era una putada que

él pudiese saber quién las veía, que él supiese que aquí estaba yo un viernes por la tarde cotilleándole las fotos, tampoco iba a perder la oportunidad de hacerlo. Llevábamos siglos sin hablar.

En la primera se le veía en los probadores de una tienda, se había hecho una foto a sí mismo en el espejo y llevaba un jersey del azul de su mirada que le quedaba bastante bien. Con ese color de ojos y de pelo, la forma de la cara e incluso la manera de vestir, Óliver parecía un guiri europeo, un pibe de Noruega o Suecia que viene cada agosto a torrarse al sol y quemarse las mejillas y los hombros. Estábamos en invierno, pero Óliver vivía en un verano eterno. Incluso su actitud, la mayoría de las veces relajada y toda sonrisas, te hacía pensar en vacaciones permanentes.

La segunda foto era casi igual a la primera: más o menos misma pose, mismos pantalones negros de tela, misma mano con el móvil tapándole media cara, salvo que en esta tenía puesta una chaqueta de lana verde.

En la tercera historia, había dejado una encuesta: «¿Modelito 1 o modelito 2?». Aquello era como preguntar a un crío si quiere más a su padre o a su madre, pese a que, en ese caso, yo tuviese más fácil la elección. Volví a la segunda foto, luego a la primera. No podía verle bien la cara, pero me acordaba de cómo sus ojos se habían oscurecido después de besarnos, de que se le habían hinchado los labios y el pelo se le había quedado revuelto tras pasarse la mano por él. Esas cosas no se veían en la foto, yo las llevaba grabadas a fuego en la cabeza y casi en la piel, junto a la letra eme metida en un corazón.

Lo que no entendía era para qué las subía. ¿Buscaba que le dijésemos lo guapo que salía? ¿Que las viese yo? ¿O pasaba tanto de mí que las imágenes no tenían significados ocultos? Bueno estaba un rato, las cosas como son, aunque iba listo si creía que iba a responderle algo.

El móvil me empezó a sonar y en la pantalla leí *Papá*. Me llevé un susto del copón. Si esto fuese una serie donde todos hablan de sentimientos delante de una tarrina de helado, le pediría consejo sobre Óliver. Qué coño hago, básicamente.

Pero la relación que tenía con él era la de un tío o un primo al que ves de Nochebuena en Nochebuena y al que no le cuentas nada de cómo te va la vida porque para qué.

—Es papá —les dije a mis hermanos para que bajasen la voz. Mi padre producía en ellos el efecto contrario, aumentaba sus diferencias: Carla se volvía aún más ruidosa; Mario, aún más silencioso.

Para Ángel Caviedes las fiestas eran, a nivel de curro, una buena época, sobre todo Nochevieja, así que pasábamos con él un par de días después de Reyes. Carla era siempre quien le ponía más ganas, yo las que tenía me las aguantaba y Mario habría preferido quedarse con mamá. Siempre venía él, nunca nos llevaba a su casa de Madrid, dormía con algún amigo que le quedaba por aquí y nos recogía a primera hora de la mañana en un viejo Volvo que tenía más años que yo. Decía que para qué quería uno nuevo si en la capital se movía en metro, que solo lo usaba para subir a vernos; qué más querría él que tener pasta para comprarse otro. En verano era mejor: íbamos todo el día a la playa, nunca a las de Santander porque se llenaban hasta la bandera, y acabábamos en la de Liencres o Langre, o incluso Oyambre, donde podíamos echar un partido, jugar a las palas y llevar a Elena sin molestar a nadie, y él podía tirarse horas en la arena con mis hermanos, haciendo castillos, casas y una pequeña ciudad, mientras yo escuchaba música y los miraba desde la toalla. No era un gran planazo, ni las vacaciones que se metía Hugo por medio mundo, pero estaba bien.

—Manu, mira, que no voy a poder ir la semana que viene —me empezó a contar después de los saludos y las preguntas acostumbradas (¿qué tal?, bien, ¿y tú?, yo bien, ¿y tú?, bien, ¿y tú?, y así por siempre jamás). Me gustaría decir que aquello me pillaba de sorpresa y no me afectaba, pero ni una cosa ni la otra; no era la primera vez que cancelaba la visita a última hora, y, aunque yo intentaba pasar del tema, me jodía. Por Carla, por Mario y también por mí. Ni siquiera entendía por qué me dolía lo que hiciese alguien a quien se la sudábamos tanto—. Me ha salido un bolo y no me da tiempo a subir.

—Un bolo es un bolo —dije sin más—. Carla, baja el volumen.

Al instante, Mario estiró el brazo hacia ella con un mando a distancia invisible en la mano y presionó una tecla imaginaria con un dedo arrugado como una pasa. Carla se calló y los dos se rieron intentando no hacer ruido.

—A ver si pa finales de enero puedo subir un fin de semana, que la cosa ese mes está de puta pena. Y os doy los regalos de Reyes, díselo a tus hermanos.

—Vale.

—Igual me llevo a Sonia, y así la conocéis.

Aún faltaba un mes; quizá cortaban antes y nos librábamos de las presentaciones.

—Claro.

—¿Estáis bien, entonces?

—Como siempre.

—Bien, bien, eso está bien.

—Sí.

—Oye, figura, te tengo que dejar, que me están esperando y ya voy tarde.

Colgamos, bloqueé el móvil y me lo guardé en el pantalón del chándal. Luego me arrodillé junto a la bañera, donde Elena esperaba tumbada, y apoyé los antebrazos en el borde para quedar a la altura de mis hermanos.

—Me ha dicho papá que les ha pedido a los Reyes unos regalos guapísimos para vosotros —les conté, y los dos abrieron más los ojos, Carla soltó una risotada y Mario le tiró agua a la cara.

—¿Qué les ha pedido? —preguntó ella.

—No lo sé, es sorpresa, nos los dará el mes que viene.

—¿No venía el martes?

—Al final no puede, vendrá en unas tres semanas, eso es casi nada.

Lo bueno de ser un niño de su edad es que no sabían calcular bien el tiempo: una tarde podía ser una eternidad o un segundo; unas semanas, una vida o solo un día. Querían esos regalos en ese mismo momento, pero sabían que era imposible, por lo que esperar unos días o unas semanas les daba igual, no apreciaban si era mucho o poco.

Mario volvió a coger sus Sylvanian y a hacerlos nadar por toda la bañera, Carla le siguió el juego y pronto se olvidaron de papá. Me gustaba su facilidad para pasar de una cosa a otra, su falta de preocupación, la confianza ciega que tenían en lo que yo les decía.

—En cinco minutos salís, que os van a salir escamas —los avisé, y recuperé mi sitio de vigía sentado sobre el retrete.

De haber seguido bien las cosas con Óliver, no sabía si le habría escrito o llamado para contarle lo de mi padre, seguramente no, pero las ganas de hablarle me quemaban en el bolsillo, donde guardaba el móvil. Lo saqué, abrí Instagram y miré de nuevo las dos fotos. Como él seguía siendo un imbécil al que le gustaba marear la perdiz, ni di me gusta ni voté.

Que le ayudase a elegir «modelito» su puta madre. Con perdón.

—Pareces el alcalde de *Fachander* —le dije a Nano en cuanto lo vi. El cotillón al que se habían empeñado en ir él y algunos del equipo obligaba a llevar traje; Nano se lo había tomado más en serio que yo y parecía un votante de derechas de esos que plagaban Santander.

—Parezco el puto presidente del mundo —me corrigió, ajustándose la chaqueta con las dos manos y ese gesto de sobrado que siempre lo acompañaba. Otra cosa no sé, pero a Nano le encantaba ser la novia en todas las bodas.

—¿Has venido así en moto?

Imaginármelo con aquel traje bien planchado, zapatos abrillantados y pelo engominado subido a su Kawasaki era gracioso. Que sus padres tenían pasta y en el fondo era un pijo de la capital, hijo único mimado, era algo que él prefería ocultar. Que condujese una moto de diez mil euros y estudiase Derecho no ayudaba. Nano era igual a esos surfistas que iban de *hippies* y luego tenían una tabla de surf que valía más que el coche de mi madre.

—Qué va, me ha traído mi padre. ¿Tú cómo lo llevas? ¿Sobrevivirás unas horas así vestido?

Bajé la vista al pantalón gris oscuro, más estrecho de lo que acostumbraba a llevar y a juego con la chaqueta, y me tiré de la corbata azul que me había prestado el Tonio. Por lo que sí que no

había pasado era por ponerme zapatos, así que llevaba unas playeras más discretas de las habituales con las que al menos mantenía un poco de mi esencia, enterrada entre tanto pijerío. Más que Nochevieja, me parecía Carnavales, pero tampoco me veía mal. Por eso acepté hacerme una foto con Nano, que no tardó ni un minuto en subir a Instagram.

Como me gustó, la compartí en mis historias.

Dos horas después, Óliver no había reaccionado: ni un comentario, emoji o *like*. Y la había visto, porque yo lo había comprobado antes de llegar a la fiesta.

Ojo, que me daba igual. Me daba tan igual que me volví a guardar el móvil en el bolsillo del pantalón, salpicado de manchas de alcohol, y decidí no mirarlo el resto de la noche. No necesitaba estas tonterías de te beso, pero no quiero, pero sí quiero, pero no quiero, pero te beso, y ahora no te hablo. Si él pasaba de mí, yo pasaba de él más. Más fuerte. Tenía a Nano, a Cobo, al Toloqui, a Hugo y a Iván, y barra libre; no necesitaba nada más.

Bailamos a empujones canciones lo mismo de Britney Spears que de Charli xcx que de Bad Bunny; perdí la cuenta de las fotos que nos hicimos; también, de las veces que brindamos; saludé a varios compañeros de la uni, a amigos de estos, a gente que ni conocía, a tantos que no recordaba ninguna cara; me entró una piba tan a saco que a punto estuve de escoñarme para evitar que me metiese morro; me inventé que la noche era solo de colegas para que me dejasen de vacilar por haberla rechazado; me arrepentí de no haber aprovechado la oportunidad cuando me di cuenta de que no le debía ninguna lealtad a Óliver; me dio todo el bajonazo por haberla cagado con él y a punto estuve de echarme a llorar; me partí de risa al ver a Hugo enrollarse con la pava esa; perdí la chaqueta del traje; me perdí yo en busca del baño; mi camisa blanca ya no era blanca porque Iván me tiró su copa en un brindis más; Nano se me colgó del cuello hasta que consiguió que le prometiese que siempre seríamos amigos; convencí al Toloqui para tatuarnos juntos el escudo de los Ojáncanos si ganábamos la liga; volví a perderme al ir a mear; me recompensé con un chupito por cada vez que me

aguanté las ganas de escribir a Óliver; bailé todo el rato y bebí mucho más.

Amanecía cuando me monté en el taxi para volver a casa, y Óliver seguía sin responder a mi foto. ¡Y eso que salía guapo! Él lo era aún más, estaba claro, porque Óliver era el pollo más guapo que había visto en mi vida, y eso que compartíamos universo con Manu Ríos. Me acomodé en el asiento y abrí la conversación con él. El último mensaje era de hacía doce días, una eternidad. ¿Se habría olvidado de mí? Escribí como pude, me costaba enfocar.

lun, 08:17

manu:
feliz añoo!!!!!!

¿Estaría despierto? Eran poco más de las ocho de la mañana y no sabía si habría salido o llevaba horas durmiendo. Recosté la cabeza contra la ventanilla y miré por ella: acabábamos de dejar la ciudad y ya enfilábamos por la autovía hacia Brena. El taxista no hablaba, estaba tan a gusto que no me apetecía llegar todavía, podría dormirme aquí mismo y… La notificación de WhatsApp me sobresaltó.

oliveris cuetus:

seis exclamaciones? quién eres?

Capítulo 25

ÓLIVER

Para haber dormido solo cuatro horas, el mensaje de Manu me despejó rápido. Apenas entraba luz por la ventana, la persiana a medio bajar, y no se oía nada más que el ronroneo de Luigi, que me inmovilizaba los pies. Me incorporé con cuidado, no me salía quedarme tumbado en un momento así, y volví a la conversación con el capitán.

lun, 08:19

Óliver:
seis exclamaciones? quién eres?

Capitán:

manu!! caviedes

Debía de estar borracho.

Óliver:
ya

Capitán:

hace mucho que no hablamos y te echo de mebos mebos menos las vacaciones están siendo una mierda sin ti tú????

Estaba *muy* borracho.

Óliver:
yo qué?

Capitán:

si me echas de menos

Óliver:
capitán… vas borrachísimo deberías irte a dormir

Capitán:

pero no me has dicho feliz año

Óliver:
feliz año, manu

Capitán:

feliz añoooo, pájarooooo

Sonreí, a pesar de que no quería, bloqueé el móvil y lo tiré sobre la mesita, y el ruido contra la madera despertó a Luigi, que me miró ofendido. La noche anterior, cuando perdí todo mi dinero jugando al *Monopoly* en casa de mis abuelos, había aprovechado para mirar Instagram. El capitán no solía subir muchas fotos, por eso la historia con Nano era todo un acontecimiento. Y más si salía como un puñetero dios griego. Me había esforzado en no dejarme engatusar por su cara ni por el subidón del nuevo año, ese que me empujaba a hacer mil propósitos y casi nunca cumplía porque la mayoría me daban igual.

Alejarme de cualquier problema había sido el objetivo más importante del anterior, y no había funcionado. Quizá era imposible evitar algunas cosas. Quizá Manu era inevitable.

Estaba cabreado con él. Cabreado por complicar eso de verlo solo como un compañero de equipo o un amigo y poder olvidar el beso. Volví a coger el móvil y me tapé la cabeza con el edredón. Guardaba en la galería un montón de fotos de Manu, la mayoría sin posar, donde salía desprevenido: en medio del camino, con los prados de

fondo, el ceño fruncido y una sonrisa luchando por salir, donde más era él; otra con Carla colgada de un brazo y Mario del otro, intentando avanzar con ellos a cuestas; otra empujando la bici, cuando todavía la llevaba a los entrenamientos. Y mi favorita: esa que nos hicimos en el cumpleaños de su hermana, yo con horquillas de colores en el pelo, él con los ojos pintados.

Mantuve esta última en pantalla a la vez que colaba la mano libre en los calzoncillos y, bueno, sí, vale, me masturbaba. Había tardado un tiempo en permitirme pensar en el capitán mientras lo hacía, pero una vez abrí la veda…, no había podido pensar en nadie más. Al terminar, el enfado se había diluido y solo quedaba esa sensación que me llenaba el pecho y la tripa cada vez que pensaba en él y que Alba decía que era amor. Yo no estaba de acuerdo. No quería estarlo.

Un rato después, me volví a dormir.

Mi hermana me despertó sobre las diez y media aporreando la puerta como si nos invadiesen los zombis (yo moriría seguro), gritó: «¡¡Papá ha comprado churros!!» y se marchó. Comprobé el móvil antes de salir de la cama: Manu no me había vuelto a hablar. Era lógico, estaría durmiendo, y, además, no me interesaba que siguiese haciéndolo, no cuando me estaba desenganchando de él, así que dejé el teléfono en la habitación para no estar todo el rato mirando si me había escrito.

—¿Quieres chocolate? —fue el saludo de mi madre al entrar en la cocina en pijama y sin peinar. Removía el líquido en un cazo que tenía al fuego y llevaba la bata de pelito rosa que le habíamos regalado por su cumpleaños, mientras Alba y mi padre ponían la mesa. Era la misma estampa de Año Nuevo desde que tenía memoria; me gustaba que algunas cosas continuasen siendo iguales, que, aunque otras cambiasen, esas siguiesen siendo un agarradero al que sujetarse.

—Sí, por favor —le pedí, y me senté en el lugar de siempre, enfrente de Alba—. ¡Aquí faltan ya un montón de churros!

—¡Ha sido papá! —se defendió ella, y eché una mirada acusadora al azúcar que tenía espolvoreado sobre el cuello de su pijama, las pruebas del delito a la vista de todos. Mi padre no era mucho mejor,

a él el azúcar se le había quedado enganchado en la barbilla, y aun así trató de librarse:

—¡Solo he cogido uno!

—Habéis sido los dos —dijo mamá, que ya se acercaba con el chocolate caliente para que cada uno se sirviese en su taza—. Es que… tela marinera con vosotros, ¿eh? El próximo año voy yo y me los como por el camino.

Sabíamos que nunca haría eso, pero de vez en cuando le gustaba *amenazarnos* con esas frases que, por defecto, todas las madres traían incorporadas, tuviesen la edad que tuviesen: «Como vaya yo y lo encuentre…», «No he visto casa más sucia que esta, ¡nos va a comer la mierda!», «¡Un día cojo la puerta y me voy!». A veces las decía con el piloto automático puesto, sin darse cuenta de que, de tanto repetirlas, sonaban a cantinela.

—Al final se van a enfriar —se quejó Alba, y dio un par de golpes sobre la mesa para hacernos espabilar—. Venga, ¡a mojar el churro!

Casi me atraganto con el sorbo de chocolate que acababa de dar, así que durante el siguiente rato todo fueron palmaditas en la espalda y preguntas de mi madre para asegurarse de que estaba bien, mientras Alba y mi padre, a lo zorro, aprovechaban para zamparse las ruedas de churros.

Manu me escribió después de comer, cuando yo estaba tirado en la cama reposando la comida y él ya habría resucitado de entre los muertos. Me había pasado la mañana alerta, obligándome a no mirar el móvil, pero con la idea de que, al volver a mi cuarto, me encontraría con algún mensaje del capitán. No había sido así. Y ahora que había bajado la guardia, lo recibía. *Los* recibía, porque el tlin, tlin, tlin de WhatsApp sonó varias veces antes de que llegase a leer nada.

lun, 15:46

Capitán:

sorry por lo de antes acabo de verlo iba muy pedo

Me erguí en la cama hasta apoyarme contra el cabecero de madera. Y volví a leer los mensajes. Otra vez. Y otra. Como si en esas escasas once palabras fuese a encontrar dobles sentidos. ¿Manu me pedía perdón por haberme escrito o por lo que me había dicho? El «Te echo de menos» y «Las vacaciones están siendo una mierda sin ti» se habían atrincherado en mi cabeza y no iban a marcharse pronto; tampoco de la pantalla: estaban ahí, en la misma conversación, para hacerme sentir lo mejor y lo peor en cosa de dos segundos.

Todo aquello (Manu) se me había ido de las manos y no me lo podía permitir.

Pero me echaba de menos, las vacaciones estaban siendo una mierda sin mí.

Óliver:
no hay nada que perdonar

Para estar en línea, tardó en responder. Quizá esperaba más o no sabía qué decir.

Capitán:

ok

Me levanté de la cama con el móvil en la mano y caminé por mi habitación; el movimiento me ayudaba a pensar, estarme quieto me ponía (aún más) nervioso. Contemplé la pantalla con un vacío en la tripa como si llevase un día entero sin comer. Ese solitario «ok» de Manu rebotó contra las paredes del estómago y estuve a punto de echarlo por la boca.

El capitán seguía ahí, pero no añadió nada más, yo tampoco, y después se desconectó.

Los siguientes días, los últimos de las vacaciones, pasaron lentos y aburridos. Cuando dejé el equipo y me cambié de universidad quise cortar tan por lo sano que no había mantenido el contacto con

ninguno de mis amigos del insti y del primer año de carrera. Suponía que si nos había resultado fácil era que la amistad hacía aguas por todas partes. Así que la única amiga que me quedaba allí era mi hermana. Y mi madre, si le preguntabas a ella. Siempre había tenido un montón de personas con las que salir, formaba parte de grandes grupos, y ahora estaba solo.

Me lo había buscado yo, eso también lo sabía.

El suspiro que se me escapó fue más profundo y sonoro que los anteriores, porque mi hermana pausó *Ted Lasso* en la televisión, se giró en el sofá y me alzó las cejas.

—Oli, ¿me vas a contar de una vez lo que te pasa? Como no me lo digas ya, no voy a dejar que me cuentes nunca nada. Ni aunque me vengas llorando y rogando. Tú verás.

Medio tirado en el sofá, con los pies sobre la mesa y abrazando un cojín, volví a suspirar, esta vez mucho más fuerte porque lo hice adrede. Aguardé unos segundos en silencio, solo por hacerla rabiar, y cuando se giraba hacia la tele para seguir viendo la serie, hablé:

—El día antes de venirme me enrollé con Manu.

Abrió los ojos todo lo que le daban.

—¿Y me lo dices ahora? —Me dio un manotazo en la pierna—. ¿Has estado dos semanas aquí y esperas al último día?

—Más vale tarde que nunca…

—No me vengas con refranitos, que te vuelvo a dar. —Mi hermana sabía ser dulce como el algodón de azúcar y también la tía más borde que te podías echar a la cara—. ¡Te he preguntado mil veces qué te pasaba y las mil veces me has respondido que nada!

—No me apetecía hablar de ello —reconocí incorporándome en el sofá—. Pero el lunes voy a volver a verlo y… no sé qué hacer.

—¿Tan mal fue?

Ojalá hubiese sido eso. Ojalá el beso en el campo hubiese destruido todas mis fantasías sexuales de los últimos meses. Ojalá me hubiese demostrado que no teníamos química. Ojalá me hubiese dejado de gustar el capitán. Llevaba más de quince días pensando en ello, en la suavidad de la nuca de Manu, en la presión de su pecho contra el mío, en el calor que me entró pese al frío que hacía.

—No…, todo lo contrario: estuvo muy bien. —Y me sentí un traidor por describir de forma tan vaga lo que había sido, con diferencia, uno de los mejores momentos de mi vida; sin embargo, me costaba encontrar las palabras adecuadas para explicárselo—. Pero después le dije que era mejor no complicar las cosas.

—¿Qué cosas? —Alba parecía ofendida, como si fuese ella la que había recibido ese comentario de la persona que le gustaba.

Porque yo le gustaba a Manu Caviedes.

—Joder, Albi, pues todo. No puedo jugármela a que se enteren los del equipo.

—Pero Manu te gusta mucho, mira qué cara de alelado tienes, corazón.

—¡Oye!

—¿Habéis hablado estos días?

—Me escribió en Nochevieja… —empecé a contarle—. Estaba borracho y me dijo que me echaba de menos.

Mi hermana dejó escapar un «aww» con cara de pena, y ese sonidito me rebotó en la tripa con el «ok» que me había escrito Manu días atrás.

—¿Y qué le respondiste?

—Que se fuese a dormir la mona, básicamente.

Ahora Alba resopló y se dejó caer de forma dramática contra el respaldo del sofá. Su reacción me confirmó lo que yo ya sospechaba: había metido la pata hasta el fondo. Se podían gestionar mal las cosas y luego estaba la técnica Óliver Cueto, que consistía en salir corriendo.

—¡Eres el Grinch del amor!

Me reí sin ganas, me escurrí un poco más y volví a abrazar el cojín.

—No puedes ir por ahí besando a la gente y dejarla colgada. Si no quieres nada, acláraselo bien.

—No voy por ahí… —traté de defenderme, pero me tapó la boca con una mano y siguió hablando ella.

—Oli, tuviste que abandonar el equipo, cambiar de universidad y mudarte por todo lo que pasó, ¿a cuántas cosas más vas a renunciar?

Aun no siendo la primera vez que me decía algo así, dolía. Y dolía porque era verdad, yo lo sabía de sobra; sin embargo, escucharlo en voz alta era mucho peor que solo pensarlo. Tomaba solidez, importancia, realismo. Iba renunciando a lo que más me gustaba como si no hubiese consecuencias.

—Tía, qué profunda —logré contestar cuando apartó la mano de mi boca.

—Sabes que tengo razón.

No respondí.

Me había escaqueado de quedarme un rato más en el salón con papá y mamá con la excusa de hacer la maleta. Y aunque la dejé abierta en el suelo y saqué sobre la cama algunas prendas de ropa que mi padre me había planchado, enseguida me aburrí y me tiré en el colchón con el móvil. Abrí y cerré WhatsApp mil veces en quince minutos como si fuese a invocar a Manu. Entraba, releía la conversación de Nochevieja, salía de la aplicación, entraba en Instagram, comprobaba que no había nada nuevo y volvía a WhatsApp.

Cogí aire y escribí.

sáb, 22:31

Óliver:
holi mañana ya vuelvo qué pereza

Desde que hablé con mi hermana por la tarde, le di mil vueltas a qué podría decirle a Manu, y ahora que había enviado los mensajes me arrepentía de lo que le había puesto. Para alguien que estuvo tan seco las dos últimas veces que habíamos hablado, no podía aparecer ahora como si nada. Y es lo que había hecho. «Holi».

Era gilipollas.

Iba a eliminar los tres mensajes cuando vi el *Escribiendo…* en la parte superior de la pantalla.

Capitán:

ya ves

Óliver:
todo lo bueno se acaba

Capitán:

ley de vida

Óliver:
sí

Se me escapó un resoplido de frustración y a punto estuve de lanzar el móvil por la ventana para dejar de escribir tonterías. Otra vez me venía esa sensación de lejanía con Manu, cuando aquella noche en el campo habíamos estado tan cerca. Volvíamos a ser los semidesconocidos que apenas hablaban.

Óliver:
llegaré sobre las 7 quedamos?

Antes de que Manu me pudiese contestar, quité el sonido al teléfono, bloqueé la pantalla, lo dejé sobre el colchón y me puse de pie. De pronto me entraron las prisas por hacer la maleta y empecé a sacar más ropa del armario, sin hacer una verdadera selección o pensar bien lo que iba a llevar y dejar. Manu podría haberme respondido ya y su mensaje estaría ahí, esperándome. Me di unos minutos más antes de ir a comprobarlo. Doblé un par de jerséis y los guardé en la maleta. Los saqué y los coloqué mejor. Me crucé de brazos. Miré por la ventana.

Y cogí el móvil intentando no tener ninguna expectativa.

Tarde.

Sonreí como un bobo al ver la notificación con su nombre.

Capitán:

ok puedo hasta las 9 te espero en la estación

Óliver:
guay

La conversación (corta, desapegada, incómoda) terminó ahí y al instante me puse manos a la obra.

Pospuse el plan de hacer la maleta para cuando me quitara de encima un asunto más importante: ¿qué ropa me iba a poner al día siguiente para ver a Manu después de un beso apoteósico, dos semanas separados y un «Te echo de menos» por WhatsApp?

Capítulo 26

ÓLIVER

El viaje de Verdebraña a Santander, que en bus era de hora y media, se me hizo eterno. Solía ponerme los auriculares y quedarme medio dormido, veía la peli que elegía alguien de Alsa con poco gusto o me dedicaba a leer. Sin embargo, ahora no podía concentrarme en nada, mucho menos relajarme. Era como si, en vez de acercarnos a Santander, avanzásemos en dirección contraria, todo recto hacia el sur. En cualquier momento vería un cartel a la orilla de la carretera: «Bienvenidos a Algeciras». La hora y media más larga de mi vida.

Había tenido un día entero para mentalizarme de que iba a volver a encontrarme con Manu, y, aun así, al entrar el bus en la estación y verlo apoyado contra la pared, las manos en los bolsillos del pantalón, empecé a sudar. Se había repasado el pelo durante las vacaciones, y me invadió la necesidad urgente de pasar la mano por él, tan corto que sabía me haría cosquillas en la palma sin haberlo probado.

Bajé del bus un pelín atolondrado, con el abrigo y la mochila ya puestos y una sonrisa cauta en la boca. Aunque Manu había aceptado quedar, en realidad no sabía cómo estaban las cosas entre nosotros, si es que yo tenía algún derecho a preocuparme por ello cuando había sido quien lo había estropeado todo. Lo saludé desde lejos con la mano, torpe, rodeados del resto de pasajeros, y señalé hacia el maletero, de donde saqué mi maleta y otra mochila. Cuando fui hacia él, vino a mi encuentro y me quitó una de las bolsas, la más grande, que se colgó a la espalda con naturalidad.

—He aparcado aquí al lado de pura chorra —me dijo después de dos semanas sin vernos. Sonreí y asentí varias veces con la cabeza —. ¿Qué tal?

Manu estaba diferente o solo era que habíamos perdido la familiaridad de estar juntos a diario. ¿Había podido cambiar tanto en

quince días? Sabía que era improbable y que, aunque hubiese sido así, no tendría demasiada importancia, pero me fastidiaba haberme perdido cualquier cosa de él.

—Bien.

Nervioso.

Asustado.

Impaciente.

Ansioso.

Arrepentido.

Nervioso, sobre todo.

—¿Tú? —añadí.

—Como siempre. —Y se encogió de hombros sin apenas mirarme.

Me coloqué detrás de él en las escaleras mecánicas y subimos en silencio. Ya era noche cerrada y la calle, salvo por los que salíamos de la estación, estaba desierta; igual que cualquier otro domingo de invierno en Santander. Al menos no llovía y, para ser principios de enero, el frío se aguantaba bien.

—Tengo el coche ahí —me indicó Manu señalando hacia el fondo de la calle, donde adiviné el monovolumen familiar. El capitán se colocó mejor la mochila, y caminamos hacia allá.

—Pesa como un muerto, tendrías que haberme dejado esa a mí.

—¿Tú eres más fuerte o qué? —Alzó las cejas y podría parecer amenazante si no fuese porque sabía que se estaba aguantando una sonrisa. ¡Joder, cómo lo había echado de menos! El gesto y su contención y las cosas que no me decía pero que yo creía leer entre líneas.

—Ah, ¿que lo dudas? Te lo puedo demostrar.

—Cuando quieras, Hulkito.

El corazón me iba a toda pastilla. La conversación fluía, bromeábamos y casi casi me sonreía. Me había dado miedo volver, ahora me alegraba de que el momento hubiese llegado.

—Mi madre me ha dejado el coche a cambio de que eche gasolina y lo meta a lavar. ¿Me acompañas? —me comentó Manu después de guardar mi equipaje en el maletero y ponernos los cinturones.

—Claro, no tengo prisa.

Habría aceptado cualquier plan con tal de quedarme un rato más con él: escuchar del tirón toda la discografía de Bustamante, afeitarme las cejas, pegarnos un baño en Mataleñas un 7 de enero… El que me proponía no estaba mal.

Manu condujo por las calles casi vacías de la ciudad durante diez minutos en los que hablamos poco: le pregunté por sus hermanos, me preguntó por mi hermana, nos quejamos de los exámenes que nos esperaban, comentamos lo bien que llevaba el Racing la temporada… La gasolinera estaba a las afueras; pillaba de paso al ir y venir de Brena. Como solo contaba con un túnel de lavado, ocupado por un todoterreno blanco, nos tocó ponernos a la cola.

En el interior hacía calorcito y olía al desodorante de Manu; no me habría importado esperar con él durante horas.

De repente, el capitán clavó el codo en el ancho reposabrazos entre los dos asientos, girado hacia mí, y movió los dedos para destensarlos.

—Te echo un pulso —me retó.

Se me escapó la risa.

—¿Qué?

—Antes has dicho que eras más fuerte que yo. Demuéstramelo.

—¿En serio?

—¿Tienes miedo de perder o qué?

Me volví a reír con cierta incredulidad mientras me giraba hacia él. Coloqué el codo junto al suyo y le alcé las cejas. Con la posición habíamos ganado proximidad y ahora estábamos frente a frente; no me quedó otra que mirarlo directamente, aunque Manu pudiese imponer con esa apariencia dura. Sin embargo, era todo fachada: la última vez que habíamos estado juntos me había besado dulce, se había derretido en mi boca.

—¿Qué pasa si te gano? —le pregunté al tiempo que le agarraba la mano para colocarnos en posición. Manu tenía la piel fría y aun así el contacto fue abrasador. Necesitábamos más espacio para colocar los codos si queríamos hacerlo bien, ninguno dijo nada porque daba igual—. ¿Qué me das?

Manu me mantuvo la mirada, en silencio, y después la desvió. Me arrepentí de la pregunta al instante. Cuando volvió a mis ojos, me

apretó la mano.

—Nada, no va a pasar.

Acepté su respuesta como él la disfrazó, de chulería, en vez de lo que era en realidad: una manera de no seguirme el rollo. Pero lo entendía, era yo quien se había echado atrás aquella otra noche.

Yo, yo, yo.

Manu empezó a hacer fuerza con el brazo, y lo imité, cada uno hacia el lado contrario. A mí ganar o perder me era indiferente, me gustaba más la sensación del agarrón, de su piel, de la presión que ejercía sobre mí. Él, en cambio, se lo tomaba más en serio de lo que en principio me había parecido, como si tras el pulso se escondiese algo que no logré identificar.

Me dio la risa, y procuré mantenerme centrado. Al menos hasta que vi por el rabillo del ojo el movimiento: el coche de delante terminó su lavado y se fue, y Manu desvió la vista hacia él. Aunque solo fue un momento, me permitió aprovecharme de la leve distracción: con la mano libre le hundí un dedo en el costado, rezando para que tuviese cosquillas, y cuando se encogió, di un tirón con el brazo y gané el pulso.

—Nos toca. —Y señalé con la barbilla hacia el túnel de lavado.

—Eres un tramposo —se quejó—, peor que mis hermanos. Terrible. —Negaba con la cabeza a la vez que arrancaba el coche, y yo solo miraba hacia delante acomodándome en el asiento.

—Pensaba que valía todo.

—Eso es en el amor y en la guerra, o algo así.

—Por eso. —Dejé unos instantes de suspense y añadí—: Era la guerra.

Y le sonreí. Manu resopló casi a la vez que paraba el coche en los raíles del túnel y, tras avisarme de que iba a poner en marcha la máquina, salió. Aproveché para responder un mensaje de mi madre, que me preguntaba si había llegado, y para escribir a Alba, que había vuelto a Gijón. El capitán entró poco después, casi de un salto, justo antes de que aquello comenzase a funcionar.

Durante unos cuantos segundos, mientras un gran rodillo empezaba a moverse sobre la parte delantera del coche, ninguno de los dos dijo nada. Manu apoyó un codo contra su ventanilla, un lado

de la cara en la mano, y me entraron ganas de fumar. Con el ruido del rodillo, nuestro silencio se hacía más patente, y a mí me costaba estarme callado.

Sobre todo cuando tenía tantas cosas que decir.

—Oye, capitán… Manu —rectifiqué—, yo también… te he echado de menos.

Entonces el agua empezó a caer, cubriendo todos los cristales, y el ruido constante de los motores nos envolvió. De pronto estábamos en un acuario y los peces nadaban a nuestro alrededor.

Y Manu era una anguila, preparado para soltarme una descarga eléctrica a la menor oportunidad.

—Han sido solo dos semanas —respondió mirándome. Yo no tenía claro si me estaba tomando el pelo o dándome largas, o incluso si hablaba dolido; a quien le dolió fue a mí, aunque sabía que me merecía esa respuesta cuando yo mismo había sido quien una semana atrás le mandó a dormir al confesarme algo parecido.

—Ya. —Y desvié la vista hacia mi derecha para observar el agua que caía por mi ventanilla, de repente el protagonista de un videoclip melancólico de los noventa. Tenía hasta el pelo de la época, me lo había dicho su madre.

Noté que Manu se revolvía, incluso oí cómo chasqueaba la lengua; no lo miré.

—No te tenía que haber dicho que eras un exagerado —empezó, y no supe de qué me hablaba—. Tu reacción al beso… Te dije que la exageraste, pero entiendo que vas con mucho más cuidado por todo lo que te pasó. Perdona.

Era raro ver a Manu hablar tanto del tirón, mucho más pidiendo disculpas. Me pilló tan desprevenido que tardé en reaccionar y acabé moviendo la cabeza a modo de asentimiento.

—Gracias —respondí al fin—. Yo… todavía estoy asimilando que seas gay.

Alba me había dedicado un millón de «Te lo dije» tras saber que nos habíamos besado; a mí, en cambio, me había sorprendido. No porque nunca lo hubiese pensado, sino porque mis fantasías se habían hecho realidad.

—Bisexual.

—Bisexual, vale. —Volví a asentir, como si el movimiento me ayudase a meterme la idea de un Manu no heterosexual en la cabeza.

—¿Por qué te cuesta tanto creértelo? Si llevamos meses tonteando —reconoció, y al escuchárselo decir así, tan directo, me revolví en el asiento, hasta me puse algo rojo. Agradecí que apenas entrase luz de la gasolinera, que mi rostro fuesen sombras para él.

—Pensaba que era solo cosa mía.

—No. —Y se rio ligeramente con el ceño fruncido. Lo que había sido evidente para él no lo había sido para mí, aunque Manu jugaba con la ventaja de saber que yo era gay, mientras que yo creía que él era más hetero que Bertín Osborne.

—¿Y por qué no me dijiste nada cuando te conté lo mío? —le pregunté, no por echárselo en cara (del todo), sino por verdadera curiosidad. ¿Cómo había sido capaz de callárselo? Quería una explicación mejor que la que me dio antes de Navidad—. Hubiese sido el momento perfecto.

—Ya…, ya lo sé, pero me cagué —confesó sin mirarme. Desvió la vista al frente, apenas se veía nada entre el agua y la oscuridad—. Creía que se convertiría en una bola de nieve y acabaría sabiéndolo todo cristo.

—Y vas y me besas.

—No soy muy listo.

Se me escapó la risa, de la que Manu se contagió, y la tensión entre nosotros se aligeró.

—Es que sigo sin creérmelo —insistí, y le di un golpecito en el brazo que no llegó a esquivar; sí logró cogerme la mano y darme un suave mordisco. Así, sin avisar ni nada. Apretó sin fuerza los dientes contra el dorso, cerca del pulgar, y cuando me soltó, agité la mano exagerando un dolor que no sentía, los dos lo sabíamos.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —propuso, girándose y apoyando la espalda contra su puerta, una rodilla levantada en el asiento. Perdíamos cercanía, ganábamos una mejor perspectiva para mirarnos.

—Se me ocurren varias cosas… —respondí en tono de broma pero hablando en serio. Él lo notó, porque soltó aire por la nariz sin llegar

a sonreír, sin desviar la mirada, la advertencia en sus ojos.

—Óliver…

—Manu…

—No me mires así —me pidió.

—¿Así cómo?

Manu resopló y movió la mano hacia mí de forma vaga; yo me mantuve en mi sitio, quietecito, un buen chico que no se había pasado las vacaciones de Navidad masturbándose bajo las sábanas pensando en el capitán.

—*Así*, como si…

—¿Como si quisiera besarte?

—Sí.

—Es que quiero —admití, con un ramalazo de sinceridad y euforia que no quise ignorar. Total, de perdidos, al río. Quien no apuesta no gana. A lo hecho, pecho. Más vale tarde que nunca. Nunca es tarde si la dicha es buena. Y así.

—Óliver…

—Manu… —Suspiré dramático—. ¿Otra vez lo mismo?

Volvió a desviar la vista, a alejarse sin moverse del sitio. Le di tiempo. Para entonces la fase de lavado había acabado y ahora unos grandes secadores eliminaban el agua del coche con varios y lentos movimientos sobre la carrocería.

—¿Qué pasaría después? —me preguntó, mirándome de nuevo.

—¿Después de qué?

—Si nos besamos, ¿vas a hacer lo mismo que la otra vez?

—No —respondí rápido, para no generarle más dudas; y me obligué a explicarme—: Pero sigo pensando lo que te dije: no quiero que se enteren en el equipo.

—Yo tampoco. Y no tienen por qué hacerlo.

Estuve a punto de contarle que alguien me había dicho algo similar año y medio atrás; sin embargo, me lo callé, lo empujé a la esquina más recóndita de mi cabeza, a esa donde accedía pocas veces, oscura y escurridiza, y sonreí vacilón.

—¿Estás proponiendo que lo llevemos en secreto?

—Tiene su morbo, ¿no? —Manu lo dijo con tanta naturalidad que sus palabras e intenciones me excitaron aún más. No la parte que

nos obligaba a ocultarnos, sino lo que implicaba: estar juntos.

—Si lo quieres ver así…

—Los dos sabemos que es una mierda tener que escondernos, pero ¿qué hacemos si no? ¿Dejarlo estar?

—No —contesté rotundo. Una vez que *poder* estar con Manu se había colado en mi cabeza, cualquier otra opción era inaceptable.

—Eso me parecía. —Y el muy capullo me regaló una sonrisa que me subió la temperatura corporal diez graditos. O cincuenta. Me corría lava por las venas—. Mira, tenemos mi casa y tu habitación, no está tan mal.

—Y tu coche.

—Y mi coche —repitió de nuevo serio, esa seriedad que tanto relacionaba con él, que tanto me gustaba ahora, aunque ya me gustaba casi todo de él. No me quitaba la vista de encima, sus ojos profundos de nuevo clavados en mí. Aquella mirada me ataba al asiento, me decía: «Ni se te ocurra largarte de aquí», como si existiese alguna posibilidad de que fuese a marcharme y estropear esto. No iba a hacerlo otra vez.

Así que estiré el brazo hacia él y Manu me cogió la mano, entrelazó los dedos, templados, con los míos y durante unos cuantos segundos no hicimos otra cosa que permanecer enganchados, con la vista en el otro.

Era lo más romántico que me había pasado nunca.

Cuando tiré de su mano, girado hacia él por completo, me senté al borde para acercarme. La palanca de cambios y los reposabrazos de por medio no facilitaban la postura, y aun así no me impidieron inclinarme hacia Manu, que me esperaba adelantado sin perder detalle de mis movimientos.

Y entonces, mientras me acercaba del todo, me sonrió. Expectante, incluso desafiante. Algo nervioso también, se lo podía notar. Y el gesto que en otras ocasiones me habría resultado el más tierno del mundo, ahora sirvió para acelerar más las cosas; Manu había echado gasolina a una mecha ya encendida. Lo enganché por la camiseta con una mano, la otra sujetándome al respaldo, más brusco de lo esperado, y lo besé.

De pronto tenía la boca pegada a la suya y sus manos me agarraban por la cintura, atrayéndome hacia él, pese a que la situación de los asientos me lo ponía difícil. Me acerqué todo lo que pude, mi mano en su costado, y ambos nos movimos tratando de coordinarnos, de encontrar el ritmo, acelerados y algo brutos.

Este beso no era como el primero. Aquel fue un impulso; el de ahora, una decisión.

También era más urgente, de bocanadas, las ganas nos podían, y estar solos aquí dentro, en la burbuja de cristal, agua y oscuridad, nos ponía las cosas más fáciles para besarnos como nos apetecía. Tampoco se parecía a los besos con otros chicos, aunque esos otros chicos no eran Manu. No eran él.

Los cuatro pelillos que el capitán tenía en la cara me raspaban, un cosquilleo que se sumaba al resto de sensaciones que me recorrían el cuerpo, un cóctel molotov que tenía que controlar para que no explotase. Me acordé de la tarde, meses atrás, que Manu llegó a entrenar sin afeitarse, la primera vez que lo vi así. «Te queda bien», le dije, «a mí no me salen ni tres pelos». Y al entrenamiento siguiente me trajo una barba de Papá Noel.

Recoloqué las manos sobre sus costillas, la gruesa tela de la sudadera no me dejaba notar apenas lo que había debajo, y él levantó el culo del asiento para llevarlo al borde, a puntito de caerse, y me cogió la cara con una mano, la otra afincada en la cintura, donde, por mí, podía quedarse de forma permanente. Alquiler de por vida a cambio de besos como el de ahora.

Cada vez que uno de los dos hacía el amago de separarse, el otro adelantaba la cabeza, y seguíamos.

Y así nos tiramos un buen rato, hasta que fue imposible mantener el beso, aguantar más tiempo sin respirar en condiciones.

Despegamos las bocas, nos mantuvimos cerca, las cabezas bajas y los ojos cerrados, respirando contra el otro.

—Joder… —se me escapó sobre sus labios, aturdido y maravillado.

—Sí.

—Creo que el lavado ya ha acabado.

—Sí.

—Hace rato.

—Sí.

Me reí ante sus monosílabos y abrí los ojos para observarlo. Manu sonreía mucho, más que cualquier otra vez, y la mirada se le achinaba. También se le levantaba un poco más la parte izquierda de la boca que la derecha, y quise volver a besarlo justo en ese punto. Lo hice.

—Espera aquí, ahora vengo —me dijo luego, y salió del coche mientras le preguntaba a dónde iba. No tardé en averiguarlo: lo vi caminar con cuidado por el suelo mojado para no resbalar, directo a la máquina del autolavado. Sacó un par de monedas del bolsillo del pantalón, pulsó varios botones y regresó cuando la máquina volvía a ponerse en funcionamiento.

Me dio tanto la risa que Manu tuvo que esperar para volver a besarme.

Capítulo 27

ÓLIVER

dom, 20:37

Óliver:
DFSFSFSDF AAAAAAAAA

Albi:

qué pasa??????

Óliver:
ESTOY SALIENDO CON MANU

Albi:

QUÉÉÉÉÉ AAAAAAAAAAAAA

Segunda parte

Capítulo 28

MANU

La mar estaba como una balsa de aceite, cosa rara en el Cantábrico, y Óliver y yo avanzábamos por el camino que bordeaba la costa, donde el suelo dejaba de ser solo tierra y aparecían las rocas. Más allá, Carla cogía flores por los prados separados por muros medio caídos; Mario se paraba cada dos por tres, con los prismáticos colgados del cuello, para observar cada pájaro que se movía a nuestro alrededor, y Elena olfateaba el rastro de los conejos entre los helechos, los plumeros y los zarzales.

Volvía a ser verano.

Era lo que tenía el viento sur: convertía un sábado de enero en el norte en un sábado de julio en el Caribe. Un Santander tropical. Cuando el viento paraba, llovía. Era una locura transitoria de horas en un invierno que cada vez duraba menos. El Migueluco decía que, en estos días que ocurrían de tarde en tarde, había que tener cuidado, porque el viento sur trastornaba a la gente y podía ocurrir cualquier cosa.

Cualquier cosa como que el pibe más guapo que habías visto en tu vida quisiese pasar el día contigo y con tus hermanos pequeños. Como que el pibe con los ojos más azules que el cielo te rozase los nudillos al caminar a tu lado. Como que el pibe que te había besado hacía una semana en el túnel de lavado brillase más que el sol.

Óliver arrancó un diente de león al borde del camino, sopló, y las semillas blancas salieron volando con el viento de la tarde.

—¿Has pedido un deseo? —le pregunté sin dejar de andar juntos.

—¿Qué deseo? —Me miró algo escéptico.

—¿No lo sabes? Hay que pedir uno y luego soplar.

—Espera.

Ambos nos detuvimos, y se agachó a arrancar otra flor: mantuvo el diente de león delante de su cara, cerró los ojos, aguantó unos segundos y los volvió a abrir para mirarme mientras soplaba.

—¿El deseo era sobre mí? —quise saber alzándole las cejas—. Me lo puedes decir.

—Igual si te lo digo no se cumple, ¿no?

—Era sobre mí fijo. Eres un moñas.

—Soy un romántico, que es distinto —se defendió con una sonrisa gigante, como casi todas las que me dedicaba últimamente—. Y tú, en el fondo…, *muy* en el fondo, también. Te tengo calado, Manuelito.

Como respuesta, le lancé varias espigas, a modo de flechas, que se le quedaron enganchadas en la ropa. Y también le sonreí.

Aquí no teníamos que disimular.

En los entrenamientos… era otra historia. Entre los horarios de mi madre y la uni, vernos en el campo había sido nuestro único recurso la primera semana después del beso. El lunes nos habíamos saludado delante de mis hermanos de la manera más torpe, y en los vestuarios tenía la sensación de que los demás iban a notar que nos habíamos enrollado. Sin castigo de por medio, nos volvió a tocar ducharnos a la vez que los demás, lo que significaba no quedarnos a solas ni un momento y tener que fingir que no me importaba ver a Óliver medio en pelotas.

Aquel primer lunes se había sentado a mi lado en el banco para cambiarse, y a veces nuestras piernas se rozaban; otras, los brazos, y cada vez tenía que ocultar la sonrisa estúpida. También lo observaba de reojo y en alguna ocasión coincidían nuestras miradas y nunca me había sentido así.

—¡Mario, apunta al Castillo Bajo! —le grité a mi hermano, y al instante dirigió los prismáticos hacia la roca que asomaba a varios metros de nosotros en el mar, donde una decena de cormoranes tomaban el sol. Parados junto a las rocas, apreté el hombro contra el de Óliver, como si estuviésemos en un sitio abarrotado de gente y no nos quedase más remedio que quedarnos así de juntos. No se movió; observaba los cormoranes, y también a Mario, y a mí, y volvía a los pájaros, y podría haber salido corriendo después de la chapa que le habíamos metido sobre estorninos y golondrinas y mirlos y gorriones y jilgueros y herrerillos y vencejos, pero no lo había hecho. Tampoco cuando vimos un escribano nival, de plumaje muy blanco, nos escondimos detrás de unas piedras y me puse a

silbar como reclamo para ver si se acercaban más; Mario y Carla me imitaron con silbidos agudos, pir-r-r-r-rit, y Óliver se nos unió, aunque lo suyo parecía un pájaro afónico porque se le daba fatal silbar y nos estuvimos riendo hasta que el escribano se fue.

—Oye, ten cuidado —me advirtió cuando empecé a bajar entre las rocas. El sol le daba en la cara, tenía una mano encima de los ojos, y el cobrizo de su pelo cobró intensidad. Tuve la tentación de sacarme el móvil del bolsillo y hacerle una foto.

—Es verdad…, que eres de secano. Casi casi pegando con Castilla —le vacilé—. Lo había olvidado.

—¡Soy de aquí! —me recordó, tan rápido que se le saltó la risa—. Y me gusta el mar, pero prefiero la tierra firme.

—Dame la mano. —Extendí el brazo y me la agarró. No era la primera vez que nos tocábamos, y, aun así, cada una era diferente a la anterior. Óliver tenía la capacidad de convertir en trascendental todo lo que nos rodeaba: los pájaros, el viento, los ladridos entusiasmados de Elena, las canciones que iban cantando mis hermanos, el murmullo del agua. Tiré con cuidado de su mano y bajó a la roca en la que yo estaba, un saliente a cuatro o cinco metros de altura cerca del camino, desde donde podía ver a Carla y a Mario. El calor seguía, el aire olía a salitre y a la *caloca* que secaba al sol, y la presencia de Óliver lo inundaba todo.

No me soltó la mano; se quedó delante de mí, me sonrió y le devolví el gesto.

Cuando lo conocí, hacía ya cinco o seis años, la seguridad con la que lo hacía todo, desde hablar hasta moverse por el campo, la facilidad con la que se desenvolvía y lo guapo que era me hacían sentir un crío; ahora, su manera de mirarme me hacía venirme arriba. Sus ojos me decían que tenía las mismas ganas que yo.

Por eso me humedecí los labios mientras me acercaba, y Óliver, siempre sonriente y en constante movimiento, se puso serio, se quedó quieto, esperándome. Cerré los ojos al notar su aliento contra mi boca y lo agarré por la cintura. Sus labios eran suavísimos y sabían al chicle de melón que nos habíamos comido un rato antes, su mano me apretaba la nuca, todo él irradiaba calor, y…

—¡¡QUÉ ASCO!!

Abrí los ojos y me encontré la cara de confusión de Óliver, y a Carla y a Mario mirándonos varios metros más allá, ella con las manos en la cintura, él a través de los prismáticos. La que gritaba era mi hermana.

—Carla…

No me dejó seguir.

—¡No me voy a besar NUNCA con NADIE! —continuó hablando, a voces, desde la orilla, Óliver y yo girados en la roca hacia ella, que nos observaba como una madre que regaña a sus polluelos—. ¡Y menos con un chico!

—Puedes besar a una… —empezó a decir Óliver. Carla ni siquiera lo escuchó.

—¡Ajjj! —soltó ella, arrugando la nariz, sacando la lengua, el numerito completo, y Mario, más allá, sonreía y nos miraba con los prismáticos; debía de estar viéndonos hasta los pelos de la nariz.

—¿Os vais a dar más besos? —nos preguntó él.

Nos acabábamos de dar uno y ni siquiera habíamos soltado la mano del otro, pero la pregunta de mi hermano me dio corte, algo que me tocó los huevos, porque odiaba sentir vergüenza y mucho más que los demás se diesen cuenta.

—Sí. Bastantes —respondí, claro y conciso, para qué más. Óliver me apretó la mano y, al girar la cabeza hacia él, me lo encontré mirándome de una forma que me puso nervioso; nervios buenos, de crío la noche de Reyes.

—Muchísimos —añadió él.

—¡Se lo voy a decir a mami! —nos gritó mi hermana.

Me eché a reír, lo que provocó que Carla se enfurruñase aún más.

—Solo se lo podéis decir a ella, ¿vale? —les advertí. Escondérselo a mis hermanos era casi imposible, la mayoría del tiempo que Óliver y yo pasábamos juntos estaban con nosotros. Los necesitábamos de nuestro lado. Pero no queríamos que le fuesen con el cuento a nuestro padre o que soltasen cualquier comentario en los entrenamientos; mejor cubrirnos las espaldas.

—¿Es un secreto? —preguntó Mario.

—Sí.

—¿Por qué?

No quería hablarles de la gente cabrona que había en el mundo, porque sabía que más pronto que tarde la encontrarían. Por eso, alargaría la fantasía todo lo que pudiera.

—Porque queremos contarlo nosotros. ¿Os acordáis de la vez que a Carla se le movía un diente, tú se lo dijiste a mamá y Carla se enfadó porque quería haberlo hecho ella? Pues esto es igual.

—Ah, vale —aceptó Mario con una pequeña sonrisa, quien recordaba mejor que nadie el pifostio que montó Carla, pataleta en el suelo incluida, aquella vez.

—¡Pero a mami se lo voy a decir luego! —insistió ella.

—Trato hecho.

Habíamos vuelto a casa hacía rato, tras parar donde el Tonio y el Migueluco, y mis hermanos no nos daban tregua: lo de quedarme a solas con Óliver se me complicaba. No se separaban de él, no sabía si porque aprovechaban cada ocasión para incluirlo en sus juegos, pues nunca se negaba, o porque eran conscientes de que podríamos besarnos, y Carla ya nos había dejado clara su opinión sobre el tema.

—¿De qué color tengo la lengua? —Carla abrió la boca para enseñárnosla.

—¡Azul!

—Pareces un alienígena —le dijo Óliver, y ella soltó una risotada satisfecha.

—¿Quieres otra? —le ofreció. Hacía semanas que habíamos comprado las chuches pintalenguas, y mientras que Mario se comió las suyas la misma tarde, mi hermana las había guardado no sabíamos dónde y todavía le quedaba alguna.

—No, gracias.

—¡Yo sí! —le pidió Mario.

—Para ti no quedan.

—Carla… —dije.

—¡Ni siquiera me lo ha pedido por favor!

Mi hermano apretó los labios, para dejarnos claro que no tenía intención de ceder a lo que pedía Carla. A veces echaban pulsos de

poder. Casi siempre ganaba ella.

—Por… —empecé a decirle a Mario, a ver si así facilitaba las cosas.

—… Aventura —terminó él.

Todos nos partimos de risa, incluida Carla, y se tomó aquello como las palabras mágicas que necesitaba para darle otra golosina. Después jugamos a las Barbies, a tiendas y a la Play, y entre los cuatro preparamos sándwiches para cenar. Para la hora a la que Carla y Mario se iban a dormir, Óliver también se tenía que marchar a coger el último autobús. «Te acompaño al portal», le anuncié. «Todavía faltan quince mi…», empezó a decirme él. Le alcé las cejas y abrí más los ojos, y entonces lo pilló.

Dejamos a mis hermanos viendo la tele, dientes lavados y pijama puesto, y salimos. Teniendo en cuenta que llevábamos toda la semana buscando un momento para estar a solas, el portal era perfecto. No tenía sofás o sillones, como los vestíbulos de los edificios pijos, solo buzones y el cuartuco donde dejábamos las bicis, pero no necesitábamos más.

Bajé las escaleras detrás de Óliver y, cuando se giró hacia mí, parecía no saber muy bien qué hacer, cosa rara en él.

—Bueno… —dijo.

Lo pillaba: todavía era raro. El sábado anterior cada uno estaba en su casa pensando que no tenía nada que hacer con el otro y ahora estábamos aquí, con varios besos de por medio y muchas ganas de más. Ya te digo que había ganas, yo tenía para regalar.

—Sí —dije, y como no me apetecía perder el tiempo porque mis hermanos estaban arriba solos y Óliver se tenía que marchar, lo enganché con dos dedos por las trabillas del pantalón y me acerqué hasta casi chocar mi torso contra el de él. Su reacción fue la esperada: me agarró por la nuca y me buscó la boca, y nos tiramos un rato enrollándonos al pie de las escaleras.

Fui yo el que se movió, empujándolo contra la pared hasta que dio en ella con la espalda, y la cosa se aceleró, porque la posición nos permitía apretarnos el uno contra el otro. Sabía que solo serviría para irnos cada uno a su casa con un calentón del quince, no había sitio ni tiempo para más, pero la sensación era tan increíble que no me importó que no fuese a durar. Óliver movió la cadera contra la

mía y lo sentí medio duro, se le escapó un gemido que me aceleró aún más, y recé para no empalmarme en medio del portal.

—Me tengo… —empezó a decirme, los dos acalorados como si volviésemos a estar en la costa con el viento sur dándonos de pleno —. Me tengo que ir.

Moví la mano a su cuello y volví a besarlo asintiendo con la cabeza a sus palabras, y él se dejó enredar otro poco más. Y otro poco más. Y otro poco más. Su cabeza golpeaba suave contra la pared detrás de él y nos besábamos desordenado, apenas nos molestábamos en alinear las bocas.

—El bus —le recordé.

—Ya. —Resopló y me sonrió frustrado, la cara roja, los labios hinchados, no quise mirarle el pantalón—. Nos vemos el lunes.

Mi respuesta fue asentir con la cabeza, no daba para más, y nos separamos. Tuve que apartarme para dejarlo pasar y apoyé la espalda contra la pared mientras me limpiaba la boca con el brazo.

Y me quedé ahí plantado observándolo salir del portal, con la respiración acelerada, el corazón a tope y el rabo apretándome contra la tela del chándal, hasta que ya no pude verlo más.

El primer hostión de realidad, en todo el morro, nos llegó una semana después.

No sé por qué nos sorprendimos.

Capítulo 29

ÓLIVER

El ambiente de los vestuarios un viernes era diferente al del resto de la semana: todo el mundo hablaba más y más alto, había más bromas y el rato de las duchas se alargaba porque estábamos de buen humor. Eso, en general.

Para mí el tiempo en los vestuarios con el resto de compañeros seguía siendo mi parte menos favorita de entrenar y de estar en un equipo, y solía hacerlo rápido para salir de allí lo antes posible. Desde que ya no teníamos que quedarnos una hora más castigados y nos cambiábamos con el resto, casi siempre terminaba el primero y esperaba a Manu fuera, apoyado en la barandilla que separaba las gradas del césped o incluso en el aparcamiento.

Yo ya estaba casi vestido, a falta de ponerme el jersey, cuando llegaron Hugo, Nano y el Toloqui de las duchas, los tres con la toalla atada a la cintura, el primero más baja de lo necesario porque le gustaba lucirse por allí. El tío era tan gilipollas que yo ni siquiera podía ser objetivo: tenía buen cuerpo, pero no me provocaba nada, más allá de las ganas constantes de darle un rodillazo o alejarme lo máximo posible de él.

Otra cosa era Manu, que apareció detrás de ellos: la toalla también a la cintura, las gotas de agua perlándole el pelo bien corto, algunas en los hombros, también en las clavículas, el neceser bajo el brazo y la atención puesta en la conversación de los otros tres.

—¿Apostamos algo? Lo que queráis —decía el Toloqui mientras llegaba al banco, en el extremo donde estaba yo.

—Cállate, fantasma, que perderías seguro. —Ese fue Nano, entre risas.

—¿De qué habláis? —preguntó Laro, que había salido de la ducha casi a la vez que yo y terminaba de calzarse. Manu pasó por delante de mí hasta el banco que teníamos enfrente, a su sitio de siempre, y cuando me miró, sus ojos en los lugares de mi cuerpo donde ahora

no podían estar sus manos, y me alzó las cejas, le sonreí. Era eso o comérmelo a besos, así que ambos nos conformamos con el gesto.

—El Toloqui, que dice que podría conseguirse a dos tías ya no en la misma noche, sino en una hora —explicó Hugo—. No se lo cree ni él.

Al sentarme para atarme los cordones de las botas, aproveché para intercambiar otra mirada con Manu, que sonreía ante las gilipolleces de los demás. La mayoría de mis compañeros ya ocupaban los bancos y el espacio donde nos cambiábamos de ropa, y muchos de ellos hicieron comentarios para reírse del Toloqui, otros para animarlo. Yo seguí a lo mío, con una sonrisa prudente, intentando no llamar la atención.

—Aquí Caviedes no abre la boca, pero las mata callando —dijo Nano riéndose, y al estar junto a Manu, que se ponía los calzoncillos sin soltarse la toalla de la cintura (y menos mal), le pasó un brazo por los hombros.

Me tensé al instante, o al menos más de lo que ya estaba de por sí.

—Qué dices, anda. —Manu se sacudió para quitárselo de encima y negó con la cabeza—. A mí dejadme en paz.

—No, no, ¿te acuerdas del partido de vuelta contra el Merón la temporada pasada? —siguió Nano, y Manu resopló—. ¡Esa noche te liaste con dos! La tetona aquella y la que no quiso conmigo, hijoputa.

Sonreí otro poco, aunque la conversación ya no me gustaba nada, mientras la mayoría de compañeros jaleaban al capitán, que evitaba mi mirada. Me sentía celoso de tías que no conocía, de tías con las que Manu había estado cuando nosotros ni siquiera nos hablábamos, de tías con las que podía enrollarse a la vista de todos.

—¡Joder, y yo no me comí nada! —reconoció el Toloqui.

—Porque no quisiste, que bien que te entró aquel tío —se carcajeó Hugo—. Podrías haberte comido una buena polla. —Y se llevó la mano cerrada a un lado de la boca, moviéndola como si, bueno, se estuviese comiendo una.

—No me jodas, qué asco.

Todos se reían, el Toloqui apartó a Hugo con un empujón y yo terminé de guardar las cosas en la mochila. Mantenía la sonrisa para no desentonar y quería marcharme ya, pero levantarme y hacer cualquier otro movimiento podría provocar que se fijaran en mí. Manu estaba de espaldas con el pantalón de chándal ya puesto, sin camiseta, echándose desodorante, así que no podía verle el gesto.

—Hostias, ¿sabéis quién me han dicho que es maricón? —Y con esa pregunta, el Toloqui captó de nuevo la atención de todos mis compañeros, que era lo que pretendía. Me obligué a poner un gesto neutro, o quizá de expectación, similar al de los demás—. El jambo ese del Peña Cabarga, el pequeñín que corría tanto.

—Qué va, ¿tú lo has visto? No lo aparenta —aseguró Nano, y le dieron la razón.

—¡Pues está en Grindr, os lo juro! Los de su equipo entraron por el vacile y se lo encontraron allí. Me lo contó mi primo el otro día, que es amigo de ellos.

—Imagínatelo en los vestuarios, se pondrá las botas —dijo Nano, y dio una vueltecita sobre sí mismo, todavía con la toalla a la cintura y, al parecer, pocas ganas de vestirse. En eso era igualito que Hugo, quien añadió:

—¡Yo me ducharía en casa, por si acaso!

Al comentario de Hugo le siguieron otros similares, el equipo de acuerdo en algo, qué bonito, y yo no miré ni una sola vez a Manu; tenía la sensación de que podrían darse cuenta de lo que pasaba entre nosotros si nos pillaban mirándonos justo ahora. Y, aun así, podía notar la mirada del capitán sobre mí de vez en cuando, sobre todo con determinados comentarios.

Oí su risa ronca, llena de aire, falsa, con las demás, incluida la mía, y lo odié y me odié por seguirles el rollo. ¿Habría alguno más, como Manu y como yo, escondiéndose bajo risas fingidas?

No me quedé a escuchar el resto de la conversación. Ni siquiera me importó llamar ahora esa atención que tanto había evitado antes, no aguantaba más. Había pasado un tiempo prudencial y varios de mis compañeros también estaban listos para irse. Cogí la cazadora del perchero, me colgué la bolsa al hombro y, después de despedirme rápido, escapé de allí.

Me zumbaban los oídos.

Manu no tardó en salir.

Yo lo esperaba apoyado contra su coche, medio encogido por el frío, la mochila entre los pies, y lo observé mientras se acercaba: ya no sonreía como un rato atrás en los vestuarios, y la escasa luz hacía más duros sus rasgos, los ojos profundos y oscuros. Miró hacia atrás sobre su hombro, no salía nadie más detrás de él, y aceleró el paso hasta llegar a mí.

No nos dijimos nada, y con un golpe de cabeza Manu señaló hacia el interior del coche y entramos. Los dos teníamos las mismas ganas de marcharnos.

—Son gilipollas —espeté en cuanto me refugié en el interior y lancé mi mochila contra los asientos traseros—. Son *muy* gilipollas.

—Mucho.

Los dos estábamos asustados. Lo notaba en los ojos de Manu, en su mandíbula apretada, en que no me aguantaba la mirada. Sabía que estaba pensando lo mismo que yo: si comentaban esas cosas de alguien a quien apenas conocían, ¿qué harían si se enteraran de lo nuestro?

—Lo que han dicho ya nos lo sabíamos —añadió poniéndose el cinturón, siempre contenido—. No es algo nuevo.

—Pero me fastidia. Me fastidia que piensen esas cosas y las digan como si nada. Y me fastidia aún más que les tengamos que reír las gracias.

—Ya lo sé.

—Estoy cansadísimo.

Manu había arrancado y salíamos del aparcamiento, me miró de reojo y llevó la mano derecha a mi nuca. Un toque, una caricia, y de nuevo volvió a agarrar la palanca para cambiar de marcha. Un solo toque que consiguió diluir parte del cabreo y el temor. Solté el aire que llevaba un buen rato reteniendo y quise que Manu parase a un lado de la carretera para besarlo en condiciones. Me conformé con acariciarle la cabeza, el pelo corto me hacía cosquillas en la palma, y

le sonreí. La primera sonrisa sincera en una tarde llena de sonrisas de pega.

—Mira, vamos a pillar algo para cenar, encerrarnos en tu habitación y pasar de todo esto un rato, ¿vale? —me propuso, la atención en la carretera, que por aquella zona era estrecha y estaba mal iluminada. Volvió a mirarme un momento y asentí con la cabeza.

—No parece un mal plan… —le concedí arrellanándome en el asiento y dejándome arrullar por el calorcito del interior, el aroma de Manu y la promesa de estar el resto de la tarde con él, lejos de la panda de neandertales.

Amplié la sonrisa y él me regaló otra que le costó quitar el resto del camino.

El contraste del frío de la calle frente al calor de mi habitación hizo que nos quitásemos las cazadoras y los jerséis nada más entrar. También nos descalzamos, yo dejé mi mochila en el baño y Manu las dos *pizzas* sobre la cama.

En los últimos meses habíamos estado alguna otra vez en mi cuarto, pocas, esta era la primera desde que salíamos juntos. Teníamos un buen rato por delante y no aparecería nadie, ambos éramos conscientes de ello. Los veinte minutos en coche, el olor de la cena y la perspectiva de pasar las siguientes horas con Manu habían apartado hasta un rincón de mi cabeza lo que había ocurrido en los vestuarios, y ahora nos quedaba por delante la noche del viernes solo para nosotros. El mejor plan.

Cenamos las *pizzas* sentados en la cama, viendo *Skam* en mi portátil, y, cuando las terminamos, yo me fui escurriendo hasta que me tumbé del todo. Manu me siguió poco después, los dos tirados en el colchón del que, aun no siendo grande, nos sobraba espacio, y ese detalle me pareció de lo más romántico.

Nos portamos bien hasta el tercer capítulo de la serie.

No es que no fuese interesante, sino que el capitán lo era mucho más. De vez en cuando se reía con algún personaje, asomaban los colmillos, y yo sonreía no por la serie, sino por él.

—Como sigas mirándome así, me vas a desgastar —me dijo el idiota, la vista todavía en la pantalla.

—Es que eres muy guapo —reconocí—. ¿Por qué todavía no me has besado?

¿Por qué no nos estábamos besando desde que cruzamos la puerta de mi habitación, hacía ya una hora por lo menos?

—¿Qué? —Alejó la cabeza hacia el lado contrario para coger distancia, me observó sin entender—. Tú tampoco lo has hecho.

—Te he preguntado yo primero.

Manu miró al techo y volvió a mirarme a mí, como si se diese por vencido o se le hubiese agotado la paciencia.

—Si empezábamos, no íbamos a parar, y llevas semanas dándome la turra para ver la serie.

Eso era verdad: ¿cómo había pasado Manu su adolescencia sin ver *Skam* y, sobre todo, su tercera temporada? ¿Qué clase de bisexual era? ¿Dónde había estado metido? Sonreí más.

—Buena respuesta, capitán. —Y levanté la mano para que me la chocara. Dudó unos segundos, resopló y me la chocó de fingida mala gana. A Manu le iba mucho eso de hacer como que todo le suponía un problema, le daba pereza o lo consideraba una ridiculez, y luego se le escapaba una sonrisa que tiraba por tierra su actitud.

—Estás grilladísimo…

—Hemos perdido mucho tiempo —lo interrumpí mientras me incorporaba para cerrar el portátil y dejarlo en el suelo, donde no nos molestase. Después volví a tumbarme sobre mi costado, Manu imitó mi postura, quedamos frente a frente, y me dio un poco la risa, pero me adelanté a besarlo. Por fin.

Lo agarré por la camiseta, a la altura del estómago, y lo mantuve pegado a mí al tiempo que nos besábamos despacio, profundo.

Aquello escaló rápido, quizá porque llevábamos días sin enrollarnos o por estar en mi habitación solos, solos, solos. Apenas nos dejábamos respirar, las manos por todas partes. Lo que había empezado como un beso tonto se había convertido en una pelea de bocas que me daba igual ganar o perder. Ganaba de todas formas.

Los dedos de Manu me recorrían la espalda por dentro de la camiseta y cuando coló una pierna entre las mías, lo agarré del culo:

llevaba días, semanas, ¡meses!, queriendo hacerlo. Yo mantenía una mano, la que quedaba pegada al colchón, en su cintura; con la otra le sobaba el culo mientras él se me pegaba más. ¿Y he dicho ya que tenía una pierna entre las mías? Sí, ¿verdad? No tenía ninguna intención de correrme contra ella. O no todavía.

Se me escapó un jadeo y dejó de besarme para reírse. Tenía la boca roja, los labios hinchados y los coloretes más acentuados, y me miraba como si yo fuese el actor ese que se llamaba como él y tanto le gustaba. Me dieron aún más ganas de besarlo.

Antes de darme cuenta, ya estaba subiendo la mano a su nuca, para agarrarlo con firmeza y volver a atraer su boca contra mí.

La otra mano, bueno.

La otra mano la moví sin ser consciente de ello, casi por instinto. No razoné conmigo mismo, no me dije: «Voy a tocarle la polla a Manu». Simplemente fui a ello. La llevé contra su pantalón para palpar por encima de manera algo torpe, despacio, casi pidiendo permiso. Y como el capitán no se apartó, es más, siseó un poco, continué y la colé dentro de sus calzoncillos.

—Óliver. —Mi nombre, en la boca de Manu, sonó a amenaza.

—¿Paro?

—No.

Sonreí, y él también sonrió. Le besé aquel gesto y empecé a acariciarlo, a prueba y error. Desde que nos cambiábamos tres veces por semana en los vestuarios, había hecho un gran esfuerzo por no verlo desnudo del todo; había pillado algo de abdomen, mucha espalda, un poco de culo, y nada más. Ahora estábamos vestidos, pero tenía su polla en la mano sin haberla visto nunca y era hasta gracioso. Más o menos.

Manu cerró los ojos, levantó la barbilla y dejó expuestos el cuello y la garganta. Podría mordérselos si quería. Me fijé en su gesto extasiado, en su respiración entrecortada, en su boca entreabierta. También en la prominencia de su nuez, en cómo tragaba y apretaba ligeramente los ojos cuando alguna caricia mía le gustaba más que otra. Su cara de placer era el mejor porno que existía. Salivé.

Entonces noté la mano del capitán primero contra mi tripa, luego contra la cinturilla del pantalón, hasta escurrirse dentro de mis

calzoncillos, y cualquier idea anterior se desvaneció. Al primer contacto, se me escapó un leve gemido y bajé la mirada entre nosotros, enredados brazos, piernas y bocas para tocarnos. Apenas teníamos espacio entre nuestros cuerpos, el justo para colar las manos en busca del otro y explorar.

Recibiríamos una insignia por ser los mejores *boy scouts*.

La mano de Manu era sedosa y firme, y me acariciaba buscando el ritmo, acompasándolo a mis reacciones, a mis movimientos contra él. Tardamos un rato en adecuarnos a lo que queríamos, a lo que era más agradable para ambos, y al conseguirlo los besos se volvieron más caóticos, húmedos, irregulares.

Cuando pensaba que Manu no podría calentarme más con su gesto de concentración y sus caricias, soltaba un gemido bajo, casi contra mi boca, que me hacía gemir a mí. Eran demasiadas sensaciones.

Iba a derretirme en el colchón.

—Me voy a… No aguanto —lo avisé.

Manu asintió con la cabeza, noté el movimiento, y sus dedos me hicieron gemir más. Yo lo hice gemir más.

Me corrí yo primero, de repente avergonzado, qué gilipollez, por si creía que era un chavalín (aunque solo tuviese un año menos) sin experiencia, y seguí masturbándolo, hasta que también terminó él. Nos habíamos deshecho en la mano del otro, y al abrir por fin los ojos, nos sonreímos. Manu tenía los suyos brillantes, la cara más roja que de costumbre y el color le descendía por el cuello; quise mirar por debajo de la camiseta para saber hasta dónde llegaba. Lo contagié de mi risa, nerviosa y eufórica.

—Eso ha sido… —empezó a decir él, quien, al parecer, no encontraba las palabras para describir lo que acababa de pasar. Me encantaba aquel Manu alucinado por algo que le había provocado yo, aquel Manu con la guardia baja y el gesto relajado, aquel Manu que se había dejado llevar.

—Ya te digo, Manuelito —le confirmé igual de asombrado, sin ganas de pensar una respuesta más elaborada.

Me moví con pereza para sacar del cajón de la mesita un rollo de papel higiénico casi acabado, con el que nos limpiamos; me quité el

pantalón para estar más cómodo en la cama, y Manu me imitó. Después volvimos a tumbarnos de costado, ahora mi pierna entre las suyas, y Manu me abrazó. Lo hizo con todo el cuerpo, enganchado a mí como un koala, y enterró la cara en mi cuello, acurrucado buscando mi calor. Parecía querer esconderse o pegarse a mí lo máximo posible, algo que entendía bien.

Estuvimos un rato así, abrazados y callados. El viento golpeaba las ventanas y se oían voces fuera, en otras habitaciones, en la mía era todo calma. Nos volvimos a besar, esta vez más tranquilos, y jugamos a entrelazar los dedos de las manos. Me habló de la aplicación para identificar y registrar aves que se había descargado (habíamos descubierto solo unos días antes que había un pájaro llamado chochín, ¡*chochín*!), y yo le conté que últimamente me relacionaba más con la gente de la resi. También decidimos cuál era el jugador más guapo de la liga, los países que queríamos visitar, y lo que haríamos si nos tocase la lotería o nos fichase un equipo de primera (que venía a ser lo mismo).

Con un dedo, recorrí el antojo que tenía en la cadera.

—¿Has estado con alguien más? —le pregunté después.

—¿Estar de salir o de follar?

—De los dos.

—Salir no, follar sí —me dijo.

—¿Con tíos y tías?

—Sí, pero no a la vez.

Le di un manotazo, riéndome, y enseguida retomamos el juego de los dedos.

—¿Y cómo conocías a los tíos?

—Por Grindr. Tampoco han sido tantos. Dos. No, tres.

A mí las aplicaciones de citas e ir tan a saco me daban una vergüenza de la leche, por eso me podía la curiosidad.

—¿Y dónde quedabas con ellos?

—En un bar de por aquí —siguió contándome; quedar con otros tíos lo dejaba para la ciudad, lejos de Brena—. Nos tomábamos algo, follábamos en el baño o en el coche y hasta luego. Era más fácil así.

—¿Más fácil?

Manu sonrió como si le hubiese pillado en una trastada, un niño con las manos de pintura delante de una pared llena de garabatos.

—Más rápido —se corrigió—, sin tantos rollos. Era para lo que era, no quedaba con ellos para charlar.

Fijé la vista en nuestros dedos, que se entrelazaban y se desentrelazaban en caricias que sentía por todo el cuerpo.

—No debía de ser muy cómodo. Lo del baño, digo. Bueno, o lo del coche.

Se encogió de hombros.

—Unas veces mejor que otras. No había mucha preparación, ya sabes.

Claro que *sabía*, por eso puse una mueca exagerada de dolor con la que él sonrió. Cada gesto de Manu, cada palabra, cada respiración, me despertaba las ganas urgentes de besarlo. Ni siquiera tenía que hacer o decir nada extraordinario, el hecho de tenerlo al lado, de simplemente *estar*, me revolvía algo por dentro que no sabía ni que estaba ahí.

—Pues se te pasaron todas las prisas, porque a mí tardaste meses en besarme… —bromeé, y Manu se llevó nuestras manos unidas a la boca y me mordió el dorso con la presión justa para notar sus dientes.

—Tú también tardaste meses en besarme, pájaro.

—Preparaba el terreno.

Manu se rio de una vez y volvió a morderme la mano. Si seguíamos con los mordisquitos y el juego de dedos, volvería a reiniciar el contador y me empalmaría de nuevo.

—Bueno, ¿y tú qué? —me preguntó, y por un momento no supe a qué se refería.

—¿Yo qué de qué?

—Que si has estado con alguien.

Ah, claro.

No era mi tema favorito de conversación, hablar de Víctor nunca lo era, pero parecía lo justo: lo había empezado yo y había sometido a Manu a un interrogatorio que ni la policía secreta.

—Solo con uno. Estuvimos medio saliendo.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi un año —admití con resentimiento.

Manu silbó.

—Eso es mucho tiempo.

—Demasiado. —Por aquel entonces, creía que estaríamos juntos toda la vida, ahora sabía que habían sido diez meses que nunca iba a recuperar. Intenté sonar desafectado, quitarle importancia o, al menos, cierta amargura a lo que ocurrió y me obligué a sonreír—. Nos llevábamos varios años y yo era un poco tonto.

—¿*Eras*? —Me alzó las cejas y cuando le di una patada sin fuerza, se rio.

—Al menos me valió para espabilar. No fue nada serio —continué —, yo me pensaba que sí, pero solo nos enrollábamos y apenas hablábamos, hasta que las cosas se complicaron y desapareció.

Reconocer algo así al capitán no era la idea más inteligente, por si lo asustaba o pensaba que yo era un idiota que se ilusionaba a la primera de cambio o se creía que iba a querer acelerar las cosas entre los dos; sin embargo, él había sido sincero en sus respuestas y yo también quería serlo.

—Eso es que el pavo era imbécil.

Y lo dijo tan convencido, las cejas fruncidas como una culebrilla, los ojos un poco más abiertos, que yo, que no tenía ni puñetera idea de poesía, quise escribir sonetos sobre él.

Capítulo 30

MANU

sáb, 13:02

manu:
ha venido mi padre de sorpresa

Mandé el mensaje encerrado en el baño de casa, tras dejar a mi viejo en la sala con mis hermanos, que gritaban abriendo los regalos de Reyes atrasados. Era de las pocas veces que agradecía que mi madre estuviese currando, para que no se encontrase con él. No era que se llevasen a matar y no pudiesen ni verse, pero la presencia de mi padre, por mucho que ella dijese que no la afectaba, que lo tenía superado y todas esas tonterías que yo no me creía, la dejaban tocada durante días.

Tampoco sabía qué pretendía al escribir a Óliver, qué podría decirme que me quitara la mala hostia y también los nervios que me entraban cada vez que mi padre venía; los dedos me habían ido solos al móvil en cuanto pasé el pestillo de la puerta.

Y aunque encerrarme en el baño no era el comportamiento más normal después de llevar casi cinco meses sin verlo, el suyo tampoco era el de un padre modelo o ni siquiera el de un padre, así que podríamos decir que era un empate.

A veces imaginaba cómo sería mi vida si él no se hubiese marchado. No me permitía avanzar mucho en la película, dolía más de lo que admitiría ante cualquiera, pero me gustaba pensar unos segundos en esa realidad paralela en la que volvía de entrenar y me lo encontraba cenando con mis hermanos o esperaba por la mañana a que mamá llegase del hospital. También me lo imaginaba en los partidos, sentado en las gradas junto a los demás padres y madres, comentándolos después con él. A veces me acompañaba en mis paseos por la costa, y, cuando mis hermanos se alejaban corriendo con la perra, podía hablarle de Óliver, aunque en este punto sabía

que había ido demasiado lejos en mi ida de olla porque hablar de sentimientos no me gustaba demasiado, pero con este padre no ausente puede que sí.

oliveris cuetus:

y eso es malo o bueno?

manu:
no sé no me gustan demasiado las sorpresas

oliveris cuetus:

entonces, es regular

manu:
sí quieres venir? de apoyo moral

oliveris cuetus:

a conocer al mismísimo Caviedes I?

manu:
hombre, el primero, el primero…

Vi el *Escribiendo…* de Óliver, que se mantuvo en pantalla unos cuantos segundos. ¿Tanto tenía que decirme? Al parecer, no, porque poco después desapareció sin que llegase su respuesta. Lo había espantado con la tontería de conocer a mi padre. Bloqueé el móvil, me lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón y me apoyé en el lavabo; podía quedarme ahí escondido un rato más.

Volví a sacarlo.

manu:
si te da palo no pasa nada, eh?

Tardó en responder, y a mí me dio tiempo a arrepentirme de todos mis mensajes, incluidos los que no había llegado a escribirle. De

esos, los que solo había pensado y se me habían quedado atascados en las yemas de los dedos, los que más.

oliveris cuetus:

perdona, que me ha llamado Alba y la tía no callaba claro que voy! dime lugar y hora y ahí estaré, corazón

«Corazón».

Corazón.

«Que Nano Rumayor vaya calentando por la banda, por favor, Caviedes ha tenido una bajada de tensión y no se encuentra bien».

Aquello era de pasteleo máximo y, aun así…, me gustó; me gustó mucho; incluso me puse algo rojo, que era lo más lamentable que te podía pasar estando solo.

manu:

en la magdalena donde el parque infantil a las 5 corazón ;)

Capítulo 31

ÓLIVER

Ángel Caviedes parecía el policía atormentado de una peli española, ese muy chulo que actúa fuera de los procedimientos de la ley, que es atractivo y además lo sabe. Yo no lo había visto nunca, pero allí de pie en el parque infantil, en vaqueros y cazadora militar, el pelo corto, aunque no tanto como el de Manu, ojos rasgados y piernas largas, era inconfundible.

También me ayudaba a identificarlo que Carla estuviese tirándole del brazo.

El primero en verme fue Mario, subido a media altura de la estructura de la telaraña, la gran atracción del parque. Se soltó de una mano y la agitó para saludarme con una sonrisa pequeña que había aprendido de su hermano. Le devolví el saludo y terminé de llegar hasta Manu, Ángel y Carla.

—Hola —dije tratando de adivinar si el hombre sabía que yo iba a aparecer o tenía que hacerme el encontradizo. No llegué a ninguna conclusión; el capitán me sonrió un poco (del efecto de aquel gesto en mí, la ciencia escribiría ensayos) y me señaló con el brazo.

—Este es Óliver —me presentó—. Juega conmigo en el equipo.

Si el padre de Manu supiese que su hijo era bisexual, podría haber hecho el chistecito de jugar los dos en el «mismo equipo», con guiño incluido para que se entendiese bien el doble sentido. En cambio, le dediqué mi mejor sonrisa.

—¿Eres un ojáncano? ¿En qué posición juegas? —me preguntó Ángel, y agradecí pisar sobre seguro con ese tema con el que los tres estábamos cómodos. Si de algo sabía, si de algo podía hablar durante horas, era de fútbol.

—De delantero.

—O sea que eres el gallo del equipo —bromeó.

—¿Qué?

—La estrella. Los futbolistas famosos suelen ser delanteros.

—Yo no…

—No le hagas caso —me dijo Manu, la sonrisa en sus ojos, que solo vi yo.

—La estrella del equipo es Manu, por eso lo hicieron capitán —aseguré rápido.

Ángel le palmeó la espalda a su hijo y, antes de que le diese tiempo a decir nada, Carla volvió a tirarle del otro brazo, impaciente por llevárselo a jugar.

—Vengaaa, papi… —insistió—. ¡Que yo sola no me puedo dar vueltas!

—Id pidiendo vosotros, que ahora voy yo. —Y se dejó arrastrar por ella hasta un cacharro de esos que giraban sin parar y mareaban mucho.

Nosotros avisamos a Mario de que nos íbamos al chiringuito, donde las mesas estaban en el mismo prado del parque, y nos sentamos en una. Desde allí, veíamos sin problema a ambos niños.

—Parece majo —comenté, y Manu me miró alzando las cejas, de buen humor, y se encogió de hombros.

—No está mal. Depende del día.

—Eso como todos. —Le sonreí.

De haberme preguntado si estaba nervioso, le habría dicho que no, aunque la rodilla me subía y me bajaba, y necesitaba un cigarro, pero no con los hermanos de Manu por allí. El capitán me plantó la palma de la mano sobre el muslo, casi en la rodilla, y un calorcito agradable se extendió por todo mi cuerpo. Manu me ponía nervioso en el mejor de los sentidos y a la vez me calmaba, si es que tenía lógica que consiguiese esas dos cosas a la vez.

Retiró la mano en cuanto vio a su padre acercarse, se removió en la silla y se colocó mejor.

—Todavía no hemos pedido.

Ángel levantó el brazo para llamar la atención del camarero, que atendía a unos clientes varias mesas más allá, y se sentó en una de las dos sillas libres, la más cercana a Manu.

—¿Qué vais a tomar? ¿Una cerveza? Que no me chivo a vuestros padres.

Sonreí por pura inercia y el capitán resopló, no supe si divertido o avergonzado por el chiste malo de su padre.

—Un café con leche —pedí.

—Otro para mí —dijo Manu.

—Vaya dos —se quejó Ángel riéndose. Después llegó el camarero, tomó nota del pedido y hasta su vuelta nos entretuvimos mirando a Mario y a Carla, que daban vueltas en el mismo cacharro. Su padre estaba encantado, sonreía sin parar y los saludaba de vez en cuando —. No sé si nos vamos a librar de dar un paseo en el Magdaleno, tus hermanos se han puesto muy pesados.

—Un día es un día —intercedió Manu por ellos, recostado en la silla, las manos sobre el estómago, y a mí me dieron ganas de besuquearle la cara por lo mono que se ponía cada vez que, de la manera que fuese, los ayudaba.

Como luego se quedaron en silencio, a mí me entraron las prisas por llenarlo.

—Manu me ha contado que eres músico —empecé a decirle al padre mientras removía el café, que me acababan de traer, para tener las manos ocupadas.

—Sí, no lleno Bernabéus, pero me da para vivir —respondió apoyándose contra el respaldo de la silla y alargando el brazo para coger la cerveza—. El piso de Sonia era de su abuela, y entre lo que cobra ella y lo que saco yo, nos apañamos bien.

Estaba a punto de preguntarle si Sonia era su pareja, todo apuntaba a que sí, cuando Manu se me adelantó:

—¿Vivís juntos? —Por su tono incrédulo, y sobre todo por la perplejidad de su cara, no sabía nada de aquello. Apreté la rodilla contra la suya, a mi izquierda, pero él no se inmutó, tan atento estaba a la respuesta de Ángel—. ¿En la misma casa?

—Sí, Manu, en la misma casa, ¿cómo si no? —respondió riéndose —. Solo desde hace quince días o una cosa así, ¿no te lo había contado? Tengo que traerla para que la conozcáis.

El capitán se quedó callado, nada raro en él, aunque su gesto sí lo era. En realidad, no era el capitán; en ese momento se parecía más que nunca a sus hermanos, sentado al borde de la silla, con la vista fija en el café. Se esforzaba por mantener el temple, por contenerse.

Ahí sí era el Manu de siempre, aguantando el aire y las compuertas cerradas, haciendo malabarismos con los sentimientos para que no se le saliesen por los ojos.

Su padre no lo notó, continuaba contando detalles de aquella mujer, un encanto, según él, y yo escuchaba y asentía y le sonreía con educación, la rodilla contra la de Manu todo el tiempo.

La aparición de Mario, con los papos colorados de correr por allí, cortó esa incomodidad de la que Ángel no era consciente.

—Se me han *volvido* a soltar los cordones —anunció el crío mientras subía un pie a la silla de Manu y se apartaba la melena detrás de las orejas.

En pocos segundos, Manu le ató los cordones de ambas playeras.

—¿Te hago una coleta?

Cuando Mario asintió con la cabeza, el capitán se quitó una goma de la muñeca, le retiró el pelo hacia atrás ayudándose de las dos manos y se lo amarró de forma casi perfecta.

—Si te lo cortases, no te molestaría —dijo el padre, y al instante Mario se acercó más a Manu.

—Le gusta así —respondió Manu, y por su voz, no era la primera vez que hablaban del tema—. ¿A que sí, Pikachu?

Mario me miró un momento, después miró a Manu, y asintió. Recordé aquella conversación cuando lloró de camino al campo porque unos niños del cole se habían reído de su pelo. Me removí en la silla y di un trago al café.

—Es que ya tienes una edad… Que hasta ahora era muy gracioso que lo llevases igual que tu hermana, pero ya eres un niño grande.

—¿Qué pasa si lo sigue llevando así? —La voz de Manu era como el corte de un folio en el dedo.

—Que se van a reír de él, ya me dirás. Van a entender lo que no es. ¡Si lo lleva más largo que Carla!

«Van a entender lo que no es».

Menudo idiota.

—Los niños también llevan el pelo largo —se atrevió a decir Mario, y me dieron ganas de aplaudir y abrazarlo fuerte.

—Ya sabemos todos quiénes son esos niños… —añadió alzándonos las cejas, buscando nuestra complicidad, y dio un trago a la cerveza.

Nosotros tres nos quedamos callados: yo, por respeto a Manu y a Mario (no era plan de insultar a su padre, mucho menos el día que nos presentaban); ellos… asimilando lo que acababa de pasar.

—Mario, vamos a jugar —le dijo Manu con una sonrisa apretada—. Y te hago una foto arriba de todo de la araña para enseñársela a mami.

—Vale —respondió el niño todavía serio, todavía medio escondido contra su hermano mayor. Ojalá no hubiese captado el tufillo a rancio que desprendía su padre ni lo que había querido decir.

Manu dejó el café intacto y se levantó, mientras Ángel contemplaba a sus hijos con el mismo gesto simpático que había mantenido durante toda la conversación. Lo peor de ser un gilipollas integral es que todos se dan cuenta menos tú.

Yo había llegado al parque dispuesto a causarle una buena impresión; sin embargo, ahora me daba igual no caerle bien o su opinión sobre mí. Ante la perspectiva de quedarme a solas con él, me puse de pie.

—Te acompaño.

Manu caminaba a mi lado en silencio. No es que fuese muy hablador, yo solía llevar la voz cantante en todas las conversaciones, pero siempre me preguntaba o asentía con murmullos o hacía alguna broma. Ahora andaba con las manos hundidas en los bolsillos de la bómber negra, perdido en su cabeza, y yo no sabía cómo sacarlo de ahí. El trayecto desde la Magdalena, primero en bus, después a pie, había sido un intento constante por mi parte de distraerlo de las tonterías que había soltado su padre en las dos horas escasas que habíamos pasado con él. También, de contenerme para no darle la mano o besarlo cada dos pasos o apretujarlo hasta traerlo de vuelta conmigo.

Cuando llegamos al paso subterráneo junto a mi residencia, el primer lugar fuera de la vista de todo el mundo, lo empujé con ambas manos contra la pared. Ni siquiera esperé a adentrarnos más. Se tropezó y al mirarme estuvo a punto de defenderse, hasta que me acerqué del todo, mi cuerpo contra el suyo, y lo entendió. Lo

besé antes de decirnos nada. Despacio y con calma, en contraste al empujón que le había dado. Me agarró la cintura con una mano, la muñeca con la otra, y yo subí la que tenía libre hasta su nuca. Y nos quedamos así anclados durante unos cuantos segundos, la primera vez que nos besábamos en todo el día.

—Me parecía que necesitabas uno de estos. Mis labios lo curan todo —bromeé contra su boca.

Manu sonrió, todavía con el nubarrón cubriéndole los ojos, algo menos oscuro que minutos atrás.

—Necesitaría otra dosis de esa medicina para asegurarme… —A pesar de todo, me siguió el rollo, y qué más quería yo que me diese carrete.

—Tengo también una inyección… —La risa no me dejó terminar la frase y Manu echó la cabeza hacia atrás, también riéndose, lo que me hizo querer volver a besarlo, aunque las carcajadas nos lo dificultaran.

El nubarrón se despejó otro poco más.

—Siento lo de mi padre —me dijo sin que lo viera venir—. Hoy se ha coronado.

—¿Por lo de Mario?

Ángel había soltado tantas gilipolleces que no sabía qué le había sentado peor.

—Sí, y… por no haberle contado quién eras de verdad.

—¿Quién soy de verdad? —le vacilé—. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? Qué profundo te pones.

Me dio un empujón con una pequeña sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Qué va, vas a tener que iluminarme.

Giró la cabeza hacia la entrada del paso subterráneo y resopló, el rojo permanente de su cara más marcado. Aunque me parecía muy tierno que un chaval como Manu se sonrojase, todo seriedad y malos humos, no quería incomodarlo.

O no del todo.

—¿Un amigo muy amigo? ¿Uno con derecho a roce? ¿Tu amiguito del alma? —continué, dándole ideas, y Manu resopló de nuevo,

volviéndome a mirar con las cejas alzadas y cara de no aguantarme ni una más. Yo amplié la sonrisa—. ¿O… tu novio?

—Como sigas con las sobradas, vas a ser mi ex.

Reí fuerte, apresándolo por la cintura con ambos brazos para pegarnos más.

—¿Soy tu novio, Manuelito? ¿Oficialmente?

—Lo que eres es un *triscas*.

El capitán trataba de guardar la compostura, de hacerse el duro, de fingir que aquello no le gustaba tanto como a mí. Pero, después de tantos meses, ya lo tenía calado. Tanto que cuando sonrió sincero, un lado más levantado que el otro, prueba irrefutable, yo lo esperaba con otra sonrisa igual.

—Oficialmente —me confirmó al fin. Y volví a besarlo contra la pared.

Capítulo 32

ÓLIVER

mar, 12:12

Óliver:
si me convirtiese en lombriz seguirías conmigo?

Capitán♥:

????

Óliver:
es que lo he soñado

Capitán♥:

serías la comida perfecta para los pájaros

Óliver:
qué bien… …

Capitán♥:

pero te llevaría en el bolsillo para que no te comieran

Óliver:
OOOOH :)

Capítulo 33

MANU

—Eres un ansias —me dijo Óliver contra la boca, sonriente, las respiraciones de ambos entrecortadas. Y volvimos a besarnos.

Aquel rato en mi coche antes del entrenamiento era el primero a solas desde hacía días. Aprovechábamos cualquier momento para enrollarnos, aunque eran pocos y cortos, tiempo que birlábamos cuando conseguía traer el coche al campo o mis hermanos jugaban en sus habitaciones o pasaba a verlo por su facultad. Su cuarto y el Megane de mi madre se habían convertido en los sitios que más frecuentábamos, empeñados en conocer cada centímetro, marca y lunar de la piel del otro.

Vamos, que estábamos cachondos perdidos.

Ahora que sabía lo que Óliver era capaz de hacerme, los vestuarios se habían vuelto aún más complicados. Ya no tenía que imaginar nada, solo recordar.

Por eso lo tenía sentado a horcajadas sobre mí y lo agarraba por las caderas para mantenerlo pegado, y él me torturaba meciéndose despacio, apretando y soltando, en un ritmo lento que, en contraste, nos empujaba a besarnos más brutos, más guarros. Todo era lengua, dientes, humedad, diciéndonos cerdadas sin palabras. Me las apañé para colar las manos en sus pantalones y le agarré el culo. Óliver dio un respingo sobre mis muslos.

—Para, para, para —me pidió casi al instante mientras se echaba hacia atrás, hasta dar con la espalda contra el volante, no había más espacio de maniobra—, o voy a ir a entrenar con esto.

Y miró hacia abajo, el pantalón abultado, como si yo no llevase un rato notándolo, como si los dos no hubiésemos gemido por el refrote y mi empalmada no fuera también más que evidente bajo el chándal.

—¿Tenemos nuevo miembro en el equipo? —dije por decir, me costaba pensar con claridad. Yo seguía ahí, metido en la burbuja

cachonda donde solo estábamos él y yo y no había nada más a nuestro alrededor.

Óliver se rio, apoyó una mano en el reposacabezas y se bajó de encima hasta volver a su asiento. Eché de menos el peso de su cuerpo.

Era como si Óliver contuviese en su interior todas mis cosas favoritas: el «Tus ojos no tienen dueño porque no son de este mundo» que cantaba Estopa; el helado de chocolate de Regma; la vez que mi padre me llevó a pescar, los dos solos, y después fuimos a McDonald's; el vuelo elegante, ensayado, de las golondrinas; el mar picado en invierno; la risa de Mario cada vez que yo imitaba al Migueluco; la tarde que Alfonso me llamó a su despacho para decirme que iba a nombrarme capitán; las estrellas de mi habitación; salir al tejadillo de noche; las galletas que Carla me guardaba en la mochila para que las llevase a la uni; conducir el coche de mamá por la carretera vieja; el viento en la cara sentado detrás de Nano en la moto; los bordes de la *pizza* de Telepizza; caminar por la costa con Elena. El propio Óliver de la cabeza a los pies.

—¿Cuánto queda? —pregunté, la vista en el reloj del salpicadero que llevaba en deshora desde que Carla había enredado en él. Marcaba las 3:47 de la madrugada. Así que Óliver se inclinó hacia el asiento trasero y cogió su móvil de la mochila.

—Cinco… Diez minutos, apurando mucho.

—De sobra.

Y me giré aún más hacia él, aprovechando el movimiento para mirar a través de las ventanillas empañadas, por las que solo se veía oscuridad y los destellos de las luces del campo. Parecía existir un pacto en aquel descampado junto al acantilado de mantener una distancia prudencial con el coche de al lado.

—¿Para qué?

No le respondí o, al menos, no de palabra. Lo que sí hice fue alzarle las cejas mientras acercaba las manos hasta el botón de su pantalón. Óliver se rio y se dejó hacer, aunque después de unos segundos resoplé frustrado. La postura de ambos no me ayudaba a poder soltárselo.

—Bájate eso —le mandé. Volvió a sonreír, pero ante mi gesto, serio y venido arriba, el suyo cambió: de repente era un vampiro a punto de morder, un guepardo esperando a saltar, la tormenta a punto de estallar.

—Señor, sí, señor —bromeó con los ojos desenfocados y el pelo alborotado. No se hizo de rogar: se humedeció los labios, irritados, rojos, levantó la cadera y se bajó un poco el pantalón. Volví a echar un vistazo afuera, me senté sobre un pie, y me miró con las manos en los calzoncillos; asentí con la cabeza, y también se los bajó.

—¿Puedo? —le pregunté, inclinándome hacia él. En ese momento entendió que no iba a usar la mano, como habíamos hecho hasta ahora, porque abrió más los ojos y asintió con la cabeza. Me gustaba aparentar que era un pibe con más experiencia de la que tenía y que ya nada me sorprendía, pero sabía que Óliver se daba cuenta, porque yo a veces dudaba o me ganaba la torpeza. Así que seguía echándole morro.

—Claro —respondió rápido, temiendo que yo fuese a cambiar de opinión. Me hizo gracia, y seguí bajando la cabeza—. Claro, joder. Por favor.

Puestos a ser sinceros, el favor me lo hacía él a mí: llevaba semanas pensando en ello.

Sonreí casi contra su rabo, las manos sobre sus muslos, y cuando me lo metí en la boca, todo impaciencia y calor y presión y ÓliverÓliverÓliver, enseguida noté sus dedos contra mi cráneo, que se dedicó a acariciar y apretar el siguiente rato casi al mismo ritmo que mis movimientos.

—Joder, Manuelito. —Arqueó la espalda, se rio—. La madre que te parió.

Óliver soltaba tacos como hacía todo lo demás: con elegancia y una sonrisa, y sin parar quieto. La visión de su cuerpo respondiendo ante mí era guarrísima, lo más erótico que había visto nunca, mientras me llenaba la boca de él y el ruido de succión quedaba empañado por la lluvia que chocaba contra los cristales.

Le pellizqué el muslo, y volvió a reírse entrecortado.

De primeras, no lo vi. Entré a los vestuarios con la bolsa del equipaje sobre el hombro, girado hacia Óliver, que me hablaba del trabajo en grupo que tenía que entregar pronto para una de sus clases. Yo todavía sentía el subidón de lo que acabábamos de hacer en el coche y me costaba centrarme y volver a la realidad, donde en pocos minutos tendría que salir a correr a ocho grados en pantalón corto.

Entonces Óliver puso una cara muy rara al llegar al sitio donde se sentaba siempre y escuché las primeras risas, y ya me giré hacia delante.

—¿Qué es esto?

En la pared, encima de su colgador, había un rabo pintado con espuma de afeitar, del que salían churretones a modo de lefa.

—¿Te gusta? —preguntó Hugo, que abrió los brazos y alzó la voz como si fuese el presentador de un concurso de la tele. Todavía tenía en la mano el bote de espuma, le daba igual que supiésemos que había sido él. Qué gracia tendría si el mérito se lo llevase otro.

—¿A qué viene esto? —insistió Óliver con más miedo que enfado en la voz, aunque fingiese bien ante los demás. Incluso se echó a reír, participando en la broma nada graciosa, y se sentó en el banco para empezar a cambiarse de ropa.

—¿No te gusta la nueva decoración?

—Hugo, ¿qué coño pasa? —pregunté ahora yo para no marear más la perdiz.

—Nada, que me he enterado de que a Óliver le gustan mucho las pollas, y le hemos querido hacer un homenaje.

Me entraron ganas de potar.

—Porque eres maricón, ¿a que sí?

Todos miraban a Óliver. Todos lo mirábamos. No respondió, permaneció sentado sin moverse, con el pelo despeinado por el aire, los labios todavía algo hinchados por los besos que nos habíamos dado hasta hacía cinco minutos y una palidez que, de repente, le cubría la cara. Desde los metros que nos separaban podía notar la tensión de su mandíbula, también en sus hombros. Él solo miraba a Hugo, que sonreía disfrutando de todo aquello. Daba miedo.

—El sábado te vieron liándote con otro tío, así que yo creo que sí que lo eres.

Hostia, el sábado. El paso subterráneo. Los morreos que nos metimos contra la pared.

Apreté la correa de la bolsa, que agarraba con una mano.

Llevaba años con miedo a que el resto del equipo se enterase de que era bisexual; leía noticias de agresiones en la calle, de acoso en institutos, de insultos; sabía que todo aquello existía, pero… en el fondo creía que nunca me pasaría nada. No a mí. Me sorprendió que fuese real.

—No era yo —dijo Óliver con una seguridad que me sorprendió.

—Ya te digo yo que sí —continuó Hugo, que se rio y se giró buscando la complicidad del Toloqui y de Nano. El primero se reía, el segundo parecía incómodo, pero no abrió la boca para detener a su amigo—. ¿Te ponemos cachondo? Esto para ti será como el puto paraíso, ¿no?

—Hermano…

—Hugo, frena —dijo Laro, que terminaba de ponerse las botas sentado en el banco cerca de Óliver. Algunos murmullos más, creo que de Cagigas y David Lastra, le dieron la razón.

Óliver trataba de disimular el tembleque de las manos. Quería envolvérselas con las mías, acariciarle el puente del pulgar, besarle los nudillos hasta tranquilizarlo. También me dieron ganas de coger un soplete y prender fuego a los vestuarios, el césped, las instalaciones del club, el pueblo; arrasar con todo.

No hice ni una cosa ni la otra.

Deseé volver al sábado. Después de los besos en el paso subterráneo, Óliver había estado especialmente cariñoso; cuando lo avisé de que me tenía que marchar, ya en su cama, se me subió encima, atrapándome bajo su cuerpo, para no dejarme ir, y nos despedimos en la puerta con más besos que se alargaron hasta que ambos nos quedamos sin aliento.

—Ya vale, anda —me quejé de vuelta en los vestuarios. Podría haberle puesto más empeño, insistir, montar el pollo que todo aquello se merecía, pero no quería atraer la atención sobre mí, que

leyesen la culpabilidad en mi cara y descubriesen que era yo quien estaba con Óliver en aquel túnel, en mi coche o en su habitación.

La cosa era que Óliver y yo siempre llegábamos y nos íbamos juntos de los entrenamientos, nos poníamos por parejas para los ejercicios y lo llevaba en coche a los partidos que jugábamos fuera. Y mis compañeros ni siquiera sabían que también quedábamos los días que no veníamos aquí. Pero ninguno de ellos me observaba con la sospecha de que yo pudiese ser el otro pibe, ninguno insinuó nada, a ninguno le cambió la mirada conmigo, como sí cambió con Óliver.

A nadie se le ocurrió que Manu Caviedes, el capitán del equipo, el de la cabeza rapada y la seriedad de un muerto, el que se liaba según ellos con una pila de pavas, acabase de enrollarse con Óliver y todavía notase la piel sudada, el cuerpo electrizado, su rabo en la boca y el corazón a punto de salírsele del pecho por todo lo que sentía por él.

A nadie se le ocurrió y yo no se lo dije.

No podía.

—¿Sabéis por qué se fue del Nansa? —volvió a hablar Hugo dando una vuelta sobre sí mismo para contemplarnos a todos—. A tus excompañeros les apetecía hablar, y solo tuve que tirarles un poco de la lengua.

—Cállate —le soltó Óliver con ferocidad, y se levantó del banco, dispuesto a pelear.

—Tranqui, si ya acabo —dijo Hugo, entre risas, antes de la estocada final—: Aquí el que va de bueno se lio con el entrenador.

Capítulo 34

ÓLIVER

Ni la selva ni el desierto, el peor ecosistema para sobrevivir es el vestuario de un equipo de fútbol. Camuflarse es fundamental. No sé qué edad tenía cuando llegué a esa conclusión, quizás doce o trece años, cuando mis compañeros de clase empezaron a llamar «maricón» a Javi Ruiz y me entró el miedo a que también fuesen a por mí.

Ocultarlo no era por cobardía, sino por instinto de supervivencia. A veces el armario era el único lugar seguro.

Y a mí me habían sacado de él a patadas.

Me lancé a por Hugo en cuanto pronunció la palabra «entrenador», como el experimento aquel con perros que reaccionan ante un estímulo. ¿Paulov? ¿Pavlov? Hugo llevaba meses buscándoselo, y yo había preferido mantenerme calladito, no seguirle el rollo, evitar problemas para que no se enterase de lo que acababa de contar a todos mis compañeros. Ya no tenía nada que perder. O lloraba o iba a por él.

Con la cabeza y el cuerpo por delante, lo plaqué como en el *rugby* y, aunque me vio venir, conseguí empujarlo mientras él trataba de quitarme de encima. La adrenalina y la rabia me daban superfuerza, tenía la sensación de poder con todo el equipo.

—¡No me toques, maricón! —me gritó, y antes de que pudiese callarle la boca, Nano y Laro me sujetaron. El Toloqui, Luisfer y Cobo agarraron a Hugo, y nos separaron, uno a cada lado de los vestuarios.

—¡Soltadme! ¡Que me soltéis! —Intenté zafarme, pero no era tan fuerte como me creía tan solo unos segundos atrás y, a pesar de que no se lo puse fácil, mantuvieron el agarre.

Hugo me miraba, el flequillo casi tapándole los ojos; yo solo podía verlo a él, tan cegado como estaba.

—¿No nos vas a contar entonces con quién estabas el otro día? —siguió, y solo le faltó relamerse los labios al muy gilipollas—. ¿No sería Alfonso…?

Hugo consiguió, por supuesto, la reacción que buscaba: risas de muchos, más barullo, una camaradería que me aterrorizaba. El pánico, aquel miedo palpitante, se extendía por mi pecho como una enredadera, cubriéndolo todo, colándose por mis entrañas hasta asfixiarme.

—No, en serio, ¿quién era? —preguntó ahora el Toloqui, que seguía junto a su amigo, aunque ya no lo sujetaba como sí hacían conmigo los otros dos. El gallinero se volvió a alborotar con murmullos de algunos y gritos de otros, todos con ganas de saber con quién me estaba enrollando en el paso subterráneo.

Y entonces, ya sí, Manu volvió a llenar mi cabeza.

Manu, que permanecía callado junto al banco, todavía con la mochila colgada al hombro; Manu, que no se había metido en el amago de pelea, ni para ayudarme ni para separarnos; Manu, al que no quería mirar por miedo a *delatarlo* y, a la vez, de quien necesitaba una mirada que me asegurase, solo así, de un vistazo, que todo estaba bien.

Nada iba bien.

Ignoré la pregunta y, cuando volví a tratar de soltarme, me dejaron ir. No fui a por Hugo, esquivé a Manu, me dirigí derechito a recoger mis cosas, que guardé de cualquier manera en la bolsa. Y me mantuve callado, porque estaba casi seguro de que, si abría la boca, me echaría a llorar.

Una sensación que se incrementó cuando oí, por fin, su voz:

—¿Tú cómo sabes todo esto? —le preguntó Manu—. ¿Te has puesto a investigar o qué?

Ahora que todos lo hacían, me permití mirarlo, y me encontré con su templanza acostumbrada, lo que, dada la situación, me impresionó. Ni le temblaba la voz ni veía miedo en sus ojos o en su rostro, imperturbable. El Manu de siempre. El capitán.

Quise que me arropara con su serenidad.

No me miró.

—¡Que a mí me lo ha contado el Nano!

—¡Hermano! —se quejó este, levantando los brazos a los lados y dejándolos caer contra las piernas. Me giré brusco hacia él, porque no lo había negado: había sido Nano.

Y de Hugo me esperaba cualquier cosa, me lo había esperado desde el principio, cosas como las que acababan de pasar, pero… ¿de Nano? ¿De quien mejor me había recibido en el equipo, de quien me habló cuando casi nadie lo hacía, del mejor amigo del capitán? De Nano no.

—¡A mí me lo dijo Litos, el cabezón del Nansa! —se defendió, como si así tuviese menos culpa—. ¡No pensé que este lo fuese a largar!

Me colgué la mochila a la espalda y me abrí paso entre mis compañeros, cuyas voces me llegaban amortiguadas, los oídos me pitaban y el corazón me latía con violencia. Sentía mis movimientos ajenos a mí, como cuando se te duerme una pierna o un brazo, como si mi cuerpo no me perteneciera, como si yo no protagonizase aquella absurda, horrible, temida conversación.

—¿Qué esperabas que iba a hacer este? —preguntó Laro. Creer que Hugo no fuese a usar algo así contra mí era de ser un auténtico idiota o muy inocente; me inclinaba por la primera opción—. Te has lucido, *hermano*.

Pensaba que en los Ojáncanos sería diferente. Que con lo que pasó en el Nansa había cubierto mi cupo de disgustos para unos cuantos años, que estaba *salvado*. Como si la vida funcionase así: un respiro por cada cosa mala. Hasta que llega la siguiente. Ahí el único que se había salvado era Manu, y ni siquiera podía alegrarme por él.

No me quedé a escuchar más, tampoco ninguno de mis compañeros me lo impidió: salí de los vestuarios a la noche cerrada y nadie me siguió.

Más tarde no recordaría gran cosa del camino al pueblo y, luego, el trayecto en bus hasta Santander. Llegué a mi habitación rodeado de una neblina que se me había instalado en el cerebro y no me dejaba asimilar la realidad, entumecido y algo disociado, la verdad. Era yo pero no era yo. Lo que, en ese momento, me parecía bien.

Quería ser cualquier otro.

Porque había vuelto a ocurrir, todo estaba pasando de nuevo.

Supe que era gay desde que descubrí qué significaba, cuando todos los de mi clase hablaban de niñas y yo en quien me fijaba era en ellos. Descubrirlo y esconderlo fueron de la mano, sobre todo al darme cuenta de que no había nadie como yo a mi alrededor: ni en el colegio ni mucho menos en el equipo de la liga infantil; ni siquiera en los grandes equipos que salían en la tele. Durante unos años estuve convencido de que todos los futbolistas homosexuales acababan renunciando, si no, ¿por qué no había ninguno en el Barça o el Madrid o el Atlético o cualquier otro club? Cuando seguí creciendo, llegué a la conclusión de que todos hacíamos lo mismo: ocultarlo.

Ocultarnos.

A los catorce, durante el desayuno, se lo dije a mis padres: «No me gustan las chicas y no me van a gustar nunca», y su mirada me puso más nervioso. A Alba se lo había contado unos días atrás, después de que mis tíos anunciasen a bombo y platillo que nuestro primo Fran se había echado novia y se sorprendiesen de que yo no quisiese tener una: «No será que vas a ser gay, ja, ja, ja». Me puse rojo, lo negué muy fuertemente y cuando llegué a casa me encerré en mi habitación. Alba me convenció para que abriese la puerta y me lo sonsacó.

Mis padres siempre me recomendaron callármelo: no tenía nada de lo que avergonzarme, me aseguraban, pero si podía evitarme preocupaciones, mejor. Y mientras crecía les di la razón. Entonces conocí a Víctor y todo saltó por los aires; me aconsejaron taparlo y me apoyaron cuando quise cambiar de equipo y de ciudad.

¿Tenía que volver a dejarlo todo?

Escondido bajo el edredón, me destapé la cabeza y clavé la vista en el techo: las estrellas que Manu me había regalado seguían ahí, observándome desde las alturas para reírse en mi cara. La cazadora, la mochila, la ropa que había llevado esa tarde continuaban en el suelo, donde las tiré justo antes de tirarme yo a la cama. La rabia que sentí en los vestuarios y que me quemaba tanto se me había ido

en algún momento de la vuelta a la residencia, y ahora me quedaba un miedo sordo, pero también un cabreo frustrante y cansado.

Sin embargo, no era *solo* miedo y cabreo. Era más bien falta de aire. Aguantar la respiración bajo el agua y notar la presión en los pulmones. Sentir esa presión también en el pecho, acompañada de unas ganas descomunales de llorar como un niño al más pequeño toque, al menor estímulo. Y chillar, eso también, eso sobre todo, hasta desaparecer.

El móvil, sobre la mesilla de noche, me pitó una, dos, tres veces, y casi de manera automática me giré hasta tumbarme de lado sobre el colchón, estiré el brazo y lo alcancé. La cama crujió bajo mis movimientos.

Era Manu.

Acabo de salir de entrenar. ¿Podemos hablar? ¿Estás en la resi?

Me lo imaginé sentado en el coche, en el aparcamiento del campo, bajo la luz de las únicas dos farolas que aislaban la zona de la noche cerrada y los prados y el mar, donde aquella misma tarde habíamos estado los dos. El tiempo pasaba distinto desde entonces, habían transcurrido meses desde los besos, las bromas, el calor y la humedad de su boca.

Me lo imaginé también aquí conmigo, tumbado a mi lado; a poco que estirase el cuello hacia él, llegaría a su piel. Apretaría la nariz contra la parte baja de su hombro y me quedaría ahí, pendiente de su respiración. Me calmaría. Me haría olvidar un rato lo que había ocurrido. No, no, en esta ensoñación no habría ocurrido nada, volveríamos al día anterior, a la semana pasada, donde nadie sabía nada, donde solo era cosa nuestra.

Pero la imagen del propio capitán en los vestuarios, callado, se superpuso a cualquier otra. En realidad, no era la del capitán, era la de Manu, a secas, quien yo pensaba que me ayudaría en algo así. Quien había tardado más de dos horas en decirme algo.

mié, 21:08

Capitán♥:

estás en línea no vas a responderme?

Óliver:
no me apetece hablar

Capitán♥:

pero tenemos que hacerlo voy a verte

Óliver:
ahora ya sí te apetece hablar? manu, no vengas

Capitán♥:

y no vas a explicarme lo de tu entrenador?

Salí de WhatsApp, quité el volumen del móvil y lo dejé sobre la mesita. Después me giré hacia el otro lado, como si así, dándole la espalda, pudiese evitar pensar en Manu o en lo que me había dicho o en lo que había ocurrido o en lo que quería saber. En las explicaciones que yo, al parecer, le *debía* cuando él me había dejado solo en los vestuarios.

Hugo me había lanzado a los leones y Manu se había quedado a un lado mirando cómo me despedazaban.

La ventaja de vivir solo era que no tenía que justificarme ante nadie. Pasé el día siguiente en la cama, me salté las clases y solo salí al supermercado para comprar algo de comer y no tener que bajar al comedor y rodearme de gente o poner buena cara ante Pablo, de la habitación de enfrente, y los demás de la resi. Enseguida regresé a aquella cama que no me había gustado demasiado hasta que Manu se sentó en ella.

Envuelto en el edredón, dormité, vi capítulos de la segunda temporada de *Skam Italia* que me hundieron aún más e ignoré los mensajes de Manu. Después de aquella última pregunta la noche anterior, que sonaba a acusación, llegaron otros wasaps

insistiéndome para vernos. Recibí el último a media tarde: *Cuando te dé la gana de hablar, me avisas*. Era mejor así, no sabía qué más decirle.

Logré escabullirme de las llamadas de Alba y de mamá, les escribí para avisarlas de que andaba muy liado con cosas de clase y que las llamaría en cuanto pudiese. Se lo tragaron, y así me dieron horas de margen para no tener que contárselo. Porque sabía que no podría callarme durante mucho más tiempo lo que había pasado, por mucho que quisiera evitar volver a preocuparlas.

¿Y si se lo ocultaba? ¿Y si me presentaba el fin de semana en casa y fingía que todo iba bien? ¿Y si me lo guardaba para mí? ¿Sería capaz?

Fantasear sobre ello me entretuvo durante la mañana del tercer día, cuando la luz entró por la ventana, porque la noche anterior se me olvidó bajar la persiana, y me despertó. La cabeza me dolía como una mala resaca y el cuerpo me pedía estirarlo, moverme, correr, pero no le hice caso. Solo me levanté para desayunar y regresé a la cama. Volví a saltarme las clases y, por supuesto, el último entrenamiento de la semana.

Recibí un mensaje de Manu cuando debería estar esperándolo en la parada del autobús. *¿No vienes?*, me decía. Bloqueé el móvil y lo tiré sobre el colchón. Él solito obtendría su respuesta cuando llegara al campo y tampoco me viera allí. Jugué con la pulsera de abalorios que aún llevaba en la muñeca, haciéndola girar. Mi nombre aparecía y desaparecía con cada vuelta. Era Óliver y de repente no era nadie y volvía a ser Óliver y volvía a ocultarme.

Eso era lo que quería: evaporarme. No morirme, no era eso, porque morirse implicaba un *para siempre* que me daba terror. Más bien salir de mi cabeza, abandonar mi cuerpo, dejar de ser yo. Llevaba años sintiéndome así.

Al parpadear, varias lágrimas me rodaron por la cara, algunas terminaron el recorrido en la mandíbula y las más atrevidas saltaron al edredón. Otras se quedaron enganchadas en las pestañas, pesadas, que me quité frotándome los ojos.

Llegaron otros dos wasaps:

vie, 18:34

Capitán:

podemos vernos? por favor

Óliver:
me voy a casa mañana por la mañana

Capitán:

pues luego, después del entrenamiento ven a la mía

Lo contradictorio de todo aquello es que estaba enfadadísimo con Manu, me sentía traicionado, y, al mismo tiempo, *necesitaba* estar con él, aunque supusiese abandonar la seguridad de mi habitación y coger un autobús hasta Brena.

Accedí con un *Vale*, y volví a refugiarme bajo el edredón.

Capítulo 35

ÓLIVER

Ladridos, alguien correteando al otro lado y la cara de Mario me recibieron al llamar al timbre de la casa de los Caviedes. El niño llevaba un pijama de buzo con dibujos de la peli de *Cars* y la melena despeinada, como si hubiese estado haciendo la croqueta por el sofá. Antes de darme tiempo a saludarlo a él o a la perra, que saltaba nerviosa a mi alrededor, apareció Manu por el pasillo con Carla llorando y enganchada a su pierna. A cada paso que avanzaba el capitán, arrastraba a la niña por el suelo, que no lo soltaba.

—¡¡Eres muy malo!! —gritaba ella, y Manu levantó la mano para saludarme con una mueca de disculpa. Tenía ojeras, la piel paliducha y la espalda algo encorvada, los hombros le pesaban. No supe si estaba cansado por el entrenamiento, su hermana o la conversación que nos esperaba. Yo no tenía mejor pinta—. ¡¡Se lo voy a decir a mami!!

—Vale, mañana se lo dices. Ahora, a la cama —les ordenó Manu, mientras se detenía en la entrada del piso junto a mí, Mario y Elena. El niño observaba expectante: no montaba una escena, pero se aprovecharía si ella tenía éxito. Que no iba a ser el caso.

—¡¡Es viernes!! —siguió chillando Carla, todavía agarrada al tobillo de Manu—. ¡Los viernes podemos quedarnos hasta las diez y media! ¡¡Y son las diez!!

—Ya, y yo os digo que os vais ahora, y ya está.

Manu el Dictador era nuevo para mí. Sus hermanos solían ser dóciles y las pataletas les duraban poco tiempo, con un par de frases con tono autoritario, que al capitán le salía muy bien, Carla y Mario obedecían sin (casi) rechistar. Salvo hoy. La niña se olía que algo no funcionaba como las semanas anteriores. Como los *meses* anteriores.

—Por favor, Manucín —seguía llorándole Carla, abrazada más fuerte a su pierna y ganándose una nominación a cualquier premio

de interpretación—. ¡Por favoooor!

—Os dejo dormir juntos, venga —les concedió en una negociación que no era tal. Aunque Manu y yo teníamos las de perder. Si no se iban a la cama, no podríamos hablar, y entonces seguiríamos en este limbo en el que habíamos acampado dos días atrás.

Mario se cogió las manos y sonrió, contento por la propuesta de Manu. Me hubiese gustado contagiarme de su entusiasmo, pero más bien tenía miedo de absorber la energía del niño y transformarla en una negrura que nos comería a todos.

—Perdona el numerito, no había manera de que se tranquilizara —me dijo Manu un rato después, cuando volvió a buscarme a la sala. Yo lo esperaba sentado al borde del sofá, la tele apagada y la cazadora aún puesta. Las caricias a Elena, tumbada a mi lado, me habían servido para calmarme un poco; sin embargo, la aparición del capitán y sus pies descalzos me volvieron a poner nervioso.

—No te preocupes, estaba bien acompañado.

—¿Vamos fuera? —me propuso, señalando con la cabeza hacia su habitación—. Así puedes fumar.

Que Manu me ofreciese su sitio preferido, tabaco, amabilidad me confirmaba lo que ya sabía: que la cosa era seria y que yo no había ido allí a echar el rato con mi novio, sino a hablar. Hablar *de verdad*.

Acepté, lo seguí por el pasillo y salimos al tejadillo de su cuarto, bajo un cielo sin estrellas y un frío que, dado el contexto de la situación, a ninguno de los dos importó. Me tomé mi tiempo para colocarme, como si hubiese alguna posibilidad de encontrar una postura cómoda en el suelo de uralita y la inminente conversación nefasta que trataba de retrasar.

—¿Cómo estás? —me preguntó echado hacia delante con las piernas flexionadas. Manu había construido a su alrededor una empalizada de dudas y recelo, le costaba mirarme y, aun así, pude ver en sus ojos que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Como si me hubiese atropellado un camión.

¿Para qué iba a mentirle?

—Ya me imagino. —Apretó los labios y desvió la vista, aunque apenas se distinguía lo que había más allá—. ¿Me vas a contar lo que pasó?

A pesar de estar mentalizado para hablarle de Víctor, la pregunta me violentó. Llevaba días esperándolo; sin embargo, no significaba que el golpe, al llegar, doliese menos. Simplemente lo había visto venir.

Tiré de las mangas de la cazadora y me cubrí las manos, una manera poco útil de esconderme. Eché de menos mi edredón con el que taparme entero hasta tener que sacar la nariz un rato después para respirar. De ser una situación distinta, le respondería con cualquier broma («Sí que vas a saco, Manuelito») y él me seguiría con otra pulla y acabaríamos enrollándonos en su cama. En cambio, inspiré algo de valor y exhalé una pizca de ese miedo que me apretaba el estómago antes de decir:

—Empezó de la manera más tonta.

Y traté de desvincularme de todo aquello, como si en vez de mi propia experiencia fueran recuerdos de la serie que vi la noche anterior.

—A mí me gustó desde el primer día: era guapo, mayor, y me creía que sabía un montón de la vida. Lo ayudaba en lo que podía y siempre era el último en irme del entrenamiento, así que empezó a acercarme a casa en coche, a veces parábamos a merendar… Era el primer chico que me hacía caso y me colgué de él —admití.

Manu guardaba silencio, inmóvil a mi lado.

—Estuvimos juntos casi un año, hasta que, a principios de la temporada pasada, el presi del club nos llamó a su despacho y nos dijo que se había enterado de todo, no sé cómo, y lo echaron. Se lo dijeron a mis padres, y no lo denunciamos, Víctor simplemente desapareció. Dos días más tarde, teníamos nuevo entrenador.

Hacía tiempo que no decía su nombre en alto, mi relación con él era un tema vetado en casa; nadie había dicho: «No vamos a hablar de ello», pero ninguno hablábamos de ello.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintinueve.

Silencio. Sabía que Manu estaba haciendo las cuentas.

—¿Y tú ya habías cumplido los dieciocho?

—Cuando nos pillaron, sí.

—Óliver, te llevaba doce años, y eras menor.

—No me digas —se me escapó con algo de mala leche. Él lo ignoró, porque siguió con las preguntitas.

—¿Has hablado con él después?

Lo miré y negué con la cabeza.

—Nunca respondió a mis mensajes y acabó bloqueándome —le contó dolido el Óliver de aquella época. Continué yo, el que había tenido casi año y medio para pensar en ello—: Sé que lo que hizo estuvo mal, que se aprovechó de la situación, de mí, pero yo pensaba que era amor, que la edad daba igual.

La palabra «amor» quedó suspendida delante de nosotros; la espanté de un manotazo.

—¿Y tus compañeros?

—Imagínate los vaciles, no solo se enteraron de que era gay, sino que además estaba liado con el entrenador. Al principio lo entendí, era un buen cotilleo. Luego empezaron a meterse conmigo a lo bestia, a llamarme de todo, todos los días. Aguanté la temporada entera por pura cabezonería.

La noche estaba tan tranquila que, cuando Manu cogió aire, una gran bocanada, lo escuché a la perfección.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—¡Pues porque no! —respondí como un resorte, echándome hacia delante, girándome hacia él.

—Joder, qué buena explicación. —Y el muy gilipollas me aplaudió tres o cuatro veces.

—Me daba vergüenza —admití con tono de obviedad—, me había dejado engatusar por un tío mayor y me había creído que era algo real.

—Aun así, deberías habérmelo dicho.

—¡Y tú deberías haber dicho algo el otro día! Ni siquiera me has pedido perdón.

—¿Yo?

—Sí, tú. Hasta Laro dio más la cara por mí que tú. Laro, con quien he hablado cinco minutos en toda mi vida.

—Tú me has engañado, Óliver.

—No te lo he contado, que es diferente.

—Para mí es lo mismo —me aseguró, contundente—. Sabes lo que me cuesta confiar en la gente, y llevas meses mintiéndome a la puta cara.

Me giré un poco más hacia él para mirarlo mejor.

—¿Y a mí? ¿Crees que a mí no me cuesta confiar? Es la segunda vez que me sacan del armario, Manu.

—Ya lo sé, pero yo no tengo la culpa, no voy a tirarme a las vías contigo.

—Sálvese quien pueda, ¿no?

No respondió, lo que era una respuesta por sí sola. La decepción se me asentó en el estómago. Hasta el miércoles, ni siquiera había esperado, ni querido, que Manu se arriesgara por mí, pero cuando llegó el momento y me vi en aquellos vestuarios, que empezaban a resultarme tan familiares como una vez me resultaron los del Nansa, rodeado de risas a mi costa y miradas y burlas, *otra vez*, deseé que me ayudara a plantarlos cara, que me apretase la mano y me recordara que estaba conmigo.

Sin embargo, me dejó solo. El Manu capitán, y también mi amigo, mi novio, la única persona en la que había confiado en los últimos meses.

Y ahora lo volvió a hacer: «No voy a tirarme a las vías contigo».

—Tú en tu línea, Manu, di que sí. —Resoplé, aparté la vista de él, que fruncía mucho el ceño con la vista clavada en sus pies, y me rodeé las piernas con los brazos. El frío empezaba a humedecernos el pelo, la ropa, los huesos, y me abracé más.

A lo lejos comenzó a oírse una ambulancia, cuyo sonido fue aumentando, pasó cerca de allí y volvió a alejarse. Una televisión de una casa vecina y el ulular de un búho volvieron a adueñarse de la noche.

—No puedo perder también el fútbol —dijo Manu más bajo de lo que esperaba—. Ya has visto cómo se han puesto.

Sabía lo que estaba pasando, lo que implicaban esas dos frases.

Una parte de mí, la que se creía más madura, entendía a Manu; yo era el primero que había estado de acuerdo en ocultarnos para

evitar problemas, y ahora que todo explotaba, ¿pretendía arrastrar conmigo a Manu?

No, porque no era un idiota sin escrúpulos.

Y sí, porque al mismo tiempo esperaba un gran gesto romántico que no había llegado, donde Manu me jurase adoración eterna y nos enfrentásemos al mundo porque el amor todo lo vence y esas cosas que, me fastidiaba admitir, habían calado en mí. Me había pasado tanto tiempo ocultando quién era que creí que nunca podría mostrarme así ante nadie; Víctor me confirmó que, en efecto, ese tipo de amor no estaba reservado para mí. Y luego… llegó Manu y volví a pensar que sí.

Me solté las piernas, tragué saliva y lo miré.

—Entonces, ¿vamos a cortar? —pregunté, aun sabiendo la respuesta, la amargura y el cabreo y la decepción brotando a través de esas cuatro palabritas. Entonces vamos a cortar. Entonces-vamos-a-cortar. Entoncesvamosacortar. El gesto de Manu apenas cambió—. No tiene sentido que sigamos juntos.

Estiró las piernas y se cruzó de brazos, la espalda encorvada, los hombros caídos.

—Sí. —Carraspeó, la voz tomada por la helada que caía o la situación—. Es mejor así.

Asentí con la cabeza, los dos muy civilizados, nada de gritos ni lloros, como si hubiésemos decidido qué peli ver o a qué sitio de comida pedir para cenar.

¿Estaba pasando de verdad?

Claro que era verdad.

Miré al frente buscando en el paisaje cualquier distracción que me alejase de allí, de Manu, quien permanecía quieto y silencioso. Los árboles proyectaban altas y grandes sombras oscuras sobre la carretera y los prados, formas monstruosas que acabarían devorándonos.

—Ojalá fuese una chica, sería todo más fácil. —Aquel pensamiento recurrente me perseguía desde hacía tiempo, sobre todo en mis peores momentos: los dos sabíamos que, si él o yo fuésemos una chica, no estaríamos teniendo esta conversación, no habría ocurrido nada en los vestuarios y nuestros compañeros sabrían desde hacía

semanas que estábamos juntos. ¿Un tío y una tía saliendo? Ningún problema. En cambio, dos tíos… Ahí ya te has pasado.

Aunque yo ya no observaba a Manu, sí que noté su mirada, el sutil movimiento de su cuerpo al girarse casi de forma imperceptible hacia mí.

—Me voy ya —lo avisé, incapaz de seguir sentado junto a él, y sin esperar contestación me puse de pie, me coloqué bien el pantalón y entré a la habitación. Todo seguía igual: los pósteres en la pared, los DVD de su padre sobre la cómoda, el olor del piso, y a la vez nada era como antes, como si una pátina semitransparente lo hubiese cubierto todo. Lo mismo pero sutilmente diferente. Peor.

Manu se movía detrás de mí, no me giré para mirarlo hasta que llegamos a la puerta del piso. Elena vino desde el salón meneando la cola, y el capitán la acarició acompañándolo de palabras que no entendí.

La casa estaba silenciosa, sus hermanos dormían, y yo no sabía qué decir.

Abrí la puerta mientras él sujetaba a la perra, lo miré un instante —la sudadera arrugada, el cambio de gesto al volver de Elena a mí— y salí. Manu se quedó allí esperando, medio agachado para agarrarla, hasta que llegué al portal, y cuando cerró, me obligué a marcharme, a no volver atrás.

Capítulo 36

ÓLIVER

Pocas veces había mentido a mis padres, pero esta fue una de ellas. Al menos, a medias. Cuando a la mañana siguiente papá me fue a buscar a la estación de autobuses de Verdebraña y me preguntó qué tal la semana, le dije que bien y sonreí. Cuando llegamos a casa y mamá me comentó que tenía mala cara, que si me ocurría algo, e intercambió una mirada con mi padre, me encogí de hombros y volví a sonreír.

Sin embargo, mamá volvió a insistir. Y aunque había decidido no contarles nada, al estar en casa y por fin sentirme a salvo, un nudo se me deshizo dentro y soltó parte de lo que llevaba conteniendo desde hacía tres días a solas en la habitación de mi residencia.

—Manu y yo lo hemos dejado —les conté. Ahí estaba la mentira a medias. La media verdad. Me detuve antes de decirles que volvía a sentirme como un año atrás: asustado, cabreado y profundamente cansado. Más bien agotado. Alguien había vuelto a decidir por mí: qué contar, cuándo, cómo, a quién.

Papá me revolvió el pelo; ese sería todo el consuelo que encontraría en él, no sabía hacerlo de otra manera. Mamá me pasó un brazo por los hombros y me observó con ese ojo clínico con el que parecía escanearme hasta detectar dónde estaba el mal y que Alba había heredado de ella.

—Cuéntanos qué ha pasado, va.

Si seguía mirándome un poco más acabaría confesándole todo, incluida aquella vez con catorce años que robé una bolsa de Cheetos Pandilla en un Carrefour Express.

Me crucé de brazos.

—Nada en concreto, la cosa no iba bien y lo hablamos.

—Si es que sois muy jóvenes. Anda que no vais a tener tiempo para estar con gente… —Mamá me apretujó otro poco y le sonreí sin ganas, papá asintió con la cabeza.

—Hay más peces en el mar —añadió, satisfecho de su conclusión. A mí aquella frase tan manida me hizo más gracia que pena, porque no me permití pensar en Manu con otros «peces», y papá y mamá se quedaron aliviados al verme reír.

Me escabullí a mi habitación después de comer, ignoré la llamada perdida de Alfonso (el partido contra el Vallemier estaría a punto de comenzar) y me pasé un rato tirado en la cama mirando Instagram. Manu no había subido nada y no tuve muy claro si el consuelo ganó a la angustia por no saber de él. ¿Cómo estaría? ¿Aliviado? ¿Arrepentido? ¿Todavía enfadado? Y lo más importante, ¿me echaría de menos? Algunas de esas cosas que quería saber eran meramente por morbo, por hacerme daño a mí mismo, por arañar un poco más en la herida, en la que, a este paso, nunca llegaría a formarse ni una finísima costra.

Las fotos que Manu tenía publicadas en su perfil no llegaban a la decena, y todas en su papel de capitán, con el uniforme de los Ojáncanos, en partidos y entrenamientos, aunque a menudo subía historias de su día a día: las galletas de dinosaurios que desayunaba con sus hermanos, el pájaro de turno que se había encontrado de camino a clase o Elena haciendo alguna monería. También compartía canciones, publicaciones del club y noticias de fútbol. Nos dábamos me gusta a casi todo, cualquier historia nueva era excusa para escribirnos y solíamos mantener conversaciones paralelas por Instagram y WhatsApp que nunca terminaban.

Hasta que lo habían hecho.

¿Qué hacía ahora con todo lo que sabía sobre él, toda esa información, esos datos aleatorios que tenían su propio espacio en mi cabeza?

Me incorporé y me quedé sentado en la cama, abrí el chat con mi hermana y tardé unos segundos en decidirme a escribir: *Ayer corté con Manu. ¿Me llamas luego?* Prefería no andarme con rodeos, las vueltas me llevarían al mismo lugar. Si repetía aquello, he-cor-ta-do-con-ma-nu, a mis padres, a mi hermana, a mí mismo, quizá lo asimilase antes; de momento, sonaba a cuento.

Alba me llamó.

—¿Te ha hecho algo? —fue lo primero que quiso saber en cuanto descolgué. Ni un hola ni nada, ella tan directa al grano como siempre, como mi mensaje. Oía de fondo voces, coches y ruido de la calle; antes de que me diese tiempo a preguntarle dónde estaba, me lo contó ella—: Estoy fuera de la biblio, puedo hablar.

—O sea que es verdad que no vienes este finde porque tienes que estudiar.

—¡Anda, pues claro! ¿Pensabas que era mentira? —me respondió ofendida, casi al instante—. Tengo examen de Fonética el martes. ¡Pero no me cambies de tema! Al lío, Oli. ¿Qué te ha hecho?

Sonaba alerta y, en muchos aspectos, me recordaba al propio Manu: afable y mansa, pero siempre con las uñas preparadas por si hacía falta atacar, sobre todo si se trataba de defender a su hermano.

—¡Qué me va a hacer! Nada, tranquila. —Y sonreí contra el móvil, para que Alba oyese el airecillo. Como no me veía la cara, resultaba más fácil fingir—. Los del equipo se han enterado de que soy gay y hemos pensado que era mejor dejarlo.

Se lo dije así, como quien habla del tiempo, impregnando mi voz de esa misma sonrisa que acababa de fingir. Como si no fuese algo gordo e importante y que escocía porque era una herida sobre otra herida todavía sin curar. E igual que una bola de nieve, su insistencia me hizo contarle lo demás: que nos habían visto en el paso subterráneo, pero solo me distinguieron a mí, que se habían enterado también de lo ocurrido en el Nansa, que dolidos y asustados habíamos decidido terminar. Alba solo me interrumpía para maldecir («¡Qué cabrones! ¡Es que voy y los mato!») o preguntar («¿¿También saben lo de Víctor??»), mientras mi culpabilidad por hacérselo pasar mal aumentaba.

—Manu es un capullo, ¡si es que lo sabíamos desde el principio! —La voz le salió más aguda, oía que se movía y el ruido ambiental de Gijón me envolvió—. Va de tipo duro y luego es el más cobarde de todos y…

—Alba… —la interrumpí, la congoja amenazando con echarme a patadas y ponerse al volante. Me levanté de la cama y me acerqué hasta la ventana; mi barrio, un sábado a las cuatro de la tarde,

estaba desierto, faltaba poco para que llegase la primavera y de algunos árboles del parque empezaban a brotar hojas.

Resoplé y, con un dedo, dibujé líneas en el vaho del cristal.

—Es que casi no habla, y cuando lo hace es para decir chorradas —continuó y ahora quien suspiró fue ella. Me di la vuelta y apoyé la espalda contra la ventana, el culo contra el radiador.

—No quiere que se le joda lo del fútbol, y lo entiendo, pero…

—Pero pensabas que te apoyaría en algo así —terminó la frase por mí—. Qué menos, hijo mío. —A cada nueva palabra de mi hermana, su cabreo iba aumentando. Yo ya había pasado esa fase y ahora estaba en la de ser un globo desinflado y querer dormir durante una semana entera. Ella volvía a moverse; me la imaginaba caminando calle arriba y calle abajo, aquel vaivén meciéndola hasta templar la mala leche.

No comenté nada —no sabía qué—, y Alba continuó:

—Mira, no sé exactamente cómo ha sido, pero no podemos dejar que sea como la otra vez —me dijo con una seguridad que la quería para mí, y yo asentí con la cabeza hasta que me di cuenta de que no podía verme y musité un «Ya»—. No es como en el Nansa, tú ya no eres como en el Nansa. ¿Me estás oyendo?

—Sí, sí, estoy aquí. —Carraspeé, tragándome la amargura y la gratitud que me provocaban los comentarios de mi hermana. Volví a girarme hacia la calle—. No va a ser como la otra vez.

Y me aseguré de sonar confiado, de creerme lo que quería que se creyese Alba, de convertir mis palabras en una promesa.

No iba a ser como la otra vez.

Dos días después, Alfonso me volvió a llamar. Faltaba media hora para que empezase el entrenamiento y yo estaba en la cocina buscando algo para merendar. Inquieto. Pensando cada cinco minutos en lo que estaría haciendo de seguir en Santander: ahora preparando la mochila, ahora saliendo de la residencia, ahora cogiendo el autobús…, ahora encontrándome con Manu y, si su madre trabajaba, también con Carla y Mario. Me llamó cuando metía las rebanadas de pan en la tostadora. Tenía el móvil sobre la

encimera y vi su nombre en la pantalla como luces de neón. *Alfonso entrenador. Alfonso entrenador. Alfonso entrenador. Alfonso entrenador.*

¿Seguiría llamándome día tras día hasta que se lo cogiese?

—¿Óliver? Ya iba a colgar.

—Sí, no lo había oí…

—¿Qué cojones pasó el sábado? Que no avisaste ni nada, y ya has faltado a dos entrenamientos, majo. Aquí nadie sabe si estás enfermo o qué. —Alfonso hablaba como, imaginaba, habían hecho los hombres de las cavernas: brusco, potente, tosco. Compartían el mismo cerebro—. ¿El principito va a venir hoy?

«Aquí nadie sabe si estás enfermo o qué». O sea que no se habían ido de la lengua ni aquello había salido de los vestuarios. Sentí un absurdo agradecimiento y al instante me cabreé conmigo mismo.

Traté de relajarme.

—No…, no, qué va, no puedo —respondí, empezando a inventarme una excusa sobre la marcha. No había contado con esto: enfrentarme a Alfonso sin haber pensado algo antes. Creía tener más tiempo hasta volver, si es que lo hacía. En una de las baldas de la cocina, una de las altas que menos usábamos, había una caja abandonada de mascarillas—. Es que he pillado el COVID.

—COVID, ¿eh? —Alfonso no sonaba convencido; sin embargo, poco me importaba. Él necesitaba una razón y yo necesitaba más días. A los dos nos venía bien esa respuesta, ambos cubríamos el expediente—. ¿Para el miércoles tampoco estarás?

—No creo…, no sé, si me baja la fiebre…

—Haz para que baje, ¿me oyes?, o te tengo sin jugar hasta la próxima pandemia. El miércoles te quiero aquí.

—Lo intentaré.

Capítulo 37

MANU

mar, 20:54

nanohermano:

En el quirófano se quedaron sin anestesia Y qué pasó? Se acabó lo q sedaba

nanohermano:

Ayer metí un libro guinness en la licuadora Y? He batido todos los récords

nanohermano:

Un ciego era sospechoso de asesinato y lo dejaron libre No tenía nada q ver

manu:
que no me escribas

nanohermano:

Hasta cuándo vas a estar enfadado?

manu:
hasta que me salga de los huevos

nanohermano:

Vale, hermano Yo espero Pero siento la q se ha liado

manu:
eso díselo a óliver

Capítulo 38

ÓLIVER

El sol, que empezaba a esconderse, me acompañó desde la parada del autobús hasta el campo de fútbol. Hice el camino solo, sin meterme prisa, apurando para llegar el último al entrenamiento y no tener que pasar en él ni un minuto más del necesario. El frío de marzo humedecía los prados y en el cielo se apreciaban matices lilas como despedida del día, pero metido en mi plumífero y con el calor que me proporcionaba el agobio que tenía, no notaba demasiado la bajada de temperatura.

Estuve a punto de darme la vuelta en un par de ocasiones, sobre todo cuando atravesé la puerta exterior de las instalaciones de los Ojáncanos y vi a Alfonso a lo lejos. Si me daba prisa, podría coger el autobús que saldría poco después y en cuarenta minutos estaría en mi habitación. Lo que pasaba era que… el viernes estaría igual. O el lunes. O el miércoles siguiente. ¿Y si no volvía? Esa era la opción más tentadora, hasta que Mario y Carla me vieron desde las gradas, me saludaron con la efusividad propia de dos niños y ya no hubo marcha atrás.

Me acerqué a ellos con los nervios en la boca del estómago, Manu no andaría lejos. Llevábamos cinco días sin hablar, desde la conversación final en su terraza, y yo transitaba entre el enfado máximo y la tristeza absoluta, pasando por momentos de cierto desapego, como si la cosa no fuese conmigo, en una montaña rusa que me iba a llevar derechito a la consulta de Teresa, mi psicóloga. Ahora bajaba en caída libre, empujado por la histeria: en unos minutos volvería a ver a todos mis compañeros y no estaba, ni por asomo, preparado para plantarles cara.

—¡¡Óliver!! —gritó Carla—. ¿Ya estás bueno?

Me senté a su lado, todavía con la mochila colgada al hombro, y me forcé a sonreír.

—Sí, he estado pachucho —les confirmé, por seguir la mentira que Manu les había dicho y que yo mismo había contado a Alfonso. Ambos me devolvieron la sonrisa y Mario me dio la mano, que llevaba metida en un guante azul con un dinosaurio de ojos saltones. El tacto y la calidez, el gesto en sí, me despertaron una ternura que estuvo a punto de hacerme sollozar. Así estaban las cosas de mal.

Mario seguía cogido de mi mano mientras Carla me contaba lo que habían hecho el fin de semana (ir al cine con su madre y el novio de esta); también me agarraba cuando Hugo, el Toloqui y Nano salieron de los vestuarios, y, segundos después, Manu los acompañó. Me centré en la suavidad del guante, en los pequeños apretones que el niño me iba dando casi sin darse cuenta, sobre todo cuando su hermano mayor miró hacia las gradas para confirmar que seguían ahí y me vio.

Quería quedarme allí con ellos, sin embargo, el resto del equipo continuó saliendo y solo faltaba yo. Me quité la mochila y el plumi, que dejé en el banco junto a los niños, me estiré las medias y me cambié rápido de playeras. Aquello me recordó a las primeras semanas en el club, en las que venía con el uniforme puesto de casa para evitar los vestuarios.

Siete meses después estaba igual. Peor.

—Os veo luego.

Y bajé las escaleras hacia el césped con una angustia y unos nervios como si me dirigiera a la guerra.

Todos me observaban.

Tenía la sensación de que se me había olvidado hasta caminar, y temí tropezarme y caerme delante del equipo entero y rematar así el espectáculo en el que me había convertido. Nadie me dijo nada, ni siquiera Hugo, quien me miró con una sonrisa despreciable que despertó mi instinto más animal, o Manu, al que me permití contemplar para comprobar que seguía como siempre (no le había crecido el pelo hasta los hombros en estos cinco días o se había tatuado un dragón en el cuello) antes de desviar la vista. Laro me saludó con un alzamiento de cejas, y algún otro —dos o tres, no más — lo hizo con gestos amables.

Si lo mío con Manu fuese un divorcio, la custodia de los Ojáncanos la tendría él.

—¡Qué ven mis ojos! ¡Óliver Cueto! —Con la palmada que me dio Alfonso en la espalda casi escupo un pulmón—. ¿Ya estás recuperado?

Asentí con la cabeza solo una vez, serio y determinado a no dejarme amedrentar. Más o menos. El entrenador era quien, en última instancia, movía los hilos y había que tenerlo contento. La mentirijilla que le había dado no se la había tragado, lo tenía claro, pero los dos fingimos que sí y fue de las pocas veces que me sentí conectado a él.

Por suerte, Alfonso consideró que ya me había dicho todo lo que me tenía que decir e inició la sesión con varios pitidos de silbato que nos hicieron correr alrededor del campo. Dejé que todos fuesen pasando y me coloqué al final del pelotón, desde donde avancé sin compañía acusando los tres entrenamientos que me había perdido.

Era una sensación contradictoria esa de no querer hablar con nadie y, a la vez, fastidiarme que nadie se acercase a preguntarme qué tal estaba.

El entrenamiento fue largo e incómodo, plagado de miraditas y sonrisas estúpidas de Hugo, y una distancia de seguridad que todos guardaban conmigo, como si aquel rechazo o incluso la homosexualidad se pegasen igual que el COVID que había fingido tener. Si Alfonso se percató de algo, no lo demostró, y cuando llegó la hora del partidillo, donde mi posición estaba cerca de la de Manu, tenía la sensación de llevar una semana dando vueltas por el césped buscando la salida.

—¿Todo bien? —me dijo el capitán mientras esperábamos a que Alfonso pitase el inicio del partido, las manos en la cintura, el ceño fruncido y la tensión rodeándole como la aureola de un santo. Debería haberme avisado de que iba a hablarme, porque, tras casi cuarenta minutos de ignorarme, pensaba que ya no me diría nada. En cambio, ahora, a escasos dos metros, me preguntaba y parecía preocupado, aunque ese agobio bien podía ser solo porque temía que los demás descubriesen la verdad.

A ratos había fantaseado con la idea de coger el megáfono que Alfonso utilizaba a veces, subir a la parte más alta de las gradas y contarles a todos que Manuel Caviedes, el capitán, hacía unas mamadas espectaculares que le encantaban. Sería muy explícito y maleducado con tal de avergonzarlo hasta llegar al punto en el que estaba yo. Pero entonces salía de esa locura transitoria, me arrepentía de mis propios pensamientos y seguía como si nada.

—Sí —respondí, contagiado por su parquedad de palabras. No le iba a contar qué tal estaba en realidad, y menos en medio del campo, *acorralados* por aquella panda de cromañones y días después de haber roto con él—. ¿Tú?

Ambos sabíamos que la conversación era una porquería, un intercambio de ascensor, presionados a llenar el silencio. En este caso, ni siquiera eso: oíamos a Alfonso dar órdenes y a nuestros compañeros charlar. Lo que nos *obligaba* a hablar era el tiempo que habíamos estado saliendo y sobre todo los meses de amistad.

Manu no llegó a contestarme porque Alfonso lo llamó y, mientras se giraba hacia el entrenador, intercambiamos una última mirada. Tampoco hacía falta que me respondiese; me habría dicho algo que ninguno de los dos se habría creído y la cosa se quedaría ahí.

Traté de desconectar el cerebro durante el partido, centrarme solo en el balón, sin importar qué compañero tenía al lado, quién me miraba o no, todos un borrón sin identidad. Lo conseguí a medias.

Cuando Alfonso pitó el final del entrenamiento, me faltó tiempo para salir del campo. Iba en cabeza del séquito que se dirigía a los vestuarios, yo directo hacia las gradas, por las que Mario y Carla correteaban cantando entre risas y gritos: «Tú que eres tan guapa y tan lista, y tú que te mereces un príncipe o un dentista…».

—No irás a ducharte con nosotros, ¿no? —dijo Hugo por detrás de mí en voz bien alta para que todos lo escucháramos—. ¿No? —siguió diciendo cuando pasé de largo la puerta de los vestuarios y comenzaba a subir las gradas—. ¿Te vas a quedar con las ganas?

Oí un «Déjalo ya» de Cobo y unas risotadas amortiguadas de Hugo y el Toloqui, así que supuse que ya habían entrado. No me giré para comprobarlo, ni siquiera para ver cuál había sido la reacción de Manu. Me la podía imaginar por su silencio.

Cambié el gesto al llegar a mi mochila, a la vez que Mario y Carla se acercaban de forma atropellada, la niña chocándose conmigo entre risas y manotazos.

—¿Qué estabais cantando?

—*La lista de la compra* —me dijo Mario mientras se sentaba a mi lado. Yo para entonces ya estaba descalzándome y cambiándome de playeras para escaparme cuanto antes. Estaba sudado y necesitaba una ducha, sin embargo, era más fácil así—. ¿Te la sabes? —preguntó el niño.

—No, otro día me la enseñáis, ¿vale?

—¿No vienes con nosotros? —preguntó ahora Carla sin ocultar la extrañeza que le provocaba verme allí con ellos en vez de en los vestuarios con el resto, de donde debería salir un rato después junto a su hermano, con el pelo mojado y olor a menta—. La podemos cantar por el camino.

—Hoy no puedo, es que me tengo que marchar ya.

—¡Pero si Manu se ducha rapidísimo! Espera, ven. —Y Carla me cogió la mano, Mario imitó a su hermana y me cogió la otra, y se me sentó uno a cada lado. Aguanté así unos segundos, más inquieto por si salían Manu o Hugo que enternecido por las monerías de los niños.

—Me tengo que ir —insistí, y ya sí los solté y me levanté, para luego ponerme el plumífero y colgarme la bolsa donde llevaba ropa limpia que no había llegado a sacar—. Nos vemos el próximo día, aquí a la misma hora, ¿vale?

Ambos me miraron confusos, porque aquello era también cambiar la rutina de venir al entrenamiento juntos y volver juntos e incluso cenar juntos, pero eso se lo dejaba a Manu para que se lo explicara, no era cosa mía.

Tras la despedida apresurada, bajé al trote los altos escalones de las gradas y solo me faltó salir corriendo al llegar abajo. Creía estar salvado ya en el aparcamiento, todavía lleno de los coches y las motos del resto del equipo, cuando oí a Nano llamarme:

—¡Eh, Óliver! ¡Espera! —me pidió, y yo me giré alzándole las cejas, algo desconcertado por la repentina aparición: durante las dos horas anteriores no me había dirigido la palabra. Cuanto antes me

fuese de allí, mejor para todos, sobre todo para mí, que no veía el momento de encerrarme en mi habitación con un cuarto de libra con queso y un helado con trocitos de KitKat, la perfecta dieta mediterránea.

Nano llegó hasta mí de una carrera, todavía vestido con el equipaje de los Ojáncanos y el cuerpo sudado. No era guapo, pero la desproporción en sus rasgos (nariz grande, boca pequeña) le daba un atractivo que, sabía, le conseguía a las tías que quería. Me consideraba inmune a sus encantos; sin embargo, era consciente de ellos.

—Oye, hermano, siento de veras lo que ha pasado. A mí me lo contaron, y yo se lo conté a Hugo y… Es un bocas, ya lo conoces.

Intentar disculpar a Hugo no era la mejor forma de empezar la conversación, y como no tenía ganas de mantener ninguna, solo de marcharme a casa, metí las manos en los bolsillos y asentí con la cabeza.

—Claro —dije sin más.

—Aquí en dos días a todos se les ha olvidado, ya lo verás —continuó, porque Nano era de esas personas que no necesitaban que les dieses carrete para seguir hablando. A su lado, yo era *un Manu* de las conversaciones, todo monosílabos y comentarios cortos.

—Que hagan lo que quieran, no sé si voy a volver.

Si me iba del equipo, podrían seguir acordándose de que yo era gay u olvidarse; alejado de ellos, a mí ya me daría igual. Lo que no iba a hacer era quedarme y tragar, como en el Nansa, y largarme a final de temporada. O me quedaba con todas las consecuencias o me marchaba ya, nada de medias tintas.

—¡Qué va, hermano!, no digas eso, no puedes abandonar, y menos por algo así.

Nano tenía buenas intenciones, se lo veía en el gesto de la cara y en el tono de voz, a medio camino entre amabilidad y preocupación; también, en el hecho en sí de que había sido el único de mis compañeros que me había hablado. Y, aun sabiéndolo, me jodía que lo considerase fácilmente olvidable, una mala broma que se había ido de madre.

Sobre todo porque él estaba involucrado.

—Me sacó del armario —le recordé—. Y tú le contaste lo del Nansa.

—Vale, nos pudo el cotilleo, pero Hugo lo hizo sin pensar.

Me reí sin ganas.

—Permíteme que lo dude, él sabía bien lo que estaba haciendo, ¿eh?

—Hermano… —Nano resopló, quizá sin más argumentos para defenderse a sí mismo y a su amigo, quizá arrepentido de haber salido detrás de mí en pantalón y manga cortos con el frío que hacía, quizá cansado de un dramita que a él ya ni le iba ni le venía.

—Nada, que me tengo que ir o pierdo el bus —lo corté apretando los labios y alzando las cejas. No me quedé a esperar contestación, aunque llegó cuando me giré y comencé a caminar por la carretera hacia el pueblo.

—¡Vente el viernes o voy yo a buscarte! —se despidió, y yo ni me giré ni respondí, solo seguí andando con los puños apretados en los bolsillos del plumífero, el cuerpo pegajoso del sudor y las ganas de chillar arañándome la piel.

Capítulo 39

MANU

Recibí el primer mensaje de Nano cuando me comía un yogur tirado en el sofá, mi madre sentada al lado con la bandeja de la cena, recién llegada del hospital, y Carla y Mario sobando en sus camas. Desplegué la notificación, leí el *hermano* con el que me saludaba y volví a bloquear la pantalla.

No hacía ni dos horas que había acabado el entrenamiento y ya lo tenía comiéndome la oreja. Llevaba una semana ignorándolo y, aunque parecía que me había dejado en paz (aquella tarde no había intentado hablar conmigo), ahora lo tenía de nuevo insistiendo.

No le perdonaba que le hubiese contado a Hugo lo de Óliver. No le perdonaba que hubiese contribuido a sacarlo del armario. No le perdonaba que precisamente él estuviese metido en esa mierda. No le perdonaba.

No *me* perdonaba.

Otro pitido. Y otro. Resoplé.

—Chiqui, ¿qué pasa?

—Nada, el Nano, que es un pesado.

Mi madre sonrió, creyendo que mi actitud se debía a la tontería de los pitidos y la insistencia de mi amigo. ¿Seguía siéndolo?

Un pitido más.

Cogí el móvil, el yogur abandonado en la otra mano, y entré a WhatsApp. Nano había aprovechado esos minutos para quedarse a gusto. Vaya parrafada me había dejado, el muy cabrón.

mié, 22:43

nanohermano:

Hermano Ya sé q no quieres saber de mí Pero antes estuve hablando con Óliver E igual deja el equipo Voy a intentar convencerlo de q se

quede Prueba tú también Seguro q te hace más caso q a mí

A una vuelta que le hubiese dado, me habría centrado en lo más importante que Nano me contaba: Óliver se estaba pensando si seguir o no en el equipo, pero mi primera reacción fue cagarme encima y cubrirme las espaldas. ¿Qué coño insinuaba con su último mensaje?

manu:
a mí? y eso por qué?

nanohermano:

Sois muy amigos, no?

Me estiré hacia delante para dejar el yogur sobre la mesa baja, miré de reojo a mi madre, que seguía cenando mientras veía una serie de abogados, y volví a la conversación.

manu:
compañeros de equipo

Solo al terminar de escribir me di cuenta de que era verdad: desde hacía cinco días mi relación con Óliver se limitaba a compañeros de equipo y nada más. Me intentaba convencer de que era lo mejor para los dos, la única opción, cada vez que me echaba a dormir o me cepillaba los dientes o iba en bus o coche o tenía más de tres segundos libres para pensar en ello.

Si mi círculo cercano se reducía a dos críos y dos viejos no era solo porque tuviese que cuidar de mis hermanos tanto tiempo; también se debía a que no dejaba entrar a cualquiera, a que no confiaba en casi nadie.

Había dejado pasar a Óliver y este no había hecho más que confirmarme que eso de la confianza era un lujo que no me podía permitir.

Con Nano, más de lo mismo.

nanohermano:

Lo q sea De todos, eres con quien mejor se lleva Así q habla con él Dice poco del equipo si se va por algo así

manu:
haberlo pensado antes de remover mierda

nanohermano:

Lo sé Por eso estoy intentando arreglarlo Ten fe en mí, hermano

manu:
el chiste del siglo

Terminé de escribir, bloqueé el móvil y lo metí en el bolsillo del chándal. No me apetecía leer más tonterías de alguien que había provocado aquel desastre y que ni siquiera podía imaginarse sus consecuencias.

Los días pasaron, llegó el sábado, y yo seguía rumiando lo que me había dicho Nano. La tarde anterior habíamos tenido el último entrenamiento de la semana y el pavo se dedicó la hora y media a lanzarme miradas y a señalarme a Óliver con la barbilla. No hablé ni con uno ni con otro; apenas hablé con nadie, más allá de algún saludo y cuatro indicaciones durante la sesión.

Mis hermanos correteaban por la finca del Migueluco y el Tonio, perseguidos por Elena y por Atila, y yo, desde el banco del porche, no les quitaba ojo. Los quería mucho, pero eran dos críos rodeados de animales y no me fiaba mucho. Si fuese por Carla, aparecería montada en uno de los caballos, y Mario a su lado, en la burra.

—¿Y esa cara de haber chupado un limón? —me preguntó el Tonio cuando yo llevaba un rato en silencio, solo respondiendo con movimientos de cabeza a su cháchara. El Migueluco tampoco participaba mucho en la conversación, y me observaba dando sorbos cortos al vino que hacía un rato le había servido el Tonio. Yo me dedicaba a beberme mi refresco y a comerme las aceitunas que mis

hermanos nos habían dejado. Con ellos, la hora del vermut era sagrada—. ¿Mal de amores?

Me metí otra aceituna en la boca.

—Qué mal de amores ni qué mal de amores. Déjalo en paz, que igual no quiere contárnoslo —me defendió el Migueluco, y su primo respondió con un resoplido de indignación que me hizo reír un poco. El Migueluco no se equivocaba: no me apetecía hablar de Óliver ni contar lo de los vestuarios ni que habíamos cortado. No me apetecía, pero lo necesitaba, o acabaría saliéndome la amargura, viscosa y negra, por la nariz.

Joder, qué asco.

—No, es que… —empecé a decir. Yo no era una de esas personas que se desahogaban con otros. Más bien me lo tragaba todo (qué bien traída la broma de maricas) esperando que desapareciera. Ahora, en cambio, estaba dispuesto a abrir el pico y contar mis penas si eso me aliviaba la presión del pecho. Sonaba muy moñas, pero así me sentía: lo que había pasado con Óliver me aplastaba las costillas—. Óliver me ha dejado. O lo hemos dejado los dos. Vamos, que ya no estamos saliendo.

Quería pensar que, si él no hubiese propuesto acabar con lo nuestro, lo hubiese hecho yo, tan puteado como estaba. La verdad penosa es que hubiese tragado eso también, esa desconfianza que me había generado saber que Óliver me había ocultado algo gordo. ¿Y qué sentido tenía salir con alguien del que no te fiabas del todo?

¿Era eso? ¿No me fiaba de Óliver?

La reacción de los viejos fue la esperada: el Migueluco bebió otro sorbo de vino y el Tonio me dio una palmada en la espalda.

—Lo siento, niñuco, parecía un buen chico. ¿No lo podéis arreglar?

—Mira que eres cotilla… —se quejó el Migueluco, aunque no era una regañina, se notaba el cariño en su voz. A diferencia del Tonio, el Migueluco aparentaba no querer a nadie más que a sus animales, y luego lo veías hablar con su primo o preocuparse por mí o mis hermanos y cambiabas de opinión.

—No creo…, se ha enredado todo. Es mejor así.

Entonces se me escapó tal suspiro que contradijo lo que no paraba de repetir: a Óliver, al Migueluco, al Tonio y a mí mismo. «Es mejor

así».

El Tonio volvió a darme una palmada, esta vez en la rodilla.

—A mí también me rompieron el corazón a tu edad, y la misma persona me lo arregló.

Me giré no solo por la cursilería que acababa de soltar, que tampoco me sorprendía viniendo de él, sino por el mensaje: el Tonio había estado enamorado. Para mí, ambos viejos llevaban toda la vida viviendo en aquella casa y dedicándose a cuidar los animales, sin tiempo ni ganas para dedicarlo a ninguna mujer. Era algo parecido a enterarte de que tus padres, antes de estar juntos, habían salido con otras personas.

—¿Tuviste novia? —pregunté con incredulidad. Imaginarme al Tonio suspirando por alguien me resultaba raro, y ya ni hablemos de su primo—. No me digas que tú también, Migueluco.

Fue como pincharlo con un punzón: al instante se revolvió en el asiento junto al Tonio.

—¿Yo? Una no, ¡dos! ¡No te giba!

—¿Nunca? ¿Ni cuando tenías mis años? —insistí con una leve sonrisa que me salió sola al ver su reacción.

—Había mucho trabajo, tenía que ayudar a mis padres con las vacas y no me quedaba tiempo para esas cosas…

El Tonio, mirando su vaso vacío y acomodado entre los dos, dijo algo por lo bajo que no llegué a escuchar. El Migueluco lo miró con una irritación mal disimulada que no se me escapó.

Estaba claro que había donde rascar: el Migueluco ocultaba algo.

Si tenía pocas dudas, me lo confirmó él mismo al levantarse del banco, coger la escoba y ponerse a barrer el suelo del porche, esparciendo de un lado a otro la porquería sin muchos miramientos.

—Siempre hay tiempo para el amor, Migueluco —bromeé sin ninguna gracia, y me devolvió la mirada casi tan serio como había mirado a su primo, como nunca me había mirado a mí.

—Cuéntaselo, anda, puede que le venga bien —lo empujó el Tonio.

—Cuéntamelo, Migueluco, por favor.

—Es buen momento para que lo sepa, ya toca.

El Migueluco dio un golpe contra el suelo y nos miró. Tuve que aguantarme otra sonrisa para que no me partiese el palo en la cabeza.

—Cuando os ponéis pesados no hay quien os aguante… —dijo enfurruñado; habíamos ganado. Dejó la escoba, sirvió más vino en su vaso y en el del Tonio y volvió a sentarse con nosotros.

A mí tanto misterio me estaba creando una expectación de la hostia. ¿Iría a confesarme que era mi abuelo secreto? ¿Que había tenido un lío con la antigua reina? ¿Que abandonó a su mujer y sus hijos en América?

—Nos conocimos en la mili —empezó a contarme con la vista fija en mis hermanos, que lanzaban maíz a las gallinas que, más allá, correteaban por el prado. El Tonio y yo lo observábamos a él, atentos a su historia—. No me mandaron lejos: a Santander, ya ves tú. El cuartel estaba pegado al colegio de curas, donde la residencia esa en la que vive Óliver. —Ignoré el último comentario y ahora fui yo quien se removió en el banco. El Tonio le dio una suave palmada al Migueluco en la rodilla y este continuó—: Me tiré casi una semana sin hablar con nadie, era la primera vez que salía de casa, del pueblo. Pero un día, era miércoles, se presentó en las cocinas: tenía los ojos más verdes que había visto nunca y, aunque sonreía a todo bicho viviente, reconocí el miedo que yo mismo sentía.

El Tonio volvió a tocarle la pierna, cerca de la rodilla, y dejó la mano ahí. No despegaba la vista de su primo. El Migueluco, en cambio, seguía sin mirarnos, por corte o porque estaba perdido en ese cuartel de la dictadura.

—Estuvimos dos días cortando patatas en silencio, uno al lado del otro como dos pasmarotes. —Y aquello lo hizo sonreír; al Tonio también. Yo me sentía imbécil porque no entendía lo que me contaba, me faltaban capítulos de la novela.

—Espera —dije confundido—, ¿te colgaste de otro pibe? ¿O era una cocinera o algo así?

—Calla y escucha —me regañó el Tonio, quien disfrutaba de la historia, de mi reacción y, sobre todo, de que fuese el Migueluco quien estuviese contándola.

Yo no asimilaba nada; hice caso y le dejé seguir.

—Al tercer día me preguntó de dónde era y con eso tan sencillo empezamos a hablar. Hacíamos nuestro turno en la cocina y luego nos buscábamos cada vez que teníamos un rato libre. Unos días antes de tener nuestro primer permiso de fin de semana, me contó que, como era de la zona de Potes, no le compensaba tirarse tanto tiempo en el autobús para subir y que se quedaría en algún hostal de la ciudad. Así que me quedé con él.

¡Era un pibe!

—¿En la misma habitación? —pregunté alucinado.

—No, burro, cada uno en una. Pero aquel fin de semana… lo cambió todo.

—Os liasteis.

—Y dale… Eres más burro que un *arao* —se quejó el Migueluco.

—Nos liamos —confirmó el Tonio, y yo casi me caí de morros al suelo de la impresión.

—¿Qué?

—Que Miguel y yo no somos primos, alma de cántaro.

No lo vi venir, algo que, por sus caras, les parecía graciosísimo.

—No estoy entendiendo nada —reconocí tras el intento de decir algo más coherente.

—Es fácil —dijo el Tonio—: nos conocimos en la mili, nos enamoramos y… sesenta años después aquí seguimos.

Tuve la tentación de llamar a mis hermanos o a mi madre o incluso a Óliver para contárselo, necesitaba comentarlo con alguien. Entonces me di cuenta de que con Óliver no me hablaba y de que si yo no lo había sabido hasta ahora era porque ellos no querían que lo supiese.

—¿Por qué no me lo habéis contado antes? —dije algo aturullado y picado—. ¿Por qué os hacéis pasar por primos?

El Migueluco suspiró; la mano del Tonio seguía sobre su pierna. Aquel gesto tenía un nuevo significado para mí.

—Las cosas no han sido tan sencillas como las cuenta el Tonio. Para empezar, nos la jugamos al empezar nuestra relación en medio de una dictadura, y nada menos que en la mili. Nos veíamos a escondidas en el cuartel y aprovechábamos los permisos para estar juntos lejos de allí, aunque los dos sabíamos que podía acabar muy

mal y estuvieron a punto de cazarnos. Nos las apañamos para sobrevivir hasta que nos licenciamos.

»Cuando terminamos la mili, el Tonio no quería volver a su pueblo, sino quedarse en la capital. Creía que las mentes eran más abiertas que en la montaña. Santander abierta, ¿tú te crees? —Bufó, divertido con la idea que todavía hoy sonaba absurda—. Así que se vino aquí conmigo, que no era la capital, pero estaba cerca. Mis padres ya eran mayores y contamos que yo necesitaba ayuda para cuidar los animales. Poco después, murió mi madre, no tardó en seguirla mi padre…, y nos quedamos solos, en esta misma casa. Hasta que la gente comenzó a hablar.

El Migueluco sacudió la cabeza, intentando desprenderse de las cosas que les habían dicho, el Tonio posó la mano sobre la de él, las pieles de ambos arrugadas, y a mí me dieron ganas de lloriquear como un bebé.

—Al final, él se fue a Madrid y yo… yo me quedé aquí.

—Al final no —apuntó el Tonio—. Volví.

—Os salió bien. —Y les sonreí, todavía alucinado—. La historia tiene final feliz.

—¡Pero estuvo a punto de tener uno muy diferente, de haber sido por mí! —El Migueluco sonaba enfadado—. Por el miedo al qué dirán y las represalias, que la gente es muy mala.

»A veces todavía pienso en la vida que habría tenido si no hubiese sido por él. Me la habría perdido. Me habría perdido mi vida.

El Tonio estrechó la mano del Migueluco y este posó la otra sobre ellas con un par de lentas palmadas. Se miraban de una forma en la que ahora entendía que era amor, no aquel cariño fraternal que yo había creído toda la vida, sino uno más profundo que les había hecho arriesgarse en pleno franquismo, compartir casa y estar juntos durante casi sesenta años. Sesenta, que se decía pronto.

El silencio nos invadió a los tres, mientras, más allá, mis hermanos jugaban con los perros, ajenos a la información que yo acababa de conocer.

—Sigo flipando con que seáis gais ¡y estéis juntos! —solté sin poderme contener.

—¡Niño, eso no es lo importante de la historia! —me cortó rápido y bruto el Migueluco. Pero sonreía y continuaba rodeando la mano del Tonio con las suyas, y el Tonio lo miraba con admiración.

«Me habría perdido mi vida».

Yo, alucinado, los contemplaba a los dos.

Capítulo 40

MANU

Llevaba todo el día lloviendo y mis hermanos estaban en casa con mamá, así que fui a entrenar en su coche, donde me refugié en cuanto salí disparado del campo. Ya dentro, me sacudí como un perro y llené de gotas de agua el salpicadero. Encendí el motor y puse la calefacción, y poco después el interior estaba caldeado.

Todavía tenía el frío del entrenamiento metido en el cuerpo, y eso que al acabar me había dado una ducha larga, con el agua quemando. Pero estar casi hora y media bajo un cielo que se te cae encima nunca es agradable, y menos en pleno mes de marzo. Había momentos en los que ni siquiera veía el balón, y me limitaba a correr de un lado al otro del campo encharcado, siguiendo las indicaciones de Alfonso, que, jarrease o no, gritaba hasta quedarse afónico. En días así, las sesiones no eran productivas, y todos nos limitábamos a aguantar hasta que acababan.

Ni siquiera esa tarde Óliver entró a los vestuarios. Lo vi dejar sus cosas en el pasillo y, al terminar, todos calados de la cabeza a los pies, manchados de barro por las caídas, se puso la cazadora y se largó.

De eso ya había pasado un rato, lo que tardé en escaldarme, secarme y vestirme.

Desde que Nano me había contado que Óliver quería dejar el equipo, seguía dándole vueltas al tema. No me sorprendían sus dudas, no sabía qué haría yo de estar en su lugar, y por segunda vez. Tampoco tenía claro si estaba en posición de pedirle que se quedase. ¿Quién era yo para pedirle algo así? Además, las cosas serían mil veces más fáciles si se marchaba, eso estaba claro.

No quería que lo hiciera.

Tenía a Óliver todo el día en la cabeza, ahí, pim, pim, pim, pim.

Todavía no había decidido si hablar con él o no cuando me lo encontré de camino a casa. Teniendo en cuenta que ambos

habíamos salido del mismo sitio y solo había una carretera hasta el pueblo, no debería haberme pillado desprevenido.

Disminuí la velocidad, me coloqué a su lado y bajé la ventanilla del copiloto lo justo para que me escuchase y no se colase el agua.

—¡Sube! —le grité para hacerme oír por encima de la lluvia repiqueteando en el cristal y la chapa del techo. No tuve que insistir, ni siquiera me respondió: se movió rápido y entró como un huracán, arrastrando la tormenta que se barruntaba fuera al interior del coche.

—Joder, está diluviando —se quejó mientras se descolgaba la mochila y la dejaba a sus pies. Tenía el pelo pegado a la cara, tan mojado que su color cobrizo había oscurecido bastante, y todo lo que veía de él estaba empapado. Todavía llevaba los pantalones cortos del equipaje y las medias hasta las rodillas, con manchas de barro aquí y allá; y por su plumífero resbalaba el agua y mojaba el asiento—. Gracias por recogerme.

—No es nada —respondí mirándolo de reojo; había vuelto a arrancar el coche y, con la poca visibilidad que había, tenía que tener toda mi atención en la carretera—. Era eso o dejar que pillases una pulmonía.

Óliver no respondió; acercó las dos manos a las ranuras por las que salía el aire caliente y nos quedamos callados. El ruido de la lluvia y La Fuga, con su *Pa volar*, ayudaban a llenar el silencio tenso, como si apenas nos conociésemos. Me acordaba de otras veces conduciendo junto a él, de los besos que nos dábamos aprovechando los semáforos en rojo, de mi mano izquierda en el volante, de la derecha en su muslo, de sus dedos en mi nuca.

—El míster no perdona una —dije al no aguantar más aquel silencio—: ya pueden anunciar el fin del mundo que el cabrón no cancela el entrenamiento.

—Porque él está bien resguardadito mientras nos hace correr…

La voz de Óliver transmitía sin disimulo la manía que le tenía a Alfonso, y si las cosas no estuviesen tan raras entre nosotros me habría sacado una sonrisa que ahora me tragué.

—Es como cuando nos dice que nos pesa el culo por comer tantas mierdas, y él se guarda en el despacho unos sobaos más grandes

que mi cabeza.

Lo miré de reojo, la cascada que caía por el cristal delantero no me permitía más, esperando verle reír por mi chiste, pero me encontré con una seriedad que, en Óliver, siempre impresionaba.

—Déjame donde puedas —me dijo, en cambio, al llegar a la carretera principal del pueblo.

—Sí, claro, con la que está cayendo. Te llevo a la resi, no tardo nada.

—Ni hablar, me dejas en la parada, que sale el bus ahora.

—¿Y que te pongas malo de verdad?

Me acordé entonces de una situación parecida hacía meses, al inicio de la temporada, cuando nos pillamos una buena chupa y Óliver conoció a mamá y cantamos *Como Camarón* y estuve en su habitación. Habían pasado años.

—Siempre me salvas cuando llueve. Gracias —volvió a decirme, serio como llevaba viéndolo desde hacía días, como no lo había visto nunca. Sin la sonrisa, era otro Óliver.

A la vista de que iba a estar más tiempo en el coche de lo que en principio pensaba, se quitó el plumífero, que dejó en el asiento trasero, y sacó de la mochila una toalla, con la que se secó la cara y el pelo. Con un vistazo rápido comprobé que llevaba ropa limpia en la bolsa, que debía de llevarla a cada entrenamiento por si esa era la vez en la que entraba de nuevo a los vestuarios.

—Me ha dicho Nano que quieres dejar el equipo —solté antes de darle demasiadas vueltas y no decir nada. Seguía lloviendo tanto que no podía prestarle a Óliver la atención que me gustaría; mantenía una mano en el volante, la otra en la palanca de cambios y la vista en la carretera, a pesar de querer girarme hacia él y contemplarlo mientras hablábamos.

Se revolvió en el asiento, noté los movimientos por el rabillo del ojo, y resopló flojo.

—Me lo estoy pensando —admitió sin alzar mucho la voz; la lluvia golpeando el techo del coche estuvo a punto de tragarse sus palabras.

Hasta esta temporada, había jugado sin Óliver. Desde los seis años que empecé en el club hasta los veinte que tenía ahora. Y me había

ido bien. Me había ido de puta madre. ¡Me habían hecho capitán! De marcharse, algún otro pavo ocuparía su lugar como si nada hubiese sucedido, la temporada seguiría sin él. Si Óliver no volvía, el mundo continuaría girando y mi vida no se acabaría, estaba claro; yo no era tan dramático. Tenía la cabeza bien amueblada. Claro que sí.

Claro que sí.

Pero era injusto que se fuese de esta manera.

Óliver era un buen pibe, un buen jugador, y no se merecía tener que dejar otro equipo por que los demás fuesen retrasados. De querer irse, tendría que ser por una oportunidad mejor.

—Deberías quedarte, los Ojáncanos son un buen club.

No respondió, y dudé de que me hubiese oído, así que me permití observarlo un momento y me lo encontré con la cabeza girada hacia el lado contrario, mirando por la ventanilla. No alcancé a verle la cara.

—No sabes lo que es —contestó por fin—. A ti no te miran con asco, con asco de verdad, ni van a hacerte sentir incómodo o vacilarte por cambiarte con ellos en los vestuarios, si es que me dejan volver a entrar.

Ahora el que calló fui yo, porque Óliver tenía razón: no sabía lo que era porque no estaba pasando por ello. Había salvado el culo, todavía no sabía ni cómo, de chiripa, y cada día llegaba al entrenamiento acojonado por si alguien había descubierto que quien se comía la boca con Óliver en el túnel era yo. Era yo también el que le cogía la mano y entrelazaba los dedos con los suyos, el que se escondía contra su cuello, el que pegaba los pies a los de él para calentármelos, el que se la chupaba y le pajeaba, el que lo echaba de menos cada vez más, incluso cuando lo tenía sentado a menos de un brazo de distancia.

—Tienes miedo de que te ocurra, pero no sabes lo que es —repitió, y aun con el ruido de la lluvia, escuché el quiebro de su voz; estaba llorando. Aquello era nuevo, y la angustia se me posó dentro, no sabía bien si en la tripa o en el pecho o en la boca, en los tres sitios a la vez.

Me cagué en todos mis muertos, en medio de la carretera infinita, y detuve el coche en el arcén. Puse las luces de emergencia, sin

apagar el motor para mantener la calefacción, me solté el cinturón de seguridad y me giré hacia él, que se limpiaba la cara de forma torpe y trataba de adivinar qué hacíamos ahí parados. Eso quería saber yo también.

—Tienes razón —admití—, no sé lo que es. Te ha pasado a ti. Pero ¿te acuerdas de lo que me dijiste cuando me contaste lo del Nansa?

Óliver me escuchaba con la vista fija en el salpicadero, las lágrimas barriéndole la cara, que se limpiaba en cuanto caían, una y otra y otra vez. Pasé un brazo por detrás de su asiento y apoyé la mano en el extremo más alejado, como si así lo abrazase a él.

—Me dijiste —continué— que los habías dejado ganar.

Me miró de reojo, limpiándose ahora con la manga de la chaqueta de chándal; algo de lo que acababa de decir lo había hecho llorar más. Yo estaba acostumbrado a consolar a mis hermanos, si no era uno, era el otro, por perder al Mario Kart o tener bocartes para cenar o cosas más gordas como insultos en el cole o echar de menos a papá. También pasé una temporada larga ayudando a mamá cuando le costaba hasta vestirse, e incluso estuve con el Tonio y el Migueluco al morir la Susi, su gata, que llevaba con ellos quince años. Las lágrimas no me asustaban, o eso creía hasta ver las de Óliver. No sabía qué hacer para pararlas.

Con una mano torpe, le di un toquecito en la rodilla que tenía más cerca, sobre la piel ya caliente por la calefacción. Levantó la vista y me miró. El instinto de protección se me activó igual que a esas madres que de repente desarrollan superpoderes y son capaces de levantar un coche para proteger a su hijo. Salvando las distancias, y que compararme a mí con una madre y a Óliver con mi hijo era muy turbio, me sentí capaz de hacer cualquier cosa para que se sintiese mejor.

—Y tú me dijiste que en realidad había ganado yo porque te había conocido a ti —me recordó entonces él con una sonrisa más triste que su berrinche.

—A veces soy imbécil —admití con cierta vergüenza; aquel comentario de hacía meses, la hostia de pretencioso, había sido mi patética forma de tontear con él cuando ni siquiera me daba cuenta de que lo estaba haciendo.

Retiré la mano de su rodilla, el brazo del respaldo, y me eché hacia atrás hasta sentarme bien en mi asiento.

—Mira…, sigo pensando que marcharte del otro equipo fue por supervivencia, yo habría hecho lo mismo, y que ellos no ganaron nada, pero ahora…, ahora tienes que quedarte. Tienes que quedarte con nosotros.

Conmigo.

Lloraba menos, los ojos brillantes, la cara mojada, y me observaba con más intensidad. A veces era difícil aguantar su mirada cristalina, que podía convertirse en un cielo de verano o en un iceberg en cuestión de segundos, lista para arrasarte por dentro. Me obligué a mirarlo.

—Le daré una vuelta, ¿vale? En serio —me aseguró.

Y aquello, que no era un no rotundo, de momento me servía.

Sobre todo cuando, pocos días después, nos enfrentaríamos de nuevo al Nansa.

Capítulo 41

MANU

Los cubículos sin puertas de las duchas, que daban una sensación falsa de intimidad, podían llegar a ser muy jodidos para los tímidos, los que odiaban su cuerpo y los que temían empalmarse con el de los demás. Ahora estaba solo en los vestuarios y los únicos sonidos que llegaban hasta mí eran los del chorro de la ducha que tenía delante y la música de Marea que salía de mi móvil.

El agua caliente, casi abrasándome la piel, me relajaba los músculos tras un entrenamiento largo que había ido bien. Incluso Alfonso nos había felicitado, cosa que casi nunca ocurría y que había que tomarse como el cometa que pasa cada cuatrocientos años por la Tierra, si había suerte.

Me eché gel en las manos y empecé a frotarme el cuerpo para quitarme el sudor de la piel, el barro de las piernas, el verdín de las rodillas.

No lo oí llegar.

—¿Necesitas ayuda para enjabonarte la espalda?

Sonreí hacia los azulejos. Enseñé los colmillos.

Era Óliver.

Me giré hacia él sin cambiar el gesto, ocupado en mirarlo de arriba abajo, mientras él hacía lo mismo conmigo, nada disimulados. Un buen repaso. Era la primera vez que nos veíamos completamente desnudos; hasta ahora habíamos pillado partes que, como un puzle, yo había juntado en mi cabeza. Sonreí más, confiado. Óliver me devolvió la sonrisa, amplia y desvergonzada, y se acercó hasta chocar su cuerpo contra el mío. Tuvo que echarse el pelo, ya mojado, hacia atrás para que no le molestase, y yo me quité de un manotazo gotas de agua que me salpicaban la cara, porque el chorro caía cerca.

Observaba atento cada uno de sus movimientos.

—Eres la hostia de sexi, la hostia —le solté bien claro, mirándolo a los ojos, para después hacerle otro repaso: labios, pecho, brazos, estómago, vientre. Me entretuve en su rabo, las cosas como son, y volví a sus ojos claros, a sus pupilas dilatadas.

El agua, el calor húmedo y la música nos envolvían.

Y entonces se lanzó a por mí: me agarró por la nuca con una mano y me besó, muerto de hambre. No tardé en seguirle el ritmo, estaba yo como para esperar, y nos comimos la boca a destajo, nos teníamos demasiadas ganas. Siempre. No nos empachábamos el uno del otro. Nunca.

Cuando nos dimos una tregua, cinco segundos para respirar, coló la mano entre nosotros y me empezó a acariciar el rabo. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla contra la pared de azulejos.

Era alucinante, me encantaba, y él lo sabía.

—Óliver…, relaja o me corro ya —lo avisé con la voz entrecortada.

—¿Ya? No fastidies, ¿eh? Que acabo de empezar. —Se rio y adelanté el brazo para darle un suave golpe en el costado. Me hizo caso; se lo acababa de pedir, pero cuando fue bajando el ritmo estuve a punto de quejarme: «Eh, qué haces, eh, por qué paras, eh, vuelve a lo de antes». Por suerte Óliver tenía más cosas pensadas. Me estrujó el culo con las dos manos, siempre le había molado mi culo, y me hizo darme la vuelta contra la pared. Apoyé la frente contra la superficie mojada y miré hacia abajo mientras se me escapaba el aire y sonreía. Si no eran sus manos o sus besos los que harían que me corriese rápido, sería la anticipación. Me estaba matando.

Lo siguiente que noté fue su lengua entre mis omoplatos. Me lamió un reguero de gotas de agua y sonreí más. Se agarró a mí por los brazos, por la cintura, por la cadera, se pegó del todo. Acercó la cabeza a mi hombro y sentí su aliento en la oreja, su rabo duro contra mi culo, justo donde lo quería. Y me reí sin hacer ruido, impaciente y cachondo, incapaz de creerme que esta fuese mi vida. Por el cambio en su respiración, supe que aquel refrote le gustaba tanto como a mí.

Afiancé mejor las manos contra los azulejos, que se me resbalaban, y Óliver me agarró fuerte por la cadera, los dedos apretándome la piel, acercándome a él. Me preparé.

Y entonces… lo noté.

El vacío a mi espalda, la falta de contacto, el silencio repentino; ni música ni agua ni su respiración. Me giré buscando una explicación, pero no la encontré. No lo encontré a él. Óliver se había esfumado, un visto y no visto, y yo volvía a estar solo.

Me despertó la decepción. La misma que me invadió al darme cuenta de que seguía en mi cama, donde me había echado un rato antes a leer; Mario dormía en la de al lado, Elena a mis pies.

Tardé unos segundos en ubicarme, en dejar los vestuarios y regresar a mi colchón, con una vergüenza tremenda que me costó hacer desaparecer.

Capítulo 42

MANU

El Nansa iba tercero en la clasificación; nosotros, los cuartos, y solo ascendían de categoría los tres primeros. Una diferencia de dos puntos y cinco partidos nos separaban de lograrlo o, como la temporada pasada, quedarnos a las puertas. Cada encuentro sumaba.

Alfonso no se cansaba de repetírnoslo, como si a alguno se nos fuese a olvidar.

Llevaba semanas con la cantinela, y ahora que el partido de vuelta había llegado, aún más. Para ser una de las personas menos ágiles que conocía, se movía con facilidad por los vestuarios del Nansa, arriba y abajo, arriba y abajo, mirándonos a todos, en especial a mí, y yo asentía con la cabeza, los brazos cruzados sobre el torso y los hombros atrás.

Nos jugábamos el ascenso y, sobre todo, el orgullo.

Al menos yo.

Quería ganar por Óliver. Nos enfrentábamos al equipo que lo había empujado a marcharse, y lo hacíamos en su ciudad, en su casa, con sus padres y su hermana esperándonos en las gradas. No podíamos volver a Brena con el empate a cero de la otra vez.

—Concentración, ¿entendido? —nos recordó el míster, y nos fue señalando casi uno a uno con el dedo y la vista fija, algo que podía ser terrorífico pero que daba risa. Mantuve la compostura, alguno no aguantó y se rio, y después de un par de palmadas que todos acompañamos con gritos y golpes en los bancos, el entrenador salió.

Faltaban cinco minutos.

El rato previo a un partido era diferente para cada jugador: cada uno tenía su propio ritual. Había quienes aprovechaban para ir al baño, quienes miraba el móvil, quienes hablaban con los compañeros, quienes se colocaban y recolocaban las medias, quienes se apretaban mejor los cordones de las botas. Nano, tan

escandaloso siempre, se quedaba mudo hasta que pisaba el campo y soltaba su grito de guerra; el Toloqui daba discursos que, según él, eran inspiradores y a los que casi nadie hacía caso; Hugo se aseguraba delante del espejo de tener el pelo bien colocado; Laro estiraba en un rincón. Y yo, sentado en el banco, me ponía Estopa muy alto en los auriculares, ese día tocaba *Me quedaré*, y los observaba a todos.

«Se nos cambia la mirada cada vez que se nos rompe el alma. Se nos quitan todas las ganas, siempre esperamos que llegue el mañana».

Óliver permanecía de pie cerca de la puerta, apoyado contra la pared, dispuesto a echar a correr a la menor señal de peligro. Igual que las últimas semanas, había llegado al campo ya vestido con el equipaje del club y solo había entrado a los vestuarios para escuchar las últimas instrucciones de Alfonso. No se me iba de la cabeza que hacía solo unos días él había llorado en mi coche. Tampoco el sueño que había tenido unas noches atrás.

«Se nos hace corto el tiempo cada vez que el corazón se embala. Se nos pasa la vida entera buscando aquella eterna mirada».

Lo observaba de reojo cada vez que podía. Incluso de pie, movía una rodilla, y con el dedo índice de la mano derecha enredaba en el padrastro del pulgar. No miraba a nadie en concreto, no me miraba a mí, y yo solo quería acercarme y quedarme a su lado, apoyar una mano en su pierna y hacerlo parar.

Hugo me sacó de mi rayada. Se movía hacia Óliver como una gacela a punto de saltar sobre su presa, despacio, con una sonrisa de hiena en la boca. Óliver se tensó en cuanto lo vio, cruzó los brazos y escondió las manos bajo los sobacos. Me quité los auriculares.

—Oooh, ¿estás nervioso por volver a ver a tus compis? —se burló Hugo con un puchero exagerado—. ¿Eres así de maricón?

Joder con la palabrita, esa puta palabra dicha como el peor de los insultos. Me reventaba.

—Déjame en paz, anda —pidió Óliver con cansancio. Y a pesar de las estupideces de Hugo, no se movió del sitio, lo que me confirmaba el miedo que le daba enfrentarse a sus antiguos

compañeros. Prefería quedarse aquí con nosotros, una panda de imbéciles, a salir, por si aquello era peor.

—Tú lo que quieres es de todo menos que te deje. Maricón —repitió.

Me levanté del banco disparado.

Fueron las risas de algunos, el silencio de otros y la mirada de Óliver. Que él siguiese aquí dentro, el ruido de la gente fuera y la cara de triunfo de Hugo. El «maricón», su pulgar pelado y esconderme desde que tenía memoria. Fui yo.

—Hugo, vale ya, coño —le dije, y este se giró hacia mí levantando las manos con gesto angelical—. ¿Tanto problema es que sea gay?

El ángel se convirtió en demonio.

—Caviedes, no te metas, que esto va solo con él.

—No, también va conmigo. Y debería ir con todos.

De repente, en vez de Estopa, sonaba *Eye of the Tiger* en mi cabeza, «*Just a man and his will to survive*», y yo era Rocky Balboa entrenando para el combate con su chándal gris, «*You must fight just to keep them alive*», y llegando a lo más alto de la gran escalinata de un edificio de Filadelfia al amanecer, «*Risin' up to the challenge of our rival*».

La realidad era que estaba cagado de miedo, pero me había venido arribísima y no me podía callar.

«*And the last known survivor stalks his prey in the night*».

—Conmigo, sobre todo, porque soy bisexual —maticé, y la actitud de Sylvester Stallone me abandonó—. Así que, ya ves, otro más aquí al que le gustan los pibes.

Solo miraba a Hugo, que se había quedado muy serio, y el silencio en los vestuarios se hizo casi palpable. Apostaba a que todos, salvo Óliver, se estaban preguntando si era un vacile o una forma de apoyarlo o de hacer callar a Hugo.

Me sudaba hasta el culo.

—Y otro más —soltó Nano, que se puso de pie sobre el banco de madera.

¿Qué?

Cuando lo vi mover las manos para que los demás lo siguieran, entendí que lo suyo era trola y el corazón me volvió a latir con

normalidad. Me hubiese descojonado de ser verdad.

—Y otro —dijo Laro, dando un paso adelante de brazos cruzados.

Entonces me permití mirar a Óliver, que seguía junto a la puerta sin, seguramente, creerse lo que estaba pasando. A mí el apoyo me sentó de puta madre, pero la escenita me daba risa.

—¿Esto qué es? ¿*El club de los maricas muertos*? ¿«Oh, capitán, mi capitán»? —Y nunca mejor dicho—. Lo mío va en serio. Ha sido muy bonito y todo eso, pero… ya está.

—¡Una polla como una olla! ¿Ahora tú también eres maricón? —me preguntó el Toloqui, plantado junto a Hugo como un perro fiel. Hugo, en cambio, se mantenía callado. Demasiado. Los demás se reían, yo me tensé más, la mandíbula, los hombros. Abrí y cerré las manos. Tenía que relajarme o, al menos, intentar que no se me notase. ¿No quería normalidad?

Miré a Óliver, a dos metros de distancia.

—Bi —volví a aclarar con fingida tranquilidad, aguantándome las ganas de reventarlo—. ¿Por qué preguntas? ¿Quieres que te la chupe? —Y sé que el Toloqui no vino a por mí porque Nano lo detuvo, pero me dio tiempo a ver que su gesto cambiaba del cachondeo y la curiosidad al puto asco en un segundo. Volví a mirar a Óliver.

—¡No te pases! —me gritó, zafándose de las manos de Nano—. Quita, joder, que no le voy a hacer nada.

—Pero acláranoslo —dijo por fin Hugo, de quien había empezado a preocuparme su mudez—: ¿Eso es que le das a todo?

Vale, para semejante tontería, el notas podría haberse metido la lengua en el culo. Ni siquiera me molesté en responder, me incliné para subirme bien las medias y eché a caminar en dirección a la salida, a través de un ambiente que había cambiado por completo: todo eran murmullos y preguntas que me lanzaban mis compañeros. Que si era verdad, que si me gustaban los pavos. Le eché huevos y, cuando volví a repetir que sí (y no me tembló la voz), algunos se rieron porque no se lo tragaban; otros solo me observaban. Y la mayoría continuaba hablando a voces, soltando vaciles.

Pasé por delante de Óliver, que estaba para una foto, no solo porque fuese el pibe más guapo que conocía, sino por la cara de lelo

que se le había quedado, y salí de los vestuarios. Me largué de allí, me escapé.

Me marché sabiendo que, a partir de entonces, se verían con el derecho a opinar y juzgarme, a decirme lo que pensaban sobre algo que solo me incumbía a mí; con el miedo a que sus vaciles fuesen a joder, a que se pasasen de la raya como habían hecho con Óliver. Y, sobre todo, con el subidón de haberme quitado un peso de encima.

Igual antes de un partido tan importante no había sido el mejor momento para contarlo, pero, a estas alturas, me la sudaba.

Capítulo 43

ÓLIVER

Otro más aquí al que le gustan los pibes. Otro más aquí al que le gustan los pibes. Otro más aquí al que le gustan los pibes. Otro más aquí al que le gustan los pibes. Salí de los vestuarios detrás de Manu repitiéndome aquella frasecita como un mantra, un hámster de laboratorio dando vueltas y vueltas y vueltas sobre la misma rueda. No quería quedarme con el resto de compañeros a escuchar lo que tenían que decir sobre el capitán o, de rebote, sobre mí, y tampoco quería *enfrentarme* a él. Me zumbaban los oídos y no era capaz de hilar dos pensamientos seguidos, más allá del «Otro más aquí al que le gustan los pibes» que Manu había dicho delante de todos.

Y después estaban mis excompañeros del Nansa, a los que vería en pocos minutos. No me acostumbraría nunca, me imaginaba con ochenta años encontrándomelos por la calle y temblándome las piernas por lo que me pudieran decir. Por lo que me habían dicho. Creía que lo tenía más o menos superado hasta que la posibilidad de cruzarme con ellos aparecía en el horizonte.

La combinación del partido con la bomba que Manu acababa de soltar y sus consecuencias me revolvía las tripas. No sabía qué pensar, no quería pensar nada. Tenía que regresar al presente y centrarme en el juego.

Necesitaba tranquilizarme.

«Otro más aquí al que le gustan los pibes».

No podía.

Ya en el exterior, vi a Manu junto a Alfonso, que le daba más instrucciones sobre lo que tenía que hacer en el campo. Pasé de largo, me alejé de ellos y pisé el césped, donde todavía no había nadie. Me tomé unos segundos para mirar a mi alrededor, a ese lugar que tan bien conocía y que durante años sentí casi como mío. Enseguida vi a mis padres y a mi hermana en las gradas, que ya estaban llenas, sentados con los hermanos de Manu. Saludé a los

cinco con la mano, gesto que me devolvieron con mucha energía, y los Ojáncanos empezaron a venir hacia mí, la mayoría tan serios que, si no supiese lo que acababa de pasar allí dentro, pensaría que estaban superconcentrados. Hugo y el Toloqui parecían a punto de dar una guantada a quien se les pusiera por delante, los evité y me mezclé con el resto.

Entonces aparecieron *ellos*: Castañeda, Germán, Litos, Terán y los demás jugadores del Nansa salieron de los vestuarios con la seguridad que les daba jugar en casa.

Casi por instinto, me acerqué a Manu.

Las miraditas, esperadas, llegaron; también las risas y los comentarios. A diferencia del partido anterior, esta vez, si estirabas un dedo, podías tocar la tensión. La poca distancia que nos separaba en la clasificación y el temor a quedarnos fuera del ascenso eran las razones oficiales, pero yo sabía que aquella tirantez en los Ojáncanos era por lo que Manu había contado justo antes de salir al campo. No se apreciaba en todos —sí en mí; en el capitán, por supuesto; en Hugo también; en el Toloqui y en alguno más—; sin embargo, era suficiente para sofocar al resto.

Cuando el árbitro pitó el inicio del encuentro, la mecha ya estaba corta.

Evitar a alguien en un partido es imposible, por mucho empeño que le pongas, y más si ese alguien es todo el equipo contrario y el tuyo propio. En más de una ocasión estuve tentado a tirarme al césped, fingir cualquier accidente y rezar para que me mandasen al banquillo. Y, al mismo tiempo, cada vez que veía a alguno mirándome con burla, la rabia me quemaba el estómago y sabía que mi lugar estaba ahí, corriendo en el campo.

La zancadilla no la vi venir.

Ya había habido algunos amagos de pelea entre Hugo y Terán y Cobo y Litos que se quedaron en eso, amagos, solo los machos alfa meando para marcar territorio, pero a mí nadie me decía o hacía nada, lo que al principio me aterrorizó aún más. El tiempo pasaba, diez, quince, treinta minutos; el Nansa me evitaba y yo esperaba.

Hasta que empecé a calmarme; al fin y al cabo, el primer partido contra ellos hacía meses había ido bien. Me permití apartar el miedo y jugar. Bajé la guardia, ese fue mi error. Siempre era el mismo.

Por eso el golpe, más que dolerme, me sorprendió. Me caí al suelo y no me comí la hierba porque en el último momento eché las manos. Al instante se montó el follón: el árbitro no pitó la falta y mis compañeros le fueron encima, las gradas se quejaban y a mi alrededor todo era caos.

—A ver si miras por dónde vas… —me dijo Terán sin cortarse un pelo.

—¡Pero si has sido tú! —me quejé, más por la humillación de haberme caído que por el dolor del tobillo, que ya remitía.

—Que te calles, maricona. ¿O vas a ir a llorarle a tu nuevo novio, digo…, a tu nuevo entrenador?

Terán sabía dar donde más dolía. Siempre había sido así; desde que lo conocía, y de eso hacía ya mucho, ambos éramos unos mocosos, había tenido el *don* de conocer las debilidades de los otros, aquello que más los fastidiaba, y saber hurgar en la herida. Cuando todo explotó un año atrás y se supo lo de Víctor, se puso la botas. En eso se parecía a Hugo.

Debería darme pena una persona como él, que acabaría consumido por su propia maldad, pero más bien me daba asco y ganas de partirle los dientes, sin ser yo nada violento.

—¿Qué le has llamado? —Manu surgió de repente, el actor que espera a un lado del escenario la señal para entrar en escena. Llegó de un fogonazo, con los brazos por delante, y empujó a Terán con todas sus fuerzas, tumbándolo de culo. Casi aplaudo—. ¿Qué le has dicho?

—¿Ahora tienes quien te defienda? —me preguntó Terán a la vez que se levantaba ágil movido por la mala leche—. ¿Tú también eres una maricona como él? —Y ahora volvía a hablarle a Manu, que fue a embestirle como un toro, el puño directo a su nariz.

En un visto y no visto, se lio la de San Quintín. Nos rodearon los compañeros de ambos equipos y todo eran brazos y piernas y empujones; algunos gritaban para animar, otros para insultar. También llegó el árbitro, que se abrió paso haciendo sonar el silbato

y levantando una tarjeta roja, no se sabía muy bien a quién, y oía a Alfonso gritar: «¡Me cago en Dios, Caviedes! ¡Me cago en Dios!», mientras al propio Caviedes lo agarraban Nano e Iván para separarlo de Terán. Parecía un animal enjaulado, a punto de atacar, morder y desgarrar. El mismo Manu que me derretía con sus caricias.

Me metí entre mis compañeros casi a codazos hasta llegar a él, me daban igual los demás, y me puse delante, para que solo me viese a mí, no a Terán o al árbitro o a Nano o a cualquier otro. Solo a mí. Me quedé frente a frente y, cuando me miró, porque no le quedó más remedio, le alcé las cejas. No podía hablar con libertad en medio de todos, sí podía mirarlo para tratar de calmarlo como él había hecho conmigo en alguna ocasión.

¿Mi presencia sería suficiente? ¿Lo había sido alguna vez?

—Manu, eh, ya está. —Y le pasé un brazo por los hombros mientras Iván y Nano lo soltaban, para llevármelo conmigo—. Te tienen que curar, te acompaño fuera.

Salimos del campo a trompicones, y traté de no fijarme ni en el resto de jugadores ni en las gradas, que, desconcertadas, montaban mucho barullo. Manu caminaba a mi lado, dejándose guiar hacia el interior del edificio, lejos de todo el mundo. El Nansa tenía unas buenas instalaciones; las de los Ojáncanos no estaban mal, pero eran más corrientes. En cambio, aquí había dinero. Dinero para montar una buena sala de máquinas o remodelar los vestuarios hacía tan solo un par de años; dinero para sentirte invencible y creer que ningún escándalo va a manchar la reputación del club.

El encargado del botiquín, un chavalete de pocos años más que nosotros a quien no conocía, llegó detrás, y pasamos con él a una pequeña enfermería. Manu se tuvo que tragar el discursito que ambos nos esperábamos y que sería similar al de Alfonso, con menos tacos y saliva. Yo observaba desde la puerta. El capitán aguantó sin decir nada, salvo alguna queja por el escozor al curarle las heridas de la cara. El inventario quedó así: un rasguño en la ceja, un buen arañazo en el pómulo y una herida en el labio.

—Quédate aquí un rato tranquilo —le recomendó el *enfermero* antes de marcharse a atender a Terán, y nos dejó solos.

—Te has desahogado bien, ¿eh? —le dije todavía apoyado contra la puerta, con los brazos cruzados y la vista en él—. ¿A qué ha venido todo ese arranque?

—¿Cómo que a qué? Te ha insultado. —El capitán seguía sentado en el borde de la camilla, las rodillas manchadas del verdín del césped, la cara hecha un cuadro, y fruncía el ceño como si le hubiese preguntado la raíz cuadrada de un número larguísimo (o de cualquiera). Suspiré, arrastré una silla y me senté frente a él, sin llegar a tocarnos, eso no.

—¿Y te crees mi caballero de brillante armadura? —Le alcé las cejas algo escéptico por la gilipollez que insinuaba Manu—. No tenías que pegarte con nadie para dar la cara por mí.

—Ya lo sé, pero tú tampoco tenías por qué escuchar otra vez todo eso. Bastante me he callado ya con Hugo.

El que se calló ahora fui yo, no vi venir su ataque de sinceridad ni el arrepentimiento.

—No tenía planeado pegarme con nadie, créeme, pero me han hinchado los huevos —añadió a la defensiva. Aunque no parecía tan fiero como en el campo, aún le quedaban rescoldos de aquello.

Guardamos silencio unos segundos, el ruido de fuera se colaba por una ventana.

—Contar lo tuyo antes de jugar contra el Nansa no ha sido tu mejor plan —le dije.

—Me salió sin más.

—Te va a caer una buena bronca de Carla por la pelea. Lo sabes, ¿no?

Igual que yo no vi llegar su sinceridad, él no vio llegar mi broma. Íbamos 1-1 en el marcador de nuestro propio partido.

—Le va a faltar tiempo para decírselo a mi madre.

—*Mami*.

Los dos sonreímos solo un poco, no nos permitimos de manera más amplia. Era raro hacerlo cuando habíamos cortado y me habían sacado del armario y nos habían insultado y Manu había contado que era bisexual delante de todos y se había pegado con Terán. Vaya una locura. Pero sentaba tan bien ver aquel gesto en él…

—Tengo que volver o Alfonso me va a matar a mí también —dije después de unos instantes callados, mirándonos, y me agarré a la realidad.

—Claro —respondió rápido, recuperando su seriedad y la tensión en los hombros—. Yo me iré directo a las duchas.

—Nos vemos luego.

Faltaban diez minutos para que el árbitro pitase el final del partido e íbamos empate a dos. Tras la pelea de hacía un rato y las amenazas de los entrenadores, los jugadores de ambos equipos llevaban más cuidado. Nadie quería perderse nada por una tarjeta roja, sobre todo cuando quedaba poco para terminar la temporada. Para eso ya estaban Manu y Terán.

Yo defendía mi posición echando de menos a mi lado al capitán. También ignoraba miradas que tardarían tiempo en desaparecer y me olvidaba de los murmullos y el ruido de las gradas y lo que me había llevado hasta allí. Me obligué a hacer una de las cosas que mejor se me daban: jugar al fútbol.

Para algunos compañeros era invisible, se movían a mi alrededor como si yo no estuviese pisando el césped, con la respiración fuerte, el flequillo sudado contra la frente, pidiendo balones que la mayoría de veces no me llegaban.

Vi la oportunidad, era cuestión de segundos. Levanté una mano, «Pásamela», y, tras unos instantes de indecisión, recibí el balón del Toloqui. Oculté mi sorpresa y chuté a portería. La pelota voló por encima de las cabezas en un arco tan bonito que hasta a mí me impresionó y entró limpia en la red.

Gol.

Antes de que me diese tiempo a procesar lo que acababa de pasar, Nano se me colgó a la espalda y Laro me abrazó, un sándwich que me hizo reír mientras otros compañeros, los que se atrevían a relacionarse conmigo, también me felicitaban con toques y gritos. A distancia, el Toloqui lo celebró con Hugo. Desde las gradas, Manu me sonrió.

Ganamos 2-3 al Nansa y nos colocamos en tercera posición.

Si bien aquella victoria era un triunfo para el equipo, no supuso lo mismo para todos, no la entendíamos del mismo modo. Para el resto era un paso más hacia el ascenso; para mí… era una pequeña venganza, mi tonta manera de desquitarme, equilibrar la balanza.

Una chispa de esperanza se prendió.

Capítulo 44

MANU

Contar que me molaban los pavos justo antes del partido contra el Nansa no había sido mi idea más brillante, eso ya lo tenía claro; tampoco le había dado muchas vueltas antes de hacerlo. Sí que ahora, con unos cuantos días por delante sin entrenamientos, el momento había sido el apropiado: gracias al Jueves y Viernes Santo, el club nos había dado toda la semana libre, lo que significaba tiempo lejos del equipo y de los vestuarios, un paréntesis para dejar de comerme la cabeza o comérmela del todo.

El lunes pintaba bien: mis hermanos y yo lo empezábamos con dónuts de chocolate. Les había prometido merendar lo que quisieran alguna tarde de la semana de vacaciones y habían decidido que esa tarde era esta.

Volvíamos del supermercado de comprarlos cuando nos encontramos con Nano a la entrada de casa. Estaba apoyado en la moto, un pie cruzado por delante del otro y la vista en el móvil. Aunque me dieron ganas de ignorarlo y seguir caminando, no quería montar un número delante de Mario y Carla.

—¿Qué haces aquí?

El pibe pegó un respingo bastante cómico que hizo reír a mis hermanos. Nano les caía bien, pero como nunca jugaba con ellos o se interesaba por sus cosas, no tenían confianza con él. Y para él, Carla y Mario eran un accesorio que siempre venía conmigo, que había asumido, y que casi siempre ignoraba. No se lo solía tener en cuenta porque, bueno, quizá yo habría hecho lo mismo de no tener hermanos y cargar siempre con los de un colega.

—Si te escribía para preguntarte, no habrías querido quedar —reconoció.

Ahí Nano había andado listo: de haberme avisado, le habría dicho que no, si es que le llegaba a responder. La emboscada funcionaba mejor.

—Subid a casa, que ahora voy yo —les dije mientras les daba las llaves y la bolsa del súper, que cogió Carla con mucho remango, asumiendo el control: si no estaba yo, ella era la mayor y mandaba por encima de Mario, como bien le recordaba cada dos por tres.

—¿Podemos empezar los dónuts? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y ambos soltaron una risotada antes de correr hacia el portal. Entonces Nano y yo nos quedamos solos.

Eran las cinco de la tarde y el barrio estaba tranquilo. Al Migueluco y el Tonio no se les veía el pelo, tocaba la telenovela de La 1; en el bar discutían los tres viejos de siempre que se pasaban la vida allí; y la peluquería de la Jesusa cerraba ese día.

Los cuatro bancos que había en el patio delante de nuestro edificio estaban vacíos. Me senté en el respaldo de uno, los pies en el asiento, y Nano me siguió.

—¿A qué has venido?

Nos habíamos visto un par de días atrás en el partido, nos volveríamos a ver a la semana siguiente en los entrenamientos, yo seguía enfadado con él.

—Pues a verte, hermano, que esto ya se ha alargado demasiado.

—¿«Esto»?

—Sí, que estés enfadado conmigo —me respondió algo enfurruñado—. He estado esperando, pero, si es por ti, no me vuelves a hablar jamás.

No le llevé la contraria, y ni siquiera era porque siguiese mosqueado. Más bien estaba decepcionado por que hubiese sido él quien metió el palo y removió la mierda sobre lo que le había ocurrido a Óliver. Y no contento con eso, abrió su piquito de oro y se lo contó al cafre de Hugo.

Como no dije nada, a veces mi madre me vacilaba con eso de que me cobraban por palabras, Nano me dio una colleja.

—¡Eh! —me quejé, devolviéndole el golpe, esta vez en la pierna.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte el qué? —Me hice el tonto, sin mucho resultado.

—Que te falta un verano, hermano. ¿Qué va a ser? Que eres bisexual. —No había reproche en su voz, solo curiosidad. Y lo entendía. Eso que Nano había soltado en los vestuarios para

ayudarme, aunque para mi gusto era demasiado peliculero, también me tocaba la patata y apreciaba el gesto. Que yo no era de piedra, joder.

—No sé —mentí, porque claro que lo sabía, otra cosa es que quisiese admitirlo en voz alta o morirme del puto corte delante de él. Moví los pies sobre el banco, me ajusté los cordones de las playeras, tuve ganas de largarme—. Me daba palo. No quería…, no quería que cambiasen las cosas entre nosotros, que me vieses diferente.

Lo bueno de que estuviésemos sentados uno junto al otro era que no tenía que verle la cara si no quería. Podía seguir mirando hacia delante. Que es lo que hice.

—Qué diferente ni qué diferente, hermano. ¡Ya me gustaría a mí que me gustasen los tíos! —soltó con toda su bocaza—. Somos más fáciles de llevar.

Resoplé en una sonrisa. Iba listo el Nano si se creía que salir con un pollo era sencillo.

—Si tú lo dices…

—¿Crees que hay más en el equipo? ¿No tienes un radar de esos?

—Hijo, estás soltando cada perla…

—¡Perdón! Es que eres el primero que conozco. Bueno, el segundo, con Óliver. Y pegáis un montonazo, aunque no tengáis nada que ver.

«Pegáis un montonazo».

Eso ya lo sabía yo, pero me moló que también lo viese Nano.

—¿Porque a los dos nos gustan los pavos?

—No, bocarte, porque hacéis buena pareja. Quedáis bien. Os entendéis.

—Ya —dije sin más. Y podía dejarlo ahí. Cortar el tema por lo sano. Podía, pero no lo hice—: Hemos estado saliendo hasta hace unas semanas. Hasta que os enterasteis de lo de él.

Nano giró la cabeza de forma brusca, que poco más y se *esnuca*, y se levantó del banco hasta quedarse delante de mí, las dos manos apoyadas sobre mis rodillas. Le iba a dar un parraque.

—¿Qué me estás contando, hermano? ¿Vas en serio?

—Y tan en serio. Pero ya no.

Ignoré el dolorcillo ese que me venía cada vez que pensaba en que ya no, ya no, ya no, igual que el flato que me daba al subir una cuesta pindia en bici o al correr por el campo hasta tener ganas de potar. Era una molestia casi constante a la que trataba de no prestar atención para que se fuera, aunque seguía ahí, y a veces al pensar en ello de forma consciente dolía más. Siempre estaba, nunca se iba.

—¿Por qué?

—Porque todo se enredó demasiado.

—¿Enredarse cómo?

—Coño con las preguntitas, Nano —salté. Las preguntas que daban en el clavo, sus silencios y sus miradas me metían más presión para responder y ser sincero. Podrían ficharlo para los interrogatorios de la CIA, el Mosad o como se llamase en España—. Pues porque la lie. Me cagué cuando os enterasteis de que Óliver es gay y me callé la boca como un perro, lo dejé solo.

—Ay, hermano. —Y me soltó otra colleja, esta más floja que la anterior. Después, me apretó el trapecio; llevaba días tan tenso que el gesto me dolió—. ¿Vas a dejar las cosas así y ya está? ¿O a esperar que mueva ficha él?

—Ese era el plan… —reconocí a regañadientes. Era consciente de la gran cagada que había hecho con Óliver; los caretos que me estaba dedicando Nano, la mirada incrédula, me lo confirmaban.

—Yo no sé lo que teníais ni todo lo que ha pasado, pero Óliver es un tío de puta madre, y tú…, bueno, también —me dijo con toda su jeta, y le pegué una hostia en el brazo—. Así que igual vale la pena otro intento, hermano.

Me recoloqué en el asiento, nervioso por lo que proponía.

—Qué bonitooo —exageré—, ¿no serás tú el que hace las frases esas para dar los buenos días por WhatsApp, no?

Nano se descojonó.

—Que no te engañe esta cara perfecta: también soy un genio creativo.

Ahora me reí yo; llevaba tantos días amargado que me sentó bien.

—Tira, genio, tira, vamos a merendar.

Los dos nos habíamos ganado un buen dónut de chocolate. Si es que quedaba alguno.

Capítulo 45

ÓLIVER

mar, 07:32

Albi:

feliceeEEEEs 20, corazón de melón!!!! <3 <3 <3 ya somos veinteañeros!!!

Óliver:
felices 20, albiiiii hablamos después de clase?

Albi:

sí!! que yo entro ahora :(

Óliver:
valeee corazón de melónnn

Albi:

mañana nos VEMOOOOSSSS

Capítulo 46

MANU

Al principio, lo había esperado de pie.

Óliver no estaba en su habitación y tampoco me atrevía a dar vueltas por la residencia en su búsqueda, así que me quedé junto a su puerta de brazos cruzados, saludando de vez en cuando a los otros pavos y pavas que pasaban cerca y me miraban raro. Hombre, y con razón. Lo más lógico hubiese sido escribirle para saber si llegaría pronto, si seguía en la ciudad o se había pirado ya; apenas hablábamos, no me sabía su nueva rutina. Yo había seguido la misma táctica que Nano, plantarme allí sin avisar, y… me había salido regular.

Después de quince minutos, acabé sentándome en el suelo del pasillo, la espalda en la pared. Si no llegaba en los próximos cinco minutos, me decía, me marcharía. Y entonces pasaban y aguantaba otros cinco más. Llevaba ya cuarenta. Me prometí irme a la hora.

No hizo falta.

Óliver apareció cargando con una bolsa del súper, el pelo alborotadísimo por el viento que pegaba con ganas y aquella cara y aquel cuerpo y aquel todo que harían a cualquiera caerse de culo. Su belleza, porque era eso, belleza en su estado más puro, me impactó como cada vez, como si fuese algo nuevo, como si no la esperara.

Venía acompañado, cosa que ni se me había pasado por la cabeza. Estuve a punto de descojonarme y cagarme en todos mis muertos. El pibe de orejas grandes y coleta rubia me sonaba de verlo por la planta, tenía la habitación cerca, pero no me sabía su nombre ni, ya puestos, que fuese tan colega de Óliver. Me levanté al instante, me sacudí la culera del pantalón y me obligué a sonreír. Óliver abrió mucho los ojos al verme, arrugó el entrecejo, y me jiñé. ¿Había metido la pata? ¿Más? ¿O habría interrumpido algo? Yo estaba tan

cortado que me costaba mantener la sonrisa, incluso cuando por dentro bailaba *Fiesta pagana* solo por tenerlo delante.

—Felicidades, pájaro —le dije, y al terminar de pronunciar la última palabra, dudé si aún podía llamarlo así.

—Gracias —respondió todavía confundido—. ¿Me has escrito? Estábamos comprando —se giró hacia el otro pavo, que nos sonrió— y no lo he visto.

—No, no… He venido directamente. —Ahora que me escuchaba en voz alta, sonaba como un auténtico imbécil que se había pasado de la raya—. Perdona, tenía que haberlo hecho.

Óliver y el otro pibe intercambiaron una mirada cuyo significado no pillé, el orejas le pasó una bolsa del súper y me dio un golpe amistoso en la espalda.

—Eres Manu, ¿no? Yo soy Pablo, el vecino de enfrente. —Y señaló con la barbilla la puerta situada delante de la de Óliver. A mí eso de que supiese mi nombre me moló, porque significaba que Óliver le había hablado de mí. Esperaba que bien. O no demasiado mal.

—Te había visto alguna vez —comenté.

Los tres permanecíamos en el pasillo evaluándonos: Óliver y el tal Pablo preguntándose qué coño hacía allí, y yo, una vez más, replanteándome todas las decisiones que había tomado en mi vida desde que tenía recuerdo. Óliver me volvía tontísimo, más de lo que uno ya traía de serie.

—Tendría que haberte avisado, perdona otra vez. Mejor me voy.

Oliver quería que me marchase, se lo veía en los ojos y en su silencio. Porque Óliver era muchas cosas, pero no silencioso, era la persona menos silenciosa que conocía, y eso que vivía con Carla. Si no me decía nada, significaba que no me quería ahí. ¿No? Aquel Óliver mudo me ponía nervioso porque sabía aún menos cómo actuar con él. Pero lo entendía: me había plantado allí sin avisar, después de semanas de ese tira y afloja, de apenas hablar, de romper…

—Sí, anda, si acabas de llegar —me dijo Pablo—. Me voy yo, que solo había acompañado a este a la tienda.

La situación era tan incómoda —al menos para nosotros, porque Pablo sonreía feliz de la vida— que estaba por insistir para

marcharme cuando el compi de residencia me volvió a dar otra palmada en la espalda y levantó la barbilla hacia Óliver.

—Hablamos luego. Pasadlo bien. —Y con las mismas soltó una risa ridícula, se giró y entró en su habitación. El pasillo se llenó de un silencio que ninguno de los dos supo romper, hasta que Óliver espabiló.

—¿Llevabas mucho esperando? —me preguntó mientras pasaba a mi lado, echaba un vistazo a lo que yo tenía en la mano y se sacaba las llaves del bolsillo de la cazadora. Abrió la puerta a la vez que le respondía: «No, acabo de llegar», y lo seguí al interior de su cuarto.

Lo observé en silencio dejar las dos bolsas sobre el escritorio y quitarse la cazadora, llevaba un jersey negro que se le pegaba al cuerpo, hasta que me di cuenta de que volvía el silencio y me tocaba hablar a mí: yo era quien se había presentado en su felpudo el día de su cumpleaños.

Su cumpleaños.

—Te he traído esto.

Y estiré el brazo en el que sujetaba, además de una bolsa, un pequeño ramo. Sabía que las miradas de los vecinos de Óliver, incluso las de él y Pablo, habían sido más por verme con ello que por estar esperando; yo habría hecho lo mismo. Las flores las había recogido esa misma mañana con mis hermanos. Les gustó tanto la idea de regalárselas a Óliver que tuve que frenarles antes de acabar con la flora de toda la costa cantábrica. Al llegar a casa, le pusieron un lazo rosa para amarrarlo. Quedaba bien. Llevaba unas flores amarillas parecidas al pico de un pájaro (las favoritas de Mario, por supuesto); otras blancas, las zanahorias silvestres, de las que caían minúsculas bolas, semillas, que usaba de crío para hacer *sopa* jugando a las cocinitas, y, sobre todo, tréboles rojos, que más bien eran fucsias, mis preferidas.

Mi padre me había contado que eran dulces; arrancabas cada pétalo y, si chupabas el extremo blanco, notabas esa pizca de dulzor. Verlas me llevaba a aquellos años, a tiempos en los que sonreía con facilidad, y me hacía sentir bien, igual que me pasaba cuando estaba con Óliver: con él todo era mejor. Los tréboles rojos me recordaban a él.

—Es superbonito, Manu, gracias.

Aquello me daba más vergüenza de lo que me gustaría reconocer, notaba el calor en la cara, que intenté ocultar bajando la cabeza y mirando en el interior de la bolsa que todavía sujetaba, como si no supiese lo que había dentro. Prefería que Óliver pensase que era tonto a que me viese colorado del corte. Y ni siquiera la vergüenza venía por ser un pibe que le regalaba flores a otro, sino por lo que significaban las flores: eran mi particular ofrenda de paz.

—Carla y Mario me han ayudado a cogerlas, querían venir conmigo a felicitarte —le conté y apreté los labios en una sonrisa enana. Óliver también sonrió, él de manera más amplia. Quise colarme en esa sonrisa, tatuármela en la cadera, proyectarla cada noche en el techo de mi habitación—. Toma, también te he comprado esto.

Óliver levantó un pie del suelo, echó el cuerpo hacia delante y me cogió la bolsa de la mano. No se acercó más, tampoco me tocó. Después se giró para dejar con cuidado las flores sobre la mesa y me miró.

—No tenías que regalarme nada.

—Pero quería.

Óliver no dijo nada más, toda su atención puesta en el paquete envuelto con papel de estrellas que había comprado en el chino del pueblo. Mientras lo abría, iba levantando la vista hacia mí, las cejas alzadas, y cuando terminó de desenvolverlo y descubrió la camiseta, soltó una carcajada tan alegre que sonreí con la misma sinceridad.

—No voy a quitármela nunca —aseguró, a la vez que desplegaba ante él la camiseta de algodón blanca, de manga corta, con la cara de uno de los protas de *La sombra del duque* dentro de un corazón y la frase *But daddy, I love him*. Yo era más de Sam, Óliver, de Gregory, aunque a los dos nos gustasen ambos personajes. Jugaba con ventaja, sabía que con aquel regalo iba a acertar seguro—. Gracias, en serio.

Moví la mano para restarle importancia y, ahora ya vacías, hundí las dos en los bolsillos de la bómber. Contemplé a Óliver en silencio mientras se quitaba el jersey y la camiseta (me forcé a no recrearme demasiado) y se ponía la que yo le había regalado.

—Me queda perfecta.

Y no pude hacer más que asentir para darle la razón. La prenda se ajustaba a su cuerpo como si la hubiesen confeccionado con Óliver de modelo, se pegaba a la piel y alrededor de los bíceps, de los que quise colgarme como un chimpancé.

Se la dejó puesta, recogió el papel de regalo, que metió en la bolsa del súper para tirar más tarde, y se acercó a lo que él había traído. Sacó una *pizza* grande, una bolsa de patatas fritas, una bandeja con tres napolitanas de chocolate, una botella de Gatorade y alguna cosa más.

—La cena —me contó, y se rio moviéndose aquí y allá para guardarlo todo. Yo lo observaba clavado en medio de la habitación, apartándome cuando lo creía necesario, sin abrir el pico. Había venido con una idea clara de lo que quería decirle, más allá del «felicidades», pero ahora que lo tenía delante y su olor me envolvía, me había quedado en blanco, Óliver era un examen difícil de responder.

—Oye, Óliver… —me lancé. Improvisaría sobre la marcha; el mensaje principal lo tenía claro—: Quería pedirte perdón.

Entonces cerró la mininevera y volvió a incorporarse, para girarse hacia mí.

—¿A qué viene esto ahora? —preguntó a la defensiva. Saqué las manos de los bolsillos, empezaba a asarme con la cazadora, y moví una mano hacia él, que dejé caer.

—Pues a que la he cagado muchísimo contigo, me he pasado siete pueblos —empecé a explicarme—. Por eso he venido a buscarte.

Si dos viejos y un pavo se ponían de acuerdo en algo es que tenían razón. El Migueluco, el Tonio y Nano me habían dicho lo mismo, cada uno a su manera, y yo me había aplicado el cuento: Manu, hijo, déjate de tonterías u Óliver sudará de ti definitivamente. Sabía que, si ocurría, si Óliver no quería saber nada más de mí, yo seguiría con la vida que había llevado hasta ahora, me conformaría con lo que tenía, como hizo el Migueluco el par de años que el Tonio estuvo en Madrid y pensó que no volverían a verse. Lo que pasaba es que yo quería el final que habían tenido ellos, quería que el Tonio,

o sea, Óliver, dejase la gran ciudad y volviese a buscarme al pueblo y viviésemos felices y comiésemos perdices.

Salvo que, en esta historia, yo era el Tonio; no podía arriesgarme a no serlo y perder a Óliver. Tenía que ser yo quien fuese a buscarlo.

Había ido a buscarlo.

—¿Me puedo sentar? —Señalé hacia la cama, Óliver aceptó, y caminé hasta allí. Más que sentarme, necesitaba moverme; la adrenalina me corría por el cuerpo igual que en los minutos previos a un partido, donde dábamos botes y soltábamos alaridos y nos preparábamos para el encuentro. Quería correr. Me quedé quieto.

»Te dejé solo —continué diciéndole, echado hacia delante, los antebrazos sobre los muslos, la vista en él. Me costaba mirarlo; Óliver estaba serio, esa seriedad tan rara en él que hacía duros sus rasgos suaves, y cruzado de brazos, bien apretados contra el pecho. Entrelacé y desentrelacé y volví a entrelazar los dedos de una mano con las de la otra, me obligué a parar—. Te dejé solo cuando más me necesitabas.

No dijo nada. La foto del duque Gregory en su camiseta estaba arrugada por la postura de los brazos de Óliver y le deformaba la cara.

—Me acojona que…, me acojona que la gente se pire y me abandone. Por eso supongo que no permito que casi nadie se acerque a mí. —Ahora ya hablaba mirándome las punteras de las playeras, el calor en la cara, la sensación de estar en pelotas recorriéndome el cuerpo—. Y voy y hago lo mismo contigo, abandonarte.

—Manu…

—No, espera, déjame soltarlo todo, por favor —le pedí. Óliver aceptó con una cabezada, descruzó los brazos y vino hacia la cama. No se sentó tan cerca como yo hubiera querido. Habría preferido sentir su muslo contra el mío, que me cogiese la mano, colase sus dedos entre los míos y apoyase la cabeza en mi hombro. Pero estaba ahí, al alcance.

»En vez de apoyarte y plantar cara a los payasos del equipo, en vez de pensar en cómo te podías sentir o en por qué no me contaste

lo del entrenador, convertí todo aquello en algo mío, en cómo me afectaba a mí. Solo pensé en mí.

Bajé la voz en la última parte. El corte que sentía no solo era por estar hablando tanto y sincero, sino por cómo me había comportado con él.

Una vez más, me cagué en todo. En mí mismo, más que nada.

—Sé que no tengo ningún derecho a aparecer aquí, decirte esto y esperar que me perdones, pero… lo siento de verdad. —Quería encontrar la manera de que Óliver se me colase dentro para hacerle entender lo que intentaba transmitirle, lo arrepentido que estaba, lo que sentía por él. ¿Tenía lógica algo de lo que estaba diciendo?—. Sé que me he comportado de puta pena y ojalá pudiese rebobinar y volver a esa tarde en los vestuarios y hacer las cosas diferente.

Fue la segunda vez en mi vida que vi las manos de Óliver temblar.

Me moví sobre el colchón y se las envolví con las mías. Las tenía frías, no las apartó.

—No te había oído nunca hablar tanto —me dijo.

—Bueno. —No supe qué más decir. Ahora que le había soltado lo que quería que supiese, me había desinflado y al mismo tiempo el cuerpo me pesaba cincuenta kilos más. Los dos mirábamos hacia delante, le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, y por un instante todo estaba bien.

—¿Puedo hablar ahora yo?

—Claro.

Sin soltarme, se giró y subió una rodilla al colchón, entre nosotros; yo también me giré hacia él, hasta que ambos nos miramos de frente.

—Me jodió mucho que no dijeses nada en los vestuarios, Manu, imagínate. Pero no solo porque me dejaras solo y fueses mi novio, sino sobre todo porque se supone que eras mi amigo.

Asentí con la cabeza, la mandíbula apretada y unas ganas bestiales de llorar.

—Eres la persona menos egoísta que conozco, siempre estás pensando en los demás, en tus hermanos, en tu madre —continuó, y ahora negué—. Esta vez pensaste en ti, y lo entiendo. Quizá yo habría hecho igual, no sé, era una situación difícil para cualquiera.

—Lo siento —repetí, incapaz de quitarme de la cabeza que Óliver no había pasado una vez por eso, sino dos.

—Yo también. Tendría que haberte contado lo de Víctor y no que te enterases así.

Ahora era Óliver quien jugaba con mis manos, movía el índice repasándome las líneas de la piel.

—Fui un imbécil por tomármelo a la tremenda —reconocí—. Tenías tus razones para no hacerlo.

—Ya, y aun así debería haberlo hecho —insistió; vaya dos—. Éramos amigos, estábamos saliendo, y me preguntaste por qué me fui del club, si había tenido novio… Y me lo callé. —Óliver no me miraba, mantenía la vista fija en nuestras manos, que seguían en contacto—. Pero me daba…, me da mucha vergüenza. Parece que todo el mundo sabía que aquello estaba mal menos yo, y tardé en entender por qué estaba mal. No es que las cosas con él fuesen perfectas, pero tampoco quería contárselo a nadie.

»Víctor me decía que era el mejor jugador del equipo, que iba a llegar lejos, y alguna vez que nos enfadábamos, me entraba el miedo de que no me sacara más a jugar y me dejara en el banquillo toda la temporada, o que cortase conmigo.

—Óliver…, se aprovechó de ti. Él era el adulto.

—Ya, ya lo sé. Ahora ya lo sé. —Me apretó las manos, le devolví el apretón—. Creía que yo le gustaba de verdad y que eso raro que notaba era por mi culpa, que lo estropeaba todo. Y que, si alguien se enteraba de lo nuestro, me dirían que tenía que haberle parado los pies. Cuando explotó todo y llegaron los vaciles y los insultos, me pareció que era el castigo por lo que había hecho, ¿sabes? Que me lo merecía.

—Tú no hiciste nada malo —le aseguré, bajando la barbilla y mirándolo con intensidad, como si así pudiese convencerle de mis palabras. Volvía a estar mosqueado con los jugadores del Nansa, con el puto Víctor, el club y cualquiera que había hecho daño a Óliver, incluido yo mismo—. Pájaro, no hiciste nada malo.

Esta vez fue él quien asintió con la cabeza, quien se tragó las lágrimas. Me soltó las manos y me rodeó con los brazos, escondió la cara contra mi cuello, y lo abracé fuerte, la nariz entre su pelo.

Medíamos parecido, teníamos más o menos la misma fuerza, y, aun así, me salió un instinto protector feroz, la necesidad de protegerlo de todo y de todos, el miedo a no ser capaz.

Nos abrazamos todo lo que quisimos, las semanas que habíamos estado separados, y solo nos apartamos cuando la postura, al borde de la cama, empezó a ser incómoda para ambos.

—No quiero quedarme sin ti —le dije casi a modo de confesión, ya mirándonos. Solía ser un pibe bastante conformista, pero con esto no, con esto no quería, ni seguir repitiendo como un loro «Es mejor así», porque no lo era.

—Yo tampoco, Manu.

Había pasado tanto en tan poco tiempo que el cerebro me iba a toda velocidad. Los pensamientos cruzaban mi mente como coches de Fórmula 1, y en cabeza iba un «Te quiero, te quiero, te quiero» que les llevaba mucha ventaja a los demás.

—Entonces…, ¿querrías…? —Carraspeé como un imbécil—. ¿Te apetecería quedar algún día?

—¿Qué? —Sonrió divertido. ¿Divertido?—. Pues claro que quiero.

—¿Seguimos por donde íbamos hace un mes?

Óliver volvió a agarrarme la mano, se inclinó hacia mí y negó con la cabeza. Me acojoné. Me acojoné hasta que siguió inclinándose, sus ojos azules aún más azules según ganábamos cercanía, y me besó. Fue suave, sus labios tocando los míos, un leve tanteo; su nariz apretada contra la mía, su sonrisa contra mi boca, las manos buscando sitio en mi cintura. Cuando moví la cabeza, los labios sobre los suyos, los abrió, y aquella primera caricia se convirtió en noches de verano en mi tejadillo, un gol al contrario en el último segundo, escuchar música en el coche, la quesada de mamá. Tenía la sensación de no haberlo besado nunca, de llevar toda la vida haciéndolo. Se me habían olvidado sus besos, los había recordado cada día. Desvariaba.

Se separó, sonriente, solo lo necesario para poder mirarnos. Volvió a acercarse para darme un toque en los labios con la lengua, me eché hacia él, quería más. Se rio.

—Lo de ahora es mejor —respondió a mi pregunta.

El que sonrió ahora fui yo.

—Entonces, seguimos desde aquí.

Capítulo 47

MANU

—¿Te gusta *La patrulla canina*?

La sección de tartas del Mercadona más cercano a la residencia de Óliver, a las ocho de la tarde de un martes, tenía poco donde elegir. Spiderman, unicornios y para de contar. Levanté la tarta mencionada y se la mostré: era un (mal) bizcocho con un (aún peor) relleno de chocolate coronado con una capa de hostia de misa con dibujos de perros. Me había venido arriba cuando le propuse salir a buscar una, pero como lo que importaba era pedir el deseo, al final elegimos los perros. Le hice esperarme en la calle mientras yo pillaba en un chino un paquete de velas, un mechero y un par de gafas de cumpleaños ridículas que nos pusimos los dos: alrededor de cada lente había un pastel y a la izquierda ponía «*happy*» y a la derecha «*birthday*».

—Deberías usarlas siempre —me dijo Óliver, contemplándome a través de las suyas. Me llevé la mano a la barbilla y giré la cara, apretando la mandíbula en una pose de malote que con las gafas poco encajaba. Se rio más y me hizo una foto.

Después, se subió las suyas a modo de diadema, más guapo que nunca: el pelo mal peinado hacia atrás, las luces de las tiendas reflejándose en su rostro, la sonrisa inmensa. Sentía algo muy loco, hasta me dolía. Antes de empezar a parecer un tarado observándolo en silencio, reaccioné y levanté la bolsa donde guardaba lo recién comprado.

—¿Vamos al parque a que soples las velas? —Y señalé hacia el otro lado de la calle.

—Tú me puedes soplar lo que quieras.

—¿Cuántos años dices que cumplías? ¿Trece?

Óliver se rio más.

Por el camino me contó que aquella mañana había tenido un examen de Psicopatología, que le había salido bien, que al día siguiente tenía una práctica importante, «¿Quién pone unas

prácticas que cuentan para nota el día antes de Semana Santa?», que se marcharía a casa de sus padres, que su hermana iría desde Gijón, que había fantaseado todo el día con celebrar su cumpleaños conmigo.

Nos sentamos en el césped bajo una farola, frente al estanque que, por el día, estaba lleno de patos y que ahora se refugiaban en unas casetas de madera. No había nadie, ni siquiera se oía nada. Más que la hora de la cena, parecía de madrugada.

Desplegué sobre la hierba todo lo que habíamos comprado. Tardé un rato en colocar las veinte velas en sus soportes, ponerlas en la tarta y encenderlas. La brisilla las apagaba cada dos por tres, y quería hacer las cosas bien. Yo me cagaba en todo y Óliver me contemplaba partiéndose de risa. Feliz y despreocupado. Y lo entendía, porque me sentía igual.

—¡Corre, sopla antes de que se vuelvan a apagar! —le pedí cuando logré mantener todas encendidas.

Óliver se inclinó hacia delante para soplarlas.

—¡Pero pide un deseo antes! —añadí exageradamente indignado, como si saltarse la tradición fuese impensable.

Le volvió a dar la risa. Más bien no paraba, se tranquilizaba un poco y cualquier cosa le provocaba un nuevo ataque. Y eso que yo no era gracioso ni nada.

—¡Qué estrés, joder, Manu! —se quejaba acelerado, cerrando los ojos y apretándolos. Cuando se calló, incluso se puso serio, concentrado en el deseo; después los abrió, me miró, sonrió y sopló —. ¿Quieres saber qué he pedido?

Negué con la cabeza a la vez que empezaba a despejar de velas una esquina de la tarta para poder comer un pedazo. Él me sonreía mientras se iba recostando en el césped hasta quedar tumbado. Flexionó las rodillas, se llevó las manos sobre la tripa y miró hacia arriba. Hubiese sido cojonudo que aquella noche el cielo estuviese despejado y lleno de estrellas, incluso que pasase alguna fugaz, una oportunidad más para pedir otro deseo. La realidad era un cielo oscuro de nubes aún más oscuras que amenazaban lluvia; al menos, la temperatura no era mala.

—¿No quieres saberlo? —insistió incrédulo, con las cejas alzadas y la cabeza girada hacia mí, que permanecía sentado, mirándolo desde esa mayor altura que me permitía mi posición.

—Si me lo cuentas, no se cumple.

Aún echado sobre la hierba, se encogió de hombros. Aquel gesto, en él, la despreocupación, me sacó una sonrisa. Me tumbé a su lado, mi brazo contra el suyo, las cabezas juntas, la mirada en el otro.

—Se me cumplió hace un rato, en mi habitación.

Busqué una broma con la que aligerar aquello, pero no se me ocurrió ninguna, no me apetecía; la calidez que me provocó su comentario me recubrió el cuerpo como una capa de chocolate fundido, consistente y dulce. Óliver me devolvió la sonrisa, tanto que se le escapó la risa de nuevo. Entonces estiré el cuello hacia él, y él hizo lo mismo hacia mí. Noté su aliento, su cercanía… y dejó de reír. Después noté sus labios y dejamos de sonreír.

—¿Yo era tu deseo? —me quise asegurar sobre su boca. Óliver asintió con la cabeza, cerré los ojos, y el movimiento hizo que rozásemos las narices—. Tú también eres el mío.

Cuando nos besamos, fue como si se me cumpliesen los deseos para varias vidas. Así de moñas, y de bien, me sentía.

Nos enrollamos hasta que el culo se nos empezó a congelar, y volvimos a su residencia con la tarta empezada, veinte velas medio consumidas y un mechero azul.

—No me mires así, marica —le dije ya en el ascensor, subiendo hasta la planta de Óliver. El pibe no me quitaba ojo y, coño, cómo me gustaba que me mirase.

—¿Así cómo? —Me alzó las cejas, casi desafiante, y aquello me gustó aún más.

—Así como si fuese… una tarta de *La patrulla canina*. —Y alcé el postre que ni siquiera tenía buen aspecto. Óliver se partió de risa, era un público fácil, y estiró el brazo para agarrarme de la cintura.

—Tarta de Manu Caviedes —rectificó—. Me da que está buenísima.

Bufé al sonreír por su comentario; también me inflé, algo subidito. Óliver apretó los dedos en mi cintura, me acerqué a él y apoyé la tarta contra mi cadera para pegarme a su cuerpo todo lo que pude. Ya se me había borrado la sonrisa, concentrado en sus labios, él

mantenía la suya mientras se acercaba a mí. La boca de Óliver, Óliver entero, tenía algo de adictivo, y cuanto más lo besaba, más lo quería hacer. Acabaría con los labios hinchados como morcillas, pero no me importaba, iba con la marcha puesta en automático: besar a Óliver hasta reventar.

El clin-clin del ascensor al llegar a la quinta planta nos obligó a separarnos, y recorrí el pasillo hasta su habitación detrás de él, con el rabo duro y la tarta bajo el brazo. Ni siquiera tenía intención de probarla, pero tampoco iba a tirar algo que me había costado casi nueve eurazos. En cuanto entramos en el cuarto, la guardé en la nevera, y por fin me vi con las manos libres y una tontería encima que no me la aguantaba ni yo.

Me descalcé cuando él se descalzó y lo seguí a la cama, el edredón arrugado de un rato antes, donde se tumbó. Durante un momento me quedé ahí clavado, a sus pies, disfrutando de la camiseta que se le subía por la tripa y el pelo alborotado y desparramado sobre la almohada, los ojos brillantes y los labios más rojos de lo normal. Enseguida se rio, estiró una pierna y me dio en el muslo con el pie.

—¿Vienes o qué?

Gateé por encima de su cuerpo hasta quedarme a su altura y, antes de que volviese a abrir la boca para decirme cualquier otra cosa, la empleé en algo mejor. Lo besé sin cortarme, con todo el tiempo del mundo y, a la vez, una impaciencia que me consumía, y él me devolvía cada beso con el mismo entusiasmo. No nos dejábamos respirar. Todo era saliva y lengua y labios y tocarnos por todas partes y comernos las bocas como si cogiésemos aire del otro. Era una sensación brutal, un subidón de adrenalina que no me dejaba pensar en nada más. Notaba el cuerpo de Óliver bajo el mío, cada punto de contacto, y no podía hacer más que apretarme más y frotarme contra él. Con cada nuevo movimiento, Óliver me agarraba más fuerte el culo para que no me separara, para que repitiese la fricción que incluso con los pantalones puestos era un locurón. Podría haberme corrido así.

Después de un rato de morreos y sobeteos, rodamos por el colchón para cambiar posiciones: yo apoyaba ahora la espalda

contra la cama y era Óliver quien estaba encima de mí. Nos adaptamos rápido a la nueva postura, estiré el cuello y volví a comerle la boca. Me acoplé también a su cuerpo: levanté una rodilla y le rodeé con una pierna, lo que pareció gustarle porque al apretarnos soltó un gemido que hizo cortocircuito en mi cabeza. Algo se había fundido arriba, yo me iba a fundir abajo.

—Quítate los pantalones —me pidió mientras se incorporaba para dejarme espacio. Yo estaba en tal estado de cachondismo que habría hecho cualquier cosa que me hubiese pedido, cualquiera; desnudarme era la mejor. Colé los brazos entre nuestros cuerpos y me bajé el chándal ante la mirada de Óliver, que sonrió cuando me quedé en calzoncillos, unos blancos y finos que dejaban poco a la imaginación. Como si hubiese unos capaces de esconder mi rabo más tieso que el faro de Cabo Mayor. Como si Óliver no llevase los últimos diez minutos frotándose contra él, a punto de hacer fuego de tanta fricción—. Estás empalmadísimo.

—Anda con el Sherlock Holmes.

Las sonrisas del Oliver cachondo eran mis favoritas, y lo contemplé mientras se levantaba y se quitaba los vaqueros. Yo, tumbado boca arriba, apoyado en los codos, tiré la cabeza hacia atrás y, durante un momento, lo único que vio de mí fueron el cuello y la barbilla.

—¿Qué? —me preguntó, la guasa en su voz.

—Que tú estás empalmadísimo *y* buenísimo.

Y me quedaba corto.

Una cosa era decirlo y otra tenerlo en calzoncillos, los muslos llamándome como las sirenas a los marineros, el torso y el abdomen trabajado, los brazos mazados, la estampa de príncipe Disney delante de mí.

Por la risa que le dio, el comentario le hizo gracia, aunque también se puso algo colorado y se vino arriba, todo a la vez.

—Mira quién fue a hablar. —Y me hizo un buen repaso mientras volvía a la cama. Se quedo encima de mí, a cuatro patas, y durante unos segundos no hicimos más que observarnos, yo con las manos sobre sus costillas, hasta que no pude aguantar más la intensidad de su mirada y estiré el cuello para alcanzar de nuevo su boca.

Respondió al beso con las mismas ganas y acabó otra vez tumbado sobre mí.

Aquel peso, aquella solidez, aquel contacto, todo piel suave y caliente sobre la mía, me volvía cucú.

Óliver se separó al poco con una sonrisa y volvió a besarme despacio, bajándome las revoluciones y diluyendo algo de esa ansiedad que notaba desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies; una ansiedad que me empujaba a actuar deprisa, brusco y torpe, con miedo a que todo se desvaneciera; a que Óliver se arrepintiese; a que yo mismo me despertase en mi propia cama, empalmado y sudando tras un sueño muy vívido; a que nos pillasen, aun siendo consciente de que estábamos en su habitación cerrada, lejos de cualquiera que pudiese decirnos nada.

Quería disfrutarlo y alargarlo, y también lo quería ya, quitármelo de en medio cuanto antes, por si acaso. Por si acaso, ¿qué?

Él me trajo de nuevo a la tierra, me amarró los pies al suelo, me traspasó un poquito de esa aparente tranquilidad y su sonrisa se me solidificó en la tripa. Cuando apagó la luz principal y solo quedó la azul que rodeaba el techo, sus rasgos se llenaron de sombras, azules y mares como sus ojos.

—¿Cómo quieres…? —me preguntó arrodillado en el colchón, con el pelo algo revuelto cubriéndole un ojo. Se lo apartó con un movimiento de cabeza, pasó la mano y se lo echó hacia atrás.

—Tú a mí.

Mi respuesta le gustó, porque sonrió con mayor determinación. Era un hombre con una misión. Aclaradas ciertas cuestiones técnicas, se tomó a pecho lo que le había contado hacía semanas en este mismo sitio: que siempre que había follado con alguien había sido todo rápido, un baño o el asiento del coche no daban para tomárselo con calma; tampoco hubiese querido. Ahora sí. Con Óliver sí.

Volvió a apartarse y se estiró hacia la mesita de noche, donde guardaba varios condones y un bote de lubricante, que dejó sobre el colchón.

—Siempre preparado para todo. Me pone un montón —admití sin ningún tipo de vergüenza. Óliver solo me sonrió.

—Sube las rodillas.

—Qué manducón. —Y ahora sonreí yo.

—¿Eso también te pone?

—Sí.

—Manu, ahora te pone todo.

—Todo lo que hagas tú sí.

La respuesta de Óliver fue bajar la cabeza y morderme flojo en el interior del muslo, lo que al instante me enmudeció. Después llegaron indicaciones para que me colocase mejor, movimientos algo torpes, música para que nadie desde fuera oyese nada («¿Tienes una *playlist* para follar?», «No me digas: eso también te pone»), cerrar los ojos y agarrar las sábanas, el pelo de Óliver, mientras sus dedos, precisos, experimentados y hasta mágicos, porque qué coño eran sus dedos dentro de mi culo si no magia, casi me hacen llorar del gusto. Las cosas como son.

—Venga, Óliver —le pedí casi sin voz, levantando la cabeza para encontrármelo colocado entre mis piernas, concentrado en su labor. Igual de cachondo que yo.

—Deja de meterme prisa —se quejó con una sonrisa. No solo sus dedos me desmontaban, también ese gesto, lo concienzudo que era para que a mí se me fuese la pinza, preparándome para lo que iba a venir. Por mucho que me estuviese gustando aquello (y me estaba gustando *mucho*), quería más. Lo quería a él. Era una sensación muy bruta, salvaje, primitiva, esa necesidad de querer tenerlo dentro.

Volví a apoyar la cabeza sobre la almohada, apreté los ojos, le di en el costado con el pie. «Venga», le insistí casi en un gemido, porque Óliver seguía haciendo esa brujería con los dedos y no iba a aguantar más. Quería correrme con él.

No se hizo de rogar: yo ya estaba listo y los dos teníamos ganas para tres polvos más.

—Joder —soltó él después, y yo lo imité («Joder»), y luego ninguno de los dos fue capaz de decir nada durante un rato. Fue entrando poco a poco, mi cuerpo acostumbrándose a la invasión. Lo sentía por todas partes y resultaba abrumador. El calor y las palabras

sin mucha lógica y los sonidos de nuestros cuerpos nos envolvían, y a mí se me iba a ir la pinza del todo, en el mejor de los sentidos.

El fuego me abrasaba la cara, la tripa, entero, por la intensidad e intimidad, por aquella primera embestida que, aun esperándola, a los dos nos pilló desprevenidos. Óliver tenía los ojos cerrados y algo apretados, la boca ligeramente abierta, y se movía con cuidado, atento a mí. Todo era calidez y sudor y Óliver, como una tormenta de verano. Solo lo veía a él, solo lo oía a él, solo lo sentía a él. Su sabor, en mi boca; su piel, en mis dedos, en mi cuerpo. Estaba intoxicado. Cada detalle era nuevo, una primera vez: las sonrisas, los roces, la sensación en la tripa al notar la suya. Él había tenido novio y yo me había liado con otros pibes, pero esto, lo nuestro, era tan especial que *tenía* que ser diferente a cualquier otra cosa.

Era follar, tampoco pretendía ponerme trascendental, y al mismo tiempo era… increíble. Era mucho de todo, y no quería que acabase nunca.

Me agarré a él con las dos manos para no dejarlo marchar.

—¿Estás bien? ¿Vas bien? —me preguntó contra mi boca, bajando el ritmo. ¿Qué hacía? ¿Qué hacía?

—Sí —acerté a decir—. Tú sigue.

—¿Te gusta así?

—Coño, pájaro —solté entrecortado—, ¿toca ahora club de lectura? ¿Una reseña?

Óliver se rio ahogado, la risa mezclada con los gemidos que se nos escapaban a los dos.

—Mamonazo.

—Quita. —Lo empujé con una mano por el torso e hice que fuese Óliver quien se tumbase, la espalda sobre el colchón. Me miraba como nadie me había mirado jamás. Yo nunca me había sentido el favorito de nadie, ni siquiera cuando me nombraron capitán, pero él conseguía que siempre pareciese su primera elección, la mejor.

Clavé las rodillas a cada lado de su cuerpo, agarré el bote de lubricante que teníamos cerca, los dos algo pringosos ya, las sábanas también, y me senté sobre él. Ahora era yo quien manejaba aquello.

—¿Ya no te ríes? —le piqué mientras me empezaba a mover despacio, sin despegar la vista de él, aumentando el ritmo poco a poco. Me agarró el culo con una mano y levantó la cabeza para que lo besara. Me incliné y lo besé. Óliver se había colado en mi cabeza y la inundaba entera, absorbiendo mi capacidad de pensar en cualquier otra cosa. Sus jadeos estallaban contra mi boca, me llenaban los oídos, y lo sentía dentro y lo sentía fuera y dentro otra vez e incluso en el corazón.

—¿Todo bien? —traté de imitarlo sin apenas voz, con las cejas alzadas y a punto de echarme a reír—. ¿Te gusta?

Óliver me dio una cachetada en el culo con la que, si pretendía regañarme, en realidad me puso más, lo que me llevó a montarlo más rápido.

—Eres un ma…, Dios, Manu…, eres un mamonazo. —Le costaba hablar y sonreía como un fumado—. Pero sabes que sí.

Y lo volví a besar.

Capítulo 48

ÓLIVER

La habitación olía a sudor mezclado con el aroma frutal del lubricante.

Desnudo sobre el colchón, miré hacia el techo, con una pierna flexionada, la mano izquierda sobre el estómago y una fina capa pegajosa por todo el cuerpo. Me notaba el pelo húmedo, y también a Manu contra mí. La cama era lo suficientemente grande para apenas tocarnos, y sin embargo nos quedamos cerca, todo mi costado en contacto con el de él. Hasta nosotros llegaba la música de Beach House, de la *playlist* que seguía reproduciéndose; el motor de algún coche que pasaba por la calle; el ruido de otras habitaciones, donde algunos se preparaban para salir de fiesta, otros para dormir. Pero aquí dentro, en nuestra burbuja, solo se oían el roce de mi pierna y del brazo de Manu contra las sábanas, junto a nuestras respiraciones.

Antes de que me venciesen el cansancio y la pereza, me levanté para tirar el condón, aproveché para limpiarme y mear, y volví hacia la cama con papel higiénico para él. Caminaba desnudo y Manu me observaba fascinado, no lo ocultaba, cosa que me hacía gracia y a la vez me daba ganas de chillar. La sensación abrumadora en el pecho se intensificó; sonreí.

—Cuando me miras así, me tiemblan hasta las piernas —le confesé como un gilipollas, y le tiré el rollo de papel. Después cogí agua de la mininevera y di un buen trago. Manu no me quitaba ojo, todavía despatarrado en mi cama, una fantasía erótica sacada de mi cabeza. Le ofrecí la botella y me senté en el borde del colchón, y mientras él bebía, ahora era yo quien lo contemplaba y me echaba a su lado.

Manu terminó rápido y volvió a tumbarse junto a mí. Estiré el brazo hacia él de forma perezosa, casi tanteando, y me entretuve un rato acariciándole el abdomen; continué buscando hasta encontrar

su mano, junté nuestras palmas y entrelacé los dedos con los de él. Teníamos la piel caliente, poco importaba ahora. Cuando estábamos así, solos los dos, todo lo demás importaba menos.

—Manu… —canturreé bajito levantando nuestras manos y acercándomelas a la boca. Le besé los nudillos, con nuestros dedos todavía unidos, y sonreí contra ellos; Manu no se inmutó. Permanecía con los ojos cerrados, serio y concentrado en algo que no supe adivinar.

Deshice el nudo de dedos y pasé el índice por su frente arrugada.

—Oye, ¿estás bien?

—Claro.

—No lo parece.

Al fin abrió los ojos, se giró hacia mí y hundió la cabeza contra mi cuello. También me agarró del brazo para que se lo pasase por encima.

Me estaba asustando.

—¿No te ha gustado? —aventuré, algo avergonzado. Quizá había malinterpretado sus señales…—. Ha sido la primera vez, tenemos que pillarle el punto al otro…

—Me ha flipado —me aseguró sin salir de su escondite—. Pero es que es… muy raro.

—¿El qué?

—Sentirme así.

—¿Cómo? —insistí, perdido.

—Tan… bien.

Dejé escapar el aire que no me había dado cuenta de estar acumulando y me moví para quedar a su altura, casi frente contra frente.

—Eso es porque te acabas de correr —bromeé, aunque sabía que Manu no iba por ahí, o no solo por ahí.

—Eres como un mago del sexo.

—¿Qué dices ahora? —le pregunté echándome a reír. ¿Me estaba vacilando? No lo aparentaba: el capitán continuaba claramente ofuscado—. ¿Qué significa eso?

—Que se te da de puta madre, pájaro. Tienes… un rabo mágico. Y unos dedos que… —Resopló.

Me dio tanto la risa que hasta me atraganté con la saliva. A Manu, al parecer, el sexo lo hacía delirar.

—Nunca había follado así —continuó, ahora ya con una sonrisa que iba asomando.

—¿Así cómo? ¿En una cama?

Manu me dio una patada, también se rio.

—Aparte de eso. No sé…, sin acelerarlo todo —siguió explicándome—. Hasta ahora me lo había tomado más como un pulso con el otro pavo, un correrno rápido en el baño. Que a veces molaba, pero esto es… muy diferente.

Me obligué a ponerme serio, a fruncir el ceño, a exagerar.

—¿Quieres que llore?

—Eres un imbécil. Te estoy hablando en serio, pájaro.

Entonces volví a cambiar el gesto, la actitud, y me coloqué mejor, pasándole una mano por la cintura, una pierna entre las suyas.

—Perdona —le dije con una sonrisa sincera—. Para mí también ha sido diferente.

—¿Diferente bien o diferente raro?

—Contigo todo es diferente bien. Todo es mejor.

Nos quedamos en silencio, solo mirándonos, todavía desnudos, el calor encerrado en la habitación y la música sonando flojito desde mi portátil.

—Vaya un regalo de cumple, ¿no? —me dijo Manu poco después, y lo besé, entre risas, para darle la razón.

Nos pasamos el siguiente rato tirados en la cama, viendo vídeos en mi móvil y decidiendo a qué sitio pedir para cenar, aunque eso conllevase que uno de los dos tuviese que vestirse para bajar a la entrada de la residencia a recogerlo.

Cuando lo echamos a suertes —me tocó a mí— y nos pusimos de acuerdo sobre el restaurante —un chino del barrio que hacía los mejores tallarines con gambas que había probado—, me senté al borde del colchón con la guitarra, una rodilla sobre las sábanas, casi rozando la pierna de Manu, la vista clavada en las cuerdas.

Durante los primeros minutos toqué varios acordes, mientras me metía de lleno en el abrigo que me proporcionaba la música y me dejaba arrastrar por ella. Hacía más de un mes había pasado semanas perfeccionando una canción concreta para tocársela a Manu…, hasta que cortamos y dejé de ensayarla. No estaba seguro de que ahora me saliese tan bien como esas otras tardes practicando con un tutorial de YouTube. Sin embargo, quería intentarlo. No se me ocurría un mejor momento, cuando lo tenía tumbado en mi cama sin quitarme la vista de encima, pendiente de mis movimientos, de mis dedos sobre las cuerdas.

Los detuve para observarlo y le sonreí. Su presencia, sus miradas y, qué narices, tenerlo desnudo delante de mí compensaban cualquier vergüenza que pudiese pasar si metía la pata en algún acorde. Quería que sintiese lo mismo que yo, hacérselo entender igual que él había intentado hacer poco antes conmigo. Así que comencé.

Rasgué las cuerdas rápido, tocando los primeros acordes sabedor de que no me haría falta avanzar demasiado para que Manu reconociese la canción. Esperé con la vista perdida en el suelo, la sonrisa en la boca, pellizco tras pellizco a las cuerdas. La melodía que iba naciendo, la canción que tomaba forma ante nosotros, me calmaba porque me recordaba a él. Siempre pensaría en Manu al escucharla.

—Pájaro… —empezó a decir, mientras apoyaba las manos sobre el colchón para incorporarse—, ¿eso es *Como Camarón*?

Sonreí más.

—No es lo mismo sin la voz, pero… sí —admití. Los acordes y sobre todo el gesto de Manu me retumbaban en el pecho, una emoción que subía y subía y subía y amenazaba con salirme por los ojos. Estopa nunca me había gustado especialmente; sin embargo, esta canción… era de Manu, *era* Manu, y ahora también mi favorita.

El capitán se quedó sentado, las piernas estiradas cual largas eran, las arrugas de las sábanas en el rostro y los pómulos colorados.

—Es cojonuda, Óliver, es perfecta.

Él sí que lo era. Me dolía el pecho. Sonreí aún más.

—El ritmo acelerado que tiene, la intensidad…, es lo que siento al besarte.

—Eres un moñas. Me encanta —admitió Manu con una sonrisa esplendorosa en la cara que muy pocas veces mostraba. Todo aquello era una cursilada de manual, no hacía falta que me lo dijera él, pero no me avergonzaba demasiado porque lo sentía de verdad.

Y, por los ojos brillantes de Manu, supe que él también. No era solo cosa mía, nunca había sido solo cosa mía.

—¿Te quedas a dormir? —le propuse más tarde, con el despliegue de comida china sobre el colchón: tallarines con gambas, arroz tres delicias, ternera con bambú, rollitos de primavera… Ambos estábamos a medio vestir; yo me había quitado los pantalones tras volver de coger la cena y estaba en camiseta, y Manu se había puesto los calzoncillos, a pesar de lo mucho que me quejé, porque, me aseguró, no iba a cenar «con el rabo al aire, ¿de qué vas?».

—Vale, pero tengo que avisar a mi madre —respondió terminando de tragar lo que tenía en la boca.

—A tu *mami*, querrás decir. —Nunca me cansaría de recordárselo.

Manu dejó de cortar otro trozo de rollito y levantó la vista hacia mí.

—Sí, a mi mami, ¿qué pasa?

—Nada, tío chungo, nada. —Me reí.

Terminamos de cenar viendo *Dando la nota*, y Manu llamó a su madre mientras yo me duchaba; oía su voz grave y calmada al otro lado de la pared, la cadencia cantarina al hablar, el cariño con el que se dirigía a ella, y no salí del baño hasta que el silencio volvió. Luego se duchó él mientras yo recogía los restos de la cena y adecentaba la cama, y lo escuchaba silbar *Como Camarón* con el agua corriendo, y mi habitación no me había parecido nunca tan acogedora.

—La ducha me ha dejado aplatanado —reconoció poco después apoyado contra mí, los dos frente al lavabo cepillándonos los dientes.

Manu tenía pasta en la comisura de la boca y los ojos entrecerrados, como un niño al que el sueño le viene de repente, y

yo estaba tan enamorado que tuve miedo de vomitarle ahí mismo todo mi amor.

Capítulo 49

ÓLIVER

mié, 09:33

Óliver:
albi, adivina qué

Albi:

pista

Óliver:
acaba de salir de mi cama el chico más guapo del universo

Albi:

taylor zakhar perez????

Óliver:
manuuu

Albi:

QUÉÉÉÉÉÉ

Óliver:
hemos vuelto :)

Albi:

oli, manu es guapo pero tampoco es para tanto (TE LLAMO)

Óliver:

a que te bloqueo?

Tiempo extra

Capítulo 50

ÓLIVER

Los cuatro días de Semana Santa en casa se me hicieron cuatro meses, nunca había tenido tantas ganas de volver a la rutina como aquel lunes. Pasé las minivacaciones deseando que acabaran para ver a Manu, y eso que estuvimos mensajeándonos casi todo el tiempo, hablando cuando podíamos; sin embargo, las ganas de verlo estaban ahí. Necesitaba tenerlo delante, el contacto, estirar el dedo y tocarle la piel.

De haber sido en otro momento, me habría escaqueado de regresar a casa con cualquier excusa: tener que estudiar, un entrenamiento extra, alguna quedada con compañeros de clase…, pero Alba también volvía para celebrar nuestro cumpleaños. Aun sintiéndome una señora esperando en la ventana a que su marido regresara de la guerra, me lo pasé bien.

Cuando llegué a Brena, Manu ya estaba en la parada. Tenía las manos en los bolsillos del vaquero ancho y llevaba a la espalda, sobre la bómber, la mochila verde oscuro del equipo. Me bajé del bus embobado, la vista puesta en él, que me observaba con su sonrisa contenida.

—Se me estaba empezando a olvidar tu cara —me saludó, el uno parado delante del otro, ambos dudando sobre qué hacer.

—¿Tan poco impresionado te he dejado?

Inclinó la cabeza y cerró un ojo, pensándoselo, hasta que le di un toque en el brazo y él me enganchó por la cintura con las dos manos. Me pegué todo lo que pude, mi sonrisa se ensanchó, y antes de que alguno dijese más gilipolleces, nos besamos. Llevaba desde la mañana del miércoles anterior, cuando nos despedimos en mi habitación, deseando hacerlo. Y ahora lo volvía a tener para mí en un escenario completamente diferente: la carretera principal del pueblo.

Terminamos el beso entre más sonrisas, nos costaba soltarnos, separarnos, y durante unos cuantos segundos estuve tentado a proponerle saltarnos el entrenamiento y marcharnos a mi habitación, no me apetecía esperar. Si él pensaba algo parecido, no lo dijo; en cambio, estiró el brazo hacia mí y me tendió la mano.

Me tendió la mano.

Y yo se la estreché.

Hicimos el camino hasta el campo enganchados, los dedos entrelazados y apretados, mientras hablábamos de cosas que ya nos habíamos contado por teléfono días atrás, de la serie que Manu había empezado a ver la noche anterior, de una de mis clases de esa mañana, del último partido de Copa, de cuándo podríamos volver a dormir juntos.

Solo nos soltamos al tener las instalaciones de los Ojáncanos delante, y ni siquiera fue algo premeditado, más bien por instinto, la reacción de dos personas que llevaban mucho tiempo escondiéndose.

—¿Estás nervioso? —le pregunté mientras nos acercábamos a la puerta. La última vez que Manu vio a sus compañeros les había contado que era bisexual y luego se había pegado con los jugadores del Nansa; desde entonces, solo había hablado con Nano.

—Más bien tengo ganas de quitármelo de encima. —Manu, siempre tan pragmático, me alzó las cejas, y no insistí en el tema porque tampoco pretendía, si no lo estaba, ponerle nervioso con mis preguntitas.

Ya lo estaba yo por los dos.

Sobre todo cuando volvió a hacer lo que había hecho un rato antes en la parada del autobús: estirar el brazo hacia mí, ofrecerme la mano.

—¿Vas en serio?

—Y tanto.

Si Manu se lanzaba, yo iba de cabeza detrás.

Entramos al campo cogidos de la mano; saludamos a varias personas del equipo técnico que nos miraron sin entender qué estaba ocurriendo y fuimos directos a los vestuarios. Me sudaba la palma sobre la de Manu, apreté los dedos contra los de él, y me

dedicó una mirada con la que hasta yo mismo me envalentoné. Con Manu a mi lado me sentía capaz casi de cualquier cosa, sabía que pasara lo que pasara lo tenía junto a mí. Ahora sí.

Un «buenas» de Manu llamó la atención de casi todos los compañeros, quizá porque esperaban su llegada. Laro fue el primero que nos vio. La sorpresa le duró unos segundos, después sonrió un poco y siguió cambiándose de ropa. Después Iván, Cobo, Cagigas… y Nano, que sonrió un montón y levantó el puño. Cuando la mayoría ya nos había visto de la mano, volvieron a lo suyo, nos soltamos y cada uno se fue a su sitio.

Y luego estaban Hugo y su grupillo, que, cómo no, nos observaban con una seriedad terrorífica o una sonrisa igual de horripilante, no había término medio.

Allá íbamos.

—Caviedes —lo llamó el Toloqui—, ¿tú eras el tío que estaba con Óliver?

La pregunta sobrevoló la habitación y se entremezcló con la expectación de los demás compañeros: parecían estar esperando la respuesta a algo que todos se estaban cuestionando. El Toloqui miraba a Manu y me miraba a mí, y más a Hugo, como si en su cara estuviese la verdad; se hubiese creído cualquier cosa que le dijese su amigo, así de ciega era su lealtad.

—Sí —respondió Manu con una naturalidad que ya querría yo para mí, mientras sacaba de la bolsa el equipaje del equipo.

—¿Tú eras el otro jambo? —insistió.

—Sí, Toloqui, era yo el que le comía la boca.

Los demás se rieron, no supe si de nosotros o con nosotros, de la respuesta de su capitán, de la reacción del propio Toloqui, aún más perplejo, con más preguntas por hacer.

—¿Y quién se folla a quién? ¿Quién hace como de tía?

—Pero qué dices, hermano… —Nano lo empujó por el hombro y el Toloqui se lo devolvió rápido, sin borrar la cara de estar hablándole en chino.

—¡Que lo pregunto de verdad!

Para sorpresa de todos, Hugo no dijo nada, se dio la vuelta y continuó cambiándose, entre los vaciles de los demás al Toloqui y las

preguntas que nos hacían a nosotros. Manu atajó el interrogatorio metiéndoles prisa para salir a entrenar, en su papel de capitán serio y responsable que lo ayudaba a encubrir su apuro.

Eso fue el lunes. Bien mirado, aquella fue la calma (que Manu y yo celebramos enrollándonos en mi habitación) antes de la tempestad. El miércoles, según llegamos, Alfonso se nos acercó.

—¿Tenéis un momento? Quiero hablar con vosotros.

Manu y yo intercambiamos una mirada de desconcierto, o más bien de sospecha, y lo seguimos en silencio. El entrenador tampoco dijo nada durante los segundos que tardamos en ir a su despacho, ambos caminando detrás de él. En ese corto trayecto me dio tiempo a elaborar mil teorías sobre la razón por la que Alfonso quería hablar con nosotros; sin embargo, que precisamente quisiese hablar con los dos apuntaba al mismo lugar, en un solo sentido.

Nos lo confirmó en cuanto nos sentamos en las sillas frente a su escritorio.

—Varias personas me han hecho llegar su… preocupación por la situación.

Se me escapó la risa, y ni siquiera era de nervios, sino de la elección surrealista de palabras. De estar en su despacho escuchando algo así. De que *alguien* le hubiese hablado sobre nosotros. De esa «preocupación» que invadía cada vestuario de fútbol.

Manu y yo nos miramos y volvimos a centrarnos en Alfonso.

—¿La «situación»? —preguntó él.

—Sí, Caviedes, no te hagas el tonto conmigo. Es algo que tarde o temprano os va a perjudicar. Si queréis fichar por categorías superiores… Es algo que no tiene marcha atrás: una vez lo sepan los demás, os van a conocer por ello; sois conscientes, ¿no?

Claro que lo éramos. Conscientes del escenario que planteaba y también de la basura que era todo aquello.

—Por eso, os recomiendo que seáis discretos —continuó el entrenador—. Dejar… *eso* fuera de los vestuarios, del césped, del estadio. Aquí venís a jugar.

—«Eso» somos nosotros —logré decirle en medio del asombro.

—No, sois vosotros, compañeros de equipo, teniendo una relación que puede afectar al propio equipo y a vuestra carrera.

—Y te lo han contado porque se preocupan por nosotros —ironizó Manu—, no porque no les guste tener dos maricas en los vestuarios.

Alfonso inspiró hondo y se tiró hacia atrás en la silla, que se balanceó.

—Es una situación complicada, poneos en mi lugar. Y hacedme caso: os va a perjudicar, los dos sabéis que no hay gais en el fútbol.

Tendría que estar lleno de rabia y cabrearme como, por el gesto de Manu, estaba él; en cambio, me apetecía hacerme un ovillito en la misma silla y quedarme escondido lo poco que faltaba de temporada.

—Solo os estoy pidiendo que seáis discretos, nada más, como lo habéis sido hasta ahora. Queréis jugar, os gusta el fútbol, pues venid a jugar y dejad lo demás para otros momentos. Nadie quiere un jugador problemático en su equipo.

Después llegó el silencio. Manu mantenía la vista fija en un punto a la derecha de Alfonso, y a mí la cabeza me iba tan rápido que no sabía qué decir. Lo que proponía Alfonso era, bien pensado, llevar las cosas igual que Manu y yo habíamos hecho hasta ahora: a escondidas, salvo que ya todos lo sabían.

La alternativa era dejar el fútbol.

Manu por fin me miró. Sabía que había llegado a la misma conclusión que yo: no había muchas más salidas. Asentí con la cabeza casi de forma imperceptible y quise agarrarlo de la mano, necesitaba el contacto y el apretón. Me giré hacia el entrenador.

—Vale —acepté, la Sirenita entregando su voz a Úrsula, y Alfonso sonrió satisfecho.

Ocultar quiénes éramos, algo que habíamos hecho toda la vida, y mentir sobre nuestra relación, algo que no queríamos hacer más, iba en contra de la mayoría de cosas habladas la última semana. Pero también estaba esa otra verdad: nos encantaba jugar al fútbol.

Alfonso nos aseguró que era lo mejor para todo el mundo, y aunque quise rebatírselo, me mantuve callado hasta que acabó. Manu y yo nos estábamos levantando para marcharnos cuando el entrenador lo llamó:

—Caviedes, ¿puedes quedarte un minuto más? Óliver, tú ve a cambiarte.

Intercambiamos una última mirada, él volvió a sentarse y yo regresé a los vestuarios.

La conversación se alargó casi diez minutos y al salir Manu del despacho el entrenamiento ya iba con retraso. El resto de compañeros estaba en el campo esperando a Alfonso, tan solo yo me había quedado dentro, sentado en uno de los bancos de madera, inquieto como para siquiera mirar Instagram.

Me puse de pie según Manu apareció por la puerta.

—Me van a quitar de capitán.

Capítulo 51

MANU

—¿Que qué?

—Que me van a quitar de capitán —le repetí acercándome a él y sentándome en el banco. Incluso diciéndolo en alto dos veces seguía siendo raro, como si algo en mi cerebro no hiciese buena conexión. No procesaba. *Van a capitán quitar de me, de quitar me van a capitán, quitar van de capitán a me.* Las palabras me daban vueltas en la cabeza e intentaba ordenarlas hasta que tuviesen un mínimo de sentido.

Porque «Me van a quitar de capitán» no lo tenía.

O en realidad sí.

Tendría que habérmelo imaginado.

Me eché hacia delante, apoyé los antebrazos sobre las piernas y fijé la vista en la suciedad acumulada en las juntas de las baldosas. Óliver se acercó más a mí, hasta que nuestras piernas se rozaron, y me pasó una mano por la espalda, sobre la cazadora. Todavía no me había puesto el equipaje de los Ojáncanos.

—No lo entiendo, ¿qué te ha dicho? —me preguntó.

—Que el capitán no se puede pegar con nadie en los partidos.

—¡Pero no es justo! Siempre te has comportado bien, ¡si solo te han sacado una amarilla en toda la temporada!, y para una vez que pasa eso, ¿te quitan, así sin más?

—Esa es la versión oficial. —Y entonces lo miré, porque ahora venía la *mejor* parte—. La extraoficial es que varios compañeros han presentado una queja porque no están cómodos teniéndome de capitán.

—¿Cómodos?

Le alcé las cejas y asentí despacio con la cabeza, mientras Óliver llegaba por sí solo a la respuesta.

—¿Por ser bi?

—En la carta que han escrito no han puesto eso, claro —le aclaré —, sino que me ven algo disperso por marrones personales y no sé qué historias más, y que no creen que sea la mejor opción para el equipo, sobre todo ahora que nos jugamos el ascenso.

—¡Pero no lo deciden ellos!

—Ya, pero para evitar follones, Alfonso ha estado de acuerdo. —Me pasé una mano por la cabeza, que mantenía agachada, de la nuca hasta casi la frente, y después me cogí las manos, todavía echado hacia delante—. Al final el club lo que quiere es evitar cualquier polémica para no perder patrocinadores, y aquí los que pagan son señores del pueblo más cerrados que un cojón.

El Nansa había hecho lo mismo con Óliver. Lo importante era que nada afectase al club, aunque fuese pasando por encima, como apisonadoras, a quien fuese.

Óliver volvió a frotarme la espalda y acercó su cabeza a la mía hasta casi hablarme al oído.

—Lo siento, es muy injusto.

No me moví, tampoco respondí, tan solo resoplé con la vista de nuevo en las putas baldosas que me apetecía arrancar. Ni siquiera sabía con quién enfadarme más: si con Alfonso, que había tomado la decisión; con mis compañeros, que me habían sentenciado al escribir aquella carta; o un sistema de mierda que cada vez olía peor.

Porque el problema venía de más arriba, era más grande; era el fútbol entero.

Y se me escapaba de las manos.

Llevaba una hora sentado delante de los apuntes de Legislación Sanitaria y no me sabía más que medio párrafo: «Todas las personas tienen derecho a que las actuaciones de salud pública se realicen en condiciones de igualdad sin que pueda producirse discriminación por razón de…». Y gracias.

Era más entretenido tirar la pelota contra la pared y recogerla y volver a tirarla y volver a recogerla. Eso y cagarme en Alfonso; en mis compañeros; en Vicente, el presi de los Ojáncanos; en el club

entero; en los viejos que pagaban los patrocinios y en su puta madre.

Desde la tarde anterior la mala hostia no me dejaba pensar en nada más: Alfonso no solo nos había pedido a Óliver y a mí que fuéramos «discretos» sobre que nos gustasen los pibes y que estuviésemos saliendo, sino que además me quitaba de capitán. Es que me hervía la sangre.

«¿Qué le hago, Manu, si están incómodos?», me había dicho el míster. «Lo más importante es que el equipo esté a gusto con el propio equipo, y eso pasa por los compañeros, pero también por el entrenador y… el capitán».

Tiré la pelota contra la pared y al rebotar me vino con tanta fuerza que tuve que agacharme para esquivarla. Iba a levantarme a recogerla cuando se abrió la puerta de la habitación.

—¡Os he dicho que llaméis! —solté sin llegar a ver quién había sido. Me daba igual, en esta casa nadie respetaba nada; les había pedido mil veces a mis hermanos, incluso a mi madre, que avisasen antes de entrar, que no costaba nada, joder. Y siempre se les olvidaba.

—¡No me he dado cuenta! —se defendió Carla, y estiró el brazo hacia mí con el móvil de nuestra madre en la mano—. Es papi.

A veces me llamaba a mí, a veces a mamá, e íbamos poniéndonos los tres, aunque mis conversaciones con él no solían durar mucho, las de Mario tampoco; para sorpresa de nadie, Carla era quien más hablaba, contándole todas las cosas que se le pasaban por la cabeza de una vez a otra. Al menos mi padre tenía cierta paciencia y respondía y escuchaba hasta que nos tocaba el turno a mi hermano o a mí.

Esta vez tenía menos ganas que nunca de hablar con él y, aun así, no supe qué excusa poner ahora que me esperaba al otro lado de la línea. Cogí el móvil que me tendía Carla y señalé con la barbilla hacia la puerta, para que se pirara. La conocía y no tardaría en tumbarse en la cama para escuchar la conversación. No le iba a contar ningún secreto a mi padre, pero a veces la falta de intimidad me reventaba.

Me llevé el móvil a la oreja al tiempo que mi hermana salía del cuarto.

—Hola —saludé sin esmerarme en sonar animado por haber sido el elegido. Así debía de pensar mi padre que nos sentíamos al recibir sus llamadas: emocionados y bendecidos.

—¡Manu! Tengo algo que contarte. —A diferencia de mí, mi viejo sonaba entusiasmado; incluso soltó una risotada que no supe a qué venía—. ¡Prepárate!

Puse los ojos en blanco, aunque mi padre no me podía ver, y me senté mejor en la silla. Ángel Caviedes era muy de entusiasmarse con algo y, a los dos días, saltar a otra cosa. Le gustaba el subidón del principio y, cuando iba desapareciendo, buscaba otra diferente. Así que no me sentí mal por no compartir su ánimo por aquello que me iba a contar, que podía ser desde una receta que había visto en TikTok hasta un nuevo bolo.

—Preparado, dime —le seguí el rollo.

—¡Sonia está embarazada!

Por un instante no supe de quién me hablaba. Incluso llegué a abrir la boca con intención de preguntarle. Y entonces mi cerebro procesó la información: la novia de mi padre y mi padre iban a tener un hijo. Esa novia que nosotros aún no conocíamos. Ese padre al que apenas veíamos.

Me eché hacia delante en la silla, estiré la espalda, me quedé callado más de lo esperado.

—¿Manu? Creo que se ha cortado —le oí decir.

—No, no… Estoy aquí. Enhorabuena.

—Hemos ido esta mañana a la primera ecografía —siguió contándome— y nos han confirmado que todo está bien. El mes que viene ya nos dicen si es niño o niña.

—Ah. —Estaba en blanco. Me obligué a pensar algo, lo que fuese —. ¿No lleváis poquísimo viviendo juntos?

Igual eso no era lo más apropiado, pero a mi padre le dio igual, porque se rio.

—Mes y medio, sí. Llevamos casi seis juntos. Y si la vida así lo ha querido…

—Hombre, la vida y vosotros, que algo habréis hecho para que se quede preña…

Una nueva risa de mi padre me interrumpió.

—¡Muchas veces lo hemos hecho! —Y más risas.

Estuve a punto de cortar la llamada, apagar el móvil y poner la excusa de que se me había acabado la batería. O que me había dado un ictus.

—A tus hermanos no les he dicho nada —siguió—, quiero hacerlo en persona el mes que viene, cuando suba con Sonia. Así la conocéis y os lo contamos los dos.

—Vale —respondí sin creérmelo mucho, llevaba meses repitiendo lo mismo—, ¿y a mami?

—Eso ya como tú veas, ¡pero que no me joda la sorpresa con tus hermanos!

—Vale —repetí.

—No estás muy hablador tú hoy, ¿no?

Ni hoy ni nunca, tuve ganas de aclararle. ¿Con quién se creía que estaba teniendo la conversación?

—Es que estaba estudiando y sigo trabado.

—¿Y cómo va todo? ¿Las clases, los entrenamientos?

—Bien —mentí rápido, casi como acto reflejo. Giré en la silla y miré hacia la ventana, por donde veía las nubes grises que cubrían el cielo. Y lo solté—: Mal, me han quitado de capitán.

Ahora fue mi padre quien tardó unos segundos de más en decir nada. En ese silencio que llenó la línea pude escuchar su decepción. A mi padre no me unían muchas cosas, más allá de que éramos familia y que hasta hacía pocos años escuchaba y veía su música, series y pelis preferidas porque creía que me acercaban a él. Ser capitán había sido la primera cosa que había hecho por mí mismo y de la que mi padre estaba más orgulloso. El Caviedes en la camiseta y el brazalete de capitán los sentía suyos.

—Hostia, figura, ¿y eso por qué?

Ni siquiera dudé.

—Porque soy bisexual. Y salgo con Óliver.

Mi padre no disimuló el suspiro, me llegó alto y claro.

—Algo me habían contado tus hermanos —reconoció—, que si tenías novio o algo así, no me lo creí mucho. Ya sabes la de cosas que se inventan.

—Pues esto es verdad.

Mis hermanos se habían ido de la lengua, pero teniendo en cuenta sus años, ni siquiera podía enfadarme con ellos. O no demasiado. Había sido muy inocente por mi parte esperar que guardasen el secreto. Bastante que no lo habían soltado en el campo.

—Ha sido cosa de mis compañeros, el entrenador me ha dicho que es lo mejor para el equipo. Todavía no sé quién me va a sustituir.

Algo más que me jodía mucho era que faltaba poco más de un mes para acabar la temporada y habían preferido cambiar de capitán a estas alturas a dejarme terminarla.

—No sé de qué te sorprendes, Manu, ¿qué esperabas que pasara? —Me quedé en silencio y él continuó—: A ver, ¿a cuántos jugadores homosexuales conoces tú? A ninguno, ¿a que no? ¡Y además capitán! ¿Pensabas que te iban a dar una palmada en la espalda y un brazalete arcoíris para sacar en los partidos? Si es que te lo has buscado tú solo.

Las nubes que hasta hacía unos minutos eran gris claro se habían vuelto oscuras como el asfalto, y el viento empezaba a mover las hojas de los árboles. Me imaginaba como una de ellas, de acá para allá donde el aire me llevase, arriba, arriba, arriba, y abajo, abajo, abajo, hasta quedar pegado en el barro de un charco.

Llevaba años siendo esa hoja, de un lado a otro según mi padre soplase, sin quejarme ni echarle nada en cara, conformándome con lo que él quería darme. Y para una vez que necesitaba que se comportase como un puto padre, para una vez que necesitaba escucharlo de mi parte, cagarse en Alfonso y en el club y en Dios y la Virgen, me soltaba un «Tú te lo has buscado» que me reventó aún más.

—Tienes razón, no sé de qué me sorprendo —contesté tranquilo, asintiendo con la cabeza despacio, varias veces, aunque no me pudiera ver—. Para ser un padre de mierda tienes que ser una persona de mierda, y a veces se me olvida.

La respuesta fue ruido estático. Después:

—¿Qué has dicho?
—Lo que has oído.
Y colgué.

Me quedé sentado en la silla, la vista en la calle, el móvil de mi madre en la mano, hasta que quince o veinte minutos más tarde me llamaron para cenar. Entré en la cocina igual que un sonámbulo. Olía a cebolla y aceite, la ventana estaba abierta para ventilar, y la mesa ya estaba puesta. Mis hermanos cantaban cada vez más alto («Pero no se está tan mal, este gris no es el final… Nada que perder, mírame reír, volveremos a salir…») mientras mi madre repartía la tortilla de patata que acababa de hacer.

No dije mucho; el parloteo constante de Carla disfrazó mi silencio.

En cuanto mis hermanos terminaron la tortilla, cogieron un yogur y se fueron a comerlo al sofá, así que me quedé en la cocina con mi madre y entre los dos recogimos la mesa. Apenas prestaba atención a lo que me decía, algo de unos compañeros de trabajo que se habían liado y que a mí me daba igual porque no conocía a ninguno de los involucrados. Eso y que pocas cosas me podían sacar del comecome tras la discusión con mi padre.

El mosqueo me bullía en la tripa, una bola que cada vez se hacía más grande e iba abarcando más y más y más, un agujero negro que succionaba toda la mierda que iba pasando a mi alrededor: esconder mi relación con Óliver, dejar de ser capitán, la falta de apoyo de mi padre, un hermanastro.

—Chiqui, ¿te quedas el sábado con estos? Tomás y yo vamos a…

Desconecté, no quería escuchar la excusa que me ponía. Porque siempre había una. Siempre había un nuevo plan. Si no era con Tomás era con alguna amiga o compañera del curro, o ella sola, o que estaba mal, o que tenía guardia en el hospital, o que… Siempre había algo.

—He quedado con Óliver.

—¡Que se venga! Te dejo dinero y pedís al chino, una *pizza* o lo que queráis —me propuso, su solución para todo, con una sonrisa amable. Incluso chocó la cadera contra la mía.

—Mejor dile a Tomás que venga él.

—Cómo te pones, Manucín… Queríamos pasar el rato solos, para un sábado que libramos los dos…

Resoplé.

—¡Si pasas con él cada día libre que tienes! En cuanto no curras, te piras.

Boqueó un par de veces antes de responderme; no se esperaba aquello.

—Mira, Manu, trabajo como una burra para que nos dé el sueldo. Perdóname si cuando tengo libre quiero despejarme y divertirme.

—¿Tú te escuchas cuando hablas? ¡Que tienes dos hijos pequeños, coño! —Llevaba tanto tiempo guardándomelo que la olla a presión al final había reventado. Ahora no podía parar—. Pero solo piensas en ti, y para llevar esa vida sin hijos que quieres, me arrastras contigo. Mario y Carla son también tu responsabilidad, no solo mía.

Estaba cansado de actuar de padre de todos, incluso de ella, de olvidarme de cómo ser un hijo.

Mi madre movió la mano para que bajase la voz, que había ido subiendo según avanzaba la conversación, y cerró la puerta de la cocina. Al girarse hacia mí, lo hizo seria como pocas veces la había visto; apoyó una mano sobre la encimera y levantó un dedo de la otra.

—Lo primero, no me hables así. No sé con quién te crees que estás, pero a mí no me hables en ese tono.

Tuve que aguantarme otro resoplido, poner los ojos en blanco, mandarla a la mierda. Si de todo lo que le había dicho eso era lo que más le importaba, íbamos apañados.

—Y lo segundo —continuó, ignorando mis gestos de mala hostia—, no me trates como si yo fuese la cría. Aquí la madre soy yo.

—Pues compórtate como una.

Aquello le sentó igual que un guantazo en todo el morro, vi el colapso que sufrió: se puso roja, arrugó la frente, incluso dio un paso hacia atrás para alejarse de mí.

—Quítate de mi vista, Manu —dijo cuando ya esperaba que no dijera nada, el «Pues compórtate como una» entre nosotros, cada

vez más grande, hasta llenar la cocina y espachurrarnos contra la pared. Y levantó la mano, amenazante, aunque los dos sabíamos que no la iba a usar.

Aun así, hice caso, abrí la puerta y salí con un portazo que hizo ladrar a Elena y varios «¿Qué pasa?, ¿qué pasa, Manu?, ¿qué ha pasado?» de mis hermanos, que me acompañaron hasta que me encerré en mi habitación.

Capítulo 52

MANU

vie, 01:22

manu:
estás despierto?

pájaro 🐦:

sí, terminando un trabajo…

cuál es tu excusa?

manu:
pfff te puedo llamar?

pájaro 🐦:

siempre :)

Capítulo 53

ÓLIVER

Manu me esperaba sentado en las escaleras de acceso a mi facultad con las manos en los bolsillos de la cazadora y la vista perdida en la gente que entraba y salía del edificio. Incluso así, mirando a la nada, tenía las cejas fruncidas, la mandíbula apretada y, en general, ese gesto de mala leche que lo hacía parecer poco amigable.

Me gustaba esa diferencia entre el Manu que se veía a simple vista y el que conocía yo cuando estábamos a solas: ese que me besaba con dulzura y se escondía contra mi cuello y me abrazaba con todo el cuerpo.

Bajé trotando la gran escalinata y me senté sobre el peldaño de piedra.

—¡Bu! —Y le apreté la pierna, un poco más arriba de la rodilla, mientras le dedicaba mi mejor sonrisa. Ni siquiera tenía que esforzarme al tenerlo cerca: las comisuras de los labios se me iban hacia arriba en cuanto mi radar lo detectaba. Qué narices; solo con pensar en él mi gesto cambiaba.

—Hola, pájaro. —Y él también me sonrió, en contraste con sus ojos tristes. Me giré más hacia él, nuestras rodillas chocaron, y me incliné para abrazarlo. No era la postura más cómoda, pero los dos lo necesitábamos. Lo estrujé, rodeándolo con los dos brazos, la cabeza contra su hombro, y sentí los suyos alrededor de mi cintura. Apretó la nariz contra la curva de mi cuello y subí una mano a su cabeza; el pelo corto me hizo cosquillas en la palma.

—¿*Pizzas* y mi cama? —le propuse cuando nos separamos, todavía con las manos sobre sus brazos para no dejar de tocarlo, no todavía.

Aceptó el plan colando sus dedos entre los míos, apretándolos, y no tardamos en levantarnos; por mucho que me gustase que Manu me fuese a buscar a clase, prefería mil veces encerrarme con él en mi habitación. En cuanto nos pusimos en marcha, encargué la

comida desde el móvil, y la recogimos en el local, a dos calles de mi residencia.

No tardamos en estar sentados en mi cama, la espalda contra la pared, descalzos y con una *pizza* para cada uno sobre las piernas. Después de la semana que llevábamos, nos lo merecíamos: un sitio solo para nosotros, el olor a beicon y queso, y al otro.

Aquella habitación de quince metros cuadrados con armarios baratos de Ikea, libros por todas las superficies y una planta medio seca en la repisa de la ventana se había convertido en nuestra guarida, un búnker a prueba de bombas y gilipolleces, el puerto seguro al que llegábamos cada tarde al acabar el entrenamiento, la burbuja en la que nos metíamos, donde fuera se quedaba esperando todo eso que, en el mundo real, nos hacía daño. Entre estas cuatro paredes nos convertíamos en Óliver *y* Manu, una unión que solo era entendida aquí dentro. En el club, entre el sudor de los vestuarios y la hierba del campo, no podíamos permitírnoslo.

Nos metimos bajo el edredón después de comer, las piernas de Manu enredadas entre las mías, su brazo sobre mi cintura, la calidez de su piel sin pantalones contra la mía, su aliento contra mi hombro. Dormitamos un rato, y me desperté algo sobresaltado cuando quedaba media hora para irnos a entrenar.

Me giré con cuidado y lo besé en la cara, sobre esa barba corta que se dejaba a veces y que siempre me hacía cosquillas en el rostro y en los muslos. Manu suspiró y comenzó a acariciarme la espalda por dentro de la camiseta.

—No quiero ir a entrenar —me dijo, y entonces abrió los ojos para mirarme serio, algo avergonzado por la confesión. No me sorprendía: aquella tarde sería el primer entrenamiento sin Manu de capitán. Por un momento me recordó a sus hermanos, a veces ocurría, destellos en los que el chaval de veinte años que se echaba al hombro mil responsabilidades como si tuviese veinte años más parecía solo un niño asustado y muy cansado. Decírselo a su madre, enfrentarse a su padre, le habían aliviado un poco, pero el peso seguía ahí.

—Ya lo sé, yo tampoco. —Hablé bajito, casi contra su boca, tan cerca que no podía mirarlo sin ponerme bizco, así que eché la

cabeza hacia atrás; él también me miraba, a punto de llorar, y Manu nunca lloraba—. Pero tenemos que dar la cara, no escondernos aquí. Ya nos hemos escondido demasiado tiempo.

—Solo quiero un puto respiro —saltó rápido y dolido.

No me moví, tampoco hablé, solo esperé.

—Perdona, estoy imbécil —me dijo poco después cubriéndose la cara con un brazo.

—Y desbordado.

—Supongo —admitió volviendo a mirarme. Le destapé el rostro, le cogí las manos y le acaricié los dedos, largos y finos; Manu cerró los ojos y se dejó hacer.

Por tonto que sonase, me enamoraba de él cada día. Siempre había pensado que solo ocurría una vez, que lo hacías y ya estaba. Sin embargo, la sensación no era estanca, invariable, sino que a diario descubría un detalle nuevo que me enamoraba aún más, como la grieta que resquebrajaba su fachada de tío seguro de sí mismo, de vuelta de todo, experto en la vida con solo veinte añitos.

—Lo que les has dicho a tus padres está bien, era eso o acabar destrozado. Pero también te tienes que dejar ayudar; no puedes con todo, no puedes controlarlo todo tú solo.

—Supongo —volvió a decir. No sonaba muy convencido. Sabía que si Manu se había sincerado con sus padres el día anterior era porque no aguantaba más. De haber podido elegir, habría seguido echándose más responsabilidades a la espalda en vez de hablar con ellos: asumía que era su labor y no pedía ayuda a nadie.

Siguió él con las caricias en mi piel: en la cintura, sobre las costillas, de vuelta a la espalda. Me removí en el colchón, acomodándome mejor, mis piernas entrelazadas con las suyas.

—Quiero estar aquí contigo siempre. —Y al escucharse sonrió echando aire y abrió los ojos. Yo lo observaba en silencio, derritiéndome sobre las sábanas que ya olían a Manu—. Podríamos quedarnos en la cama, follar a todas horas, ver series y leer.

Asentí con la cabeza, moviéndola despacio un par de veces.

—No iríamos ni a clase ni a entrenar ni a casa, ¿no? —le seguí el rollo.

—Qué va. Y pediríamos comida que nos traerían a la puerta.

—Veo que lo tienes todo pensado, Manuelito.

—Llevo un rato planeándolo.

Imitó mi sonrisa, que con el último comentario se amplió aún más, y estiré el cuello para llegar a él y besarlo.

—Te quiero —me dijo de pronto, sin avisar ni prepararme, sin tiempo para mentalizarme. Lo hizo pegado a mi boca, los dos de nuevo con los ojos cerrados—. Te quiero en serio.

«Te quiero en serio».

«Te quiero en serio».

¡«Te quiero en serio»!

Me reí un poco, nervioso y extasiado, divertido por aquella intensidad extraña en él, tan emocionado por sus palabras que por un instante me paralicé. Notaba su amor en el estómago y en la garganta y en el pecho; en el vientre y en la cabeza y hasta en los dedos de los pies.

Sentía el amor de Manu en cada rincón.

—Yo también te quiero en serio.

Hacía un par de años había leído un poema de García Lorca que en su momento no comprendí: «Dicen que son veinticuatro las horas que tiene el día. Si tuviera veintisiete, tres horas más te querría».

Ahora lo entendía a la perfección.

—¡Vaya un tufo! —se quejó Alfonso al entrar a los vestuarios, a escasos minutos de empezar el entrenamiento—. Aquí huele a tigre que tira p’atrás.

Lo seguía Hugo.

La sonrisa del segundo, amplia, orgullosa, llena de dientes, contrastaba con la seriedad del primero, y aquello me gustó tan poco que le di un codazo a Manu, sentado a mi lado atándose las botas. El capitán, que en realidad ya no era capitán pero me negaba a dejar de llamarlo así, levantó la mirada hacia mí, caramelo y chocolate y miel, y señalé con la barbilla casi de forma imperceptible hacia Hugo. Dejó de atarse los cordones, estiró la espalda y se puso de pie. Mis compañeros hicieron algo similar, nos podía la curiosidad;

las voces fueron bajando de volumen hasta que solo fueron murmullos y, al final, se hizo el silencio.

Todos firmes.

—Señoritas, tengo novedades —dijo Alfonso. A su lado, Hugo resplandecía, un pavo real desplegando su cola por el vestuario para que todos lo observásemos. La tensión de Manu llegó hasta mí como el calor de un radiador, que se mezcló con la mía y me apretó el nudo del estómago.

Sabía lo que iba a pasar y, por la cara de Manu, él también. Quise darle la mano, colar los dedos entre los suyos, notar la suavidad y la calidez de su piel, sentirme de alguna manera mejor. Hacerle sentir mejor.

Unos días atrás le había regalado un libro de aves con unas ilustraciones chulísimas que contemplamos en mi cama, los dos medio desnudos, hombro contra hombro. Manu lo sujetaba para que ambos lo viésemos, y leía en alto la información de cada pájaro. A veces hacía sus aportaciones y me daba algún dato que no recogía el libro o me contaba alguna anécdota relacionada con el ave en cuestión, casi siempre con Mario, Carla, el Migueluco y el Tonio involucrados. Aquel Manu que hablaba de pájaros y pasaba las páginas y admiraba los dibujos y sus colores y me contagiaba su entusiasmo era sin duda mi Manu favorito, cuando echaba abajo muros y se mostraba más auténtico que nunca. Quería que nunca más tuviese que replegarse, esconderse bajo ese caparazón que cargaba a todas partes igual que hacían sus hermanos con sus mochilas llenas de trastos.

En cambio, imité su postura: crucé los brazos, metí las manos bajo las axilas. Y esperé la bofetada.

—He recibido un escrito firmado por varios de vosotros en el que me decís que no estáis cómodos con vuestro capitán.

Si volvía a escuchar una vez más la palabra «cómodos», me pondría a chillar.

Al instante, todas las miradas fueron a Manu, que permaneció imperturbable, la espalda bien recta, los bíceps en tensión al mantener los brazos cruzados, la mandíbula apretada, la vista en Alfonso.

—Como sabéis, la confianza en el capitán es vital para cualquier equipo. Une al grupo para que todos remen en la misma dirección, y debe ser respetado, claro está. —Me dieron ganas de interrumpir su discursito, porque sus palabras se contradecían con lo que estaba ocurriendo; sin embargo, le dejé continuar—: Y, sobre todo, dar ejemplo, dentro y fuera del campo.

Me moví unos centímetros hacia Manu, hasta que mi brazo rozó el suyo, y lo mantuve ahí, piel contra piel. Él no se movió ni me miró, tampoco lo apartó.

—La conducta de Caviedes durante el último partido no fue propia de un capitán, y eso, sumado a la pérdida de confianza de algunos compañeros, me ha llevado a elegir a otra persona para el puesto.

La noticia, que para mí no era nueva, me impactó como la primera vez.

—¿Qué? —dijo Nano, que nos miró sin entender nada, y volvió, enfadado, al entrenador. A él se sumaron los murmullos de varios más; otros se quedaron callados, quizá los que firmaron el escrito con el que se habían deshecho de Manu—. ¡Pero si el jugador del Nansa se lo buscó!

No era por eso, ¿los demás no lo veían claro? La conducta de Manu siempre había sido impecable; no lo sustituirían solo por la pelea. Si dejaba de serlo era simple y llanamente porque a algunos no les gustaba que fuese bisexual.

Alfonso tuvo que dar varios gritos y palmadas para hacerse oír por encima del barullo que se montó. Poco a poco mis compañeros unieron los puntos, la presencia de Hugo a la derecha del entrenador ayudó; después de semejante anuncio, hablaba por sí sola.

—Ya he dicho que la confianza en un capitán es fundamental, y Caviedes ya no la tiene —repitió Alfonso respondiendo a Nano. Este volvió a quejarse junto a los demás, apenas se entendía lo que decían unos y otros, y el entrenador perdió la paciencia—. ¡Silencio! No quiero oír ni una puñetera palabra más hasta que yo acabe u os pongo a fregar las gradas de rodillas, ¿me habéis entendido?

Nadie respondió, y Alfonso asintió con la cabeza, satisfecho.

—Dicho esto —desvió la vista a Nano por si lo interrumpía, cosa que no pasó—, y tras valorar todas las opciones, he nombrado a Hugo. —Y nos miró como si esperase aplausos.

Aquello ya no suponía ninguna sorpresa, el elegido llevaba ese rato junto al entrenador con su gesto más presuntuoso; sin embargo, al escucharlo, el asombro llenó los vestuarios. Y, de nuevo, el barullo.

El Toloqui se echó encima de Hugo con un abrazo que más parecía el comienzo de una pelea, seguido de Iván, Luisfer y otros que también se acercaron a felicitarlo. Nano no, y ese gesto me reconcilió otro poco más con él.

Manu y yo permanecíamos tiesos en nuestros sitios, observando la escena. No quería darle la satisfacción a ese gilipollas de ver que me afectaba, así que tiré de todo mi autocontrol para mostrarme firme, serio y no abrir la boca; las manos cerradas en un puño para evitar que me temblaran; con ganas de dar una patada al banco de madera, también a Hugo, que era quien había salido ganando sin merecérselo, y a Alfonso, que lo había permitido.

—Es injusto, Hugo es quien menos se lo merece —se quejó ahora Laro, y me miró. Agradecí que no mencionase lo que el otro había contado sobre mí.

—Eso tendré que decidirlo yo —atajó Alfonso—. Y ya lo he hecho. Dejaos de tonterías y terminad de prepararos. En dos minutos os quiero a todos fuera.

Después se giró y salió de los vestuarios, y mis compañeros volvieron a estallar. Las felicitaciones a Hugo continuaban, su grupito lo rodeaba, y Manu y yo volvimos a sentarnos en el banco para terminar de calzarnos.

Tenía tanta rabia dentro que no podía dejar de mover la rodilla arriba y abajo.

—¿Cómo vamos a seguir con él de capitán? —le pregunté de forma genuina. Quería saberlo de verdad. Quería saber cómo íbamos a venir cada lunes, miércoles y viernes y recibir sus indicaciones y aguantar su arrogancia y sus burlas, sabiendo que podía hacer lo que le diese la gana con nosotros y salir de rositas—. ¿Y con Alfonso de entrenador?

Manu no respondió, se echó hacia delante y miró al suelo. Yo, en cambio, contemplé su cogote y todo su perfil. Me imaginaba sentado en su regazo, rodeado por sus brazos, mientras todo a nuestro alrededor era caos. Pensar aquello me calmó un poco, la posibilidad de hacerlo un rato después, lejos de aquí.

—Manu, tenemos que hacer algo —insistí ante su silencio.

Levantó la mirada, más indefenso de lo que jamás le había visto.

—Solo se me ocurre jugar —me contestó al fin.

Parecía tan perdido como yo, incapaz de encontrar una solución al problema en el que estábamos metidos, incapaz de controlar la situación. Su mano cálida y firme sobre mi rodilla, que no podía dejar de mover, me aplacó. Cogí aire, sus dedos me hacían cosquillas sobre la piel, y miré a Hugo.

Acepté el plan de Manu asintiendo con la cabeza, hasta que se nos ocurriera algo mejor.

Capítulo 54

MANU

—¡Elena, por favor, que no quiero! —Óliver se reía tanto que apenas podía hablar, mientras la perra movía el rabo como una loca e intentaba subírsele encima. Nos había cortado el morreo cuando se puso a montar la pierna que a Óliver le colgaba del sofá, y desde entonces era imposible tranquilizarla, parecía un crío con subidón de azúcar.

No la culpaba, el pibe estaba tremendo.

Había llegado con el pelo mojado, peinado hacia atrás, y la oreja del pendiente descubierta, por lo que no me había quedado más remedio que mordérsela. Descubrir qué puntos le provocaban cosquillas y cuáles le ponían cachondo nos ocupó un buen rato. Me esmeré sobre todo en los segundos.

Me incorporé, Óliver se echó a un lado del sofá con el pelo revuelto y la cara acalorada, y estuve a punto de pasar de la perra y sentarme encima de él para seguir con lo que habíamos dejado a medias. Pero sabía que Elena no pararía de incordiarnos, estaba demasiado excitada para tranquilizarse así como así. En eso también la entendía.

—Es que no me extraña que quiera follarte —le solté una vez me levanté. Del portátil salía la voz de Bad Bunny cantando sobre lo mucho que le gustaría estar colgado de alguien y que ese sentimiento fuera correspondido. Lo que el pavo no debía de saber era el cague que daba y al mismo tiempo lo increíble que era.

—Ella no va a tener suerte, pero igual tú sí. —Me alzó las cejas, aguantándose la risa, y estiró el brazo para darme un azote en el culo.

Me incliné hacia él buscándole la boca, él estiró el cuello para salir a mi encuentro, y volvimos a besarnos.

Hasta que Elena saltó contra mí y volvió a interrumpirnos.

—Ya voy, ya voy —me quejé de la que me separaba de Óliver con esfuerzo. Sonreí cuando coló los dedos entre el pelo, que con la luz que entraba por la ventana le hacía parecer casi pelirrojo, y se lo apartó hacia atrás. En la muñeca llevaba todavía la pulsera de abalorios que mis hermanos nos regalaron hacía tiempo, solo que en ella ahora ponía *Manu* y en la mía, *Óliver*. Nos las habíamos intercambiado jugando a las bodas con Mario y Carla. Lo propuso ella, aunque yo sabía que la idea había sido de él.

—Yo seré el cura —dijo Carla hacía un par de tardes, y arrugó tanto las cejas que pensé que le ocurría algo—. ¿Por qué no hay curas chicas? —Antes de poder responderle, siguió hablando—: Vosotros seréis los novios y Mario mi ayudante. *Darle* a Mario las pulseras.

Yo solía seguirles el juego a mis hermanos la mayor parte del tiempo, pero eso de la boda me daba un corte que flipas. A Óliver, por su risa, también. Tuvieron que tirar de mí para que me levantase del sofá, y fue Mario quien nos quitó las pulseras de las muñecas y nos puso las del otro. Luego, Carla nos declaró «novio y novio» entre risotadas, la cosa se salió de madre, mis hermanos empezaron a saltar en el sofá y tuve que cortar la jarana o acabarían colgándose de las cortinas y tardarían horas en dormirse.

Ahora, Elena me siguió hasta la cocina y le di un hueso de buey, que guardábamos para situaciones en las que se ponía muy pesada y con el que se estaría un buen rato entretenida. La ocasión (enrollarme con mi pibe) lo requería. Con el premio en la boca, se tumbó en su cama feliz de la vida, bajo la ventana de la sala, por donde entraba el sol y le calentaba el lomo.

Y yo volví al sofá con Óliver.

La paz nos duró cinco minutos, mi teléfono empezó a sonar.

—¡No lo cojas!

Óliver me agarró entre risas, no me dejaba alcanzar el móvil, que vibraba sobre la mesa. Vibraba y vibraba y vibraba, y como no paraba, ahí ya cedió.

—Van a querer venderte algo fijo —me advirtió.

Pero era del colegio de mis hermanos, y me acojoné.

El Fumoril era el único colegio del pueblo, de fachadas blancas y tejado de pizarra, en el que habíamos estudiado mis padres y yo, e incluso mis abuelos o el Migueluco. Si te habías criado en Brena, pasar por el Fumoril era casi inevitable.

Después de catorce años allí, me lo conocía bien. Había cambiado poco en todo ese tiempo, y la mayoría de los profesores eran los mismos que cuando me gradué. Por primera vez, subí por las escaleras centrales, reservadas a adultos y visitas, y que daban a la zona *prohibida* a los alumnos: oficinas, despacho de la directora, y la sala y la cocina de los profesores.

De repente me permitían jugar con los mayores.

Y todo porque mi madre, con quien todavía no me hablaba, no había cogido la llamada, estaba currando, y el siguiente número en la lista de contactos de emergencia era yo.

Carla y Mario nos esperaban sentados en unos sillones junto al despacho de Maritere, la directora, cogidos de la mano y la vista en las rodillas. Parecía que en su vida habían roto un plato.

—¡Lo estaban empujando! —se defendió Carla en cuanto nos vio. Me adelanté a Óliver y fui hasta ellos. Mario se aguantaba las lágrimas y Carla le apretaba la mano, con aquella determinación que tanto me gustaba. Me agaché delante, casi acuclillado, y pasé un brazo por la cintura de cada uno.

—¿Estáis bien? —les pregunté, examinándolos ahora que los tenía cerca. No encontré ninguna herida, al menos a simple vista. Los dos asintieron con la cabeza, aunque Mario se rascó un ojo con la mano libre y sabía que le faltaba muy poco para echarse a llorar. Le froté la espalda, no me separé—. ¿Qué ha pasado?

Maritere fue quien nos lo explicó a Óliver y a mí, después de hacernos pasar a su despacho. La pava había sido mi profesora de Inglés durante buena parte de mis años allí, y soltaba comentarios viejunos como «*efectiviwonder*», «*okey makey*» o «lo llevas clarinete» que solo le resultaban graciosos a ella y que nunca me habrían hecho imaginar que acabaría de directora. Y ahí estaba ahora, sentada en el trono que la convertía en la reina, o dictadora, estaba por ver, del Fumoril.

Según nos contó, tres niños mayores que mi hermano habían empezado a empujarlo e insultarlo en el patio del colegio: otra vez la historia de que era una niña por llevar el pelo largo, que nadie quería ser su amigo, que olía mal, que daba asco. Me cagué en todo lo cagable. Carla, al ver lo que pasaba, se metió a defenderlo y pegó a uno de ellos; los otros dos salieron corriendo a contárselo a las profesoras.

Mis hermanos no abrieron el pico durante el resumen de Maritere, demasiado asustados (incluso Carla, siempre tan bravucona) de estar en el despacho de la directora y de que yo hubiese venido a buscarlos en horario de clase.

Óliver esperaba de pie, junto a la puerta, y no pude verle la cara, Mario se retorcía los dedos evitándonos la mirada y Carla apretaba los brazos que tenía cruzados, la barbilla alta, los ojos desafiantes; caminaba en equilibrio entre el orgullo por lo que había hecho y el miedo a las consecuencias. Sentado en una de las dos sillas delante de la mesa de la directora, estiré un brazo y se lo pasé por la cintura; con la otra mano agarré las de mi hermano. Esperaba que el contacto valiese, de momento, para tranquilizarlos.

—Llevan metiéndose con él desde principios de curso —le conté a Maritere, tratando de frenar la mala hostia—. Y el año pasado también.

Detrás de mí, noté que Óliver se acercaba.

—Y desde el colegio condenamos cualquier tipo de acoso —me aseguró ella—, pero también de violencia, del tipo que sea. Me reuniré más tarde con ellos y sus padres, y buscaremos la manera de solucionar esto.

—¿No vais a hacer nada? ¿Castigarlos o algo así?

—Eso les corresponderá a los padres, si lo encuentran conveniente, igual que si los vuestros quieren tomar medidas con Carla. Nosotros, desde el centro, no apostamos por los castigos, y menos en edades tempranas, que solo consiguen frustrar más a los niños y las niñas. Estamos más abiertos al diálogo, a hacerles entender por qué su comportamiento no es adecuado, sin privarles de nada.

Era ridículo. Los críos iban a seguir haciendo con mi hermano lo que les saliese del rabo. Volví a cagarme en sus muertos y en los de todo quisqui, y me giré hacia Óliver, a quien todo esto le parecía la misma mierda que a mí, por el gesto que tenía. Nos miramos y me apretó el hombro, donde dejó la mano. No se me escapó el vistazo que nos echó Maritere, la vista fija en la mano de Óliver, las cábalas en su cabeza hasta entender quién podía ser él para mí. Me dio igual.

—Vamos, que no vais a hacer nada —repetí tras su explicación.

Insistió en que hablarían con ellos, en que tratarían el asunto según las directrices del centro y lo que creían correcto, y nos mandó para casa tras insistir a mi hermana en que la violencia no era la solución a nada.

Por si acaso, se lo repetí mientras salíamos del colegio, Mario agarrado a mi mano, Carla a la de Óliver.

—Si es que ya sabes que no se pega.

—¡Y tú! —se quejó rápido, como si tuviese la respuesta preparada —. Y te pegaste con el del Nansa.

Así fue como mi hermana de ocho años me calló la boca. Tuve que ocultar una sonrisa, Óliver me alzó las cejas y supe que se estaba aguantando la risa. El tema era serio, las ocurrencias de Carla no.

—Ya, y estuvo muy mal…

—Estuvo fatal —me interrumpió ella.

—… igual que ha estado mal lo de hoy —seguí, ignorando su puntillita o no me dejaría hablar en la vida—. Entiendo que quisieses defender a Mario, pero tendrías que haber avisado a algún profesor.

Carla resopló indignada y caminó pisoteando el suelo con fuerza, para que todos nos diésemos cuenta de lo enfadada que estaba. Era difícil reñirla por algo que yo había hecho pocas semanas atrás por las mismas razones: defender a alguien a quien queríamos. También sabía que no habíamos actuado bien, por muy correcto que me hubiese parecido en el momento. Tenía que dar ejemplo.

Mandaba huevos.

Mario observaba la escena en silencio, su mano en la mía, tan pegado a mí que acabaríamos tropezándonos, y, sin argumentos, pedí auxilio a Óliver con la mirada. Antes de que le diese tiempo a

decir nada, mi hermano me pidió que lo cogiese en brazos, y en cuanto lo tuve encima escondió la cabeza contra mí.

Dijo algo, no lo entendí.

—Si hablas a mi cuello no te oigo, Pikachu.

—Que quiero que me cortes el pelo.

Carla estiró los brazos con urgencia hacia Óliver y este la cogió al instante. Mi hermana buscaba estar más cerca de Mario, aunque se mantuvo callada, solo lo miraba.

—¿Por qué? ¿Por lo que ha pasado?

—No, porque ya no me gusta.

Mi hermano seguía con la cabeza baja, apoyado contra mi torso, así que bajé la mía para pegarla a la suya.

—Si es por eso, lo cortamos sin problema —le prometí—. Si es por lo que te han dicho, entonces no.

Mario sorbió por la nariz, se había arrancado a llorar, y le di un beso en la frente, donde alcancé. A mí podían putearme lo que quisieran, quien fuese, y apretaría los dientes y aguantaría lo que me echasen, o eso creía, pero si atacaban a mis hermanos… Si los atacaban a ellos, aparte de querer liarme a hostias con todo dios, se me rompía el corazón. Sonaba exagerado y moñas que te cagas, pero era la verdad. Me rompía en dos verlos mal.

—No podemos dejar que nos pisoteen —le soltó Óliver, y le dediqué una mirada de advertencia para que relajase su discurso; aunque llevaba razón, mis hermanos eran unos críos. Lo siguiente que dijo me gustó más—: Si les haces caso y te lo cortas, les darás la razón: como eres un niño, no puedes llevar el pelo largo. ¿Y a que eso no es verdad?

—No —respondió Mario algo dudoso.

—¡No! —gritó Carla a la vez, erguida en brazos de Óliver, con el puño en alto—. ¡Me lo voy a cortar yo! ¡Lo voy a llevar tan corto como Manu, y Mario que se lo deje así!

No sabía hasta qué punto Carla decía todo aquello en serio o se dejaba llevar por el momento. Mario no estaba convencido, ella le apretó la mano.

—Me lo voy a cortar muy corto, cortísimo, y tú te lo vas a dejar largo, larguísimo, hasta los pies, ¿vale?

La imagen los hizo reír a los dos, y Carla se vino arriba y siguió dando detalles cada vez más tontos de su idea, que a ambos les divertía mucho, mientras Óliver y yo le dejábamos hablar y nos reíamos ante sus ocurrencias. Poco después, Mario aceptó el plan con un asentimiento de cabeza y una sonrisa. Yo intercambié una mirada con Óliver llena de orgullo.

Hicimos el camino de vuelta a casa entre gritos y saltos de mis hermanos, que estiraban los brazos al cielo como si quisiesen atrapar las bandadas de pájaros que nos acompañaban por encima de nuestras cabezas.

Las gradas de los Ojáncanos estaban llenas, solía ocurrir cuando se acercaba el final de temporada y cada partido se convertía en decisivo. Me había perdido el de la semana anterior con el Liendo, por la tarjeta roja que arrastraba por la pelea, y llegaba a este contra el Merón con bastantes ganas. Vencerlos, a tres partidos para acabar, casi nos aseguraba el ascenso. Y también quedar por encima del Nansa. Todos queríamos subir de categoría, estaba claro; a Óliver y a mí, con superar a los payasos de su ciudad, nos iba bien. Nos iba de puta madre.

Los entrenamientos con Hugo, que ya llevaba en el puesto un par de semanas, estaban siendo una gran cagada: muchos estábamos puteados y eso se notaba. Alfonso se pasaba las horas gritándonos como un becerro, ignorando adrede que si el equipo fallaba quizá era cosa suya y de las decisiones que había tomado. El *experto* era él. Al menos, lo que Hugo y el Toloqui pudiesen decirnos a Óliver y a mí ya me la turbosudaba.

O al menos no me importaba igual que antes.

—¡Señoritas! —nos llamó el míster con un par de palmadas. Intercambié una mirada con Óliver, con la diferencia de que esta vez también lo hicimos con otros como Laro, Nano o Cagigas.

—Señoritos —dijo Laro al llegar junto a Alfonso—. O señores.

—Señores, señores —rectificó y se rio—. Ya no se puede decir nada, todo ofende.

El resoplido que soltó Óliver lo oyó hasta el Juanín, que hacía fotos para el Instagram del club desde la parte más alta de las gradas.

—Igual es porque la gente se ha hartado de que se pueda decir cualquier burrada —respondió plantado con las manos en la cintura, un superhéroe sacado de cualquier peli de Marvel. El aire le revolvía el pelo, que se apartaba con un movimiento de cabeza, y el uniforme del equipo se amoldaba a sus bíceps y sus muslos, nacido para llevarlo.

La seguridad en Óliver me ponía un montón.

De nuevo, Laro y Cagigas, también Cobo, le dieron la razón con asentimientos de cabeza y murmullos, a los que me sumé. La mayoría observaba la escena esperando a que comenzase el partido. Y Alfonso, bueno…, Alfonso puso los ojos en blanco y movió la mano intentando espantar una mosca invisible que le estaba tocando los huevos.

—Vale, vale, ya está —atajó la conversación, le alzó las cejas a Óliver, retándole a continuar hablando, y cuando este se quedó callado, no sin antes soltar otro resoplido, el míster siguió—: Estamos a tres partidos de terminar la temporada y necesitamos una de las tres plazas para subir. —Todos éramos conscientes de ello, Alfonso lo recordaba al comienzo de cada entrenamiento, y aunque él no lo dijese, a los demás tampoco se nos escapaba. Igual que la temporada pasada, rozábamos el ascenso—. Así que ahora más que nunca toca darlo todo, ser inteligentes, correr y hacer caso a vuestro capitán y a mí, ¿entendido?

Terminó dando una palmada en la espalda a Hugo, que había escuchado la charla como si él mismo nos fuese a salvar la vida. Seguramente ya se imaginaba el ascenso que teníamos delante, las felicitaciones no solo por su buen hacer como jugador, sino como capitán; un mérito que no se merecía.

—¡¡¡Vamos, Ojáncanos!!! —gritó Hugo, a quien siguió el Toloqui, por supuesto, e Iván, Charly, Marco, Luisfer; la mayoría del equipo —. ¡¡O-ján-ca-nos!! ¡¡O-ján-ca-nos!! ¡¡O-ján-ca-nos!!

Ni Óliver ni yo abrimos el pico, nos limitamos a observar el espectáculo (gritos, empujones, testosterona) y esperar a que acabara. Pasábamos de sumarnos a una camaradería que no

sentíamos. Y mira que me jodía, porque los Ojáncanos eran mi club y el puto Hugo me lo había quitado.

Óliver parecía inquieto, más que en los últimos partidos, más de lo normal. Echaba vistazos cada dos por tres a las gradas, desde donde nos observaban sus padres y Alba, recién llegados de Verdebraña; Mario, con su melena perfectamente cepillada; Carla, que estrenaba corte de pelo, y el Migueluco y el Tonio, que daban palmas con mis hermanos. Óliver los saludó a todos, le devolvieron el saludo, y centró de nuevo la atención en nuestros compañeros, que seguían con el follón.

Alfonso lo cortó cuando vimos al árbitro, que caminaba hacia el centro del terreno de juego para echar a suertes con los capitanes el reparto del campo. Antes de que Hugo corriese hacia allí y los demás esperásemos el veredicto para colocarnos en nuestras posiciones, Óliver dijo:

—Si dejas a Hugo de capitán, yo no juego.

Y entonces entendí su nerviosismo.

Capítulo 55

MANU

Óliver había estado rumiando aquello todo ese rato, quizá desde hacía días. «No podemos dejar que nos pisoteen», recordé que le había dicho a mi hermano. Y: «Tenemos que dar la cara, no escondernos. Ya nos hemos escondido demasiado tiempo», que me había dicho a mí. Y: «Tú solo no puedes con todo». Y: «Yo también te quiero en serio», que nos habíamos prometido el uno al otro. Recordé todo en segundos, los que tardaron los demás también en procesarlo, en reaccionar.

No estaba solo, no podíamos (ni queríamos) escondernos, íbamos en serio.

«Si dejas a Hugo de capitán, yo no juego».

—Yo tampoco —le secundé, alto y claro, cruzándome de brazos, la vista clavada en Alfonso. Y aunque no llegábamos a tocarnos, la presencia cercana de Óliver me tranquilizaba, como cuando me escondía contra su cuello o enredaba mis piernas entre las suyas.

Hugo se quejó con un resoplido y una risa burlona, esperando que fuese Alfonso quien resolviera la situación.

—No me montéis una escenita —dijo el míster—, que esto no es una película.

El entrenador consiguió lo que pretendía: las risas de muchos de los jugadores.

No nos achantó, Óliver y yo mantuvimos la posición, los dos plantados frente a ellos sin intención de movernos.

—Yo tampoco juego. —Ahora fue Laro quien nos acompañó, dio un paso adelante y se colocó a nuestro lado. Yo no era un pibe cariñoso, menos con gente con quien apenas tenía confianza, pero en aquel momento podría haberle ahogado en un abrazo.

—Ni yo. —Cobo y Cagigas se nos acercaron casi a la vez. En silencio, también David Lastra.

Nano nos miró. En realidad, todos nos miraban, él de manera más intensa. El equipo entero sabía que éramos amigos desde hacía años, había dado la cara por mí cuando me quitaron de capitán e intentó arreglar la cagada con Óliver que él mismo empezó. Pero Nano, por mucho que nos jodiese, también era colega de Hugo. Me costaba olvidarlo.

—Yo tampoco —dijo rotundo, con otro paso hacia nosotros y la vista de nuevo en el míster.

—¡Nano! ¿Qué haces? —le echó en cara Hugo, que ya no parecía tan sobrado como segundos antes.

—Lo siento, hermano… —Y negó con la cabeza.

—No me toquéis los cojones, que suficiente tengo con estos dos —soltó Alfonso señalándonos con un brazo. Empezaba a perder la paciencia: el sudor le brillaba encima del labio superior y cada dos por tres se quitaba la gorra para pasarse una mano por la calva—. ¡A colocarse todo el mundo, venga!

No nos movimos.

De los siete que nos habíamos plantado, seis éramos titulares, y aunque había reservas para cubrir a alguno, no eran suficientes; los números estaban bastante bien para que el árbitro tuviese que suspender el partido. O, al menos, para retrasarlo un rato hasta que se solucionase.

Desde las gradas nos observaban sin entender qué pasaba. La hermana de Laro, una pava de melena rosa, nos grababa con el móvil; poco después, quienes la acompañaban, otra piba y dos pibes, sacaron sus móviles y también empezaron a grabar. Algunos más hicieron lo mismo. A simple vista, no había mucho que ver: solo esperábamos en el campo, cerca del entrenador. Pero tocaba empezar ya el partido y el murmullo de los aficionados aumentó.

Señalando el reloj que llevaba en la muñeca, el árbitro se acercó a nosotros, y Alfonso salió a su encuentro. Me moví hacia la derecha hasta rozar el brazo con el de Óliver; «¿Qué coño está pasando?», quería preguntarle. Me devolvió el roce y con eso me bastó.

—Alfonso, ya vamos tarde. ¿Qué ocurre? —quiso saber el árbitro.

—Nada, que les apetece llamar la atención. Dame dos minutos para arreglarlo. —Aunque Alfonso trataba de aparentar tenerlo todo

bajo control, sus movimientos le seguían delatando: volvió a tocarse la cabeza y se puso la gorra de nuevo.

—¿Vas a emplear esos dos minutos para quitar a Hugo de capitán? —sugirió Óliver con una inocencia que no era tal. Después miró al árbitro y este, a su vez, a Alfonso.

—Con Hugo de capitán no jugamos, queremos a Manu —repitió Laro. Y yo me quedé callado porque no me fiaba de que no me temblase la voz.

Miré a las gradas otra vez, y entonces la vi. Mi madre nos observaba, de pie entre Carla y Mario. Hacía siglos que no venía a un partido. Había trabajado por la noche, y a las doce del mediodía todavía le quedaban varias horas por dormir. Pero ahí estaba. Carla se agarraba a su jersey para aguantar de puntillas, la mayoría de la gente se había levantado de los asientos, y Mario me saludó.

Los miré a los tres unos segundos más, intentando encajar esa nueva imagen en los recuerdos que tenía de mamá, y volví la vista a Hugo, que se quejaba de que todos estábamos en contra de él, de que nos habíamos compinchado para echarlo, de que le teníamos envidia, y a Alfonso, que sudaba más que nunca.

—Como no resolváis esto ahora, no hay partido —nos advirtió el árbitro.

Óliver, Nano, Cagigas, Laro, Cobo, David Lastra y yo nos mantuvimos clavados en el sitio, un muro (casi) infranqueable que no teníamos intención de derribar. Suspender el partido significaba darle los tres puntos al San Pablo, que iba a mitad de la tabla y de poco le servían, y quedarnos nosotros sin ellos, que tanto los necesitábamos.

Aun así, no nos movimos.

—No me jodáis, ¿eh? —soltó Alfonso, acercándose amenazante—. Os quiero ya, ¡ya!, ¿me oís?, moviendo el culo a vuestras posiciones u os echo a todos del equipo.

Tampoco nos movimos.

—¿Nos vas a echar a los siete? —le pregunté. El míster no podía ser tan tonto. O, bueno, sí—. Sabes que nos están grabando, ¿no? —Y señalé con la barbilla hacia el graderío, donde no solo la hermana de Laro y sus amigos nos apuntaban con los móviles, sino

también el padre de Óliver y media docena más de personas. Sin saber qué ocurría, grababan, por si acaso. Las redes sociales no me gustaban demasiado, pero me alegré más que nunca de su existencia, de la amenaza de que se publicase y, con suerte, se hiciese viral: «Mamut del Pleistoceno, acusado de homófobo (para sorpresa de nadie)».

—¡Me cago en mi puta calavera! —gritó Alfonso, girando sobre sí mismo para contemplarnos a todos. Por mucho que mirase, no le iban a salir las cuentas: le faltaban jugadores.

Lo teníamos bien cogido por los huevos.

Con la mano más cercana a Óliver, le pellizqué de la camiseta. Manteníamos la seriedad que pedía el momento, imperturbables, pero tenía ganas de gritar y saltar y soltar toda la tensión que sentía en los hombros y el estómago.

—¡No voy a entrar en vuestro chantaje! No queréis jugar, ¡no juguéis! ¡Me cago en Dios! —iba soltando Alfonso, y con cada rebuzno salían disparadas gotas de saliva que iban directas a la camiseta negra del árbitro—. El capitán es Hugo, y al que no le guste, ¡a su puta casa! ¡Ya sabe dónde está la puerta! ¡Panda de subnormales! ¡Eso es lo que sois! ¡Una panda de subnormales! ¡Soplagaitas! ¡Maricas!

De haber empezado el partido, el árbitro ya le habría sacado tarjeta roja y lo habría echado del campo; como allí oficialmente no había comenzado nada, el señor se limitaba a observar a Alfonso igual que hacíamos los demás. El Juanín trató de llevárselo hasta que el míster hizo el amago de pegarlo y lo dejó por imposible.

—¡No tenéis lo que hace falta para formar parte de un equipo así! ¡Sois una panda de niñitas que, cuando no salen las cosas como quieren, se ponen a patalear! —berreaba, agitando un brazo hacia nosotros—. Pues por mis cojones que no jugamos el partido y nos quedamos sin ascender, ¿me oís bien? Y será por vosotros, ¡por vuestra puta culpa!

Ahora había más móviles grabándolo, no solo entre el público: uno del cuerpo técnico del otro equipo, a pie de campo, tenía una buena perspectiva de Alfonso.

—¡Fuera de aquí! ¡Vosotros siete, fuera! —nos ordenó, señalándonos y apuntando con el dedo hacia la salida. A mí ya no me asustaba, al revés, me daba risa, aunque me la aguanté más por la incredulidad que por otra cosa. El poco respeto que le tenía, que había disminuido con los años, se esfumó y solo sentí una vergüenza ajena que me coloreaba aún más la cara—. ¡Que os larguéis! ¡A cascarla!

El primero en moverse fue Óliver, que me miró rápido antes de echar a andar. No estaba acobardado o, al menos, no lo aparentaba; más bien parecía tener ganas de acabar con esto de una vez por todas.

No le di tiempo a avanzar solo: enseguida me metí prisa y lo alcancé, rozándole la mano. Se lo pregunté con la mirada («¿Te parece bien?»), y me devolvió el roce, su mano contra la mía, casi un toque accidental; luego nos buscamos los dedos («¡¡Manu, nos está viendo todo el mundo!!», me decían sus ojos), y los entrelacé con los de él.

Entonces oímos los primeros aplausos de quienes entendían lo que estaba ocurriendo, que se abrieron paso entre el murmullo de la afición: empezó el Migueluco, y el Tonio lo siguió. También Carla y Mario, la hermana y los padres de Oliver e incluso mamá, y muchos otros de alrededor.

Óliver, Laro, Nano, David Lastra, Cobo, Cagigas y yo salimos del campo entre aplausos, los insultos de Alfonso ahogados por las gradas y las risotadas de Nano, que alzaba los puños como si nosotros siete hubiésemos ganado la última Eurocopa.

Apreté la mano de Óliver, saludé con la otra a mis hermanos y, por fin, sonreí.

A lo grande.

Capítulo 56

MANU

Los siete entramos a los vestuarios en silencio, con el murmullo de la gente acompañándonos y la amenaza de que en cualquier momento llegase Alfonso a terminar el *show*. Óliver y yo seguíamos dados de la mano, los dedos entrelazados, las palmas sudadas, y tenía tal subidón en el cuerpo que no sabía qué hacer con tanta energía, una electricidad sobrante que nos rodeaba y daría calambre a cualquiera que se acercase.

Nano se derrumbó en el banco.

—¡La madre que nos parió! —dijo entre risas, frotándose la cara y pateando la superficie de madera sobre la que estaba tumbado. Luego soltó un aullido, adrenalina pura, y todos nos reímos mirándonos unos a otros, sin saber bien qué teníamos que hacer a continuación.

—¿Habéis visto las caras de todos?

—¿Y Alfonso? Le iba a explotar la vena del cuello.

—Se le ha ido la pinza pero bien.

—¡Vaya huevazos le habéis echado!

—Ahí de la manita. Todo el mundo ha flipado.

—Ojalá le hayan grabado la cara a Hugo.

Hablábamos a la vez, interrumpiéndonos, riéndonos, nerviosos y alterados, dando vistazos rápidos a las puertas de los vestuarios, como si fuesen a aparecer unos seguratas a echarnos a patadas de las instalaciones.

Yo fui el primero que estuvo listo para marcharse, ni siquiera me cambié de ropa, no me había dado tiempo a sudar el equipaje y pasaba de quedarme más tiempo del necesario allí: cuanto antes nos pirásemos lejos de Alfonso y los demás, mejor.

Un par de minutos después, los siete volvíamos a abandonar los vestuarios. El resto de mis compañeros seguían en el campo, algunos intentando convencer al árbitro para jugar el partido, otros

charlando con los del equipo contrario; el murmullo intenso de las gradas llenaba el ambiente. No me paré para comprobar dónde estaba el míster, si ya le habían disparado un sedante o seguía rebuznando donde lo dejamos; junto a Óliver, salí rápido de allí.

En el aparcamiento nos esperaban nuestras familias. Juntas. Mi madre, Mario y Carla, incluso el Tonio y el Migueluco, charlaban con los padres y la hermana de Óliver. Un grupo de lo más variado. Una sensación muy agradable, como cuando te metes recién duchado en la cama con las sábanas limpias, me recorrió el cuerpo, y Óliver me dio un codazo. Nos despedimos con prisas de Nano y los demás y, antes de que nos diese tiempo a acercarnos más, mi madre se adelantó y vino hacia nosotros.

Moví el brazo, busqué la mano de Óliver, se la volví a apretar.

—¿Todos los partidos son así de intensos? —nos saludó ella, con una sonrisa amistosa y arrugas enmarcándole los ojos.

—No ha llegado a haber partido, no sé si te has enterado —respondí, y el apretón en la mano que me dio Óliver me confirmó lo que yo ya sabía: había sido un borde.

Mi madre y yo llevábamos una semana sin hablarnos, solo saludándonos cuando nos encontrábamos en la cocina o dándonos la información necesaria sobre mis hermanos. A mí el puteo en sí de la discusión se me había pasado, y ahora quedaba el resentimiento que llevaba arrastrando los últimos años.

Y ese no se iba a ir así como así.

Ella volvió a sonreír, esta vez un gesto más triste, y se cruzó de brazos.

—Tenías razón —me dijo, ya sin el tono divertido de antes.

—¿En qué?

—En que no he actuado como una madre.

Cambié el peso de pierna, no sabía a dónde mirar ni qué decir. Las conversaciones sobre sentimientos siempre me habían incomodado, mucho más si las tenía en el aparcamiento de los Ojáncanos. Volví a notar la suave presión de la mano de Óliver entre la mía.

—Ya —respondí.

—Sé que te he cargado con demasiadas cosas. A veces se me olvida que tienes veinte años. —Mi madre parecía cansada, no solo

porque hubiese trabajado toda la noche y se hubiese plantado en el partido habiendo dormido un par de horas, sino por la conversación, lo que yo le había echado en cara, la situación en sí. A veces te sinceras con una persona porque te está jodiendo y eso no quita para que también te sientas culpable por habérselo dicho, por ser tú quien ahora la hace sentir mal a ella. Un lío de la hostia.

—Y que soy tu hijo. Y que Carla y Mario no son los míos.

Mi madre asintió con la cabeza.

—Sí. Pero voy a arreglarlo. Voy a organizarme mejor, a hacerlo mejor —aseguró, moviendo las manos mientras hablaba—. Te lo prometo, chiqui.

Sonaba muy bien, demasiado, y por eso me costaba creerlo. Eran solo palabras de buenas intenciones, justo las que yo quería escuchar, el discurso perfecto con el que Óliver tendría una buena opinión de mi madre. Lo miré un instante, mi brazo contra el suyo, los dedos de ambos entrelazados: él la observaba serio pero amable, con una paciencia que yo sabía que no sentía porque el día estaba siendo largo. Volví a mirar a mi madre.

—Vale. Demuéstramelo y me lo creeré.

De poco valía que me prometiese nada si las cosas iban a seguir igual. Con el tiempo veríamos si ella cumplía su palabra.

Necesitaba que fuese cierto. Quería creerla.

—Yo… Perdóname por cómo te hablé. Se me fue la pinza —añadí. Mis formas esa noche no fueron las mejores, lo tenía claro, aunque en el momento no encontrase otra manera de soltárselo que no fuese escupiéndolo con toda la rabia que llevaba dentro—. Lo siento, mami.

Volvió a asentir y estiró el brazo para cogerme la mano libre. Durante unos segundos quedamos los tres enganchados, ella, Óliver y yo. Aquello nos incomodó, menuda escena, y mi madre me soltó, después fui yo quien soltó a Óliver y le pasé a ella un brazo por encima de los hombros. «Gracias por venir», le dije bajo, apoyando la cabeza contra la suya. Me rodeó la cintura, no recordaba la última vez que habíamos hecho algo así, y caminamos juntos hasta los demás, que hacía rato que nos observaban.

Alba fue la primera en moverse: salió disparada hacia Óliver y se lanzó a su cuello para abrazarlo como si acabásemos de aterrizar de una misión espacial. Su padre le dio una palmada en la espalda mientras su madre contemplaba la escena emocionada. Todo muy peliculero, también reconfortante. Volvía la sensación de las sábanas limpias.

Apenas había dado tiempo a Alba a apartarse de Óliver cuando fue mi hermana la que fue a por él, abrazándolo por la cintura, que era a donde llegaba. Carla miraba a Alba de reojo, todo el rato, en parte fascinada, en parte celosa; acababa de comprender que no era la única pava en la vida de Óliver.

Mi hermano nos esperaba entre el Tonio y el Migueluco, cogido de la mano de los dos, algo cortado, pero sonriente, por la presencia de la familia de Óliver, a la que apenas había tratado. Y luego estaban los propios viejos, a quienes parecía que se les había metido algo en los ojos, porque los tenían rojos y más aguados que de costumbre.

—Habéis sido muy valientes —nos dijo el Migueluco con el temple que lo caracterizaba, y el Tonio asintió con la cabeza, afectado.

—Mucho. —Esta vez fue la madre de Óliver quien habló.

—Ya tocaba —respondió Óliver, enganchado a su hermana, de la mano con la mía.

—Siento…, sentimos —rectificó ahora el padre, mirando un momento a su mujer— no haberlo sido nosotros también. No haberte ayudado a serlo hace un año.

Viniendo de ellos, que lo empujaron a hacer lo contrario de lo que acabábamos de hacer —dar la cara—, a barrer bajo la alfombra lo que ocurrió en el otro equipo, era un paso. ¿Acaso mi madre y sus padres habían tenido una charla en las gradas sobre sus cagadas? Me gustaba imaginar que sí, una sesión de terapia en los asientos de plástico llenos de cagarrutas de palomas y gaviotas.

—Ahora ya me he quedado a gusto —bromeó, y todos reímos algo incómodos, pero sobre todo conmovidos.

Miré a Óliver, que también me miraba a mí, y nos sonreímos. Los demás nos observaban y nos habíamos plantado frente al míster y dado la mano delante de medio pueblo y mi madre me había prometido ser mi madre y la sonrisa de Óliver le hacía crecer tres

metros y sus padres se habían disculpado con él por no apoyarlo de la manera en la que necesitaba y yo no sabía qué sentir porque sentía muchas cosas a la vez.

—Está siendo todo precioso —aseguré, todavía con un brazo por los hombros de mi madre—, pero vaya empalague, ¿no?

—¡Manu! —me regañó ella entre risas suyas y de los demás. Mi hermana entonces empezó a gritar: «¡Vaya empalague! ¡Vaya empalague! ¡Vaya empalague!», en bucle, y, cuando le mandé cortar el rollo, me imitó y, alentado por ella, mi hermano se sumó a una de las bromas que más les gustaba: repetir cada una de las palabras que decía. Cada una.

Así que no me quedó más remedio que salir corriendo detrás de ellos, entre gritos exagerados y risas de los dos y mis amenazas de hacerles cosquillas, que surtían más efecto que cualquier otra cosa. Enseguida se sumaron a la captura Óliver y Alba, para ilusión de mis hermanos, y nos tiramos un buen rato intentando pescarlos, hasta que a Alba le dio flato, Mario empezó a quejarse de que tenía hambre y mi madre bostezó por quinta vez.

Al levantarme aquella mañana, con la perspectiva de jugar mi primer partido sin ser ya capitán, no había dado un duro por que el día remontara. Y, contra todo pronóstico, a pesar de las miradas de Hugo, de los gritos de Alfonso y los murmullos de las gradas, había acabado bastante bien: rodeado de la gente que más me importaba.

Capítulo 57

ÓLIVER

Después de estar casi veinticinco minutos sentado en una silla de plástico, cada vez era más difícil encontrar una postura cómoda. Mi rodilla derecha tenía vida propia y subía y bajaba y subía y bajaba y subía y bajaba; solo cuando Manu posó una mano sobre ella (y, ya que estaba, aprovechó para ascender un poco por mi muslo), detuve el movimiento que acabaría poniéndonos histéricos a todos. Lo miré con una mueca de disculpa, los labios apretados y las cejas alzadas, la cara congestionada por los nervios, y me devolvió el alzamiento de cejas con un apretón en la pierna.

Cada uno manejaba el nerviosismo como podía. Yo movía la rodilla, Manu se sumergía en un silencio mayor del habitual, y luego estaban los demás: Nano, apoyado de pie contra la pared frente a nosotros, nos contaba batallitas; Laro miraba por la ventana; Cagigas se mordía las uñas, acabaría haciéndose sangre; y David Lastra y Cobo veían un vídeo del *Fortnite* en el móvil.

La espera, en situaciones ya de por sí estresantes, debería considerarse método de tortura. Yo no era una persona demasiado nerviosa, pero como tuviera que hacer cola para algo me entraban unas ganas tremendas de hacer pis cada dos minutos. Llevábamos un rato sentados en las sillas esperando para hablar con Vicente, el presidente del club; en realidad llevábamos seis días esperando, desde el partido.

Los Ojáncanos no eran buenos en resolver las cosas rápido, visto lo visto, y el equipo no había entrenado en toda la semana, hasta que se solucionara todo. En estos cinco días nos habían llegado toda clase de rumores: desde que nos iban a echar a los siete hasta que todo seguiría igual.

Había momentos en los que no me importaba qué ocurriese, tan solo quería saber qué iba a pasar. La incertidumbre era lo peor.

Tener a Manu conmigo ayudaba a sobrellevarlo; si estaba con él, la decisión del club importaba menos.

La puerta del despacho del presidente se abrió por fin, cuando yo estaba a puntito de llamar para preguntarle si se había olvidado de nosotros.

—Perdonad, estaba al teléfono —se disculpó, mientras nos indicaba con el brazo que pasásemos. El despacho no era gran cosa; sí mejor que el de Alfonso, aunque el nivel estaba bajo. Entraba más luz y la silla era nueva, pero desprendía la misma decadencia que el de él.

Delante de la mesa solo había dos sillas en las que enseguida se sentaron Cagigas y Cobo, así que me quedé detrás de ellos, de pie, junto a Manu, Nano, David y Laro, casi a modo de guardaespaldas. Apoyé las manos sobre el respaldo de la silla de Cobo y esperé, como un reo por su sentencia, a que Vicente hablase.

Ya, ya, tampoco era para tanto, pero los nervios me podían.

—Vaya semanita, ¿no? —El hombre se frotó la barba oscura, salpicada de hebras blancas, y movió la cabeza a un lado y a otro con una sonrisa. Desprendía pinta de padre enrollado, y aquello, más que calmarme, me hacía creer que lo peor vendría después.

Siempre venía después.

—No me voy a andar con rodeos: la actuación de Alfonso del otro día fue bochornosa y en el club no toleramos esos comportamientos, por lo que hemos decidido prescindir de él.

Miré a Manu, que me alzó las cejas igual de asombrado que yo, y Nano dejó escapar un ruido de sorpresa que se parecía al inicio de una carcajada que intentaba atajar. Cobo y Cagigas se revolvieron en las sillas y se giraron para mirarnos por encima del hombro con una mueca.

Los siete pensábamos que, de alguna manera, defenderían al entrenador. ¡Y lo habían echado! Esa sí que era buena.

—¿Tanto os sorprende? Somos un club abierto y diverso y no tenemos ningún problema con que vosotros…

—Que nos conocemos, Vicente —lo interrumpió Manu—. Tampoco trates de vendernos la moto.

Le di un codazo, como si la impertinencia de Manu fuese a hacerles cambiar de opinión y de pronto Alfonso fuese a entrar por el ventanuco dando un salto mortal.

—Hablo muy en serio. Lo que ha pasado con él es inaceptable, no son los valores que tratamos de defender, y por eso está fuera. Sí lo son los que vosotros habéis mostrado: el coraje, el compañerismo, la solidaridad…

Los siete nos revolvimos; Nano diez centímetros más alto, el torso hinchado; yo todavía algo inquieto, incrédulo. Manu, al parecer, también: mantenía un gesto de poco impresionado, las manos en los bolsillos del pantalón de chándal y la atención puesta en el presi.

—Los tiempos cambian, y desde los Ojáncanos intentamos cambiar con ellos, echar abajo barreras. Manu, Óliver, en lo que os podamos ayudar…

A pesar de escuchar con atención, pegué un respingo al oír mi nombre, incapaz de decir nada. Asentí con la cabeza, la presión en el pecho, y Manu hizo lo mismo.

—Tampoco va a ser fácil, como ya sabréis —continuó Vicente—. Ahora que es algo, digamos, público, tendréis que aguantar algunas tonterías en los partidos. Supongo que sois conscientes. Pero desde los Ojáncanos trataremos de hacer todo lo que podamos para controlarlo.

Volví a asentir, las manos me temblaban sobre el respaldo de la silla, así que las bajé para ocultarlas. No era miedo, sino aturdimiento, un agradecimiento tan grande que me daba ganas de llorar. El apoyo del club no parecía real.

—Muchas…, muchísimas gracias, de verdad —logré decir algo cohibido por el temor a que, si seguía hablando, se me escaparan las primeras lágrimas.

—Gracias —me acompañó Manu, y me pasó un brazo por la cintura, el ancla que necesitaba para no perderme en situaciones del pasado que me hubiese gustado que se resolvieran como esta.

Me aferré al momento, para quedarme en aquel despacho con todos ellos.

—Presi…, ¿y Hugo? ¿Es verdad que se marcha?

Ah, sí, en esta semana también habían circulado rumores sobre él: que si seguiría de capitán porque de esa posición no lo movía ni Dios (palabras del Toloqui), que si le quitarían el brazalete, que si…

—Sí, el otro día me avisó de que, si no lo queríamos de capitán, el Peña Cabarga estaba interesado en él. Así que la próxima temporada ya no jugará con nosotros.

—Qué pena —dijo Manu tan serio que, si no lo conocías, podrías pensar que hablaba de verdad. Me apretó la cintura, el brazo todavía rodeándome de manera discreta, y le sonreí. Primero un gesto pequeño, como si la tensión que habíamos ido acumulando en los últimos días no me dejase hacerlo de otro modo; después ampliándolo hasta que casi me eché a reír.

—Una gran pérdida —confirmé con leves asentimientos de cabeza.

—La putada de mi vida —añadió Laro, y los siete nos reímos abiertamente; incluso Nano, que nos había pedido perdón un millón de veces en los últimos seis días por haber sido amigo de semejante capullo.

—Chicos…, dejadme hablar otro poco más y os podréis marchar. —Vicente trató de controlar el estallido de entusiasmo y movió las manos para que bajásemos el volumen—. Queda el asunto de la capitanía.

Ahora fui yo quien, con el brazo en paralelo a la pierna de Manu, le rocé el muslo con dos dedos. Noté la tensión de su cuerpo en cuanto Vicente sacó el tema. Era uno de los sensibles, de los que iban a doler durante un tiempo.

—Aunque solo quedan dos partidos, no vamos a dejar a Hugo de capitán. Como os he dicho, no permitimos comportamientos homófobos o de odio de ningún tipo, y por lo que ha llegado hasta mí, él era uno de los que fomentaba esos comportamientos, supongo que también alentados por su entrenador. —Vicente dio un par de pasos al otro lado de la mesa, un profesor que impartía su lección—. Por eso, me encantaría que Manu recuperase su puesto.

Y lo señaló con ambos brazos.

Al instante, Nano se estiró por detrás de mí y lo zarandeó entre comentarios de «¡Ese Manu!» y los aplausos de los demás. Yo lo observaba sonriente pero cauto, esperando su reacción. El brazo que

tenía alrededor de mi cintura cayó y esa mano también la metió en el otro bolsillo del chándal. Solo miraba a Vicente.

—¿El Toloqui…, Juanjo —aclaró Manu—, Iván, Luisfer y Charly siguen en el equipo?

—Sí, claro, nadie me ha dicho lo contrario —respondió el presi—. ¿Qué tiene que ver?

—Solo quería saberlo —dijo Manu de forma vaga.

Todos sabíamos que había algo más. Hugo se iba a marchar y para la próxima temporada solo lo veríamos en los partidos, lo que era una gran noticia y gracias a la cual dormiría mejor por las noches; sin embargo, en el equipo todavía estaban el resto de compañeros que firmaron la carta para echar a Manu de capitán. No sabíamos quiénes eran, Alfonso no le dio nombres, pero nos los podíamos imaginar. Pondría la mano en el fuego por que los mencionados por Manu eran algunos de esos nombres, y todavía faltaban más. La sensación de compartir vestuarios con ellos era de lo más desagradable, pero la alternativa (marcharnos) ya no era tal. Si se tenía que ir alguien, que se fuesen ellos. Como había ocurrido con Alfonso y Hugo.

—No quiero serlo, no quiero ser capitán —respondió Manu contundente, y ante esa seguridad, volví a rozarle la pierna, y después subí esa misma mano y le froté la cabeza casi rapada.

—¡Hermano! —se quejó Nano.

—¿Estás seguro? —lo interrumpió Vicente. Por el gesto del presidente, había estado convencido de que Manu iba a aceptar, porque parecía descolocado, incluso algo perdido ante el cambio en sus planes.

—Segurísimo.

—Vale… —Vicente se recompuso rápido, se frotó las manos y volvió a poner toda la maquinaria en funcionamiento para encontrar una rápida solución—. Necesitamos a alguien para las semanas que quedan; luego, con tiempo, ya veremos qué hacemos la temporada siguiente. ¿Algún candidato?

Durante unos segundos, por primera vez en todo este rato, el vestuario quedó en silencio. Laro fue el primero en romperlo:

—Óliver.

—Ni de broma —respondí casi riéndome. Contaba con las mismas razones que Manu para no serlo, incluso más: tenía la sensación de haber sido yo quien había empezado toda esta situación en los Ojáncanos, y tardaría una temporada en quitármela de la cabeza, sabedor de que no era cierto—. A mí no me miréis.

De nuevo, silencio, hasta que noté movimiento a mi derecha. Nano levantaba la mano algo dudoso, incluso tímido, cuando Nano ni solía tener dudas ni mucho menos timidez. Aquello era nuevo.

—A mí no me importaría.

Los seis empezamos a jalearlo.

Capítulo 58

MANU

—Coño con los mosquitos… Pronto empiezan a dar por culo —me quejé mientras me daba una cachetada en el brazo intentando matar al bicho. El calor de aquella tarde de principios de junio adelantaba la llegada del verano, que bien podía ser de sol y playa o, como muchas otras veces, de la lluvia imprevisible del norte. Hiciese sol o lloviera, lo que era seguro era que las temperaturas suaves atraerían a los turistas y Cantabria acabaría, un verano más, hasta los topes de madrileños. Por suerte, Brena se solía librar.

—¿Normales o con jamón? —me preguntó Óliver, que se detuvo y sacó de la mochila una bolsa de patatas de cada como un mago de su chistera.

—Jamón.

Me lanzó el paquete y retomamos el camino de vuelta a casa sin mucha prisa por llegar. El sol del atardecer nos daba de pleno y, después de casi dos horas de entrenamiento, nos pesaban las piernas. La nueva entrenadora había aparecido con esa energía propia de quien llega de nuevas a un lugar y quiere impresionar al personal, con muchas ideas y propuestas de cambio que, en realidad, al club le venían bien. El primer partido que habíamos jugado con ella de entrenadora y Nano de capitán no nos había ido tan mal como podría esperarse tras un cambio tan bestia a semanas de acabar la temporada: empate a 1 y la esperanza de que en el último nos fuese mejor o, al menos, nos mantuviésemos a flote y, ya de pedir, ascendiésemos de categoría.

Aunque nuestros compañeros no nos lo habían echado en cara a ninguno de los siete que nos negamos a jugar con Hugo al mando, la idea de que si no subíamos era culpa nuestra estaba ahí.

Me la sudaba.

El equipo seguía teniendo a los imbéciles de siempre que nos miraban mal a Óliver y a mí, pero sin su abeja reina de capitán, que

había agachado las orejas, el ambiente era diferente. Hugo seguiría con nosotros unas semanas más y, aun así, ya se respiraba mejor. Óliver se reía abiertamente, no salía corriendo de los vestuarios al acabar los entrenamientos, charlaba con los demás.

—¿Crees que vamos a ascender? —le pregunté con la boca llena de patatas fritas. Mastiqué y lo miré, ofreciéndole la bolsa, y este metió la mano para sacar un puñado de ellas.

—Es complicado, pero… no imposible —fue su respuesta, y sonrió como si acabase de compartir una gran perla de sabiduría. Me reí y me coloqué las correas de la mochila, que se me escurrían—. Si ganamos el partido que queda y el Merón pierde…

—Vamos, que si se alinean los astros y nos crece una flor en el culo…

Los dos nos reímos y, con la bolsa de patatas en la otra mano, le pasé el brazo libre por los hombros, nos detuvimos en el camino y acerqué mi boca a la suya. Sabía a jamón. Estábamos solos en la carretera casi siempre desierta, pero aunque pasase alguien, ya no nos importaba; que nos viese quien quisiese. Nos besamos a un lado, donde el asfalto daba paso a un estrecho arcén de tierra en el que crecían rosas silvestres y clavelinas y comenzaban los muros de piedras que separaban los prados.

Aquel momento era nuestro, solo de nosotros dos, sin los compañeros de equipo o la nueva entrenadora. Ni siquiera mis hermanos, que pasaban el rato con el Tonio y el Migueluco. Habían empezado a quedarse con ellos durante mis entrenamientos y lo harían también alguna tarde más que yo necesitase estudiar mientras mi madre trabajaba; en sus días libres, ella se encargaría, salvo en los que quisiera encargarme yo. Estaba implicada, empeñada en demostrarme lo que me había prometido, buscando alternativas para que yo tuviese algo más de libertad, algo menos de responsabilidad. Y los viejos estaban encantados de ayudar.

No sabía si las buenas intenciones de mi madre durarían, pero era más de lo que hacía mi padre. No había vuelto a saber nada de él, y estaba bien así. O lo estaría.

Las golondrinas revoloteaban en el cielo limpio y lo moteaban como ceniza, estelas negro azulado, gris pizarra, blanco, un toque

rojizo, en un vuelo ágil por encima de nuestras cabezas, siempre de aquí para allá. Parecían seguirnos los pasos, acompañarnos en el camino, llamar nuestra atención con su parloteo acelerado que se entremezclaba con los trisquidos de las patatas fritas.

Saqué el móvil del bolsillo y las grabé; más tarde se las enseñaría a Mario.

Esa noche nos quedaríamos en mi casa, mamá tenía turno en el hospital. No se me ocurría otra forma de terminar el día que no fuese con Óliver. Aquel viernes antes del último partido de la temporada tenía que acabarlo con la nariz enterrada en su cuello, su pelo acariciándome la cara y mis piernas entre las suyas.

No podía ser de otra manera.

No había ninguna mejor.

Final del partido

Carla

—¡Venga, que vamos a llegar tarde! —nos gritó Manucín desde la entrada, y entonces apreté todas mis cosas en la mochila para que cerrara, pero como no entraba todo tuve que decidir muy muy rápido si dejaba en casa a la familia de los elefantes o de los erizos, y al final elegí llevarme a los erizos porque la cabeza de los elefantes era más grande y abultaban más. Seguía sin cerrar.

—¡Ya casi estoy! ¡Mario está cagando!

Salí de mi habitación volando mientras me colgaba la mochila abierta y Elena vino hasta mí dando saltos y agitando la cola tan rápido que era muy gracioso. Me arrodillé en el suelo y le di unos besos y un abrazo, aunque enseguida se quitó porque los achuchones no le gustaban demasiado.

—¿Te ayudo con eso? —Óliver se agachó a mi lado y yo me quité la mochila para que la cerrara él. Tuvo que sacar algunas cosas para colocarlas mejor, como el peluche de Stitch, dos camiones, la comba o las pinturas y los rotuladores. A veces se quedaba a dormir y Mario se echaba conmigo, y otras veces Manu desaparecía algunos días porque se iba a la residencia de Óliver. Una vez les pregunté si Mario y yo también podíamos ir, porque era más divertido quedarnos con ellos que con mami y Tomás, y nos dijeron que solo había una cama y yo les dije que podríamos dormir en el suelo como si estuviésemos de *camping*, pero lo que pasaba era que querían estar solos para besarse y nos teníamos que aguantar. Manu y Óliver se besaban un montón, sobre todo cuando creían que no mirábamos, ya me había acostumbrado.

—¿Cuántas cosas llevas ahí? —me preguntó Manu—. Vas a cargar con todo eso y luego no jugarás con nada.

—¡Claro que sí! Voy a usarlo todo. —Remarqué bien la última palabra y me puse de pie y Óliver me dio la mochila ya cerrada. ¡Lo había conseguido!—. ¿Qué pasa si me aburro y no tengo nada para hacer?

—Pues juegas a pescar o al escondite con Mario.

—Sí, claro, ¿cómo vamos a jugar al escondite solo dos?

Ahí fue cuando Mario salió del baño y entró en su habitación para coger su mochila. Los entrenamientos a veces eran guais y otros un aburrimiento, y la barbacoa de esa tarde no sabíamos si sería igual que un entrenamiento, así que preferíamos ir preparados. Los Ojáncanos habían quedado terceros y la siguiente temporada jugarían en otra categoría, lo que significaba que seríamos ricos y conoceríamos a Georgina. Íbamos a celebrarlo en el campo con una fiesta, pero Manu ya me había dicho que no habría ningún niño, solo los jugadores; Jana, la entrenadora; Vicente, el presi; y Juanín, y creo que ya nadie más, y cenaríamos una hamburguesa y puede que nos diesen un helado. A mí lo que más me gustaba de la barbacoa era que nos iríamos a dormir tarde.

Mario se acercó con su mochila de unicornios y la melena trabada contra la espalda. Antes de que empezase a quejarse, porque ya lo conocíamos y a veces podía parecer un niño de cuatro años, Manu le sacó el pelo para que no le tirara y llorara.

—¿Estamos todos? —dijo Manu después, y nos señaló uno a uno, contándonos, hasta que decidió que sí, que estábamos todos, porque éramos cinco, y a Mario, a Óliver y a mí nos dio la risa, y a Manu un poco también. Elena agitó la cola y pegó el morro contra la puerta para que saliésemos de una vez.

Mario y yo bajamos las escaleras corriendo porque siempre echábamos una carrera hasta el portal sin que ninguno de los dos dijese nada, era ya un acuerdo que teníamos, y el que perdía tenía que ir bien calladito hasta la verja de la casa del Tonio y del Migueluco, y si lo saludaban no podía decir nada hasta que no tocase tres veces una piedra lisa y rosa que había en su muro.

Perdí yo.

Agité la mano resignada mientras pasaba junto al muro del Migueluco y el Tonio y ellos nos saludaban sentados en el banco del porche. El Migueluco fumaba, porque a veces fumaba y el Tonio le reñía y el Migueluco decía que para lo que le quedaba en el convento, se cagaba dentro, algo que yo no entendía porque estaba fumando, no cagándose en ningún lado, y a mí me daba mucha risa,

y el Tonio nos sonreía y la cara se le llenaba de muchas más arrugas. Quería acercarme y darles un abrazo, pero sabía que ya íbamos con el tiempo justo, y que si llegábamos tarde nos tocaría comernos las hamburguesas frías y los pinchos morunos chamuscados que nadie quería, y los helados ya estarían derretidos.

—¡Traednos las sobras! —nos gritó el Tonio, y Mario se esquiló en el muro para verlos mejor.

—¡Esperadnos despiertos! —les dijo, y yo asentí varias veces con la cabeza porque todavía no podía hablar, no hasta que tocase la piedra rosa; esas eran las reglas.

El Tonio se rio y el Migueluco levantó el pulgar para aceptar el plan, y ya seguimos andando y llegamos a la puerta de su finca y pude tocar la piedra y me liberé.

—¡En un rato volvemos! ¡No os durmáis! —grité por fin—. ¡No os durmáis, que enseguida volvemos! —insistí, por si acaso.

Agité la mano otra vez para despedirme antes de perderlos de vista, porque pasamos de largo su casa y seguimos caminando por la carretera general hasta llegar al cruce donde la gasolinera.

Me hubiese gustado que el Migueluco y el Tonio viniesen con nosotros, aunque solo podían ir los jugadores del equipo y Mario y yo, así que nos prometieron que en julio prepararíamos nosotros una fiesta en su prado, porque harían como mil años de novios y había que celebrarlo, e invitaríamos a Manu, a Óliver, a mami, a Elena, y estarían todos sus animales y habría helados y tartas y también ese día nos podríamos ir a la cama más tarde.

Mario

En julio vimos un gorrión molinero, que es como el gorrión común pero distinto. En agosto lo volvimos a ver. Le hicimos fotos y un vídeo.

También llegaron unos niños nuevos al pueblo que se llamaban Leo y Vega. Iban a ir a nuestro cole y les gustaba mi pelo.

Papi nos contó que en otoño tendríamos una nueva hermana. Yo no quería otra porque los bebés lloran todo el rato. Pero como Madrid sigue estando lejos, casi no la veríamos, así que bueno.

Una tarde echamos un partido antes del entrenamiento y me pedí ser capitán. Mi equipo ganó. Iba con Manu, y Óliver con Carla. Luego Vicente, el presi, le preguntó a Óliver si quería ser capitán de los Ojáncanos. Dijo que no, pero mi hermano habló con él y luego dijo que sí. Para celebrarlo, cenamos en McDonald's ¡y me tocó un Pikachu en el Happy Meal! Manu sonreía mucho. Y Óliver sonreía mucho. Y Carla sonreía mucho. Y yo también sonreía mucho. Elena no, porque no estaba y además es un perro.

Ese día vimos millones de golondrinas en el camino a casa. Carla y yo corrimos detrás de ellas para despedirnos, por si se marchaban a un sitio donde hiciese más calor, como Sevilla o Hawái. Me dio muchísima pena, pero Manu me juró que volverían en primavera y se me pasó.

Hicieron «uit, uit, uit» y nos dijeron adiós.

Agradecimientos

Hace años leí un reportaje sobre la homosexualidad en el fútbol masculino. O, más bien, sobre su «inexistencia» y la homofobia en el deporte que más seguidores tiene. Ese reportaje se quedó pululando en algún punto de mi cabeza, hasta que me puse a pensar en ideas para mi siguiente novela.

Y *Cuando me miras así* fue tomando forma.

Gracias a mi familia, que ha tenido que aguantar y resolver mis dudas sobre fútbol; que me ha respondido a las preguntas aleatorias que me surgían —«¿Quién es el Brad Pitt de esta generación?»— para que Óliver y Manu sonasen como chicos de veinte años y no como la *millennial* que soy, y que ha soportado mis agobios cuando parecía que las revisiones no tendrían fin. Todo lo que no encaje es culpa mía.

Gracias a Marcos, Fran, Dimas, Roberto y Ester, por leerme antes que nadie y aconsejarme, por sus apuntes y correcciones, por ser mi club de escritura. Gracias a Carlos y al resto de compañeros de su curso de novela, que leyeron los primeros capítulos y me animaron a seguir. Gracias a todos los escritores y lectores que he conocido en los últimos años por Instagram y que se han convertido en amigos. Tener una red de apoyo así es de lo más guay (y fundamental).

Gracias al equipo de Harlequin Ibérica, en especial a Elisa, por volver a confiar en mí.

Y gracias, sobre todo, y aunque suene a cliché, a los que me leéis, porque le dais sentido a la montaña rusa que es esto de escribir. Por cada palabra, comentario, reseña, foto; por *fangirlear* conmigo; por compartir y recomendar; por querer a los personajes tanto o más que yo; por, en definitiva, dedicarnos vuestro tiempo. Gracias, de verdad.

Sobre la autora

Cintia Fernández (Santander, 1986) es correctora de textos y periodista. Empezó a escribir de adolescente en varios juegos de rol y desde entonces no ha parado.

Con su primera novela, *Si fuese más valiente*, ganó el II Premio Internacional eLit LGTBI, publicada en junio de 2023 con el sello Harlequin Ibérica, de la editorial HarperCollins. En ella, Nico y Unai, mejores amigos de la infancia, fingen ser novios para recuperar a sus ex y comienzan así, con un noviazgo falso, la historia más real de sus vidas.

En sus novelas y relatos siempre encontrarás protagonistas LGBT+, pueblitos o ciudades pequeñas, relaciones familiares, perros, tatuajes y algunos de sus traumitas.

La puedes encontrar en Instagram (@cintiafr), donde habla de los libros que lee, y en su web (cintiafernandez.com), donde publica reseñas y comparte consejos de escritura y corrección.